

Una vez en un sueño

Emma Kelsen



Una vez en un sueño

Emma Kelsen

Tempus Fugit Ediciones



Título original: © Una vez en un sueño

© Emma Kelsen

© 2018, Tempus Fugit Ediciones S.L

Corrección: T.F

Todos los derechos reservados.

Diseño de portada: © Tempus Fugit Ediciones

Copyright 2018. Todos los derechos reservados. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

ÍNDICE

[Un nuevo comienzo](#)

[Hasta que me encuentre](#)

[El primer sueño](#)

[No es real](#)

[Segundo sueño](#)

[Noche de chicas](#)

[Tercer sueño](#)

[Entre risas](#)

[Cuarto sueño](#)

[El destino es caprichoso](#)

[Quinto sueño](#)

[Sin rumbo](#)

[Sexto sueño](#)

[Sin ti](#)

[Te echaba de menos](#)

[Si fuera cierto](#)

[Necesito saberlo](#)

[Dos amigas en apuros](#)

[Persiguiendo un sueño](#)

[Una gran decepción](#)

[Regresemos a casa](#)

[Esa frágil coincidencia](#)

[Epílogo](#)

Emma siempre creyó en el amor. Desde pequeña, con apenas cinco años, mientras el resto de sus amigas jugaban colocándose vestidos, joyas y tiaras, tratando de parecerse a esa bella y cantarina princesa, que aparecía en la gran pantalla de la tele; ella miraba embobada al apuesto príncipe que bailaba junto a ella, aquel que la despertaría con un beso de amor verdadero.

–Mamá, ¿por qué se casa con ella? Yo le quiero para mí, es muy guapo, y además canta y baila. –Dijo a su madre llorando inconsolable y enfurruñada.

–Cariño, es solo un cuento, ese príncipe en realidad no existe, cuando crezcas conocerás a un chico de verdad. –Contestó sonriente su madre, mientras la abrazaba con ternura, sorprendida ante la simpática salida de su hija. «¿Cómo puede pensar en el amor este mico?», pensó sin dejar de reír.

Entonces Emma se zafó de su madre con fuerza, y mirándola con el ceño fruncido y los brazos cruzados sobre el pecho, dijo:

–Pero yo no quiero un chico de verdad, Alberto se come los mocos y Martín solo da besos a Raquel, que ahora es su nueva novia.

Su madre no pudo evitar soltar una enorme carcajada.

–¿Eso es todo? –dijo sin poder dejar de reír– ¿Martín tiene otra novia y por eso estás enfadada? –preguntó casi llorando de la risa.

–¡No te rías! –gritó colérica, mientras resoplaba y daba un empujón en el hombro de su madre, que se encontraba arrodillada junto a ella– Eso me da igual, ella le dio un beso, pero él se limpió la cara. –respondió Emma sacando la lengua en señal de repulsa.

Para entonces su madre, que había optado por taparse la boca, para que Emma no se percatara de que aún sonreía, la atrajo hacia ella y retirándole el pelo de la cara con dulzura, dijo:

–Cariño, eres preciosa, tienes el pelo largo y rubio como mamá, y tus ojos son dos estrellas azules y brillantes, como las que iluminan el cielo. Algún día, alguien que ante tus ojos será como ese príncipe, llegará a tu vida,

para bailar contigo y despertarte con un beso cada día. –comentó esforzándose por encontrar las palabras que pudieran consolarla.

Elsa era una mujer romántica, pero la vida le había enseñado que no siempre se puede tener lo que se quiere, y aunque consideraba tener junto a ella al que era el amor de su vida, había podido ver como el trabajo, la casa y la rutina habían relegado su ardiente pasión casi al olvido. Sentía que estar juntos se había convertido en una costumbre, sin duda se querían, pero ahora apenas hablaban, y las palabras que cruzaban nada tenían que ver con sus sentimientos o deseos. Cada encuentro íntimo entre ellos se había convertido en una especie de ansiada y frustrante experiencia, porque además de suceder muy de vez en cuando, duraba poco, y aunque él la abrazaba, al instante se dormía, y ella no podía evitar sentirse inmensamente vacía.

Sabía que Emma era pequeña, que el tiempo le iría enseñando lo que es real y aquello que serían bellas pero efímeras fantasías. Pero no estaba dispuesta a fomentar aquel engaño, no quería que creciera como ella, envuelta entre libros y películas de fervientes y desgarradores romances, obsesionada con ser amada por alguien que la antepusiera a todo, un hombre que renunciara a su propia vida al conocerla, que cada día saliera de casa envuelto por la angustia de alejarse de ella y regresara preso del deseo, impaciente por atravesar la puerta para volver a poseerla. Cuando en realidad ella pasaba el día tratando de obsequiar a su marido con pequeños mensajes sin respuesta, más allá de un simple: «No olvides el dentista de Emma», o frases carentes de la más mínima señal de afecto. Había aprendido a conformarse, pero no quería ver aquella decepción en los ojos de su hija. Por eso jamás potenció su imaginación, nunca le dijo que sería fácil y mucho menos que algún día encontraría esa mitad perdida, nuestra necesaria y soñada media naranja, aquella capaz de inundar nuestra vida de auténtica fantasía.

Un nuevo comienzo

Madrid, junio de 2015

Veinticinco años después

Emma y su madre vivían en un pequeño piso junto a la Plaza de Colón. Finalmente, Elsa había visto superada su capacidad de sufrimiento, y dos años antes había decidido separarse de aquel que prácticamente la había olvidado, hasta el punto de no oponer ningún tipo de resistencia cuando ella le planteó la posibilidad de separarse. Elsa pensó que aquello sería un acto de cobardía y que jamás se lo perdonaría, pero le sorprendió respirar aliviada tras aquello, ni siquiera le dolió ver la indiferencia en sus ojos, ni le importó que él pudiera amar a otra, o los motivos que pudieran impedirle luchar por ella. Se limitó a tramitar con su abogada un divorcio exprés, y en pocos meses era una mujer libre, ansiosa por disfrutar de todo lo que le había sido negado, pero incapaz de retomar la idea de volver a enamorarse, lo había intentado y había fracasado, y aunque aquello no había logrado aplacar su ansia de vivir y continuar luchando, no estaba dispuesta a sufrir de nuevo.

Emma se había convertido en una hermosa y fuerte mujer, que seguía creyendo en el amor, pero sin temer a nada ni a nadie. Había tratado de avanzar con los tiempos, adaptándose a las costumbres de sus amigas y círculos que frecuentaba, mientras comenzaba su triste peregrinaje por una profesión que no le apasionaba, pero con la que trataba de encontrar la forma de ayudar a otras personas; trabajaba como abogada en un despacho cercano a su casa, en la Calle Jorge Juan; donde intentaba hacerse un hueco en medio de un grupo bastante pintoresco de chupa sangres, como solía llamarlos. Llevaba cinco meses en aquel trabajo y ya empezaba a faltarle el aire; vivía sometida a las exigencias de aquella que había de considerar su mentora, aunque solía referirse a ella como la zorra de su jefa. Cada mañana era la primera en llegar, le gustaba ver cuanto antes el susto que aquella le había preparado sobre la mesa, casi siempre un sinfín de convenios reguladores de parejas que habían decidido no aguantarse, algún caso para estudiar por ella, el recibo para recoger algo del tinte y una llave para hacer las veces de improvisada agente inmobiliaria. Aquello distaba mucho de su objetivo, cada vez se sentía más lejos de poder luchar por los derechos humanos de los más

desfavorecidos, y por el contrario sentía como se despertaban sus instintos asesinos cada vez que la tenía cerca.

Su jefa era una mujer alta, rubia de bote y esbelta, podría decirse que una verdadera *Barbie* Malibú, a la que el tiempo no había respetado por igual cada parte de su cuerpo; vista de espaldas no aparentaba más de veinticinco, pero al darse la vuelta, su cara ajada, de piel cansada y hondos surcos bajo los ojos, la delataban, aparentando más de los cuarenta que tenía, y Emma sabía que no mentía al respecto, ya que fue ella misma la encargada de recoger personalmente su *carnet* renovado, para lo que solo tuvo que coger dos autobuses y tres líneas distintas de metro. La odiaba con todas sus fuerzas, se estremecía cada vez que la hablaba a gritos, o trataba de ridiculizarla ante nuevos clientes, llamándola solo para que trajera más sillas o hiciera fotocopias. Ansiaba el momento del día en que, contoneándose, como Olivia Newton–John, en *Grease*, llegaba hasta el armario que Emma tenía frente a su mesa y agachándose para coger unos zapatos negros de aguja, se despedía con una artificial y forzada sonrisa. Solo entonces era capaz de relajarse y soñar, soñar con encontrar el amor verdadero, aquel que viniera a liberarla, haciendo que todo aquello tuviera algún sentido.

Era una mujer cabal, de gran inteligencia, y aunque siempre había considerado lejana la posibilidad de ser el objetivo de esa frágil coincidencia, esa que llaman amor, esa en la que un hombre se enamora perdidamente de una mujer, a pesar de los múltiples gustos, colores, aficiones...y otras tantas variaciones; a la vez que una mujer, eclipsada por la profundidad de sus ojos se siente perdida y completa en ese mismo instante; Era incapaz de obviar el amor y mucho menos de conformarse y rendirse, como había hecho su madre, se había propuesto encontrarlo y romper el mito de lo imposible, de lo que solo estaba en los cuentos. De un modo extraño y desolador siempre se había sentido perdida, fuera de lugar; a pesar de ser una mujer seductora, con gancho para los hombres, como solían decir sus amigas. Siempre estaba rodeada de tipos atractivos y corpulentos, o tíos buenos, como diría su amiga Sandra, pero al final de la velada nunca se llevaba nada en el corazón, nada que fuera capaz de llenar su sensación de soledad y profunda añoranza por él, alguien que ya existía, alguien que la estaría buscando.

Había sido incapaz de seguir los consejos de su madre, y con cada fracaso había sufrido una profunda decepción y desengaño. Por eso nunca había podido sincerarse con ella, nunca se había desahogado con su madre,

para contarle los sueños que la abordaban cada noche, desde que cumplió los treinta; aquellos que cada día eran más intensos, e iban ocupando más espacio en su vida, haciendo que llegara a dudar si algo de aquello podía ser cierto.

Hasta que me encuentre

15 de marzo

Tres meses antes

Todo sucedió de pronto, el día de su treinta cumpleaños, el pasado quince de marzo. Su madre se había encargado de reunir a todas sus amigas, a pesar de que Emma le había repetido en varias ocasiones su intención de no celebrar nada aquel año. Estaba enfrascada en el estudio de un *máster*, con el que pretendía lograr abrirse otras puertas, y no estaba dispuesta a prolongar por más tiempo su agonía, ni siquiera por pasar un rato con sus adoradas amigas.

Raquel, Sandra y Emma eran amigas desde la infancia, iban juntas al Colegio, donde Raquel y Sandra fueron testigos del primer capricho de Emma, y aunque nunca comprendieron porqué le entusiasmaba seguir a Jorge, ese niño bajito y sabelotodo, que cada día la golpeaba, llenando sus piernas de moratones; las dos se limitaban a plantar cara ante ese gusano, como le solían llamar. Se lanzaban sobre él siempre que veían llorar a Emma, sin piedad, haciéndole morder el polvo, sin dejarle respirar hasta que se disculpaba con ella. Por suerte aquello no duró mucho, al final del último curso, cuando tenían catorce años, se celebró un baile en el gimnasio del colegio. Emma estaba emocionada, y mientras sus amigas no dejaban de suspirar mirando al mismo chico, Alberto, el guapo de turno, Emma presentía que por fin había llegado el momento, la música comenzaría a sonar suave y lentamente, mientras él, ahora algo más alto que cuando le conoció, sintiéndose arrastrado por su belleza, caminaría hacia ella, mientras trataba de encontrar las palabras perfectas; y al alcanzarla, por fin le pediría bailar, y a partir de ese momento el mundo giraría alrededor de ellos. Pero nada salió como ella pensaba, de pronto Marta, la guapa de turno, dijo que las chicas elegían pareja. Entonces Emma miró a sus amigas, perpleja, las tres se quedaron paralizadas sin saber qué hacer. Poco a poco fueron viendo como las opciones se acababan. Raquel y Sandra fueron las primeras en ver esfumarse sus escasas expectativas, cuando... ¿cómo no?, Marta tiró con prepotencia de la mano de Alberto, sin que este pudiera articular palabra.

Quedaban el bueno de Santi, el cursi de Luis y el grupito de los guais y

desinteresados, entre los que se encontraba Jorge, que miraban hacia otro lado intentando no ser cazados.

Emma dudó un instante si merecía la pena arriesgarse, pero sus amigas, temerosas del trágico y probable desenlace, tiraron de ella con fuerza hacia la pista, y ni cortas ni perezosas comenzaron a bailar junto a ella

–¡Vamos Emma, mueve las caderas, que no se diga que necesitamos pareja! –Gritó Sandra, mientras movía con fuerza los brazos de Emma.

Sandra se había incorporado en quinto curso, tenía el pelo largo y castaño, y sus grandes ojos color caramelo junto con aquellos mofletes gorditos y sonrosados hacían que pareciera siempre feliz y sonriente. Desde que llegó estuvo muy solicitada, por lo que Emma y Raquel no formaban parte de su círculo, hasta que un día, de vuelta a casa, Emma descubrió que vivían una frente a la otra, y desde entonces, poco a poco, se hicieron inseparables.

Aquella noche no iba a ser distinta, Sandra era el alma de la fiesta, y sabiendo lo que aquello podía molestar a Jorge, no dejaba de mirarle de reajo.

–¡Se acabó el cole! –gritó de nuevo Sandra.

–¡Estás loca! –exclamó Emma, sin poder dejar de reír ante la incansable actividad de esta.

Pero entonces, ambas se detuvieron al ver que Raquel había dejado de moverse, estaba completamente ausente.

–Raquel, ¿qué te pasa? –preguntó Emma inquieta– ¿Estás bien?

Raquel era la parte sensata de aquella alianza, era la más prudente, la que lograba hacerles poner los pies en la tierra cuando todo se desmadraba. Tenía una bonita melena pelirroja y unas graciosas pecas decoraban su redondeada cara.

Las dos continuaban expectantes, mientras Raquel, con gesto serio y compungido las miraba con cara de espanto.

–¡Habla de una vez! Me estás asustando, ¿qué pasa? –gritó Sandra, mientras chasqueaba los dedos delante de su cara, tratando de hacerla despertar de su embelesamiento.

–¡Seremos novatas! –exclamó Raquel, llevándose las manos a la cara–

¿Os habéis dado cuenta? –preguntó gimoteando a sus amigas, como si aquello fuera el fin del mundo.

Por lo general Raquel era juiciosa, pero a veces pecaba de dramática y exagerada. Sin duda tenía demasiado recientes los acontecimientos de aquellos últimos días. Los que entraban al Instituto aquel año debían ir echando sus matrículas, pero estaba a rebosar de antiguos alumnos a la caza de novatos, les aguardaban con botes de betún, rotuladores y todo tipo de salsas pringosas y potingues. Aquel día todo parecía despejado y las tres sabiendo que acudir con sus madres sentaría un mal precedente, se aventuraron a entregar aquellos papeles lo antes posible. Al ver todo despejado, respiraron aliviadas, pensando que el madrugón había merecido la pena, pero de pronto, cuando apenas faltaban unos metros para alcanzar la enorme verja roja, unos chicos descomunales, cargados con numerosa y multicolor artillería, salieron de entre los árboles que había en el parque de enfrente y empezaron a correr hacia ellas. Sin darse cuenta se habían separado. Emma, resignada, pensó que no merecía la pena prolongar aquella agonía, se detuvo y aguardó hasta que le dieron alcance, y mientras varios de aquellos cafres deslizaban todo tipo de potingues por su cara, pudo ver como Sandra corría la misma suerte, casi había logrado alcanzar la puerta, cuando una de aquellas enormes bestias cayó sobre ella, comenzando a pintar su cara de negro, mientras ella intentaba escabullirse sin éxito. Pero ¿dónde diablos estaba Raquel? Emma buscaba desconcertada, incapaz de entender donde se había podido esconder su amiga. Entonces escuchó un grito, y vio a Raquel salir corriendo despavorida de entre unos arbustos, mientras el mayor mastodonte de todos ellos, la perseguía con un rodillo en la mano. Cuando por fin la alcanzó no escatimo al cubrirla de arriba abajo, mientras ella lloraba aterrorizada. Cuando Emma y Sandra se vieron liberadas, corrieron hacia ella para tratar de ayudarla, justo cuando aquel patán, satisfecho por su obra, esbozaba una sonrisa y se alejaba. Vieron que su amiga temblaba con la mirada perdida, y aunque la abrazaron y mimaron, tardaron tiempo en lograr calmarla.

Raquel sabía que aquella escena volvería a repetirse el primer día de clase, y no podía evitar estremecerse imaginando aquel horrible momento.

–¿Eso es todo? –preguntó Sandra, mientras respiraba aliviada– ¡Pensé que te había dado algo! –gritó alzando los brazos al cielo– ¡Serás tonta!

Sandra adoraba a sus amigas, pero a veces era demasiado exigente con ellas. No soportaba esa fragilidad de Raquel, sabía que siendo débil sufriría demasiado, y por eso la increpaba a menudo, tratando de fortalecer su carácter.

En cambio, Emma era incapaz de ser dura con ella, y por eso, sabiendo que se sentía realmente asustada, se acercó para abrazarla con fuerza.

Sandra que las observaba por el rabillo del ojo, se sintió avergonzada por su fría y distante reacción, y aunque le costó rectificar su conducta, finalmente, se lanzó sobre ellas para sumarse a aquel emotivo abrazo, mientras revolvía el pelo de Raquel, tratando de disculparse.

Luego continuaron bailando sin parar, entre risas y empujones, hasta que la música dejó de sonar el tiempo necesario para que el bueno de Santi pusiera una lenta. Al cabo de unos instantes comenzó la banda sonora de *Ghost*, la de aquella película que tanto les había marcado, jamás habían visto una escena tan sensual y emotiva, como aquella en la que ambos protagonistas disfrutaban de sus cuerpos mientras trataban de dar forma a un trozo de barro. Enseguida se abrazaron en círculo y empezaron a balancearse al son de aquella canción, mientras la tarareaban, aunque Emma y Raquel achinaban los ojos ante los terribles gallos de Sandra, que emocionada mantenía los ojos cerrados, lanzando todo tipo de aullidos.

Pero de pronto, las tres cayeron al suelo, formando a su alrededor un enorme revuelo. La mayoría de sus compañeros las rodearon tratando de ayudarlas. Emma lloraba desesperada, sin dejar de frotar uno de sus tobillos, mientras Raquel y Sandra miraban afligidas a su amiga, sin alcanzar a comprender lo que había sucedido.

–Emma, ¿estás bien? –dijo Raquel, sin dejar de acariciarle la espalda– ¿Te duele el pie? –continuó preguntando al ver que su amiga no dejaba de doblarse apretando con fuerza esa zona.

–¡Creo que está roto! –respondió compungida, dibujando un gesto de dolor en su cara.

–Tranquila Emma, puede que solo sea una contractura –comentó Raquel intentando consolarla–. Si estuviera rota gritarías de dolor, pero puedes mover el pie, ¿verdad? Emma asintió, mientras lo movía lentamente, aunque enseguida volvió a quejarse y apretó la rodilla contra su pecho.

Sandra, aunque preocupada, concentraba sus fuerzas en tratar de entender lo que había pasado. Ya levantada, observaba detenidamente a cada uno de sus compañeros, buscando una respuesta, pero el que no juraba no saber nada, se limitaba a retirar la mirada. Fue al escuchar aquellas palabras de Emma, cuando todo cobró sentido para ella.

–¿Qué has dicho Emma?, repítelo –exigió con los ojos llenos de furia, agachándose junto a sus amigas–. ¿Has dicho que alguien te puso la zancadilla? –insistió sin esperar la contestación de Emma.

–Sí, noté como alguien metía su pierna entre las mías y no pude evitar perder el equilibrio. –Respondió cuando Sandra permitió que lo hiciera. En aquel instante Sandra incrédula ante su reciente descubrimiento, se giró hacia aquel grupito que había permanecido aislado durante toda la fiesta, y viendo como Jorge sonreía y charlaba de lo más distendido, sintió que las piezas encajaban.

«¿No habrás sido capaz, verdad, gusano?!», pensaba Sandra, mientras no dejaba de mirarle, sintiendo un fuego incontrolable que recorría cada músculo de su cuerpo. Sin poder frenarlo y ante la atónita mirada de todos, comenzó a gritarle:

–¡Tú sabandija asquerosa, medio hombre, enano que cuelga de la rama de un bonsay! –espetó rabiosa, empleando muchos de aquellos apelativos que tanto se había esmerado en crear solo para él.

Jorge se volvió de inmediato, y el miedo que se instaló en sus ojos no hizo más que confirmarlo. Sandra era temible y aquel gesto había superado con creces cualquier otra de sus torturas. Sabía que no saldría impune de aquello, y temblaba por el simple hecho de tener que enfrentarse a ella. Emma, aún descompuesta, trató de sujetar el pantalón de Sandra para intentar frenarla, pero todo fue inútil, esta emprendió una carrera con el puño en alto, mientras todos, conociéndola, se apartaban a su paso. No encontró ningún obstáculo en su camino, por lo que su puño impactó rápido y seguro contra la boca de Jorge.

–¡Estás loca, me lo has partido! –gimió Jorge, mientras se limpiaba con la mano la sangre que se deslizaba por la comisura de sus labios.

–¡Y tú eres un desgraciado! –contestó, mientras él comenzaba a doblarse por la intensidad del dolor– Escucha una cosa –continuó algo más

calmada, tras haber arrojado contra él toda su ira—, si no tienes el valor de acercarte a ella como una persona normal, si no eres capaz de decirle lo que se supone que sientes, será mejor que te alejes y admitas que no eres para ella. Sandra le habló con tal templanza y vehemencia, que ella misma no se reconoció en aquellas palabras, y girándose hacia sus amigas, que aún permanecían en el suelo, les dedicó un guiño repleto de complicidad, para después mirar de nuevo a Jorge y terminar dedicándole una mirada fulminante, que hizo que se le helara la sangre.

Cuando parecía que ya se marchaba, y él respiraba aliviado, se volvió nuevamente y señalándole con el dedo, dijo:

—Si vuelvo a verte cerca pequeño engendro, te aplasto y hago contigo un gnomo para mi jardín. Sandra estaba harta de aquel impresentable, que durante años había logrado minar su paciencia.

Al final de la noche y para sorpresa de todos, Jorge trató de disculparse, apenas era capaz de pronunciar más de cuatro palabras juntas y miraba a Emma avergonzado. Sin embargo, ella comprendió que aquello no podía ser amor, « ¿quién bien te quiere te hará llorar?», pensó sonriendo, cayendo en la cuenta de que aquel dicho debía ser la torpe artimaña de algún otro cobarde, pero en ningún caso podría ser aplicado al amor, por lo menos al verdadero. Era todo lo contrario, quien te quiere, quien te adora, quien busca tu felicidad, olvidándose incluso de respirar, jamás querría hacerte daño.

—Aléjate, no quiero volver a verte. —dijo serena y confiada, mientras le lanzaba una mirada capaz de congelar el propio infierno. Aquella respuesta dejó pasmada a Raquel e hizo sentir orgullosa a Sandra, que levantó el puño en señal de victoria.

Por vivencias como aquella siempre habían sido una piña, se cuidaban entre ellas y acudían siempre que alguna tenía el más mínimo problema, sin anteponer ninguna otra cosa. Por eso, cuando las chicas atravesaron la puerta de su habitación el día de su cumpleaños, no lo dudó un solo instante, apartó todos los libros de un manotazo, y muy a su pesar, abandonó su momento de máxima concentración, para lanzarse sobre ellas, con tanto ímpetu que las tres cayeron de golpe contra el sofá, ante la incrédula mirada de la madre de Emma.

–¿Os habéis vuelto locas?, parecéis unas crías. –dijo Elsa, sin dejar de dibujar una brillante sonrisa, emocionada por la grata sensación que le reportaba ver feliz a su hija.

–Mamá, no te pongas así, bastante duro es cumplir los treinta, soltera y entera. –contestó Emma de guasa, mientras continuaba tumbada en el sofá, riéndose y bromeando con sus amigas.

–¡¿Entera?! –dijo Sandra incorporándose con los ojos abiertos como platos y una mueca que no indicaba nada bueno. Sandra era la más extrovertida y chisposa de las tres, pero a menudo olvidaba reservar una pequeña parcela para la intimidad, y aquello hacía que Raquel y Emma se incomodaran en demasiadas ocasiones.

–¡No me lo puedo creer! –continuó Sandra, mientras se dirigía hacia Emma, con una mirada pícaro y descarada, repleta de intención– ¿Quieres decir que aún guardas tu florecita para un príncipe azul?, ¡qué desperdicio, que lástima! –se burló poniendo los ojos en blanco.

–Déjala en paz Sandra, ese es un tema muy personal, cada uno hace con su cuerpo lo que quiere. –afirmó Raquel tratando de mediar entre ellas, Sabía lo cansina que podía llegar a ser su amiga y lo reacia que solía mostrarse Emma cuando hablaban de aquellos temas.

–Tranquila Raquel, no pienso hablar de sexo con ella. –anunció Emma por si le quedaba alguna duda. Pero Sandra era mucho más liberal y apasionada que ellas, tenía diecinueve años cuando planeó el día y la hora exacta en que perdería la virginidad, e informó a sus amigas del antes y el después, con todo lujo de detalles. De ningún modo estaba dispuesta a desaprovechar la ocasión de saciar su lasciva curiosidad sobre la castidad de Emma. Era incapaz de comprender porque esta se empeñaba en no disfrutar de su bonito cuerpo, mientras ella tenía que conformarse con los típicos pesados de turno. Por eso, continuó avanzando hacia Emma, que dio dos pasos hacia atrás desconfiando de las intenciones de su amiga.

La madre de Emma, viendo el carisma que tomaba todo aquello, decidió hacer una sutil y triunfal retirada, anunciando que se marchaba en busca de la tarta. Se consideraba amiga de su hija, pero no le apetecía escuchar tórridos detalles sobre la vida íntima de aquellas alocadas chicas, aún menos de su niña.

Cuando Sandra supo que estaban solas, perdió el escaso pudor que le quedaba, y mientras hacía cosquillas a Emma, empezó a decir:

–¡Florecita, florecita!, ¿dónde estás florecita?

–¡No seas pesada...! –exclamó Emma, mientras resoplaba tratando de retirar a su amiga– Te he dicho que no pienso hablar de eso. Tu misma eres experta en todo tipo locuras y yo nunca te pido explicaciones, así que déjame tranquila. –exigió resignada. Sin duda aquel tema le hastiaba, siempre era lo mismo, la incredulidad de su amiga ante su elección de no entregarse a ninguno de los muchos y atractivos hombres con los que había salido.

–Vale, de acuerdo. –dijo Sandra con un tono mucho más calmado. En el fondo sabía que de otra forma no conseguiría nada, Emma era completamente inflexible en lo referente a ese tema– ¿Y qué me dices de David?, te encantaba; ojos almendrados, mandíbula ancha y aquel cuerpo que llamaba al pecado. –insistió, ante la mirada desesperada de Emma.

–Y no olvides... la sonrisa perfecta. –continuó Raquel, suspirando completamente embelesada, con la sola idea de aquel recuerdo que cruzaba por su cabeza.

Aquel inesperado comentario hizo que Emma y Sandra comenzaran a reír y centraran sus miradas en aquella.

–¡Serás mosquita muerta! –dijo Sandra, subiendo la ceja, mientras miraba a Raquel–. Ya hablaremos tú y yo –amenazó entre risas–, pero volviendo a la cumpleaños, ¡no me dirás que nada de nada! – preguntó Sandra, ansiosa por saber hasta dónde podía llegar la ingenuidad de su amiga.

Emma sabía que Sandra no pararía, cuando algo se le metía en la cabeza era capaz de pasarse todo el día dándole vueltas. Así que, suspirando de nuevo, le dijo resignada:

–No pasó nada. Era imposible, ya te dije que era el hermano de Sergio.

–¿Sergio, qué Sergio? –preguntó Sandra incrédula, incapaz de entender qué obstáculo podía representar aquello. No eran pocas las veces que ella misma se había encaprichado de amigos, o hermanos, incluso llegó a salir con dos gemelos a la vez, aunque aquello no duró mucho tiempo.

–El que le dio su primer beso. –contestó Raquel desganada, mientras retocaba su manicura.

–¡No me lo puedo creer!, ¿el dentista? –dijo Sandra, incapaz de contener la risa– ¿El que te metió la lengua hasta la campanilla y examinó cada diente de tu boca?, ¡pues con más razón! –continuó sin esperar la contestación de Emma– Te lo debía por cargarse el recuerdo de tu primer beso, ¡si te dejó meses traumatizada!, ¿recuerdas que juraste no volver a besar en toda tu vida?

–No te preocupes, esa promesa no la he cumplido –interrumpió Emma llena de sarcasmo–. He vuelto a besar y te alegrará saber que he disfrutado hasta estremecer, hasta volverme loca, ¿contenta?

–Pues no.

–Déjalo ya, por favor, vamos a pasarlo bien, tengo que marcharme dentro de un rato. –trató de mediar Raquel, incómoda ante la insistencia de Sandra.

–Pues, ¿qué más quieres? –preguntó Emma, clavando sus furiosos ojos en Sandra– No me parecía correcto comenzar una relación con alguien que siempre sabría que mi primer beso se lo di a su hermano. Pero si os consuela, os diré que David era de lo más soso, un cuerpazo, pero insípido, de él solo recibía sonrisas cuadradas perfectamente blanqueadas, y solo puedo recordar que era cinturón negro de judo, porque dudo que le interesara hablar de mucho más, ni siquiera creo que recuerde mi nombre.

–Le vendrá de familia. –susurró Raquel, con un tímido hilo de voz.

–¿Cómo dices? –le preguntó Sandra, que sí lo había escuchado.

« ¡Tenía que oírlo!», pensó Raquel, sabiendo que aquello no haría más que animarla.

–Nada..., lo de ser todo dientes. –contestó con brevedad.

–¡Hoy está chisposa mi niña! –dijo Sandra, mirando a Emma, que no pudo evitar comenzar a reírse con todas sus fuerzas. Aquel comentario era de lo más certero, y recordando a esos dos guapísimos pero torpes hermanos, no pudo por más que compadecerse de sí misma. «¡Qué penosa es mi vida!», pensó mientras se doblaba de la risa

Después de aquellas cómplices y sanas confidencias, se hizo un silencio incómodo entre ellas, incluso Sandra se había callado, y aquello no dejaba de resultar sorprendente.

–No quiero sufrir antes de encontrarle. –afirmó de pronto Emma, con gesto compungido. Sandra y Raquel la miraron sorprendidas, incapaces de entender lo que estaba diciendo.

–¿Por qué dices eso Emma? –preguntó Raquel intranquila.

–¿Te han hecho algo? –preguntó Sandra a la defensiva– Porque te juro que le busco y... –continuó dispuesta a llevarse por delante a quien hiciera falta. Habían pasado muchos años, pero ella seguía teniendo alma de guerrera, siempre las había protegido y ahora no iba a ser distinto.

–¡No, tranquila fiera! –contestó Emma, dejándose caer de golpe en aquel cómodo sofá ante la atenta mirada de sus amigas, que no entendían por qué se había puesto tan seria–. Es solo que... aunque acariciar o besar me haya podido transmitir calor e incluso deseo por algún hombre, jamás he sentido que mi propia existencia se marchitara ante la suya, no me he visto reflejada en la profundidad de sus ojos, ni he creído desfallecer después de haber compartido un íntimo y apasionado momento. Siempre me invade la misma sensación...de vacío y engaño.

–¿Engaño? –preguntó Raquel, que a pesar de entender lo que sentía su amiga, se vio sorprendida por aquella palabra. ¿A quién engañaba?

–Déjalo, pensaréis que estoy loca. –contestó Emma, tratando de esquivar aquella comprometida y difícil pregunta.

–¡¿Más?! No creo que puedas estar más chalada bonita. –intervino Sandra burlándose. Para ella todas aquellas palabras no tenían ningún sentido, jamás podría creer que nadie pudiera renunciar a sí mismo por complacer a otra persona. Para ella todo giraba en torno a valorarse uno mismo, y el resto no era más que una necesidad fisiológica que nada tenía que ver con aquella entrega y pasión de la que hablaba Emma. Aunque en algunos momentos, cuando se sentía verdaderamente sola, hubiera deseado que aquella loca tuviera toda la razón, aunque aquello jamás se lo confesaría a sus amigas.

–Déjala tranquila. –increpó Raquel, con voz seria y los ojos encharcados en lágrimas– Puede que lo tuyo te resulte empalagoso y puritano, pero te aseguro que es mejor disfrutar sin necesidad de compartir un momento tan íntimo sin estar segura, y no hacerlo simplemente porque es lo que se espera de ti.

Emma y Sandra se miraron desoladas, ninguna de las dos había recordado lo que había sufrido Raquel con Luis, el que ella consideraba su primer y verdadero amor. Llevaba dos años saliendo con él, tenía diecinueve años, uno más que ella, y cuando le sugirió que podían dar un paso más en su relación, ella, a pesar de sus muchas dudas, sabiendo que muchas otras suspiraban por él a cada paso, decidió cerrar los ojos y entregarse en cuerpo y alma, dejando de lado prejuicios e ideas preconcebidas. Después de aquello Raquel pensó que estarían más unidos, ella se sintió feliz y completa, sin embargo, él comenzó a distanciarse, primero con pequeños pretextos, para terminar, dejando que Raquel le sorprendiera besando a otra en el *pub* que frecuentaban

Sin dudarle un segundo, corrieron a abrazarla, mientras trataba de secarse las lágrimas. Hacía mucho tiempo de aquello, pero Raquel había cambiado a raíz de aquel engaño, era dulce pero desconfiada, romántica pero práctica. Un escudo le cubría, y nadie la desarmaría de nuevo si ella no quería.

La puerta se abrió de golpe y la madre de Emma apareció con una gran tarta de chocolate, cubierta de velas. «Demasiadas velas», pensó Emma, mientras Sandra besaba a Raquel con dulzura en la cabeza y le decía:

–Tranquila cariño, encontraré un hombre bueno para ti.

Raquel sonrió conmovida por aquellas palabras protectoras de su amiga. Sandra era bastante tosca y aquello era lo más parecido a una sentida declaración de afecto.

Después Sandra corrió para reunirse con Emma en aquel histórico y mágico ritual entre ellas...el de soplar las velas. Las tres se sentaron a la mesa, mientras Elsa ponía ante ellas aquel succulento y apetitoso pastel, con treinta velas encendidas. Juntas cantaron el típico cumpleaños feliz, que Emma detestaba. Y cuando por fin llenó de aire sus pulmones para soplar, sus amigas interrumpieron a la vez.

«¿Cómo olvidarlo?», pensó mirando de reojo a sus amigas.

«No quiero volver a sufrir por amor hasta que él me encuentre, y debe ser antes de un nuevo cumpleaños», deseó cerrando los ojos. Había sido un año largo y tedioso, necesitaba centrarse en cosas importantes sin que le

afectaran aquellas relaciones, que, aunque insignificantes iban minando sus ilusiones, por eso tras la conversación que mantuvo con sus amigas lo vio claro.

«Hasta que me encuentre», pensó de nuevo, mientras el humo de las velas aún flotaba sobre la tarta.

De alguna enigmática manera siempre habían esperado impacientes aquel momento, con cada año un nuevo deseo. Ya fuera por el destino o porque ellas mismas moldearan la realidad a su antojo, lo cierto es que aquellos siempre se cumplían en mayor o menor medida. Emma no logró la paz mundial a los doce años, aunque sí un año de tranquilidad que ella interpretó como otra especie de paz en su justa y posible medida, y Raquel no recibió un perro en su octavo cumpleaños, aunque se conformó cuando la vecina compró un precioso cachorro de pastor alemán y contó con ella para pasearlo a diario.

El primer sueño

Aquella noche, después de haber formulado aquel deseo, Emma tuvo su primer sueño. Conducía por un camino estrecho, repleto de piedras y profundos baches. Solo se escuchaban la molesta voz del navegador, instalado en la luna con una gran ventosa, y la tremenda tormenta que lo envolvía todo, haciendo que pareciera de noche, cuando en realidad no eran más de las cinco. Sujetaba insegura el volante, incapaz de ver con claridad el camino. Insistía en dar una y otra vez a la máxima velocidad del limpiaparabrisas, pero este no lograba abarcar lo suficiente como para permitirle ver con claridad las calles que debía tomar. Cuando valoraba la conveniencia de hacerse a un lado del camino para aguardar a que la tormenta amainara, vio ante sus ojos una imponente figura blanca. Dio un volantazo que la desplazó al interior de la cuneta. No estaba segura de lo que era, pero sin duda se trataba de un animal enorme. Temblando y con el cuello dolorido por la fuerte sacudida, bajó un poco la ventanilla, lo suficiente para poder ver de qué se trataba. Se quedó atónita cuando vio a varios hombres montados a caballo, moviéndose de un lado a otro sin parar de dar voces. Hubiera deseado volverse invisible y permanecer allí inmóvil hasta que se hubieran alejado, pero estaba atrapada y no sabía dónde se encontraba; además, le sería imposible sacar el coche ella sola. Después de meditarlo un buen rato, cogió su escueto chubasquero y abrió la puerta. Enseguida se sintió empapada e incapaz de pedir ayuda a esos hombres, que ni siquiera parecían percatarse de su presencia. De repente escuchó un tremendo grito y aterrada alcanzó a ver la silueta de un increíble caballo, que se dirigía hacia ella completamente desbocado. Sintió que su corazón se aceleraba, mientras se tapaba los ojos, sabiendo que no podía hacer nada. De pronto sintió un fuerte empujón y salió despedida contra un árbol. Se llevó la mano a la cabeza y la vio ensangrentada, aquello la asustó, pero respiró aliviada y sorprendida ante la idea de seguir viva. ¿Cómo había sobrevivido al golpe de aquel animal?

Miró a su alrededor, sin dejar de parpadear, tratando de ver con mayor nitidez, mientras la sangre no dejaba de brotar de la herida de su cabeza. Intentaba distinguir aturdida y sin éxito aquello que la rodeaba; cuando de pronto vio ante sus ojos la figura distorsionada de un hombre alto y corpulento que se dirigía hacia ella. Sin poder soportar el profundo dolor que

sentía, comenzó a desvanecerse, justo cuando aquel desconocido llegaba hasta ella para arrodillarse de forma apresurada, evitando así que su cabeza golpeará de nuevo contra el suelo. Emma trató de abrir los ojos, pero solo consiguió hacerlo durante un par de segundos, que le bastaron para perderse en el horizonte azul de aquellos penetrantes ojos.

Cuando despertó volvió a sentir aquel dolor punzante, y al llevarse instintivamente la mano a la cabeza, se percató de que tenía un voluminoso chichón. Recorrió la habitación con curiosidad, incapaz de recordar cómo había llegado hasta ella, y levantándose con cuidado, ya que aún se encontraba bastante aturdida, se aproximó hacia la ventana; al mirar a través de ella se quedó completamente maravillada al ver aquel precioso paisaje repleto de árboles y flores de diversos colores. También había un gran vallado, repleto de colosales caballos, como los que había visto antes de recibir aquel tremendo impacto. No alcanzaba a ver el resto de aquella increíble propiedad, pero sin duda debía ser colosal. De pronto volvió a sentirse mareada, y mientras palpaba la magnitud de aquel inmenso golpe, escuchó que llamaban a la puerta. Como pudo se apresuró a meterse en la cama, percatándose en aquel momento de un detalle que hasta entonces había pasado por alto, estaba tan sumamente turbada que no había caído en la cuenta de que alguien le había puesto aquel pijama que parecía ser de su talla.

–Adelante. –dijo asustada ante la incógnita de quien pudiera aparecer al otro lado. Al instante estaba ante ella el mismo hombre, el que la recogió con fuerza para impedir que se golpeará de nuevo. Apenas había logrado verle, pero jamás podría olvidar aquella profunda mirada. Cuando se desmayó se había visto presa del infinito azul de aquellos expresivos ojos, y ahora tenía ante ella a ese hombre de más de metro noventa, pelo oscuro y cuerpo escultural. Sin darse cuenta a Emma se le escapó un profundo suspiro, estaba absorta ante aquella visión, la de alguien que le hacía vibrar de forma absurda. Ni siquiera sabía quién era.

–Buenos días. –saludó con una voz profunda y varonil, que hizo que a Emma se le pusiera el vello de punta.

«Hasta su voz es bonita», pensó ensimismada.

–Buenos días. –contestó de forma recatada, bajando la cabeza, temiendo encontrarse de nuevo en el camino de aquellos ojos.

–Me alegra comprobar que se encuentra mejor, recibió un buen golpe –

continuó él de forma cortés y comedida—. ¿Cómo pudo hacer aquella locura?! –increpó de pronto, cambiando por completo la amabilidad de su tono, hasta parecer profundamente enojado.

Emma se quedó perpleja ante aquella reacción, no lograba entender porque aquel hombre se mostraba colérico ante su presencia.

–Perdone, no logro entenderlo. Salí en busca de ayuda y entonces recibí aquel tremendo golpe..., dudo que deba pedirle perdón por ello –contestó decepcionada ante el mal humor de aquel hombre tan atractivo—. ¿Le importaría decirme su nombre y donde me encuentro? –prosiguió tratando de cambiar de tema, sin duda no habían tenido un buen comienzo.

Sin que Emma pudiera imaginarlo, aquel hombre que se mostraba tan mezquino y reacio, no había podido retirar los ojos de sus carnosos labios, admirado por como pronunciaba cada una de aquellas palabras, hechizado por el cúmulo de sensaciones que despertaba en él aquella preciosa mujer de cabellos dorados. Estaba furioso, pero en aquel momento, sin saber nada de ella, deseaba besarla más que cualquier otra cosa en el mundo. Aquello le desconcertaba y no estaba dispuesto a mostrar su debilidad frente a una extraña, por eso decidió continuar con su tono de reproche.

–Su coche apareció de la nada en medio de la noche, en el preciso momento en que mis hombres y yo tratábamos de recoger a los caballos, Creó una estampida que pudo acarrear graves consecuencias. –recriminó mostrándose frío y distante.

Emma sintió de nuevo un profundo dolor en la cabeza, que le hizo palpar de nuevo la herida, a la vez que emitía un profundo quejido. Él se percató de ello y estuvo tentado de acercarse para interesarse por su estado, de nuevo le embargaba un inexplicable deseo de protegerla, que le paralizó por completo.

–¿Te encuentras bien? –se limitó a decir, sin lograr apartar sus ojos de ella.

Emma no contestó en aquel momento, pero cuando el dolor se fue disipando, miró hacia él y se ruborizó al sentirse observada por aquellos ojos que la tentaban. Él hizo lo propio y reaccionó dirigiéndose hacia la puerta, mientras decía:

–Descansa, haré que te suban el desayuno. Será mejor que recobres

fuerzas antes de volver a meterte en problemas.

«¿Problemas?» pensó Emma, mientras el rostro de él dibujaba una sonrisa.

Apenas había cerrado la puerta cuando un par de golpes sonaron de nuevo, ¿quién sería?

–A propósito, me llamo Brandon, puedes llamarme así. –dijo rápidamente, para después volver a cerrar la puerta. Se quedó apoyado en el pasillo, incrédulo ante su pueril comportamiento, se había sentido como un adolescente inexperto, cuando no era ninguna de las dos cosas; acababa de cumplir los treinta y dos, y había salido con muchas mujeres, aunque ninguna le había desconcertado como aquella.

No es real

–Brandon, Brandon... –susurraba Emma una y otra vez cuando su madre entró a comprobar si estaba despierta.

–¡Vamos dormilona!, la justicia te espera –dijo sosteniendo una taza de café ante la atónita mirada de Emma–. A propósito cariño, ¿quién es Brandon?, hace un momento no dejabas de pronunciar su nombre.

–Nadie mamá, no es nadie. –contestó pesarosa al percatarse de que todo había sido un sueño.

–¡Lástima!, era un bonito nombre –continuó diciendo su madre–. Ahora vístete o llegarás tarde. ¿Pasarás por el despacho o vas derecha a los juzgados?

–Tengo un caso de violencia en el penal uno. Iré directamente. He quedado un poco antes con los clientes. –aclaró, mientras comenzaba a vestirse.

–Vale mi amor, yo me marcho, que no llego. Si acabas pronto llámame y comemos. –dijo Elsa, lanzándole un beso al aire.

Cuando vio que se quedaba sola retrocedió hasta la cama para sentarse un momento. Estaba desorientada y confusa, al despertar había esperado encontrarse con él, pero desesperada comprobó que aquel sueño tan intenso no había sido más que eso, un espejismo, una cruel embestida del destino. Sentía la ferviente necesidad de volver a verlo, añoraba su sola presencia aún sin conocerlo. El hecho de que él no existiera le provocaba una inusual y dolorosa presión en el pecho. Se mantuvo ausente durante unos minutos, hasta que reparó en lo absurdo de su congoja, no podía sufrir por un fantasma, aquello era enfermizo e irracional, y ella lo sabía. Sin querer darle más vueltas terminó de vestirse y tras coger su carpeta, se dirigió hacia la boca del metro.

–¿Dónde andas? –preguntó Raquel al otro lado del teléfono– Te recuerdo que es noche de chicas– ¿Te recojo a las ocho?

«Lo había olvidado, no me apetece nada» pensó Emma.

–No sé... me pillas liada, tengo un día agotador en Plaza de Castilla, ¿no podemos dejarlo para otro día? –preguntó entre dientes, sabiendo cuál sería la respuesta.

–Sabes que no, por eso le llamamos así, es un día para chicas y no caben excusas –zanjó tajante Raquel–. Si estás ocupada te hacemos compañía y si estás malita te llevamos la sopita. –Terminó de decir entre risas.

–De verdad que...–comenzó a decir Emma, cuando la interrumpió de nuevo Raquel.

–Espera, te paso con Sandra, estamos desayunando. –anunció Raquel, sabiendo que Emma no podría escaparse si hablaba con ella.

«¡Estoy perdida!» pensó derrotada incluso antes de hablar con Sandra.

–¿Emma?! –llamó Sandra– Ni se te ocurra escaquearte, llevo días pensando en esta noche, ha sido lo único que me ha mantenido despierta en el trabajo –argumentó en tono impositivo–. ¡Ni se te ocurra! –concluyó pasándole a Raquel el teléfono.

–De acuerdo –aceptó resignada–. Recogerme a las ocho.

–A las ocho recojo a Raquel y vamos a por ti, ¡anímate mujer!

Emma colgó sin dar lugar a mayores discursos. Todavía le quedaba una larga mañana por delante y ahora se sentía más cansada que nunca, imaginar lo que Sandra podía haber planeado hacía que le flaquearan las piernas.

A las doce del mediodía Emma estrechaba la mano de su cliente, sabía que había inventado todas aquellas historias sobre su esposa, y, sin embargo, tenía que ver como aquel embustero se vanagloriaba por haber ganado. Su obligación de defender a quien fuera le había supuesto más de un dilema moral, no porque no pensara que todo el mundo tiene derecho a una legítima defensa, sino porque a veces la miraban a los ojos y admitían sin remordimiento la mentira. No podía evitar que le hirviera la sangre al contemplar la maldad premeditada de muchos de ellos, de ahí su impaciencia por lograr alcanzar su meta, necesitaba poder elegir qué causa consideraba justa y así luchar sin avergonzarse por ello.

Decidió llamar a su madre, no es que tuviera hambre, era incapaz de probar bocado después de la decepción y el engaño, pero tampoco le apetecía

aparecer tan pronto por el despacho, corría el riesgo de que su jefa viera la ocasión de endosarle otro montón de escritos y casos, cuando todavía le quedaba trabajo suficiente como para echar el resto de la tarde y llevarse trabajo a casa.

–Mamá, he terminado –anunció–. ¿Quedamos?

–A mí me queda un rato cariño, pero te veo donde siempre en cuanto acabe –afirmó acelerada–. Dime, ¿has ganado? –preguntó entusiasmada antes de colgar.

«Sí, mamá, otra medalla para mi rincón de la vergüenza» pensó. Aunque a ella le endulzó la dura realidad diciendo: –Ha sido fácil, estaba ganado antes de entrar a sala. Emma sabía que su madre sentía una profunda admiración por lo que hacía, y no quería ver la tristeza en sus ojos si descubriría lo infeliz que se sentía al ponerse la toga.

–¡Me alegro mi vida, estoy orgullosa! –celebró Elsa, despertando una sonrisa en los labios de Emma. «Sabía que diría eso» pensó.

Emma fue directa al restaurante. Se sentó en una mesa junto a la ventana y pidió un Martini con limón. Lo cierto es que nunca bebía, odiaba el sabor de cualquier tipo de alcohol, pero pensó que aquel gusto desagradable podría sacarla de sus románticos e imposibles pensamientos. Mientras esperaba no pudo evitar volver a pensar en él, se sentía estúpida ante aquel mezcquino sufrimiento, sabía que era una completa locura, pero ansiaba verle de nuevo, necesitaba encontrarse reflejada en el azul de sus ojos. No podía entender que la primera vez que su corazón se desbordaba ante la sola presencia de alguien, fuera durante un enfado a lo largo de un sueño. Había sido desconsiderado y rudo con ella, pero se había sentido observada en la distancia, y una grata sensación había recorrido todo su cuerpo, algo que nada tenía que ver con las miradas descaradas y lascivas a las que estaba acostumbrada.

–Ya estoy aquí cariño –anunció Elsa, haciendo que su hija se sobresaltara–. ¿Lo celebramos? –propuso haciendo un gesto al camarero para que le trajera lo mismo que a ella.

–No tenías que haber pedido, toma el mío. –ofreció extendiendo el vaso hacia su madre. Estaba intacto, apenas lo había probado.

Ambas conversaron de forma distendida sobre sus respectivos trabajos, mientras degustaban una ensalada de salmón y un solomillo a las finas hierbas. Emma necesitaba desahogarse, expulsar aquel cúmulo de extrañas emociones que hacían flaquear su cotidiana fortaleza, pero sabía que su madre le haría sentir estúpida, no de forma intencionada, pero sí frivolisando como hacía siempre. Prefirió dejarlo pasar, de esa forma, de alguna ridícula manera, él seguiría existiendo para ella.

Emma pasó la tarde en casa, enfrascada entre decenas de carpetas, tratando de resolver todo lo que su jefa era incapaz de hacer.

Sin darse cuenta había llegado la hora de marcharse con las chicas, quedaban solo diez minutos, y ni siquiera sabía qué ponerse. Se dirigió hacia el armario arrastrando los pies, llevada por una profunda desgana. «¿Y ahora qué me pongo?», pensó rebuscando en el armario. Lo cierto es que daba igual, no pensaba quedarse mucho tiempo, aguantaría un rato y después diría que tenía un tremendo dolor de cabeza.

Por fin cogió aquel vestido blanco y se fue corriendo a la ducha. Recogió su pelo en un moño para no mojarlo, no le daba tiempo a lavarlo. No había terminado de secarse cuando sonó el timbre. Se envolvió en una toalla y se dirigió al telefonillo corriendo.

–Enseguida bajo, cinco minutos. –dijo, mientras se soltaba el pelo. Se lo rizó con un poco de espuma, se pintó los labios y tras ponerse el vestido blanco que había elegido, se calzó unas sofisticadas sandalias plateadas y salió apresurada por la puerta.

Fueron a cenar a un bar de tapas en la Plaza de España; a Emma no le apetecía nada, Raquel solo quería una ensalada y Sandra estaba por quinta vez a dieta. Por eso no tardaron en descartar la opción del restaurante. Charlaron sobre el nuevo trabajo de Raquel en una tienda de ropa, y Sandra no dejó de criticar al nuevo fichaje de su empresa publicitaria, al parecer era una mujer joven y atractiva, con dos grandes cualidades que no habían dejado indiferente a su jefe, que ahora dudaba si Sandra era la más indicada para aquel prometido ascenso. Ambas conocían a Sandra, sabían lo impulsiva que podía llegar a ser. Por eso su modo de hablar les hizo entender que estaba a punto de cometer alguna locura, por lo que decidieron pasar gran parte de la velada proponiéndole un sinfín de soluciones más diplomáticas, aunque

finalmente no le convenció ninguna.

Emma sentía la necesidad de comenzar a hablar y no parar hasta haber aliviado el dolor que oprimía su pecho, pero de nuevo pensó que Raquel le seguiría la corriente por complacerla y Sandra pasaría un buen rato a su costa, haciendo que se sintiera completamente idiota. Además, aquello no haría más que frenar su firme intención de olvidar aquel sin sentido, hablar de él no haría más que reavivar la llama de lo imposible.

–Emma, estás muy seria, ¿qué te pasa? –preguntó Raquel, extrañada al observar que su amiga llevaba un buen rato callada.

–Nada, ¿por qué lo dices? –contestó a la defensiva, temiendo delatarse si continuaban preguntándole.

–Tienes mala cara. –intervino Sandra, coincidiendo con la observación de su amiga.

–Solo estoy cansada, ha sido un día agotador, necesito dormir más de tres horas. – contestó completamente derrotada.

–Es verdad –recordó Raquel–, tenías un juicio, ¿qué tal te ha ido?

–Prefiero no hablar de eso. –expuso cerrando los ojos a la vez que soltaba un profundo suspiro. Con su madre se veía obligada a fingir, pero las chicas sabían lo mal que lo pasaba, lo mucho que le afectaba tratar con aquellos personajes. Por eso no insistieron e hicieron lo posible por cambiar cuanto antes de tema.

–¿Os acordáis de Carlos? –dijo Sandra esbozando una pícaro sonrisa.

«¡No Dios mío!», pensó Emma. Cuando Sandra le presentó a Carlos, en enero de aquel mismo año, al principio pensó que, aunque no especialmente guapo, era dulce y atento. Pero con el paso de los días se reveló ante ella como un ser conformista y pequeño, solo quería una novia, no le importaba lo que tuviera que hacer para conseguirla. Un día que Emma estaba distraída le robó un beso que hizo que se le revolviera todo el cuerpo; supo que si Carlos volvía a besarla moriría de asco, y no de amor como siempre había soñado. Los meses siguientes, aunque no de forma premeditada, se dedicó a humillarle, pero él cada vez parecía más y más pillado, aquello parecía atraerlo más hacia ella, no conseguía alejarlo. Hasta que un día hizo algo que

la enloqueció sin remedio; puso ante sus ojos un anillo, aquel círculo tanpreciado y simbólico para ella. Resignada ante aquel desesperado gesto, le miró sin saber que decir, y aunque en su fuero interno acumulaba miles de palabras, finalmente, le dijo que estaba loco al plantearse aquello con alguien que no soportaba tenerle cerca. Sabía que él no podría entenderla, su absurda y desinteresada entrega le haría juzgarla como desagradecida e ingrata. Pero ella se sintió ofendida, no por la descabellada petición, sino por la forma que había tenido de estropear aquel momento que ella guardaba para el amor de su vida, y que él debió respetar en la misma medida. No conforme con aquel derroche de torpeza, insistió en que ella se lo probara, minando así la escasa paciencia que a ella le quedaba. Estaban en una terraza, y en el centro había un antiguo pozo; cuando Carlos apretó el anillo contra el puño de Emma, ofuscada abrió por fin la mano y cogiéndolo con brusquedad se dirigió hacia el pozo donde lo arrojó con rabia. Permaneció observando hasta ver como desaparecía en el fondo. Después se sintió fatal al percibir el fracaso y desconcierto en la mirada de aquel insensato, pero al cabo de un rato respiró aliviada al comprender que ambos se habían liberado.

–¿Qué has hecho? –dijo Emma, fulminando a Sandra con la mirada. Aterrada ante la posibilidad de que hubieran quedado.

–Nada, tranquila, solo que la otra noche me presentó a un grupito majísimo de chicos...y hemos quedado dentro de un rato. –argumentó sigilosa tratando de calmarla.

–¡¿Un rato?! –replicó Emma– Te he dicho que estoy cansada, no tengo la más mínima intención de conocer a nadie, y menos tratándose de amigos de ese. –prosiguió con desprecio. Al fin y al cabo, aquello pasó porque Sandra siempre fue demasiado alcahueta.

–No vendrá con ellos, venga..., no seas aguafiestas. –contestó Sandra, tratando de hacer sentir culpable a Emma.

–Tienes que venir, no puedes dejarme sola con esta. –intervino Raquel, buscando la protección de Emma.

Se hizo un silencio entre ellas, tras el cual Emma dijo:

–Iré por hacer compañía a Raquel.

Emma sabía que cuando había chicos de por medio Sandra se olvidaba

del resto, y Raquel se quedaba orillada o soportando que la abordara algún que otro pesado.

Cuando llegaron la pista de baile aún estaba vacía, solo había unas cuantas personas sentadas alrededor de la barra. Aquello relajó a Emma, pensó que no tendría que aguantar empujones y pisotones, para cuando la discoteca comenzara a llenarse ella se habría marchado. Raquel y Emma pidieron un San Francisco, ninguna de las dos tenía ganas de terminar la noche con resaca, sin embargo, Sandra que estaba mucho más animada, se atrevió con un tequila, sin duda no tenía intención de dar por concluida la noche.

–Sandra, ¿tardarán mucho? No pienso acostarme más tarde de las dos – advirtió Emma impaciente–. ¿Te dijeron hora, o simplemente tenemos que esperar como tontas? –continuó Emma parpadeando con gesto burlón.

–¡Bonita!, con esa aptitud te quedarás para vestir santos. –contestó Sandra, lanzando una mirada desafiante a Emma.

–¿Vestir santos? –repitió incrédula Emma–, ¿desde cuándo hablas como tu abuela?

–Desde que sé que tiene más vida sexual que tú. –continuó provocando.

–Dejarlo chicas, ninguna hemos tenido un buen día. –trató de mediar Raquel, sabiendo a donde podía llegar aquello.

Pero Emma estaba demasiado cansada para empezar aquel juego, sabía que su amiga solo pretendía hacerla sentir aburrída y estrecha, para que se quedara más tiempo; pero en esta ocasión estaba dispuesta a sortear cada estocada de Sandra.

–Mira, ahí están, entrando por la puerta. –señaló Sandra, levantándose entusiasmada, mirando hacia un grupo bastante variopinto de hombres.

Emma suspiró aliviada, por fin podría mostrar su sonrisa más falsa y marcharse recurriendo a cualquier pretexto. Solo debía esperar a que Sandra se centrara en alguna de aquellas potenciales presas.

Sandra hizo las correspondientes presentaciones. No estaba dispuesta a correr el riesgo de que Emma se le escapara. Estaba convencida de que esta vez podía funcionar, entre ellos habría alguno capaz de cautivar el exigente

corazón de su adorada amiga.

Emma observó de reojo como aquellos hombres formaban un pequeño corrillo, sin apartar sus ojos de ellas. Y no pudo evitar sentirse como ganado en medio de una puja por la mejor cabeza.

–Chicas, me voy a ir –susurró a sus dos amigas–. De verdad, esto es peor que cuando nos pedían rollo. –dijo Emma, emitiendo un fuerte soplo. Aquella comparación le pareció de lo más acertada, jamás pudo entender a esos que con solo verla querían besarla. Otra cosa hubiera sido algo más libidinoso, como tocarle el trasero o los pechos, pero... ¿meter la lengua en la boca de una completa desconocida? Le parecía de lo más absurdo.

Al instante se mostraron disconformes, al parecer las dos habían quedado prendadas de alguno de aquellos especímenes, ni más ni menos que del mismo. No habían terminado de reprochar a Emma, cuando escucharon con absoluta claridad:

–A mí me gusta la de blanco.

«Ya estamos», pensó Emma.

–¿En serio me vais a obligar a soportar el reparto? –dijo abochornada, sin querer mirar hacia ellos.

–Le gustas tú. –anunció seria Raquel, que sí había tenido curiosidad por saber quién lo había dicho.

–¿El guapo? –trató de confirmar Sandra, mientras Emma giraba desinteresada la cabeza.

Finalmente, la curiosidad pudo con ella, Emma se giró con disimulo hacía el grupo, y enseguida supo de quien hablaban. Ninguno era mal parecido, pero entre ellos destacaba uno más alto, de pelo castaño y ojos azules. Llevaba una camiseta amarilla ceñida, que dibujaba su torso musculoso, y unos vaqueros que destacaban su atlético trasero. Miraba con descaro hacia ella, sin desviar la mirada, y Emma supo que era uno de aquellos; con exceso de ego, cortito de mente y sin mayor aspiración que lograr llevarla a la cama.

Cuando se dirigió hacia ella lo hizo con decisión, atravesándola con la mirada.

–Me llamo Raúl, ¿y tú?

–Emma. –contestó sonriendo satisfecha al confirmar sus sospechas. Aquella entrada le delataba, no había peligro, sin duda era de aquel tipo. Su cercanía le agradaba, o al menos no le incomodaba; olía bien, tenía una cautivadora voz y su compañía no resultaba acosadora. Pero por primera vez Emma sintió una extraña indiferencia, aquel hombre era realmente seductor y *sexy*, pero ella decidió dejarse perseguir por motivos superfluos, por sentirse alagada al convertirse en el objetivo de aquel que sus amigas deseaban. Se sorprendió a sí misma coqueteando con un hombre del que no esperaba nada y al que nada pensaba darle. Sabía que era irresistible, pero solo quería disfrutar esquivando sus espectaculares entradas.

–¡Qué suerte tienes! –dijo Raquel, dejando de hablar con un chico bastante majo que había a su lado, para mirar con disimulo a Raúl de arriba abajo.

A Sandra no pareció importarle tanto, enseguida dirigió su atención hacia otro bastante agradable y atractivo que se llamaba Guillermo, de pelo negro y bonitos ojos almendrados.

Aunque Emma controlaba como nunca aquella situación, tuvo que poner entre ellos una cómica frontera, cuando él trató de rodear su cintura, ella trazó un círculo imaginario a su alrededor y dijo:

–Este será mi espacio, ¿de acuerdo? Fuera de él haz lo que quieras.

En aquel momento Emma pensó que él claudicaría ante un comportamiento tan aniñado, y en el fondo eso era lo que esperaba, pero no pudo salir de su asombro al ver que aquello le atraía más hacia ella. Y no tardó en comprender cuál había sido su error, mostrarse inalcanzable la había vuelto más apetecible ante alguien acostumbrado a conseguirlo todo.

Cuando por fin logró marcharse él insistió en acompañarla, incapaz de imaginar que Emma solo quería volver a soñar con alguien que no existía, un hombre que había rozado su piel, pero también su alma. Junto a la puerta de su casa trató de besarla, pero ella esquivó sus labios, incapaz de verse en el azul de aquellos otros ojos. Él quiso volver a verla, y ella indiferente y confusa se limitó a asentir con la cabeza. Después se marchó, y Emma se quedó culpándose por la torpeza de aquel peligroso juego, pero satisfecha al

comprobar que por primera vez era capaz de distanciarse, no había sentido nada mientras él se alejaba, sin duda aquella atracción nada tenía que ver con el amor.

Por primera vez en mucho tiempo Emma se sintió relajada. Había disfrutado de la compañía de un hombre sin esperar compromisos ni albergar esperanzas. Había intuido lo que él ansiaba obtener de ella, y había saboreado la posibilidad de poder controlar aquella nueva e inusual experiencia. Ni su cuerpo escultural ni sus cautivadores ojos habían logrado desbordarla, llegando a frivolar al saber el único placer que él podría darla.

Comenzó a desnudarse, y respiró aliviada al deshacerse de aquellos tacones. Una agradable sensación de *relax* recorrió todo su cuerpo, y entonces le sorprendió su último pensamiento antes de acostarse, deseó volver junto a Brandon, y sintió una fuerte punzada en el corazón, consciente de lo descabellado de aquella idea.

Al cabo de un rato se durmió derrotada, aferrada al recuerdo de una ilusión que le originaba una extraña e insuperable añoranza.

Segundo sueño

Emma se levantó después de saborear aquel desayuno que Brandon le había enviado, y se dirigió al piso inferior, observando con detenimiento todo lo que le rodeaba. Apreciando una encantadora decoración rústica y paredes repletas de fotografías de distintas épocas, lo que la hizo comprender que aquella casa poseía su propia historia. Pronto se percató de que en realidad le buscaba a él. Examinando cada estancia solo esperaba volver a tropezarse con aquel atractivo hombre que tanto le había impactado.

De pronto, Emma escuchó una voz, y al girarse se encontró con una mujer de estatura media y ojos castaños, que la miraba desconfiada.

–Tú debes ser ella –trató de confirmar, sin dejar de recorrerla con la mirada–. ¿Eres la intrusa por la que Brandon casi pierde el brazo?

«¿Intrusa? ¿Perder el brazo? ¡¿De qué demonios está hablando?!», pensó desconcertada.

–¿Disculpa? –preguntó tratando de saber a qué se refería.

–Irrumpiste en la propiedad sin permiso, asustando a los caballos, y cuando uno de ellos estaba a punto de golpearte, Brandon se interpuso en su camino, y recibió un fuerte golpe en el brazo.

Emma no podía creer lo que escuchaba, ahora entendía muchas cosas; como había salido prácticamente ilesa y sobre todo por qué le había hablado de aquel modo.

–No lo sabía, lo siento, pensé... –trató de explicarse, cuando aquella mujer la interrumpió para continuar con su acusación.

–No tenías ningún derecho a entrar en el rancho, podías haber ocasionado una desgracia –increpó, sin permitir que Emma pudiera tratar de argumentar nada–. Además eres... –hizo ademán de continuar, cuando una voz ronca y seca se escuchó tras ella.

–Brenda, déjalo ya, yo me encargo –ordenó rotundo, dirigiendo una mirada de desaprobación hacia ella–. Los niños están al llegar y aún hay que ensillar varios caballos. –recordó, mientras le pedía que se marchara haciendo

un ligero gesto con la cabeza.

La mujer le miró de medio lado y se marchó murmurando, sin dejar de observar a Emma con recelo.

–Discúlpala. –pidió haciendo que Emma se sorprendiera.

–No perdóneme tú –dijo ella–. Lo siento, en realidad no sabía lo que había pasado, no vi cómo te interponías, la lluvia me cegaba... –continuó, consciente de haber juzgado mal al hombre que la había salvado.

–Eso ya no importa –dijo serio, sin dejar de clavar sus ojos en ella–. Lo importante es que estás bien y en breve podrás continuar tu camino. –anunció, haciendo que se acelerara el pulso de Emma, que temió tener que marcharse sin llegar a saber quién era aquel hombre que hacía que le temblaran las piernas.

–Brandon, quiero disculparme, de verdad que lo siento, de haber sabido que...

No había terminado cuando se percató de que él daba un fuerte alarido, para después llevarse la mano al hombro. Emma pudo ver asomar un tremendo moratón que se extendía a lo largo de su brazo, y se estremeció al pensar el inmenso dolor que aquello debía ocasionarle.

–¿Te encuentras bien? – preguntó pesarosa, tratando de frenar su impulso de acariciar aquel brazo fuerte y robusto. Saber lo que había hecho, como había arriesgado su propia vida por una completa desconocida, la conmovía, hasta el punto de ansiar poder paliar aquel padecimiento que sentía.

–No es nada, controlar a los caballos es parte de mi trabajo. –aclaró con indiferencia, incapaz de mostrar debilidad ante ella. Él mismo se había sorprendido ante su propia locura, se había cruzado en el camino de una bestia descontrolada, sin pararse a sopesar las consecuencias de aquello, cegado por la insuperable necesidad de llegar a tiempo hasta ella. Estaba extasiado ante la presencia de una completa extraña, y eso le inquietaba, jamás nadie le había paralizado como Emma lo estaba haciendo– Lo hubiera hecho por cualquiera. –trató de zanjar. Haciendo que ella sintiera como su corazón se contraía ante aquella desalentadora respuesta.

«¿Por cualquiera?, ¡seré estúpida al creer que...!», pensó haciéndose todo tipo de reproches.

–Me alegra saber que fue el arrebato de un loco dispuesto a socorrer a cualquier torpe en apuros. –le cortó ella, dejando de sentirse especial ante aquel que ahora desviaba la mirada.

–A propósito –intervino Brandon–, me gusta comprobar que recuerdas mi nombre, y ahora para estar en igualdad de condiciones, no estaría mal que me dijeras el tuyo. –dijo, esta vez con una voz más suave y cálida, arrepentido por lo que había soltado al tratar de ocultar su verdadera forma de sentir aquel momento bajo la lluvia.

–Me llamo Emma, y no tiene importancia, hubiera recordado el nombre de cualquiera. –contestó, haciendo que Brandon dibujara una sonrisa lobuna, aquello le encantaba, ver como ella empleaba el mismo método no hacía más que incrementar su curiosidad por ella.

–Yo intentaré no olvidar el tuyo. –se burló él, consciente de que aquello le molestaría. Sin duda él había comenzado aquel pulso, y su contrincante era un digno oponente.

–Si no te importa subiré a recoger mis cosas, tengo que seguir mi camino –anunció contrariada por la urgencia que parecía tener por perderla de vista–. No quiero ser un estorbo, ni ocasionar ninguna otra desgracia. –concluyó resentida.

–No hay prisa, había pensado que podía enseñarte el rancho, es lo mínimo que puedo hacer para que tengas algún recuerdo más grato que ese monumental chichón –propuso con una sonrisa, mientras ella se llevaba la mano a la cabeza y le desafiaba con la mirada–. Luego podrás marcharte, si así lo deseas, pero dime, ¿a dónde te dirigías?

–Buscaba la propiedad de la Sra. Harrison, hay un asunto que debo tratar con ella. Puse la dirección correcta, pero en mitad de la noche y lloviendo..., me desorienté por completo. Si me dices como puedo llegar no te haré perder más tiempo. –contestó a la defensiva. Aquel engreído y prepotente la había ofendido con sus desaires, y por mucho que le atrajera no estaba dispuesta a humillarse por nadie.

–Me complace decirte que es mi abuela –asintió expectante ante la idea

de que su encuentro no se tratara de una mera coincidencia—. Me temo que por mucho que los dos podamos ansiar tu marcha, no te queda más remedio que retrasarla. —continuó diciendo, ante la perpleja y frustrada mirada de ella. En aquel momento Emma solo quería mostrarle la fiereza de su orgullo herido, darle una brusca contestación y marcharse para jamás volver a verlo. Se censuraba por haber sido tan ingenua al dejarse embaucar por su cautivadora mirada.

—Y, por favor, mantente lejos de mis caballos, no quiero que vuelvan a asustarse. —continuó sarcástico.

«¿Asustarse ellos?», pensó incapaz de contener la rabia.

—Nada más lejos de mi intención, procuraré mantenerme alejada de todas las bestias de esta casa. —contestó irónica, mientras resoplaba y le dedicaba una fría mirada, haciendo que él sonriera nuevamente, ante la nueva condición que ella le atribuía, ahora era una burda bestia. Sabía que era arriesgado desafiar a esa mujer que le había hechizado con sus encantos, pero merecía la pena averiguar hasta donde le conducía aquel juego.

—Gracias por entenderlo —contestó avivando la rabia en los ojos de ella—, pero lo cierto es que mi abuela tardará en regresar varias horas, por lo que si prometes mantenerte a una distancia prudencial... puedes acompañarme en mi recorrido por la finca.

—No desperdicies tu valioso tiempo conmigo, seguro que encuentro la manera de entretenerme, sin necesidad de exponer tu vida ni la de tus hermosos sementales. —opuso mientras levantaba una de sus cejas, un gesto que a él le pareció encantador, por lo que no pudo evitar suspirar por dentro. Habían pasado muchas cosas en los últimos años, acontecimientos que le habían sumido en una profunda tristeza, y ahora sin poder entenderlo, aquella mujer preciosa y picajosa hacía que volviera a sentir ganas de sonreír como solía hacerlo.

—Como prefieras, te veré a la hora de comer, no hay ningún otro lugar a kilómetros a la redonda, por lo que tendrás que soportar mi compañía. —dijo mirándola fijamente, pensando que jamás había visto nada más hermoso que aquellos juguetones y desafiantes ojos.

—Bueno..., puede que a esa hora haya regresado, pero en caso contrario

no vayas a esperar por mí. –concluyó. Era incapaz de marcharse sin decir la última palabra. Después echó el cuello hacia atrás y se dirigió a la puerta, manteniendo una postura erguida y orgullosa.

Brandon aprovechó para tener una visión completa de ella, aquello le regalaba una perspectiva que hasta ahora ignoraba, y sin duda le gustó tanto como lo que ya conocía. Sus ojos brillaron de satisfacción ante aquella imagen, y de nuevo se sorprendió a sí mismo debilitado ante aquel sutil y femenino contoneo de caderas. Toda ella irradiaba pasión; las esculturales curvas de su cuerpo, sus labios color fresa y su pelo dorado como el sol. Enseguida advirtió que aquello le traería problemas; no sabía nada sobre ella, le irritaba y desesperaba, y sin embargo ansiaba poder encontrar la excusa que le concediera más tiempo, tiempo para llegar a descubrir quién era.

Emma paseaba tranquila, observando la inmensidad de aquel rancho. Además de lo que había visto desde la ventana pudo descubrir que tenían vacas, cerdos, ovejas..., un sinfín de animales, distribuidos en espacios amplios y perfectamente cuidados. Todo a su alrededor era de color verde; un centenar de árboles y diversas plantas coronaban la inmensidad de todo aquel bello espacio. Le atrajo en especial un pequeño estanque repleto de nenúfares, donde nadaban dos blancos y relucientes cisnes; aquello le pareció una bonita coincidencia, aquel siempre fue su animal predilecto, de niña le contaron que el cisne era fiel, que al morir su pareja nunca buscaba otra, y aquella historia sumada al hecho de que al unir sus siluetas formaran un corazón perfecto, hizo que no lo dudara un instante, aquel debía ser el símbolo del amor eterno.

Extasiada por aquella visión y las sensaciones que le invadían en medio de aquel mar de fragancias y colores, no se percató de que, frente a ella, a escasos metros de aquel lugar, estaba Brandon. Solo cuando escuchó las risas de varios niños despertó de aquel ensueño, sacudió la cabeza y sus ojos curiosos buscando la procedencia de aquel angelical revuelo. Sorprendida vio ante ella a Brandon, subido a lomos de un imponente caballo, encabezando una risueña y pintoresca comitiva de niños montados en pequeños ponis. No podía apartar los ojos de aquel hombre que vestía unos *jeans* ajustados, camisa blanca remangada, botas marrones y un varonil sombrero de vaquero. Se fijó en como sujetaba las riendas y le fascinaron aquellas fuertes y grandes manos, siempre sintió debilidad por los hombres que tenían fuertes brazos y manos grandes para poder estrecharla, y aquel

tenía ambas cosas. Cada vez que tiraba del caballo sus músculos se tensaban, y aquello hizo resoplar a Emma, completamente acalorada ante aquella aparición tan sublime y perfecta.

Vio como él se quitaba el sombrero para ponérselo a uno de los pequeños, haciendo que el crío le dedicara una dulce sonrisa, que Brandon le devolvió con un guiño. Le enterneció ver su forma de desenvolverse de aquella manera tan natural. Y el gesto que hizo para limpiarse el sudor de la frente, mientras el sol dibujaba reflejos en su pelo, hizo que un temblor recorriera todo su cuerpo.

De pronto él se giró y al encontrarse con sus ojos Emma desvió la mirada sonrojada, «me ha pillado, ¿seré torpe?», pensó tratando de decidir qué dirección seguir. Pero antes de que pudiera tomar ningún camino, escuchó un potente silbido, levantó la cabeza y al mirar de nuevo hacia ellos pudo ver como Brandon la llamaba agitando los brazos. «¿Ahora me llama como al ganado?», pensó sin saber qué debía hacer. Por fin resolvió hacerse la loca y regresar sobre sus pasos, pero en ese preciso instante los niños comenzaron a canturrear:

–¡Emma, Emma..., ven con nosotros, juega con nosotros...!

Ante ella se presentaba un nuevo y complicado dilema, una cosa era huir de él, pero... ¿cómo pasar por alto el dulce reclamo de aquellos pequeños? Sin pensarlo más y con los nervios a flor de piel, respiró hondo y comenzó a caminar hacia ellos, con paso firme y decidido, aunque manteniendo el rubor en sus mejillas. Solo faltaban unos metros para alcanzarlos cuando Brandon gritó con retintín:

–Quédate ahí, de momento será suficiente, no queremos espantarlos.

«¿Ya estamos?!», pensó sintiendo que su cara enrojecía más y más por momentos. Sin pensarlo dos veces se giró orgullosa, no estaba dispuesta a ser el objeto de sus burlas, y aunque le dolía hacer aquel desplante a los críos continuó su marcha cada vez más confusa y abochornada, ¿para qué llamaba si solo pretendía humillarla? No dejaba de murmurar reprochándose por su gran torpeza, cuando escuchó el galope de un caballo que se acercaba, ni siquiera se planteó la posibilidad de mirar atrás, prosiguió su marcha casi corriendo, ansiosa por vencer la distancia que la separaba de la casa. No alcanzó a subir el primer escalón que precedía las grandes columnas que

engalanaban la entrada de la casa, cuando notó que alguien le agarraba de la mano, era Brandon, que, sin desmontar, inclinado sobre ella, la miraba con ojos lisonjeros, tratando de esbozar una torpe disculpa, mientras ella se estremecía al sentir aquella presión cálida y segura.

–Emma, perdóname, no quería... –intentó justificarse sin conseguirlo; ella le interrumpió soltándole la mano.

–Lo sé, solo tratabas de entretenerlos a mi costa –contestó–, pero yo no soy ningún payaso que puedas utilizar para llenar tus horas de juegos, sigue con lo tuyo y yo haré lo propio. –concluyó y siguió su camino. Pero no había dado dos pasos cuando Brandon se interpuso de nuevo, esta vez se situó ante ella y desmontó con un certero y atlético movimiento, ante la confusa mirada de ella.

–Lo siento, de verdad, no pretendía ensañarme de esa manera contigo –dijo arrepentido, tratando de tocar el hombro de Emma, que dio un paso hacia atrás sin dejar de clavarle una mirada helada y vidriosa–. Empecemos de nuevo, permíteme arreglarlo, no seas tan testaruda. –prosiguió haciéndole aquel guiño que antes le había encantado.

–¡¿Encima me insultas?! –acusó ella. «¿Cómo puede ser tan engreído?, ¿acaso debería caer rendida entre sus brazos después de...?», pensó contrariada; en realidad eso le hubiera encantado, correr hacia él buscando el refugio entre sus potentes brazos, hubiera sido la guinda del pastel, un pastel que ella ansiaba probar hasta sentirse saciada.

–¡¿Insultarte dices?!, ¡nada más lejos de mi intención!, creía que solo eras torpe y cabezota, pero ahora veo que eres mal pensada y rencorosa, no tengo ninguna intención de intimar contigo, no estamos obligados a tratarnos –espetó agotado ante su retorcida forma de interpretarlo todo, sin percatarse de como los ojos de Emma se tornaban tristes y llorosos–. Ni siquiera sé quién eres y ya logras sacarme de mis casillas.

Cuando Brandon concluyó aquel visceral discurso, se sorprendió ante el prolongado silencio de aquella charlatana que le embrujaba; buscó su mirada y se sorprendió al verla ahora lánguida y apagada. «¿Me habré pasado?», pensó sin lograr encontrarse en el azul de su cabizbaja mirada. Pero no pudo decir nada, Emma se zafó de él y de una carrera entró en la casa.

Pesaroso montó en su caballo, sin poder apartar de su mente lo desmedida que había sido su dura actuación. Regresó junto a los niños temiendo haber propiciado la distancia, incluso antes de haberla alcanzado.

Noche de chicas

Emma se despertó llorando, aturdida por aquellos fuertes sentimientos encontrados; buscando el tacto de él en su mano, pero incapaz de borrar sus duras y frívolas palabras. Estaba aterrada, desesperada ante aquella forma de sentir lo que no era más que un sueño repleto de realismo y detalles, pero al fin y al cabo eso, una ilusión que al despertar se desvanecía como el viento. Pero entonces... ¿Por qué le echaba tanto de menos?, ¿Por qué necesitaba volver a estar junto a él, aunque fuera para seguir discutiendo? La idea de haberse marchado sin aclarar aquello le dolía como si fuera cierto, pensar que Brandon pudiera creer que en realidad le odiaba la destrozaba por dentro. Todo lo sucedido allí le parecía más real que lo que se proyectaba ahora ante ella, pero se mortificaba pensando que pudiera estar perdiendo la cabeza.

Se acurrucó en la cama y siguió llorando, necesitaba calmar aquella insensata cólera que recorría su cuerpo, apagar aquel deseo que tenía un espectro por dueño. No era posible que aquello ocurriera, y si lo era... ¿por qué a ella?, ya había sufrido bastante como para ahora debatirse entre la cruda realidad y un disparatado sueño.

Se percató de lo tarde que era en el preciso instante en que su madre atravesaba la puerta con su café *cappuccino*. Emma se limpió las lágrimas para que su madre no las viera, y bostezó pensando que así podría justificar la hinchazón de sus ojos. Sin duda, conocía muy bien a Elsa, porque al segundo preguntó:

–¿Estás bien cariño?

Emma parecía agotada.

–Sí, mamá, tranquila, es solo que no he podido dormir bien, tenía demasiadas cosas en la cabeza. –contestó rápidamente, tratando de no levantar sospechas.

Se relajó al pensar que era viernes y por suerte no tenía ningún juicio señalado para ese día, probablemente su jefa no aparecería por el despacho, por lo que tendría unas horas para entretenerse poniendo al día algunos expedientes.

–Trabajas demasiado mi vida –susurró con dulzura su madre acariciándole la cabeza–. ¿Nos vemos luego?

–No sé, mamá, me espera una mañana bastante atareada. –mintió pesarosa, consciente de que necesitaba aquel rato para estar sola.

–Entonces nos vemos esta noche, ¿pizza y nachos? –preguntó Elsa tal y como hacía cada viernes. Emma se encogió de hombros y le dedicó una forzada sonrisa. ¿Por qué algunas cosas nunca cambiaban, y sin embargo su vida era tan complicada?

–¿De salmón para ti y verduras para mí? –insistió Elsa, que al ver que su hija no decía nada, lo interpretó como una afirmación y salió corriendo por la puerta.

Emma se levantó de la cama y cogió su traje rojo de chaqueta y falda de Adolfo Domínguez. Debajo se puso una blusa de seda color hueso, que anudaba formando un favorecedor lazo sobre su pecho. Se soltó el pelo y comenzó a rizarlo encogiéndolo con un poco de espuma, como hacía siempre. Se aproximó al espejo para observar la oscura profundidad de aquellas horribles ojeras, y rápido rebuscó en el interior de su bolsa de aseo. Sacó aquel corrector que nunca antes había utilizado, trató de cubrir todo lo que pudo y después se pintó los labios con un discreto brillo rosa palo. Cogió su maletín negro de Tous y se puso unos increíbles tacones rojos de Valentino, justo antes de salir por la puerta. Emma ganaba una miseria en su trabajo, pero su jefa insistía una y otra vez en lo importante que debía ser la imagen para ella, aún más trabajando en su selecto despacho; por lo que se vio obligada a comprar unos cuantos trajes y zapatos de lo más exclusivos, haciendo uso de una tarjeta de crédito, que ahora pagaba en cómodos plazos.

Caminó hasta la oficina lentamente, no solo porque le esperaba un día tranquilo, sino porque aún le resultaba difícil mantenerse sobre aquellos tremendos tacones, estaba acostumbrada a llevar deportivas o bailarinas y solo usaba aquel tipo de zapatos para el trabajo y en ocasiones especiales. Cuando llegó la puerta estaba abierta y el portero le dio los buenos días con una agradable sonrisa. Nada más abrirse el ascensor pudo escuchar aquellas risas, las que confirmaron su teoría, la zorra no estaba en casa. Emma no era la única que se cohibía ante su espeluznante presencia, también el resto de los asociados se comportaban de forma mucho menos distendida. Al entrar todos

la saludaron luciendo una monumental sonrisa, los tres parecían relajados, enfrascados como siempre en sus múltiples casos, pero con una aptitud mucho más calmada y cercana.

Emma dejó el bolso sobre la mesa y sacó el móvil, pudo ver que tenía tres wasaps de Sandra, en los que le preguntaba sobre los planes para ese día por la noche. Decidió contestar más tarde, había pensado no salir y no estaba dispuesta a empezar la mañana discutiendo con sus amigas. Comenzó ordenando expedientes, a menudo la documentación se acumulaba, y la carpeta de papeles pendientes de archivo estaba a rebosar.

Después de pasar una hora sumergida en aquel tremendo desbarajuste, Emma continuaba inquieta, estaba nerviosa e intranquila como nunca, no lograba centrarse y aquello cada vez parecía estar más desordenado. Estaba bloqueada; las fechas, números y letras se agolpaban en su cabeza; solo era capaz de pensar en él, en su mirada de reproche antes de que se marchara corriendo sin decirle nada. Con el primer sueño no paró de reprenderse por su absurda obsesión, pasar el día pensando en aquel hombre había sido de lo más descabellado, pero en esta ocasión era distinto, era la segunda vez que soñaba con Brandon, y no algo repetido, sino la continuación de aquel primer encuentro. Siempre había deseado que muchos de sus sueños se hicieran realidad, pero... ¿qué tenía de real aquel sueño?, jamás lo había mirado de aquella manera, era prácticamente lo contrario, se desesperaba por entrar en aquella ilusión que le proporcionaba algo que buscaba desde niña y la vida real no le había concedido. Atormentada por aquel angustioso recuerdo, retiró de un manotazo todas las carpetas, sin importarle como terminasen todos aquellos papeles en el suelo. Agarró el teléfono y sin pensarlo marcó el teléfono de Sandra.

–¡Por fin, desaparecida! –dijo Sandra al otro lado del móvil– ¡¿Dónde te metes?! Un poco más y mando a la poli.

–Ya sabes...trabajo y más trabajo, no he tenido ni un momento –contestó rápidamente, tratando de convencer a su amiga; sabía que, si Sandra intuía que le pasaba algo, no descansaría hasta llegar al fondo del asunto, siempre encontraba la manera de sonsacarle toda la información, sin necesidad de usar malas artes, le bastaba un tono de voz meloso y comprensivo para lograr alcanzar cualquier objetivo–. Entonces...quedamos. –afirmó Emma, dándolo por sentado; sin percatarse de que aquellas palabras,

por sí solas, por lo inusual que resultaban viniendo de ella, alertaban los cinco sentidos de Sandra.

–¿Te pasa algo?, estás rara... –preguntó Sandra llena de curiosidad– Siempre protestas los viernes... –insistió con la mosca detrás de la oreja.

–Nada –interrumpió Emma–, me apetecía desconectar de todo, llevo una semana de locos, si me meto en casa terminaré engordando a base de guacamole y helado. –improvisó tratando de resultar convincente.

–De acuerdo...pero...–titubeó Sandra dudosa. En realidad, no estaba nada conforme con aquella escueta respuesta– Está bien –prosiguió de pronto–. Llamo a Raquel. Te recogemos a las diez. –anunció pensando que si quedaban le resultaría mucho más sencillo saber lo que en realidad le ocurría.

–Perfecto, así ceno con mamá y luego os veo. –dijo aliviada al saber que no dejaría plantada a su madre, engulliría aquella cena rica en grasas y calorías, y después trataría de distraerse con las chicas.

Decidió pasar la tarde haciendo llamadas pendientes a algunos clientes, eso requería menos esfuerzo y a su vez lograba mantener la mente ocupada. Sin darse cuenta ya eran las ocho; los otros socios se habían marchado una hora antes, así que cuando terminó de recogerlo todo, apagó las luces y cerró la puerta. Bajó pensando que podía ponerse, no lograba decidirse, pero si de algo estaba segura era de que se pondría unas de sus cómodas bailarinas, tenía un insoportable dolor de pies, no aguantaba un minuto más de puntillas, de hecho, si no hubiera sido por el considerable riesgo que corría, habría regresado a casa descalza.

Cuando llegó Elsa la esperaba con la mesa puesta y la televisión preparada con la última versión de Orgullo y Prejuicio; a Emma le encantaba aquella película, pero esa noche no necesitaba nada romántico, solo quería bailar, reír y charlar, para más tarde caer rendida; puede que así no soñara o si lo hacía al día siguiente estaría demasiado cansada como para recordarlo.

–Mamá, primero me gustaría darme una ducha –informó sintiéndose indispuesta al ver tal cantidad de comida sobre la mesa, era incapaz de probar bocado, había tratado de ignorarlo, pero aquel nudo seguía oprimiendo su garganta–. He quedado con las chicas dentro de un rato. –terminó de contar Emma, mientras sacaba un par de toallas del cajón.

–Me alegro cariño, ha sido una semana dura, tienes que divertirte –dijo Elsa apoyando entusiasmada el cambio de planes de su hija. En los últimos meses Emma vivía entregada en cuerpo y alma a su trabajo, por eso ver que se relajaba le gustaba–. Tranquila, dejamos la película para otro día. –continuó diciendo mientras guardaba unos platos en el lavavajillas.

En la ducha Emma sintió desaparecer la tensión de su cuerpo, y por primera vez en aquellos dos confusos días, respiró agradecida por la plácida sensación que le provocaba el agua caliente al deslizarse por su cuerpo. Aunque enseguida pensó que ni siquiera aquello era capaz de igualar la emoción que la invadió al verse reflejada en el mar de aquellos impresionantes ojos.

Consciente de su inevitable recaída, cerró corriendo el grifo, se puso una de las toallas en el pelo a modo de turbante, y con la otra comenzó a secarse el cuerpo, intentando no pensar en nada.

A las diez y cuarto llegaron las chicas. Emma había cenado por no contrariar a su madre, aunque logró escaparse de la enorme tarrina de helado que hubiera puesto el broche final a la pesadez que llevaba en el estómago.

Se había decidido por un vestido celeste, que resaltaba sus bonitos ojos, y no olvidó sus veneradas bailarinas blancas. Antes de salir se detuvo ante el espejo de la entrada para retocar su peinado y ponerse el brillo de labios. Suspiró aliviada por sentirse por fin fresca y cómoda, se despidió de su madre dando un grito para que Elsa pudiera oírlo desde la cocina, y se dirigió al ascensor respirando profundamente.

–¡Hola, súper abogada! –escuchó decir a Raquel, que lucía una inmensa sonrisa.

–Hola, guapa –contestó esforzándose por parecer animada–. A propósito, ¿dónde te has dejado a Sandra? –Prosiguió, con la intención de cambiar de tema– ¡¿No se habrá rajado?! –bromeó sabiendo que eso jamás pasaría; Sandra solo renunciaba a una fiesta cuando una enfermedad la dejaba postrada en la cama.

–No tranquila, está en la otra calle, nada más torcer la esquina, había mucho tráfico y aquí no hay manera de parar en doble fila. –explicó incapaz de captar el tonillo sarcástico de Emma.

Emma asintió, soltando una carcajada que Raquel tampoco logró entender. «¡Es tan inocente!», pensó mirándola con adoración.

Las dos corrieron hacia el coche, y cuando solo les faltaban unos pasos para llegar, observaron incrédulas la mitad del cuerpo de Sandra sobresaliendo a través de la ventanilla del copiloto.

–¡Cómo te pille no te va a reconocer ni tu madre! –gritaba fuera de sí, increpando a un conductor, que le mostraba insistente el dedo corazón desde el interior de su impecable Audi negro.

Emma se apresuró a abrir la puerta del Seat Ibiza de su amiga, y sentándose en el asiento del conductor, tiró con fuerza del pantalón de Sandra, haciendo que esta volviera al interior del vehículo, aunque no sin dejar de soltar todo tipo de burradas por la boca. Sandra era de esas personas incapaces de hablar sin soltar tacos, los había integrado de tal modo en su vocabulario que se había convencido a sí misma de que no eran palabrotas, según ella estaban aprobadas por la Real Academia.

–¿Te lo puedes creer?! ¡¿No va el muy idiota y tira el cigarro encendido contra mi luna!?, si le pillo le quito los cuatro pelos que le quedan –amenazó con los ojos fuera de sus órbitas–. ¡¡Calvo de mier...!! –fue a continuar despotricando, cuando Raquel la interrumpió.

–Olvídalo Sandra, se ha marchado, tienes que aprender a controlarte, luego es Emma la que tiene que salvarte el trasero. –dijo al recordar aquel juicio de faltas que tuvo por insultar a un desconocido que casi se salta un paso de peatones.

–Venga Sandra, déjalo ya –insistió Emma, mientras bajaba para pasarse al asiento de atrás–. O mueves el maldito coche...o me vuelvo a casa, estoy cansada de tanto melodrama, para eso me hubiera quedado viendo orgullo y prejuicio con mi madre.

–Está bien leonas –dijo Sandra, mientras Raquel se ponía el cinturón junto a ella–. A este paso nos dan las once, y he quedado con Guillermo en los billares. –soltó arrancando el coche, ante la estupefacta mirada de Emma.

–¿Qué has dicho?! –preguntó Emma mostrando su más profunda desaprobación. Había estado ignorando los mensajes, wasap y llamadas perdidas de Raúl y lo último que le apetecía era caer en una nueva encerrona–

¿Cuándo tenías pensado decírnoslo? – continuó a la defensiva, buscando la mirada solidaria de Raquel, pero esta se hizo la despistada, se había encaprichado de aquel chico tan agradable con el que había estado hablando, se llamaba Víctor, y aunque no le había pedido el teléfono ni había dado señales de tener demasiado interés en ella, no le importaba volver a coincidir con ellos, tal vez terminara prendiendo la llama.

–Muy bien, pues yo me quedo –anunció haciendo el amago de abrir la puerta. Pero entonces Raquel empezó a implorar como lo hacía siempre. «Pucheros otra vez no», pensó Emma. Cuando su amiga lloriqueaba y ponía cara de perro pachón, era incapaz de negarle nada–. Vamos Raquel, déjalo ya..., sabes que no puedo, estoy cansada de perder el tiempo, prefiero que me atropelle un camión o que me arranquen los pelos de la nariz de cuajo. – informó desesperada, esperando que con aquellas exageraciones sus amigas se dieran por enteradas, no pensaba ir bajo ningún concepto.

–Venga Emma..., un billar y una copa, luego podrás irte a casa –mintió Sandra tratando de convencerla, no estaba dispuesta a que la fiesta acabara tan pronto, pero tenía que ir paso a paso, de lo contrario Emma saldría de estampida y no lograría nada. –. Hazlo por Raquel. –pidió en tono infantil poniendo morritos. Sabía que Raquel era su particular talón de Aquiles, no la dejaría indefensa en medio de tanto depredador sexual. Observó que Raquel también la miraba, parpadeando continuamente de forma cómica.

–Me rindo –confesó resignada–, pero nada de copa en otro sitio, o la pedimos en los billares o paso de tomar nada, ¿conformes?

–Por mi vale –aceptó entusiasmada Raquel, que se conformaba con poder charlar un rato con Víctor–, pero entonces vamos mejor a *Shooters*, estaremos más cómodos y podremos tomar algo mientras jugamos. –propuso tratando de encontrar el lugar idóneo para retener durante más tiempo a Emma. A las tres les gustaba jugar al billar, aunque ninguna era demasiado buena, pero se entretenían un rato mientras abrían los *pub* y discotecas que frecuentaban. *Shooters* estaba en plena Gran Vía, era espacioso, pero a la vez acogedor y tranquilo, tenía varias mesas de billar y una barra donde poder hacer más amena la espera.

–Por mí perfecto. –anunció Emma.

–Pues no se hable más. –dijo Sandra mientras arrancaba el coche.

Cuando llegaron el local estaba a rebosar. Sabían que los domingos se celebraban torneos, por lo que trataban de evitar aparecer esos días, pero no comprendían como estaba repleto un viernes.

–Ya lo entiendo. –dijo Raquel señalando hacia un grupo numeroso de chicas con diademas de conejitas de *playboy*, alternadas con otras de grandes y deformes miembros.

–¡No jorobes!, despedida de soltera, ¡hay que ser gansas! tienen cientos de club de *striptease* donde poder ver hombres con cuerpos esculturales, y terminan aquí dándole al billar con un falso pene por peineta. –comentó Sandra ante aquella congregación absurda y atípica, despertando como siempre las risas de sus amigas. No había pretendido hacer ningún chiste, siempre actuaba por impulso, soltaba lo primero que le venía a la cabeza, sin detenerse a poner adornos ni florituras.

–Ya te vale, cada día eres más basta –dijo Emma, sin poder parar de reír a carcajadas–. Anda..., vamos.

–¿A dónde?

–Yo qué sé, pero no pienso quedarme en medio de estas posesas. –expuso Emma guiando a su amiga hacia la puerta, mientras Raquel las seguía de cerca.

–¿Y ahora qué hacemos? –preguntó Raquel, preocupada ante la posibilidad de que tras aquel inoportuno episodio Emma pudiera dar por terminada la noche. Pero cuál no sería su sorpresa al ver aparecer por la acera de enfrente a Guillermo, Raúl, Víctor y otros amigos. «Estoy salvada», pensó consciente de que ahora Emma se vería obligada a quedarse.

–¿Qué tal muñeca? –preguntó Raúl dirigiéndose como una flecha hacia Emma.

–¿Muñeca?, yo no soy tu muñeca. –contestó asesinándolo con la mirada.

–Vale, perdona, no pretendía...–trató de disculparse Raúl, cuando Emma le interrumpió de nuevo.

–Imagino el tipo de chicas con las que estás acostumbrado a tratar, y estoy segura de que no sabes admitir un no por respuesta, pero como ya te

dije el otro día..., no me interesas, no quiero perder el tiempo ni que tú lo hagas, así que agradéceme que te ahorre esfuerzos y parafernalias que no te servirán de nada . –espetó Emma ante la mirada confusa e incrédula de él, nunca antes ninguna otra le había hablado así, y por eso le había encantado, ahora era un reto más difícil y el premio le resultaba mucho más apetecible. Después de aclararle esos puntos, Emma se giró sin dar lugar a que Raúl dijera nada.

Cuando por fin lograron encontrar un lugar más tranquilo donde poder tomar algo, Emma se sintió acosada por aquel hombre seductor y atractivo, que, si en un primer momento le pareció agradable, ahora empezaba a resultarle insufrible; la miraba constantemente, y si Emma se alejaba él la seguía y se hacía el encontradizo.

–¿Dónde vas preciosa? –preguntó Raúl, recorriéndola con una mirada llena de lujuria– ¿Intentas escapar de mí?

–Tranquilo, solo quiero ir al baño. –anunció con indiferencia, esperando que se quitara del medio.

–Me gusta cuando haces eso. –confesó acercándose peligrosamente, a la vez que Emma retrocedía sospechando lo que pretendía.

–¿A qué te refieres? –preguntó perpleja– Recuerda..., este es mi espacio –dijo trazando un simbólico y sagrado círculo alrededor de ella–. Y ese es el tuyo. – concluyó apoyando sus manos contra el fuerte pecho de Raúl, tratando de mantener las distancias. Pero sin que Emma pudiera evitarlo, Raúl le cogió las manos y llevándoselas a la espalda con fuerza, la atrajo hacia si para devorar su boca con pasión, aguardando el momento en que Emma dejara de patlear y le recibiera. Pero, aunque el contacto de su musculoso cuerpo le agradaba y disfrutaba con el sabor de aquellos expertos labios, era incapaz de albergar ningún tipo de sentimiento más profundo hacia él. Por eso cuando apareció su lengua, Emma giró como pudo la cabeza, pero al encontrarse con la molesta insistencia de él, terminó dándole un tremendo pisotón, que hizo estremecerse a Raúl, que por fin la soltó de golpe.

–¡Me encanta! –soltó morbosamente, intentando enderezarse.

Esa mirada la inquietó sobremanera, aquello sin duda le gustaba, aquel

macabro juego de resistencia le excitaba, y cada vez estaba más lejos de poder quitárselo de encima. Fue en busca de sus amigas, necesitaba marcharse a casa. Huyendo de Brandon y su más que probable locura había terminado allí, acorralada por un hombre que no desbordaba su alma, por el que no sentía ninguna atracción, más allá de la que su escultural cuerpo merecía, pero aquello no era exclusivo, era la reacción general de todas las féminas que lo rodeaban.

Raquel y Sandra charlaban de forma distendida con Guillermo y uno de sus espectaculares amigos, por lo que Emma decidió marcharse sin decir nada, quería concederles aquel merecido instante de alegría en compañía de esos dos cuerpos de portada.

Aquella tercera noche Emma se quedó dormida en el sofá del salón; había llegado antes de lo previsto y su madre aún estaba despierta, se habían sentado a ver la primera parte de *Orgullo y prejuicio*, incluso sucumbieron ante la tentación de aquel enorme y grasiento helado de chocolate con *cookies*, el favorito de ambas. Emma no logró llegar a ver empezar la segunda parte, sus ojos se cerraron agotados, y no tardó en verse sumergida en la continuación de aquel mágico y esperado sueño.

Tercer sueño

Emma subió a su habitación enfadada consigo misma, no lograba entender cómo podía ser tan cabezota y mezquina, Brandon lo había intentado no una sino varias veces, había buscado aquella complicidad disculpándose de forma encantadora, y ella se había limitado a golpear sin compasión su ego. Le fascinaban sus ojos azules, su sonrisa perfecta y su forma de actuar con aquellos niños; pero era incapaz de reconocerlo.

El sonido de su estómago le recordó que la hora de comer estaba cerca, «¿qué debo hacer?», se preguntó indecisa. Una parte de su ser ansiaba bajar a reunirse con Brandon, pero su mitad orgullosa la frenaba. Al cabo de unos minutos valoró la conveniencia de permanecer allí sola, hasta que llegara la hora de reunirse con su abuela. Decidió tumbarse a descansar, esperanzada en poder calmar aquella creciente y molesta percusión que emanaba de su estómago; pero entonces alguien golpeó la puerta, haciendo que Emma se incorporara casi de un salto.

–¿Quién es? –preguntó nerviosa dirigiéndose hacia la puerta.

–La asistenta. –contestó una voz suave al otro lado.

–¿Asistenta?! –trató de confirmar decepcionada. Lo cierto es que había fantaseado con la idea de que pudiera ser Brandon, que no se hubiera rendido y volviera a intentar acercarse a ella.

–Sí, señora, me envía el señor –explicó la misma voz al otro lado–, le traigo la comida.

–Adelante –consintió finalmente. Su gesto se tornó amargo al ver ante ella a la misma mujer que le había reprochado por haber puesto en peligro la vida de Brandon–. Puedes dejarlo ahí mismo, gracias. –se apresuró a indicar, tratando de librarse de ella cuanto antes, no tenía ganas de sermones, bastante tenía con sus propios demonios. La muchacha había iniciado su marcha sin decir nada, cuando Emma la detuvo ante su propia sorpresa, sin saber por qué la idea de poder sonsacarla le resultó oportuna, y aunque sabía que podía volver a increparla con su afilada lengua de víbora, decidió correr el riesgo. La mujer respondió a su reclamo y parándose en seco se giró para mirarla.

–¿Desea algo más? –preguntó de mala gana.

–Verás...me gustaría hacerte una pregunta –anunció Emma–, ¿te importa?

–No estoy segura de poder ayudarla, pero haré lo que pueda. –contestó con una mirada que a Emma le hizo intuir que no lograría sonsacarla.

–Hace un momento he visto a Brandon con un grupo de niños –narró Emma ante la mirada de asombro de aquella. «¿Cómo era posible que ya le llamara por su nombre?», pensó Emily con los ojos desencajados por la rabia. Ella llevaba años trabajando en la casa y no había podido evitar formarse falsas esperanzas, sin embargo, reconocía que él jamás las había incitado, de hecho, ella nunca se había tomado la licencia de llamarle por su nombre, y dudaba que Brandon pudiera recordar el suyo–. ¿Podrías explicarme que hacen tantos chiquillos en la granja?

–¿Granja? No tienes ni idea –escupió Emily comenzando a soltar su veneno–. Se nota que eres la típica pija de ciudad, incapaz de apreciar la grandeza de esta casa...–trató de continuar, cuando Emma la interrumpió ofendida y confusa, ¿por qué la tenía tanta ojeriza?, ya se había disculpado por aquel desafortunado incidente, pero esa mujer parecía querer su cabeza en una bandeja.

–¿Perdona...? yo no te he insultado, solo te he hecho una sencilla pregunta –soltó Emma, desafiándola con la mirada–. ¿Tienes algún problema...? conmigo digo. –preguntó hastiada, con un tono mucho más duro.

–Yo ninguno, pero cuanto antes te marches mejor para todos. –contestó sin amilanarse. Después se dirigió hacia la puerta y cerró de un portazo que hizo sobresaltarse a Emma. Pero... ¿qué narices le pasa a esta?, se preguntó mientras se empezaba a vestir para bajar al salón. No había logrado la información que esperaba, pero aquella extraña aptitud no había hecho más que avivar su curiosidad, y por eso decidió bajar para saciar su apetito y continuar indagando, no estaba dispuesta a correr el riesgo de probar nada de la bandeja.

Cuando entró en el comedor sintió que todas las miradas se centraban en ella; se había puesto un vestido turquesa, con un coqueto cinturón rosa

palo estampado con diminutas flores de colores. Llevaba el pelo suelto y la cara lavada, ni siquiera había podido pintarse los labios, su bolsa de maquillaje se había quedado en el maletero del coche. Brandon charlaba de forma cordial con la cocinera, que había comenzado a servir los platos, sin percatarse de lo que estaba sucediendo. Solo cuando la mujer se retiró pudo encontrarse con los ojos de Emma, que avergonzada por lo que él la hacía sentir, retiró la mirada, mientras Brandon se deleitaba de forma descarada en la belleza y frescura de aquella temperamental mujer, que le hacía desear besarla y matarla en la misma medida, dos sentimientos que no dejaban de atormentarle.

Emma retiró de su cara dos tirabuzones que le tapaban los ojos, nerviosa por saber que Brandon la seguía sin poder dejar de contemplarla. Rodeó la mesa sin saber dónde debía sentarse, hasta que un hombre que debía rondar la edad de Brandon, se levantó con galantería para retirarle una silla situada a su derecha. En ese preciso instante Brandon deseó coger del cuello a su buen amigo Thomas, pero tuvo que conformarse con fulminarle con una mirada helada, mientras se mordía rabioso el labio inferior, incrédulo ante lo que despertaba en él todo aquello, ¿acaso eran celos?, pensó perplejo. No, de ningún modo podía ser eso, Brandon no creía en el amor y sentir aquella necesidad de posesión; de ser el dueño de aquellas curvas, de esos carnosos labios y de sus cabellos salvajes y dorados; le estaba llevando al borde de la locura.

–He terminado. –informó Brandon, lanzando la servilleta contra la mesa, para marcharse hacia la puerta ceñudo, sin levantar la mirada. Era incapaz de presenciar la íntima proximidad que se había creado entre Emma y Thomas, al que no le resultaban indiferentes los múltiples encantos de la joven, e insistía en conversar con ella, acercándose sinuosamente sin ningún tipo de reparo. De haber permanecido durante más tiempo observándolo, Brandon le habría matado, pero era su mejor amigo, debía evitarlo.

–A Emma le entristeció verle alejarse cabizbajo, hubiera deseado correr tras él, y descubrir el corazón que latía debajo de aquella fachada tosca y prepotente que tanto le atraía, pero aquello la hubiera delatado, y no quería mostrarse débil. El tiempo le había enseñado que las cosas demasiado sencillas despertaban el desinterés y la desidia, y no estaba dispuesta a sufrir de nuevo, aún menos sabiendo lo irresistible que le resultaba su cercanía.

Decidió curiosear por la casa, o por la inmensa mansión, para ser fiel a la grandeza que la rodeaba, pues, aunque no había encontrado el momento de deleitarse con su majestuosa belleza, no le quedaba duda de la larga tradición que dormía aletargada y secreta entre aquellas paredes. Le llamó la atención una preciosa pintura de la casa, un cuadro que reflejaba otra época, así lo indicaban los carruajes de caballos y las vestimentas de las personas apostadas junto a la esplendorosa y reluciente escalinata. Además, era una estampa navideña, su celebración favorita; los árboles estaban nevados, y dos enormes, decorados con sumo encanto, enmarcaban la luminosa entrada. Se percató de que había un pequeño letrero bajo el óleo y se aproximó para lograr leerlo; pudo ver que ponía: San Antonio 1860. Sospechaba que aquella casa debía tener más de un siglo de antigüedad, pero jamás hubiera imaginado que pudiera remontarse a tiempos de la Guerra de Secesión.

–Es la casa un año antes de que Texas se separase de Estados Unidos para unirse poco más tarde a los Estados Confederados de América. –dijo una voz ronca a su espalda. Emma lo reconoció al instante, era Brandon, que incapaz de alejarse sin saber si aquella cercanía entre Emma y Thomas iría más lejos, había decidido regresar para verlo con sus propios ojos. Suspiró aliviado al encontrarla contemplando aquella obra que a él siempre le había gustado. Verla allí sola y tranquila, admirando aquella casa del pasado, le había reconfortado, cualquier cosa antes que volver a presenciar sus coqueteos con otro hombre. Emma continuó escuchándole sin volverse, aquella voz le hacía temblar de arriba abajo, era viril, pero a la vez dulce, y despertaba en ella un inusual cosquilleo que nunca antes había experimentado. Se sintió incapaz de cambiar de postura, sentirle tan cerca, ser capaz de percibir su olor y su respiración profunda y agitada, había terminado por dejarla paralizada.

–¿Ves esta otra? –continuó Brandon, señalando una lámina en blanco y negro–, representa la batalla de Palmito *Ranch*, la última de la guerra civil, el 12 de mayo de 1865. –continuó narrando, aproximándose a Emma, que se mantenía estática. Brandon fue capaz de sentir la fragancia floral que emanaba de su precioso cabello y ella supo que estaba aún más cerca, y eso la hizo acalorarse y respirar fatigada, sintiendo que aquel rubor quemaba ya sus mejillas. Decidió buscar el cuadro que él le había indicado, de esa forma podría romper aquel excitante silencio que se había formado entre ellos, pero al girarse sus labios se rozaron con los de Brandon. Avergonzada comenzó a

retroceder sin mirarlo, pero no pudo llegar muy lejos, él rodeó su cintura con uno de sus robustos brazos y la atrajo hacia sí para hacer suya aquella boca que tanto ansiaba probar. Invadió su espacio sin piedad, sin dejarla reaccionar; asedió con ardor aquellos sabrosos y carnosos labios, los mordisqueó y finalmente tanteó sensualmente con la lengua, anhelando ser recibido por ella. Emma estaba derrotada, Brandon había burlado todas y cada una de sus defensas, nadie la había besado como él lo estaba haciendo, le gustaba tanto que creyó desvanecerse cuando sintió flaquear sus piernas, pero entonces decidió dejarse caer rendida entre sus brazos, sabiéndose protegida y deseada por aquel que ahora la arrojaba. No podía escapar, no quería dejarlo, y así, arrastrada por aquella abrasadora locura, le abrió el camino hacia la tímida fogosidad de su inexperta lengua; Emma había besado muchas veces, pero no de aquella manera, no sintiendo que su cuerpo se derretía con cada nuevo y apasionante movimiento; le gustaban la suavidad y fuerza de su boca. Mientras Brandon, incapaz de renunciar a ese idílico momento, la apretaba hacia él cada vez con más fuerza, como si pretendiera fundirse con ella.

Cuando Brandon se separó con suavidad de aquella provocadora tentación, vio que Emma seguía frente a él de puntillas con los ojos cerrados, aquello le hizo sonreír. Verla impaciente porque él reanudara sus besos y abrazos le encanto. Saber que ansiaba más de él le sedujo, le enloqueció por completo. En aquel preciso instante la hubiera levantado entre sus brazos y la hubiera subido a su habitación para dar respuesta al sofocante calor que le invadía, pero logró refrenarse y apelando a la fría y necesaria razón, decidió parar, aún no tenía claras las intenciones de ella. Resultaba más prudente continuar con aquel pulso hasta saber quién era y porqué irrumpía de aquella manera en su vida, rompiendo todos y cada uno de sus esquemas.

Los dos respiraban fatigados cuando Emma abrió los ojos y se encontró con los de Brandon, que la observaba sorprendido ante su postura sumisa e indefensa, ¿era aquella la misma mujer intrépida que le había desafiado?, se preguntaba fascinado por su belleza. Pero a Emma le incomodó como la miraba, se sintió ofendida y se puso con los brazos en jarra. ¿Ya estamos de nuevo fieras?, pensó divertido al ver el gesto infantil de ella. Y antes de que Emma pudiera desatar su cólera, la cogió de la nuca con dulzura y atrayéndola hacia sí con pasión, volvió a besarla con fiereza, separándose antes de recibir su respuesta.

–¿Te has vuelto loco?, no vuelvas a hacerlo. –amenazó Emma dándole un empujón en el hombro. En el fondo no imaginaba nada mejor que seguir besando aquellos cálidos y pasionales labios, pero todo aquel cúmulo de nuevas emociones la superaba, no podía explicar aquella atracción por un completo extraño. Brandon se carcajeó, aquel carácter que emanaba de aquella femenina y escultural mujer le cautivaba. Hubiera deseado capturar de nuevo aquella sensualidad que emanaba de su boca, pero se limitó a dedicarle una de sus electrizantes miradas, mientras decía:

–Aún queda un rato para que regrese mi abuela –recordó con aires de victoria. Le complacía pensar que aún disponía de algunas horas–. ¿Te gustaría conocer el rancho? –preguntó dedicándole un perverso y provocador guiño. De momento no le parecía mal que ella le tomara por un conquistador empedernido, por lo menos mientras descubría lo que podía tener de real todo aquello– ¿Te animas preciosa? –insistió recorriendo su cuerpo con una mirada lujuriosa que hizo vibrar a Emma.

«¿Será descarado y creído?!», pensó, tratando de sofocar la agitación que la invadía.

–No conozco tus costumbres, pero debes saber cuánto antes que yo no hago estas cosas, no beso al primer tipo que se cruza en mi camino, y tampoco permito que me llame preciosa –espetó cruzando los brazos sobre su pecho, sin dejar de mirarlo. Un gesto que despertó la ternura de Brandon. Aquel comportamiento infantil y picajoso la hacía parecer adorable. Tuvo que sujetarse para no lanzarse sobre ella de nuevo– ¿Me has entendido? –preguntó furiosa al percatarse de su supuesta indiferencia, al verle mirando al techo resoplando.

–Sí, muñeca, tranquila, me queda claro, nada de besos ni confianzas, lo he captado. –contestó sarcástico, despertando la furia de ella.

«¿Muñeca?, ¿este es tonto!», pensó incrédula al ver como se burlaba de ella.

–Si no te importa prefiero pasear sola. Disfrutar de la calma en medio de este impresionante paisaje. –anunció, declinando la invitación que Brandon le había hecho. Aquella forma de actuar la desconcertaba, tan pronto se sentía contemplada con devoción, como no veía en él más intención que la de aprovecharse de ella. No estaba por la labor de ponérselo en bandeja.

Aquella respuesta dejó confuso y desolado a Brandon, que solo había pretendido seguir divirtiéndose, viendo como Emma se ponía en guardia, sin sospechar que aquello pudiera espantarla.

–Venga... lo intentaré, prometo no decirte nada mínimamente agradable –insistió desesperado por lograr que le acompañara, pero sin permitir que ella pudiera vislumbrarlo–. No tienes nada mejor que hacer, no seas testaruda.

«Tampoco es eso», pensó, ¿aquel hombre no tenía un punto medio? En el fondo la idea de que la tratara con desdén tampoco le gustaba. Casi se había acostumbrado a ese juegucito, y le gustaba saber que Brandon estaba al acecho, observándola de lejos con sus espectaculares ojos color cielo.

–Está bien –accedió deseosa de mantenerse a su lado–, pero guarda las distancias, si vuelves a intentarlo te juro que...

–¿Qué harás? –interrumpió Brandon acercándose lentamente, haciendo valer su formidable presencia– ¿Debo temerte? –continuó desafiando, atreviéndose a pasar el dedo por aquellos sedosos labios. Aquel incitador gesto hizo temblar a Emma, que no sabía si golpear su hombría o caer rendida entre sus formidables brazos.

–Solo ponme a prueba...–susurró Emma muy cerca de su oído, a la vez que miraba sinuosa su entrepierna, haciendo que Brandon se pusiera alerta, la creía capaz de cualquier cosa– Entonces... ¿vamos? –sugirió Emma comenzando a caminar hacia la puerta, manteniendo una sonrisa perversa. Brandon levantó la ceja y resopló sintiéndose perdido Admirado por aquella sugerente forma de moverse, que despertaba su hombría.

–A propósito Emma **la terrible** –se burló Brandon–. Mantente lejos de mis caballos, aún están traumatizados. –advirtió poniéndose a su lado muerto de la risa.

«Yo a este le doy», pensó desesperada, consciente de sus intenciones, sin duda pretendía llevarla al límite, hacerla estallar, pero Emma no estaba dispuesta a darle ese gusto, no si cumplía la parte de mantenerse a distancia.

Entonces Brandon tomó la iniciativa y aligerando el paso se dirigió hacia las cuadras, ante la recelosa mirada de Emma, que dejó de seguirle, ¿no debía alejarse de sus magníficos purasangres? ¿Qué tramaba?, se preguntaba

con suspicacia. Brandon no tardó en percatarse de su ausencia y retrocedió lo justo y necesario para sin ni siquiera mirarla tirar de su mano con fuerza.

–¡Para, me haces daño! –Exigió Emma sintiéndose arrastrada– ¡Eres un zafio! –gritó sin comprender porqué de pronto se comportaba como un bárbaro– ¿Quieres arrancarme la mano? –preguntó dolorida, con el gesto torcido y sin dejar de apretarse la muñeca. Ante aquellos gimoteos Brandon se volvió, y al contemplar sus ojos vidriosos se sintió avergonzado por su brutalidad. A menudo, no se percataba del alcance de su fuerza. Sosteniendo aún su mano, se arrodilló ante la atónita mirada de ella, y besó la zona enrojecida, mientras levantaba la mirada para encontrarse con los ojos de ella, que le contemplaba enternecida por aquel dulce e inesperado gesto. Sin poder contener el impulso y sin recordar qué le dolía, Emma se dobló para buscar su boca, esos cálidos labios que la invitaban a besarlo. Apenas los había rozado cuando Brandon tiró de ella atrayéndola hacia sí, esta vez con sumo cuidado y mimo. Se sentó en el suelo para buscar una postura más cómoda y así poder sostenerla. Brandon retiró lentamente unos rizos rubios que tapaban su hermosa cara, y entonces, asiéndola con suavidad por su esbelto cuello, comenzó a saborear con pasión su boca, enloqueciendo al sentir la fogosa respuesta de ella. Aterrado ante la excitación que nublaba sus sentidos. Sabía que debía parar, aquella atracción no tenía ningún sentido, pero la forma en que Emma se refugiaba en su pecho le conmovió y supo que no podría frenar su deseo de poseerla.

–¿Qué estamos haciendo? –preguntó Emma con un hilo de voz, esperando no ser escuchada, arrastrada, sin lograr renunciar al sublime sabor de aquella boca. «Pensaré que soy una cualquiera, acabamos de conocernos, ¡por Dios Emma!, ¡¿qué estás haciendo?!», pensó condenándose a sí misma. Ansiaba estar con él en aquella descarada postura más que ninguna otra cosa en el mundo, pero todo distaba demasiado de lo que era normal y correcto, al menos para ella.

Finalmente, Emma se dejó seducir por sus prejuicios y complejos, y la magia se esfumó despertando la frustración de ambos. Aun así, Emma no se levantó ni trató de rechazar su acechante cercanía, le gustaba la calma y protección que le brindaban aquellos vigorosos brazos, que ahora la cubrían. Brandon apoyó su barbilla en el hombro de Emma, necesitaba un momento para enfriar el volcán que palpitaba entre sus musculosas piernas. Se deleitó oliendo las flores que parecían emanar de su pelo, y Emma se estremeció al

percibir su aliento acariciando su cuello.

–¿Por qué me traes aquí? –trató de averiguar todavía confusa, mientras Brandon acariciaba con devoción su espalda.

–Quiero que veas algo –contestó bastante más serio, tratando de levantarse sin soltarla–. Entra conmigo, por favor –solicitó ofreciéndole su mano con mucha más delicadeza–. Confía en mí, si no te gusta lo que vas a ver puedes castrarme para siempre. –concluyó haciendo que Emma se ruborizara al pensar que le haría muchas cosas antes que esa.

–De acuerdo, pero será mejor que me ocupe de mis manos. –dijo dedicándole un guiño, que él aceptó retirando su mano sin protestar, como si tramara algo. Entonces con un atlético movimiento se puso junto a ella y tomándola con firmeza por la cintura dijo:

–Así no te haré daño, prefiero escoltarse, no vaya a ser que te reconozca alguno de mis sementales y termines pateada por los suelos. –continuó mofándose ante la escéptica mirada de Emma.

Antes de entrar Brandon le tapó los ojos, aprovechando para sentir de nuevo la proximidad de su cuerpo. Emma creyó que el corazón se le salía del pecho, mientras sus piernas temblaban al sentir su masculinidad justo detrás de ella.

–Camina despacio, un poco más a tu derecha –dirigió sin soltarla de la cintura–. Ya estamos, espera un momento, te quitaré el pañuelo –dijo comenzando a deshacer el nudo–. No seas impaciente. –susurró con voz melosa a su oído, haciendo que Emma se tensara. Tenerle tan cerca despertaba mariposas en su estómago y muchas otras emociones desconocidas para ella. Liberada de la venda suspiró excitada por aquel sinuoso momento, hasta que sintió como Brandon tomaba su mano para posarla encima de lo que enseguida identificó como un animal que respiraba agitado. Sobresaltada abrió de forma instintiva sus grandes ojos. Ante ella había un impresionante caballo alazán, de crines y cola rubias, casi blancas. Su pelaje pardo rojizo desprendía un brillo cristalino, que llevó a Emma a acariciarlo con admiración, jamás había visto un espécimen como ese. Lo rodeó para observarlo de frente. Aunque pocas personas lo sabían, Emma conocía muy bien a los caballos y se moría de curiosidad por descubrir sus rasgos.

Ante la grata expectación de Brandon, al comprobar que Emma disfrutaba con aquello, se puso frente a ese gran animal sin ningún tipo de reparo.

–Marcas blancas y unos maravillosos ojos celestes –murmuró visiblemente emocionada–. ¡Es precioso! –un alazán excepcional, es realmente majestuoso.

–Es un alazán rubio de raza belga.

–¡Lo sabía! –gritó saltando satisfecha.

–¿Lo sabías? –preguntó curioso, asombrado ante la eufórica reacción de Emma; ¿Qué podía saber aquella sensual mujer de caballos? Emma había pasado veranos enteros en un campamento de equitación, era la forma que tenía su padre de recompensarla por la separación y los duros cambios en su vida. Ella se sentía inmensamente sola, y su único consuelo era aquellos grandiosos y nobles animales. Pero de ningún modo iba a desnudar su alma ante Brandon, ya se había expuesto demasiado.

–Me encanta la tonalidad de su pelo, es más oscuro, y eso le hace parecer salvaje y regio, pero el contraste de su cola y crines plateadas, con esas marcas blancas que enmarcan esos infinitos ojos azules, hacen que resulte un animal cálido y cercano. –argumentó ante la perpleja y risueña mirada de Brandon, que permanecía ensimismado apoyado en la pared con los brazos cruzados. Le apaciguaba escuchar el suave y acompasado sonido de su voz, y aún más que hablara con elocuencia de aquel tema. La fluidez y entrega que derrochaba le tenían bebiendo de su mano, pero tampoco estaba dispuesto a confesarlo.

–Me dejas sin palabras. –admitió llegando hasta ella de dos grandes zancadas. Brandon podía forzar su supuesta indiferencia, pero después de vibrar de pies a cabeza con el melodioso timbre de su voz, era incapaz de renunciar al placer de besarla. La agarró con determinación por la cintura y la estrechó contra su cuerpo. Dejándose llevar por aquel pasional arrebató, atacó sus labios de forma tan libidinosa que Emma no pudo contener un profundo suspiro de gozo, que fue silenciado por la boca de Brandon, que la hizo sentir al borde del colapso. Brandon ansiaba continuar recreándose en aquella humedad traviesa de su sabrosa boca, embrujado por todo lo que sentía cuando ella le mordisqueaba el labio inferior o jugaba con su lengua, pero

entonces, Emma se detuvo, y distanciándose apenas unos centímetros dijo algo que a Brandon le puso rígido al instante.

–¿Me dejarías montarlo?, por favor. –pidió pestañeando, poniendo morritos como si fuera una niña.

La reacción de Brandon no se hizo esperar, con los ojos repletos de ira amplió la distancia que existía entre ellos, provocando el desconcierto de Emma, que palidecía por momentos sin alcanzar a comprender porque encolerizaba de aquella forma.

–Nos marchamos –anunció sin contestarla–. Mi abuela estará a punto de llegar y aún tengo temas pendientes. –continuó, a la vez que le ofrecía su mano, un gesto cortés que ella rehusó, al percatarse de que ni siquiera se dignaba a mirarla. «¿Me quita el aliento con su embaucadora boca para después mandarme a paseo?», pensó apesadumbrada y confusa. «Esto me pasa por confiar a ciegas, soy una estúpida...», continuó reprochándose a sí misma mientras se dirigían hacia la casa. Brandon se detuvo ante el establo de las vacas, todavía tenía que revisar aquella zona antes de reunirse con Emma y su abuela.

–Me quedo aquí, tengo que echar un último vistazo. –dijo con rudeza. Aunque al instante se arrepintió conmovido al volverse y ver la expresión de Emma. «¿Qué diablos estoy haciendo?», se preguntó recriminándose por su desagradable forma de comportarse con ella. ¿Qué culpa tenía ella de lo que torturaba incesante su atormentada cabeza? Tratando de arreglarlo, se adelantó unos pasos, con la intención de llegar hasta ella, pero Emma se lo impidió extendiendo los brazos hacia su fuerte torso.

–¿A dónde crees que vas? –preguntó resentida. Estaba demasiado dolida por el rumbo que habían tomado las cosas. En solo unos minutos había pasado de flotar en una nube de colores a un profundo desencanto, ¿por qué se había comportado de esa forma tan brusca después de seducirla?

–No vas a jugar conmigo, no te conozco ni tengo la más mínima intención de llegar a hacerlo. La estupidez de besarnos no ha sido más que eso, un estúpido error que no volverá a repetirse. En cuanto hable con tu abuela me marcharé y jamás volverás a verme.

Brandon se mantuvo quieto, en silencio. En el fondo sabía que merecía

todo aquello, pero cuando Emma habló de alejarse sintió que su corazón se rompía en mil pedazos.

–Emma, escucha... –trató de justificarse; pero ella dio media vuelta y se encaminó hacia las dos columnas dóricas que precedían la entrada. No quería escuchar nada más, se culpaba por haber sido tan torpe al sucumbir ante la falsa provocación de un completo desconocido.

Cuando dieron las seis de la tarde, Emma logró reunirse por fin con la abuela de Brandon, una mujer delgada y elegante, con el pelo plateado recogido en un moño francés que le concedía un toque de distinción; era cortés y agradable en el trato. Al instante pensó que era una mujer encantadora y vital, que nada tenía que ver con el tozudo de su nieto.

–¿En serio es usted la abuela de Brandon? –preguntó asombrada ante la diferencia de caracteres.

–Sí, hija –contestó de forma afable–. Imagino que lo dices por lo poco tolerante que se muestra a veces, pero te aseguro que su pecho alberga un corazón de oro, lo comprobarás con el tiempo.

–No era mi intención ofenderla –intervino Emma, temiendo que sus palabras fueran mal interpretadas–. Es solo que... parecen tan diferentes.

–Ha salido más a su abuelo Tom, ¡era tan cabezota! –dijo emitiendo un profundo suspiro, con el que Emma se percató de lo mucho que lo extrañaba– Cuando le conocí me volvía loca, tan pronto me hacía sentir la mujer más feliz del mundo, como lo retorció todo haciendo que deseara estrangularlo con mis propias manos. Pero al segundo se arrepentía, y las reconciliaciones fueron algunos de los momentos que jamás olvidaré mientras viva. –narró con los ojos anegados en lágrimas.

–Si no es indiscreción...–dijo prudente– ¿cuántos años estuvieron casados?

–Tranquila, me consuela recordarlo, así parece que no se ha marchado –contestó nostálgica–. Verá...

–Tutéeme, por favor, puede llamarme Emma. –Interrumpió tratando de mostrarse cercana.

–Lo mismo digo querida, me encantaría que me llamases Sofía, me hace sentir mucho más joven.

–Continúa por favor. – solicitó Emma muy interesada por el desenlace de aquella historia que tanto le sonaba.

–Nos conocimos cuando solo teníamos veinte años, a los dos meses ya sabíamos que estábamos hechos el uno para el otro, así que un día Tom apareció en la casa de mis padres, le vi venir desde lejos, en su reluciente purasangre negro. Sé que esto puede sonar a cuento –narró luciendo una deslumbrante sonrisa–, pero fue tal y como te lo digo. Llegó hasta mí, descendió de aquel imponente animal y arrodillándose pidió mi mano, ante la ceñuda mirada de mi estricto padre, que no estaba muy convencido de lo nuestro. Pasamos juntos cincuenta y dos años, y me satisface poder decir que sobre todo lloré por el miedo que tenía a perderlo, y no es que no discutiéramos, porque siempre nos estábamos retando, pero al llegar la noche ninguno era capaz de dormirse sin haberlo solucionado, y esa pequeña diferencia, esa pequeña debilidad en ese corpulento y desafiante hombre, era lo que me volvía realmente loca. De pronto Sofía hizo un prolongado silencio, y entonces Emma, al buscar su mirada cabizbaja, pudo ver las lágrimas que brotaban por su fina y dulce cara. Emma estaba impactada ante aquella revelación de profundo y sincero amor por el que fue su marido durante tantos años, ¿cómo era capaz de hablar con esa pasión después de tanto tiempo?, aquello le hizo desear fervientemente algo tan intenso y pasional en su vida, alguien que la hiciera llorar de puro gozo y que supiera aliviar sus pesares antes de irse a la cama. Pero también la hizo pensar en Brandon, y eso le daba miedo, no quería hacerse falsas esperanzas, estaba muy lejos de casa y de momento él se había mostrado ante ella altivo y orgulloso.

–Has sido muy afortunada Sofía –dijo tratando de consolarla–. No todo el mundo conoce ese tipo de amor del que hablas, la mayoría lo soñamos sin confiar en lograr encontrarlo. –dijo compungida, sin poder apartar de su mente a ese otro cabezota.

–Eres muy joven –interrumpió sorprendida ante tanto escepticismo–. Sin duda lo encontrarás sin tener que buscarlo, llegará hasta ti suave y fresco como una ráfaga de viento, despertando sentidos que hasta entonces creías dormidos. Emma se sintió aún más derrotada y perdida, ¿se refería a lo que

había experimentado entre los brazos de su nieto?, porque entonces estaba condenada a sufrir sus desplantes e indiferencia– En algún lugar hay alguien para ti querida –prosiguió con dulzura–. Es muy probable que lo hayas encontrado, aunque tardes en reunir el valor necesario para poder admitirlo.

¿Qué trataba de decirle aquella pequeña y encantadora anciana?, ¿acaso era capaz de leer en su mente?

–Dime... ¿has encontrado a ese tozudo galán que logre cambiar tu vida? –insistió mirándola con picardía.

–No Sofía, no lo he encontrado, todavía no ha llegado ese día.

–Abre los ojos corazón. –sugirió con aquella suave voz que lo envolvía todo.

Por fin sabía en qué se parecía a su nieto. «Es igual de embaucadora», pensó sonriente.

–Has de tenerlos bien abiertos, la obstinación puede llevarnos a perder lo que más queremos.

–A propósito Sofía, ¿te importa si abuso de tu amabilidad y te hago otra pregunta?

–Adelante chiquilla, pregunta lo que quieras.

–Pues el caso es que..., antes de acudir a nuestra cita, tu nieto me enseñaba los establos, concretamente un precioso caballo de ojos inmensos y oceánicos –«Como su dueño», pensó recordándolo–, todo iba bien hasta que le pedí que me permitiera montarlo –continuó con tristeza, sin pasar por alto como Sofía apretaba los dientes al escucharlo–. Lo que no alcanzo a comprender es porqué encolerizó de pronto, convirtiéndose en un hombre desagradable y huraño. Admito que fui patosa en mi llegada, expuse mi integridad y terminé dañando la suya, pero te juro que me duele más que a tu nieto, y que en cuanto supe cómo se había arriesgado, no dude en darle las gracias, le debo la vida. Pero... ¿su pasión por los caballos hace que olvide los buenos modales?, me hubiera bastado con una respuesta negativa, lo hubiera respetado, no soy una niña. –concluyó, mientras la abuela de Brandon permanecía en silencio con aire melancólico. Entonces levantó la mirada hacia Emma, que quedó impresionada al ver los ojos de Sofía

desbordados de lágrimas.

–Perdóname Sofía, no pretendía hablar mal de él –Dijo asustada, brindándole un pañuelo que sacó de su bolso–. No he tenido tiempo de tratarlo, pero en las pocas ocasiones que hemos coincidido, en serio, me ha parecido un hombre apuesto y educado. –dijo sin saber cuáles serían los calificativos más apropiados para lograr consolar a esa mujer que sollozaba desconsolada.

–Tranquila querida –intervino la anciana con un tímido murmullo, tratando de aliviar el pesar que había despertado en aquella joven y agradable muchacha–. Sé que no debo llorar, pero hay acontecimientos que marcan nuestro destino para siempre, y el que debo contarte es uno de esos tristes y oscuros momentos.

–No tienes porqué explicarme nada. –anunció Emma, consciente de que aquella frágil y adorable mujer estaba decidida a abrirle su corazón, cuando ni siquiera habían comenzado a tratar sobre la razón de su visita.

–Pero quiero hacerlo Emma, me libera hablar de ello y no puedo permitir que ninguna persona dude de su nobleza. –explicó dispuesta a contárselo todo.

–Yo no dudo, de verdad...–trató de convencerla abochornada. Estaba arrepentida por haber hecho ese torpe comentario, ¿cómo podía convencerla? «¿Por qué no sabrás cuándo cerrar la boca?», pensó sin dejar de lamentar lo que había dicho.

–Lo sé, lo sé, no pasa nada –contestó, sabiendo que Emma necesitaba aquellas alentadoras y sinceras palabras–. No tiene nada que ver contigo, solo quiero que entiendas que, aunque es un verdadero terco, y ya sabes a quien debe ese gen de la familia –dijo dedicándole una tierna sonrisa, que Emma agradeció algo más tranquila– Mi nieto es un hombre fuerte, no lo dudes, pero cariñoso y honesto como hay pocos –prosiguió visiblemente emocionada–. Por desgracia la vida le ha golpeado con dureza, y él ha encontrado la coraza capaz de evitarle mayores sufrimientos. Cuando solo tenía nueve años salió a montar con su madre, mi hija Ada...

–Bonito nombre. –interrumpió Emma.

–Mi marido y yo esperábamos ilusionados su llegada, y queríamos un

nombre especial para nuestro mayor tesoro, pasamos meses buscando el adecuado, hasta que un día lo encontramos por casualidad en un libro, Ada, un nombre que en su origen hebreo significa mujer feliz, alegre y bella, y en sus raíces germánicas se le atribuye a una mujer de gran nobleza. En aquel instante nos pareció perfecto, y con los años supimos que nuestra hija poseía todos y cada uno de esos dones, era preciosa por fuera pero aún más bella por dentro –relató Sofía ante la expectación de Emma–. Pero por desgracia todo lo bueno dura poco –continuó con amargura–. Aquel día salieron solos, casi siempre iban acompañados por mi yerno Robert, pero aquel día tenía una reunión con los inversores de su empresa, y el destino vino a trazar un trágico camino. Cuando estaban a punto de llegar al final del sendero que solían seguir, Brandon y su madre observaron que había un tronco apostado en mitad del camino, Ada indicó que debían rodearlo, pero Brandon la retó a saltarlo, como podía imaginar...–rompió a llorar desesperada. Emma se acercó con timidez para abrazarla, no la conocía de nada, pero estaba conmovida ante el sufrimiento de aquella amable y cariñosa anciana.

–Tranquila, no pasa nada, ya forma parte del pasado. –trató de calmarla.

–Comenzaron a correr hacia el obstáculo –prosiguió acongojada–. Sin miedo, sonriendo, dichosos por estar juntos. Brandon saltó el primero, y Ada le siguió, con tan mala fortuna, que una de las patas delanteras de su caballo, golpeó contra el árbol, haciendo que perdiera el equilibrio y cayera arrastrando consigo a mi preciosa hija. –concluyó con el gesto roto por el dolor de recordarlo. Emma se tapó la boca horrorizada, ¡pobre Brandon!, pensó imaginando el miedo e impotencia que debió sentir en ese fatídico instante. Ahora comprendía su desmedida reacción cuando le pidió subir a lomos de aquel imponente caballo. De pronto, todo cobró sentido, y Emma se sintió fatal por haberle juzgado con tanta dureza. De nuevo, intentaba protegerla.

–No imaginas cuanto siento tu pérdida Sofía, fue algo espantoso –siguió consolándola, sin saber muy bien si sería capaz de hallar las palabras que lograrán tranquilizarla–, pero... ¿qué hizo Brandon? –preguntó nerviosa, consciente de que la respuesta no sería sencilla.

–Mi nieto permaneció junto al cuerpo sin vida de su madre, hasta que mi marido y mis dos hijos, alertados por la tardanza, salieron en su busca.

Brandon no dejaba de llamarla, tratando de convencerse de que estaba dormida, pero no pudieron hacer nada, el animal había caído sobre ella y había muerto en el acto. Mi marido tuvo que llevarse en brazos y pataleando a Brandon, que se resistía a marcharse de su lado. Y lo peor de todo es que aún sigue culpándose, piensa que nada hubiera sucedido si no la hubiera desafiado.

–Pero era solo un niño, no podía imaginar aquel fatídico desenlace. – añadió Emma, profundamente afectada por lo que había escuchado. «¿Cómo puede culparse por ese espantoso accidente?», se preguntaba pesarosa mientras recordaba la dureza de las últimas palabras que le había dedicado.

–Lo peor es que no acaba aquí –dijo con pesar, viendo brillar desbordados los ojos de Emma. «¿Qué más pudo pasarle a ese pobre niño?», pensó incapaz de imaginar más dolor–. Mi yerno se encerró en sí mismo, ella lo era todo para él, se aisló del mundo y sin querer olvidó que tenía un hijo que dependía de él, pero no le culpo, solo cuando se ama con ferviente adoración se puede disculpar semejante acto. Vivió atormentado, sin aceptar consejos ni visitas de aquellos que le querían, hasta que una noche, cuando apenas habían pasado dos meses del fallecimiento de Ada, apareció colgado de un árbol, junto al lugar donde ella había expirado su último aliento.

«¡Dios mío, qué pena!», pensó sin poder apartar a Brandon de sus pensamientos. – ¿Cómo supera esa tragedia un niño? – se preguntó a sí misma, sin imaginar que Sofía pudiera oírlo.

–No lo hace –contestó compungida–. Se limita a sobrevivir, arrastrando el profundo dolor de haber perdido lo que más amaba en apenas un suspiro, sin haber tenido la oportunidad de despedirse.

Después de aquellas profundas confidencias, y cuando ambas se sintieron mucho más relajadas, charlaron un largo rato sobre los negocios que habían llevado a Emma hasta ella. Sofía quería hacer testamento, siempre había sido una mujer previsora y sentía la necesidad de zanjar ese tema. Sin embargo, no sería tan sencillo como la joven esperaba; debía recopilar los bienes existentes y valorarlos; una tarea ardua y complicada, que en ningún caso le permitiría poder marcharse al otro día, como había planeado.

Aquella noche Emma se excusó ante su gentil anfitriona, no quería ofenderla, pero rehusó su ofrecimiento de cenar con ellos, estaba

verdaderamente agotada y conmovida por todo lo que había escuchado. Se derrumbaría ante Brandon, y sin conocerle ya sabía que era demasiado orgulloso como para ver la compasión en sus ojos. Se limitó a encerrarse en su cuarto para comenzar a trabajar con su portátil, mientras cenaba, obligada por Sofía, un *sándwich* vegetal con mayonesa.

Pero aquella afanosa dedicación duró poco tiempo, Emma retiró el trabajo de la cama y se arrojó sollozando, sin poder evitar sentir un profundo malestar por el sufrimiento que había tenido que atravesar el hombre que ocupaba por completo su pensamiento.

Brandon no supo que ella se ausentaría esa noche hasta que estuvo sentado a la mesa. Fue entonces cuando su abuela le relató, omitiendo que se había excedido al hablarle de su vida, la tarde que había pasado en compañía de Emma, sin dejar de hacer hincapié en lo agradable que le resultaba aquella jovencita, despertando la sonrisa de su nieto, que jamás sospecho que esa prudente mujer pudiera ejercer a su vez de hábil alcahueta.

No obstante, saber que el trabajo la retendría sin remedio varios días, alentó las expectativas de Brandon, despertando su propia incredulidad y sorpresa, ¿Por qué se alegraba de tenerla cerca?

Aquella noche ninguno de los dos logró dormir, Emma pasó la noche tratando de encontrar la forma de llegar hasta él sin reticencias, y Brandon sopesando la conveniencia de alejarse de un imposible que solo le traería problemas, aunque en el fondo de su alma se había dado cuenta de las emociones que le abordaban cuando la tenía cerca.

Entre risas

A la mañana siguiente Emma se despertó desorientada y confusa, al desperezarse pensó que seguía en el rancho, pero cuando se fue acostumbrando a la claridad cegadora que lo inundaba todo, comprobó acongojada que seguía en el salón de su casa. No podía creerlo, era la tercera noche que soñaba con Brandon, a pesar de que en sus sueños apenas había transcurrido un día. Le reconfortaba ser tan crítica con su absurdo comportamiento, porque así sabía que seguía cuerda, o eso esperaba.

Un vacío indescriptible se apoderaba de su cuerpo, como si le hubieran arrancado algo esencial para ella. Ya no albergaba dudas, se sentía irremediabilmente atraída por un hombre del que apenas sabía nada y que, además, no existía.

No podía continuar así, su ausencia la estaba matando, pero... ¿tenía sentido perder la cabeza por un espejismo? Necesitaba hablar con las chicas, sabía que había llegado el momento de desahogarse, y si eso no funcionaba no le quedaría otra que pedir cita con el psiquiatra.

Se incorporó de la cama recordando sus besos, un pensamiento que la acompañaría durante el resto del día.

En las horas siguientes le resultó imposible centrarse en ninguno de los temas que tenía pendientes, cuando comenzaba a leer las letras bailaban ante ella y el texto perdía todo su sentido. Era sábado y sabía que las chicas aún estarían durmiendo, pero decidió correr el riesgo. Cogió el móvil y marcó el teléfono de Raquel, empezaría por ella, era menos temible que Sandra recién levantada

–¡Buenos días, dormilona! –saludó Emma, intuyendo que la habría despertado.

–Buenos días –contestó una somnolienta Raquel, sin parar de bostezar de forma estruendosa–. ¿Qué te cuentas? –preguntó por inercia, sin parar de lanzar tremendos alaridos, tratando de desperezarse.

–Nada, me apetecía quedar para charlar un rato –sugirió sutilmente, pretendiendo no levantar sospechas, aún no había llegado el momento–. ¿Os

parece si comemos? –propuso evitando mostrar demasiado interés, como si le diera igual quedar para esa o cualquier otra cosa, lo importante era poder hablar.

«¡Oh, oh!», pensó Raquel. Aquellas eran las palabras mágicas, las que su amiga utilizaba para pedir socorro, lo hacía sin darse cuenta, pero Sandra y ella habían aprendido a leer entre líneas. «S.O.S», pensó ansiosa por colgar y hablar cuanto antes con Sandra

–A ti te pasa algo...lo sé, ya estás soltando por esa preciosa boquita, o atente a las consecuencias. –espetó de forma cómica su amiga. Sin duda la amenaza estaba constituida por la genuina intervención de Sandra, ella lograría exprimirla hasta descubrir lo que ocurría.

–Estoy bien, ya te lo he dicho –insistió tratando de convencerla–. Es sábado, me apetece algo tranquilo –prosiguió intentando desviar la atención de Raquel hacia otros temas–. ¿Te parece si le proponemos a Sandra comida en Sonali y después cine?

–¿Comida india?, pues sí que estás lanzada esta mañana. –dijo sorprendida. Por lo general Emma rehuía ese tipo de restaurantes. La comida era deliciosa, pero demasiado fuerte, y luego se pasaba un par de días quejándose de los efectos que provocaban en ella los picantes y las especias.

–¡Por favor!, es que me muero por un plato de *balti* y un *lachchi* salado –suplicó con voz aniñada.

–¡Jolines, Emma! –exclamó Raquel haciendo uso de una de aquellas cómicas palabras, que solo ella consideraba vulgares y soeces, aunque lo cierto era que jamás había sido capaz de terminar ningún insulto, ni siquiera cuando estaba escrito en su cabeza y se moría de ganas por dejarlo salir, siempre era capaz de morderse la lengua y contenerse– ¿Es que quieres matarte? –preguntó sin poder creer la bomba que su amiga estaba dispuesta a digerir. El *balti* de por sí, con sus gambas con tomate, pimiento, jengibre y varias especias, constituía un explosivo cóctel en toda regla, pero atreverse a tomar de postre yogur natural batido con sal y especias, era como decir: «quiero morir».

–¿Por qué tratas de buscarle tres pies al gato? –preguntó a la defensiva, consciente de que Raquel empezaba a olerse algo– Me apetece y ya está,

¿tiene que haber algún motivo especial para que quiera comida india?, pero si no quieres...

–No, no...– interrumpió Raquel antes de que su amiga se pusiera más dramática. – Me parece estupendo –mintió sabiendo que se arrepentiría–. Arriesgado pero apetecible, hace mucho que no vamos, ¿era en Lavapiés? – preguntó tratando de seguirle la corriente. Sabía de sobra donde estaba. El año pasado Sandra no había parado de intentar matarlas acudiendo cada fin de semana a ese sitio. La comida era realmente exótica a la vez que exquisita, y por ese motivo no dejaban de pedir platos para compartir, y así poder probar un poco de todo. Pero siempre terminaban igual, las tres en el diminuto baño peleándose por sentarse la primera. A Raquel le dolía el estómago solo con recordarlo, no había terminado de hablar con Emma cuando ya estaba buscando el bicarbonato.

–Si, en el número treinta y cuatro, ya lo sabes, hemos ido miles de veces. –contestó Emma con desgana.

–Pues... ¿a qué hora quedamos? –preguntó Raquel, pensando que ya tendría tiempo para lamentos. Ahora no podía negarse, Emma las necesitaba.

–¿Te parece bien a las dos? –preguntó comenzando a dudar si había hecho lo correcto. «¿Hago bien hablando con las chicas?, van a pensar que estoy loca», pensaba, mientras Raquel le daba vueltas al tema de la hora.

–¿Te importa si quedamos a las dos y media? –propuso– Ya sabes que Sandra se pone histérica cuando madruga los sábados –dijo con la voz entrecortada, sospechando que Sandra aún estaría durmiendo la cogorza de la noche anterior.

–Me parece bien, así aprovecho para terminar algún trabajillo. –asintió resignada, tratando de ocultar la inminente necesidad que tenía de salir de casa. Si permanecía mucho más tiempo allí sentada con su camisón de raso, sin nada que hacer, volvería a pensar en Brandon. «¡Dios mío, estoy perdiendo el juicio!, no necesito contarle, me hace falta un especialista», pensó mientras Raquel se despedía con la intención de enfrentarse al temible despertar de Sandra.

Emma pasó el resto de la mañana dándose un baño relajante de sales y haciéndose la manicura francesa.

Cuando sonó el telefonillo salió disparada hacia la puerta, con sus zapatos rojos de Manolo Blanik en la mano. Aquel era uno de los pocos días que podía ponerse aquella indumentaria con sus amigas, esa que tantos sacrificios le costaba. Pero una velada tranquila, lejos de pisotones en la discoteca, lo hacía posible. También llevaba su vestido negro de Massimo Dutti y su bolso rojo de Chanel.

Cerró de un fuerte tirón la puerta. Durante un instante se estremeció temiendo haber despertado a su madre, que los sábados siempre aprovechaba para dormir hasta tarde o para hacerse un *lifting* facial gratis, como solía llamarlo.

Cuando llegó a la calle vio asombrada el coche de su amiga parado en doble fila frente al portal, con las luces de emergencia, haciendo oídos sordos a los pitidos de la gran caravana que había formado.

–¡Muévete! –Ordenó Emma, subiéndose en el asiento trasero de un salto–¡Arranca te he dicho! –gritó con la mandíbula desencajada–. Pero... ¿qué demonios te pasa, no tienes ya suficientes multas? –gritó indignada al recordar que todavía tenía pendiente el recurso de tres multas que le habían puesto a su amiga el mes pasado.

–Tranquiiii, tranqui –dijo Raquel con una inquietante parsimonia–. ¿No me decís siempre que me calme? Pues eso estoy haciendo, enfocar mi ira hacia un pensamiento positivo. –contestó irónica ante la creciente desesperación de sus amigas. «Un, dos, tres...yo me calmaré» pensaba para sí mientras apretaba los dedos, pulgar y corazón, en ambas manos, emulando una postura de yoga.

–Estupendo Raquel, estoy orgullosa, pero ahora vámonos, por favor – volvió a pedir Emma siguiéndole la corriente, aterrada al percatarse de que el conductor del Nissan Almera negro, que había detrás de ellas, comenzaba a abrir la puerta del conductor, con la clara intención de ir hacia ellas.

–Vale, vale..., allá vamos. –dijo saliendo a trompicones en segunda, haciendo que Emma, que no había tenido tiempo de ponerse el cinturón, diera con la cabeza en el respaldo del asiento del conductor.

–¿Te has vuelto loca?, ¿de qué vas? – dijeron Raquel y Emma respectivamente.

–¿Y a vosotras que os pasa doñas perfectas? –contestó con retintín–. No ha pasado nada..., no estaba dispuesta a dejarlo en el callejón de ayer, para que otro estúpido me hiciera alguna jugarreta.

–Pero has podido meternos en problemas, y Emma casi se deja la cabeza contra el asiento. –espetó Raquel, temerosa ante la próxima reacción de Sandra. Mientras Emma se limitaba a negar con la cabeza, «¿qué voy a hacer contigo?», pensaba al verse incapaz de frenar los constantes y descabellados impulsos de su amiga.

–Está bien, lo siento chicas, en serio, ya sabéis que odio salir los sábados a estas horas, no soy persona.

–Te perdono...–dijo Emma–, pero la próxima vez que hagas algo así, juro que te estrangulo con mis propias manos. –advirtió mientras fingía ahogarla cogiéndola por el cuello. Sabía que en breve Sandra repararía en el pequeño detalle de que había sido ella la única culpable de que salieran ese día, y entonces no habría nadie capaz de pararla. «La que me espera», pensó sofocada. «Y yo pensaba que estaba mal por recordar los besos de un fantasma..., tu sí que estás de camisa de fuerza bonita», continuó pensando para sí, sin poder evitar que sus labios dibujaran una gran sonrisa. En el fondo la quería, loca o cuerda no dejaba de ser una de sus mejores amigas.

Cuando el camarero las saludó, a Sandra se le pusieron los vellos de punta, aquel entorno le resultaba erótico y sensual de alguna perversa manera, que solo ella comprendía. Sus amigas habían intentado hacerle ver que la India era mucho más que el *Kamasutra*, que tanto le fascinaba, pero era atravesar la puerta y comenzar a comportarse como si en cualquier momento alguien fuera a llevarla a la cama.

Emma y Raquel se limitaron a copiar aquel tradicional saludo.

–*Namasté*. –contestaron uniendo las manos junto a los labios, haciendo una leve inclinación de cabeza.

–*Namasté* te daba yo... ¡tío bueno! –dijo Sandra en un tono lo suficientemente alto como para que aquel hombre lo escuchara– ¡Ñan, ñan...! –continuó diciendo, fingiendo que le daba mordisquitos mientras caminaba detrás de él.

–¡Anda, tira pervertida!, queremos llegar al primer plato y no que nos

echen por culpa de una salida. –dijo Raquel empujando a Sandra hacia la mesa que les señalaba el camarero.

–Es que me quita el sentido, solo imaginar lo que hay debajo de ese vestido... ¡uy, me derrito!

– No es un vestido, paleta, es un *kurta*, una túnica tradicional que usan los hombres en la India, y debajo tiene otra prenda que termina en el pantalón rojo que ves y la conocen como *dhoti*. – matizó Emma, al recordar su inolvidable viaje de fin de carrera a la India. Le impresionó el *Taj Mahal*, le resultó típico pero inevitable pensar en el carácter romántico de aquel conjunto mausoleo, que el emperador *Sha Jahan* mandó construir en honor a su esposa favorita, *Mumtaz Mahal*.

–Genial, así la sabelotodo podrá decirme como se quita –dijo burlándose, sabiendo que su amiga estaba a punto de estallar.

–¡Para de una vez! –pidió Raquel avergonzada por el matiz que tomaba todo aquello.

–Sandra, no me canses –rogó Emma con voz suplicante, profundamente hastiada–. Tengo demasiados problemas, no estoy de humor para...

–¿Lo ves? –dijo Sandra mirando a Raquel con cara de triunfo– Cuando me lo contaste no dudé un segundo, sabía que le pasaba algo. Raquel se limitó a asentir, pidiéndole calma con un gesto de su mano.

–Ya puedes ir soltada guapa, deja de ponernos buenas caras, sabemos que no estás bien. –exigió Sandra sin abandonar su enorme sonrisa de victoria. No se alegraba porque pudiera tener algún problema, pero le encantaba llevar siempre la razón.

–Vamos a pedir primero, me muero de hambre. –propuso Emma con la intención de ganar tiempo. Sandra estaba siendo de lo más descarada y no le apetecía que airease su vida privada del mismo modo.

Pidieron varios platos para las tres, todos ellos aderezados con *curry* y un sinfín de especias. Todo estaba delicioso, pero apenas habían pasado veinte minutos cuando Raquel ya iba sintiendo los estragos que iba causando en su delicado estómago.

–¡Dios mío, que retortijón! –dijo con cara de circunstancias, llevándose

las manos a la barriga– ¡No llego, no llego! –repetía descompuesta, mientras se levantaba y caminaba hacia el baño, evitando separar mucho las piernas.

–¡Esa *geisha*, que estilazo! –gritó Sandra muerta de la risa, haciendo que Raquel se sintiera el centro de todas las miradas. «Tierra, trágame», pensó sintiendo su cara a punto de estallar.

–Te estás pasando Sandra, ¿qué narices te pasa? –intervino Emma.

–Otra con la misma cantinela, solo porque no conseguís que haga lo que vosotras queréis. –contestó resentida, ante la conmovida mirada de Emma, que por fin lo entendía.

–Es por Guillermo, ¿verdad?, ¿qué te ha hecho? –preguntó protectora.

–Nada, no me ha hecho nada, precisamente por eso está como está.

–Explícate. –insistió Emma, aunque en aquel momento ya intuía lo que había sucedido.

–Intentó ir más allá y le paré –confesó bajando la cabeza–. Por una vez quise saber lo que se siente yendo despacio –continuó cabizbaja, como si estuviera avergonzada. Sandra era una mujer extrovertida y algo alocada, pero tenía un fondo sensible que le costaba sacar a flote–. ¿No va el muy estúpido y me toca el culo cuando le pido tiempo?, pero... ¿qué puñetas le pasa a los tíos?

–Tranquila cariño –trató de consolarla atrayéndola hacia sí para acunarla con mimo–. Ya sabes que piensan con la entrepierna –continuó apoyándola sabiendo que Sandra no necesitaba lecciones del corazón, solo buscaba sentirse arropada, un hombro en el que cobijarse mientras escuchaba como le daban la razón y se unían a ella para insultar al género opuesto.

–¡Qué razón tienes!, solo piensan con la bragueta, con la punta de la...

–No merece la pena –interrumpió al percatarse de que había dicho lo necesario para que su amiga empezara a disparar como una metralleta–. ¿Dónde se habrá metido? –preguntó acordándose de Raquel, aprovechando para zanjar ese tema– Se fue hace un buen rato, creo que iré por si necesita ayuda, no sea que...

No había concluido la frase cuando vio aparecer a una taciturna Raquel,

incapaz de levantar la cabeza.

–¿Qué te ha pasado cagona?! –preguntó burlándose Sandra cuando Raquel se sentó a la mesa– Como sigas así tendremos que regalarte las braguitas desechables que anuncian en la tele, las de Concha Velasco no, las otras, las ultra plus –recalcó sin dejar de carcajearse. La cara de Raquel era un auténtico poema.

–Déjala tranquila –trató de mediar Emma–. ¿Estás bien cielo?

–¡Ha sido horrible! –dijo susurrando temblorosa para el cuello de su camisa– No podía parar, y cuando por fin logré hacerlo, me encontré con el rollo de papel gastado. Tampoco tenía el bolso y entonces se me ocurrió salir corriendo a por papel de secarse las manos...

–No sigas, de verdad..., quiero pedir postre. –interrumpió Sandra doblándose de la risa.

En ese preciso instante pasaron junto a ellas dos chicas que cuchicheaban sin dejar de mirar a Raquel, y entonces sus amigas lo supieron sin necesidad de escuchar el resto de su rocambolesca historia.

–¡Nooooo! –Volvió a mofarse Sandra– ¡¿No me digas que te han visto el trasero esas pijas?!–dijo con los ojos abiertos como platos, sin esperar en realidad una respuesta.

–Tuve que retroceder cuando entraron por la puerta, y lo peor es que no sirvió de nada.

–¿¿Qué?? ¿Me estás diciendo que después de salir en cuclillas con el culo al aire te volviste sin papel? –preguntó Sandra a voz en grito. Lo cierto era que estaba disfrutando a lo grande de todo aquello, imaginar a su digna y tímida amiga en aquella comprometida postura le reconfortaba. «Finalmente, también es humana», pensó complacida ante aquel tórrido descubrimiento–. Pero... ¿entonces...?

–¡Sí!, ¡¿qué pasa?! Lo hice. –admitió ante la cara de espanto de ambas.

Tras un largo silencio, en el que Sandra y Raquel observaron a su amiga, incapaces de articular palabra, por fin las dos se apoyaron sobre la mesa y comenzaron a llorar de la risa. Raquel las miró ceñuda durante unos segundos, hasta que su gesto fue cambiando poco a poco hasta unirse a la

juerga que habían organizado sus amigas.

–Bueno..., toca el postre. –dijo con voz entrecortada, incapaz de frenar aquel eufórico momento de desahogo con sus amigas.

–Yo paso –dijo Sandra apoyando su cabeza en el hombro de Emma–. Si como más exploto, a mí solo me quedan fuerzas para el camarero. –continuó diciendo, mientras se desabrochaba el pantalón tratando de liberar la presión que sentía después de todo lo que había engullido.

–Déjalo ya Sandra, le tienes asustado –advirtió Emma, tratando de recuperar la compostura, mientras Raquel continuaba medio escondida, intentando que las divas de la otra mesa dejaran de juzgarla–. Acabo de recordar porqué dejamos de venir a este sitio –continuó sin dejar de mirar a Sandra–, pero te juro que esta me la apunto, has batido tu récord de estupidez guapa.

–Chist, que viene. –exigió Sandra, colocándose el dedo índice junto a los labios.

–¿Quién viene? –preguntó alarmada Raquel, incapaz de escurrirse más debajo de la mesa. «Tierra, trágame», pensó ocultando su rostro contra el brazo de Emma.

–¡Tranquila! –Exclamó Emma sacudiendo ligeramente el brazo– Solo es el camarero. Pídele la cuenta y ya –ordenó con rotundidad clavando sus ojos en Sandra– «No hagas más locuras», pensó cansada de aplaudirle las gracias a su amiga.

–Espera. –contestó moviendo ligeramente la mano sin dejar de mirar al camarero, que caminaba con recelo hacia ellas.

–¿Desean algo más o les traigo la carta de postres? –preguntó respetuoso, tratando de esquivar la mirada libidinosa de Sandra, que no dejaba de intentar mirarle el trasero.

–Nada, muchas gracias. –trató de adelantarse Emma, ansiosa por marcharse antes de que Sandra organizara otra de las suyas.

–Espera, yo...– interrumpió Sandra, sin lograr terminar.

–La cuenta por favor. –insistió Emma, secundada por Raquel, que se

limitó a asentir tímidamente sin apenas levantar la mirada.

–¿No desean tomar un té o un licor? – preguntó cortés el camarero, con un tono que denotaba su deseo de obtener una respuesta negativa. Sin duda estaba impaciente porque se marcharan.

–¡Sí, yo quiero...! – intervino nuevamente Sandra sin éxito.

–¡Tú te callas! –ordenó Emma, tapándole la boca. Haciendo que el camarero soltara una risotada– Solo la cuenta, gracias. No liberó a su amiga hasta que consideró que aquel hombre estaba lo suficientemente lejos, pero no sirvió de nada.

–¡Yo quiero un helado natural dulce sobre tu cuerpo, bombón! –gritó Sandra, sin que Emma pudiera llegar a evitarlo. El camarero ni siquiera se inmutó, continuó caminando hacia la cocina, mientras las miradas inquisidoras se centraban otra vez en ellas.

–¡Me lo cuentan y no me lo creo! –gritó Emma a su descontrolada amiga– Lo tuyo no tiene desperdicio, salgo para relajarme y vuelvo hecha un manojo de nervios. Sandra se quedó pensativa y Raquel, que había logrado esconderse entre la espesura de los cojines, se mantuvo en silencio.

–Lo siento, ¿vale? –Se disculpó por fin mucho más centrada– Solo quería pasar un rato divertido, no era mi intención avergonzaros –concluyó pesarosa.

«Tampoco ha sido su mejor día», pensó Emma, compadeciéndose de ella. Solo con que hubiera sido la mitad de horrible que el suyo era suficiente para excusarla.

–Te queremos y estamos acostumbradas a que nos avergüences –dijo Emma con ironía, tratando de mostrarse solidaria–, pero ese pobre hombre no te conoce, y le has asustado tanto que a partir de ahora no dudará en darle doble vuelta a su *dhoti*.

–Sí, para proteger sus partes. –soltó Raquel con voz de ultratumba, aún oculta entre la maraña de almohadones.

–¡Mira por dónde..., la que las mata callando está despierta! –dijo Sandra aplaudiendo a su amiga, haciendo que Emma no pudiera refrenar un nuevo ataque de risa contagiosa, que terminó por arrastras a las otras. Pero de

pronto, una mano se cruzó entre las tres, era el camarero que traía la cuenta en una pequeña bandeja plateada, esta vez con cara de pocos amigos, de hecho, esperó a que pusieran el dinero y volvió en menos de un minuto con las vueltas.

Cuando por fin atravesaron la salida; Emma y Raquel respiraron aliviadas. Pero al percatarse de que Sandra no las seguía miraron con temor hacia el interior y la vieron hablando al oído de su exótico objetivo. Poco después salió entusiasmada, dando brincos de un lado a otro.

–¿Se puede saber qué has hecho? –quiso saber Emma viendo colmada su paciencia.

–Tranqui, solo le he dado mi móvil –contestó con guasa–. No podía verle tan triste.

–¿Triste?, yo te mato. –dijo Emma abalanzándose sobre ella. Pero Raquel reaccionó al instante y se interpuso para tratar de separarlas.

–Vale, tranquilas, dejarlo ya. –rogó Raquel desesperada, aquella noche estaba resultando mortalmente larga, en especial para ella con su particular incontinencia.

–Llevas razón –asintió Emma alejando sus manos del cuello de Sandra–, pero que sepas que no pienso representarte cuando te denuncien por acoso. –amenazó mirando con reproche a Sandra.

–Ni falta que hace Virgen María. –contestó burlándose de ella.

–¡Para de una vez! –insistió Raquel.

–Hablo doña remilgos. –continuó Sandra, con el mismo talante desafiante.

Emma y Raquel supieron que sería imposible hacerla razonar, cuando se obcecaba era como un toro, tenía que meter sus cuernos por donde quería. Así que decidieron anular los planes de cine, de mutuo acuerdo, y las tres regresaron en el coche de Sandra sin apenas dirigirse la palabra.

Emma supo que ese día no era el idóneo para mencionar nada sobre el tema que le afligía. La tarde no había sido propicia para confesiones y entraba en el portal con la misma intranquilidad que se había marchado, además,

enfadada con Sandra.

Pasó el resto del día tratando de organizar aquellas carpetas que había descuidado durante todo el fin de semana y decidió pasar la noche con su madre y un enorme bol de palomitas, viendo la segunda parte de «Orgullo y prejuicio».

Cuarto sueño

Se despertó sobresaltada por unos gritos que procedían del exterior de la casa, se dirigió lentamente a la ventana, frotándose los ojos para tratar de ver con nitidez. Vio a Brandon agarrando con dificultad a su propio caballo. Aquel increíble animal que le había enseñado el día anterior, se mostraba desconfiado y no paraba de lanzar coces a un lado y a otro. Finalmente, vio horrorizada como Brandon lanzaba una cuerda para agarrarlo, y una vez inmovilizado, un hombre se apresuraba a inyectarle algo. Sin pensarlo dos veces agarró sus vaqueros y una camiseta rosa de algodón, se calzó unas deportivas y bajó las escaleras de dos en dos. Llevaba el pelo alborotado y ni siquiera se había lavado la cara, pero cuando Brandon se giró para responder a su llamada, le pareció preciosa, al natural, sin ningún tipo de maquillaje ni aderezo.

—¿Qué hacéis? ¡Le estáis haciendo daño! —gritó furiosa— ¿Así es como tratas a tu adorado caballo? Brandon trató de hacer oídos sordos, sabiendo que la verdad que envolvía todo aquello no le gustaría nada, pero ella insistió increpándole con tono amenazador, y entonces se vio obligado a contarle lo sucedido.

—Se hirió. —comenzó a decir pesaroso.

—¿Cuándo? —Interrumpió con impaciencia.

—El otro día.

—¿Qué otro día, te importaría ser más conciso? —exigió temiendo la respuesta. Solo tuvo que atar cabos para caer en la cuenta de que era el caballo que montaba Brandon el día del accidente— Es por mi culpa, ¿no es cierto?

—Tú no tienes nada que ver —respondió tajante—. Nadie quiso que sucediera, fue un desafortunado accidente, que nada tiene que ver contigo.

No podía evitar estar molesto por ver así a su fiel compañero, pero por algún motivo, que ni él mismo comprendía, quería protegerla y no condenarla con la visión de aquel sufrimiento.

–Aléjate, por favor, lo tenemos controlado. Pero Emma recelosa comenzó a girar alrededor del fatigado animal, hasta ver la gran herida que tenía en el costado derecho. Aquel día en el establo solo pudo verlo de frente y por el otro lado. Se quedó petrificada.

–También recibió el impacto. –susurró Emma apesadumbrada, consciente del dolor que debía sentir aquel maravilloso animal.

–Iba montado en Trueno cuando logré apartarte del camino de Black – dijo Brandon llegando hasta ella para tocar su hombro–. En unos cuantos días volverá a ser el de siempre.

–Pero está sufriendo por mi torpeza. –sollozó Emma, ante la mirada tierna de Brandon, que era incapaz de verla en semejante estado.

–No Emma, no lo entiendes, es la desconfianza lo que hace que se comporte así, he sido yo quien le ha fallado.

–Pero...no pudiste hacer otra cosa, bueno...podrías haberme dejado allí tirada. Ahora ambos estaríais bien.

–Jamás hubiera abandonado a nadie en esas circunstancias, sabía que no soportarías la embestida de aquel caballo, como también supe que al cruzarme en su camino Trueno también saldría perdiendo, de hecho, se llevó la peor parte. Y aunque me duela volvería a hacerlo.

–Pero tú también estás herido. –dijo viendo que aún sobresalía una venda por debajo de su camiseta.

–Esto no es nada –dijo tocándose el brazo–. Ya ni siquiera me duele. – mintió esperando que le creyese. Pero Emma sabía que no era cierto, había observado cómo se llevaba la mano a esa zona en varias ocasiones, y aunque no se quejaba, había podido ver contraerse el gesto de su cara.

–Lo siento Brandon, jamás debí cruzarme en vuestro camino.

–No digas eso –solicitó levantándole la barbilla–. No me gusta verte así, cielo. –continuó diciendo con una ternura que a él mismo le sorprendió. Nunca había pronunciado palabras melosas como aquel apelativo, pero ella despertaba ese instinto en él. Emma también se quedó sorprendida, porque por primera vez no le había molestado que se dirigiese a ella llamándola de aquella manera, sino todo lo contrario, le había hecho sentirse protegida, por

eso se quedó en silencio incapaz de decir nada. A Brandon le impactó aquel mutismo. Al percatarse de como la había calificado, pensó que Emma no tardaría en recriminarle por esa forma superficial y cercana, y verla allí, parada, sin saber que decir, le relajó, pensó que podía ser el comienzo, un pequeño paso para lograr llegar hasta ella.

–Richard se ocupará de Trueno –anunció sin apartar sus cálidos ojos de ella–. Los niños están a punto de llegar, ¿te gustaría ayudarme? –preguntó esperanzado en que su aptitud hacía él se hubiera vuelto algo más cercana.

«¿Otra vez los niños?», pensó llena de curiosidad por lo que pudiera significar todo aquello.

–¿Hoy vienen de nuevo? –preguntó esperando no parecer demasiado curiosa.

–Vienen todos los días, excepto los fines de semana, salvo casos muy excepcionales –contestó escuetamente. Pero al ver la cara de interés de Emma consideró acertado continuar explicándose–. Verás, mis antepasados llegaron a esta zona con las primeras misiones cristianas que vinieron a Texas en el siglo diecisiete. Aquí confluyen muchas influencias, como la mexicana o la francesa, pero nuestra sangre es española, ese es el origen de nuestra familia y así nos hemos sentido siempre.

–¿Españoles?, ahora entiendo que lo hables perfectamente.

–Sí, aunque los franceses fueron los primeros europeos en establecerse aquí, su intento de expansión terminó con un rotundo fracaso, que apenas duró cuatro años. Sin embargo, los españoles estuvieron hasta el año 1821, y como ves, algunos nos quedamos.

–Sí, claro, perdona, ¿estaré tonta? –interrumpió avergonzada. Emma siempre había presumido de ser una buena estudiante. Nunca había podido viajar tanto como le hubiera gustado, pero se había preocupado por conocer la historia de muchos de aquellos lugares que le atraían–. Estamos en América, ¿cómo he podido sorprenderme por vuestras raíces españolas? –continuó percatándose de su torpeza. Sin duda, seguía ensimismada por el influjo que ejercía aquel hombre sobre ella.

–Por supuesto que lo sabías, nunca lo habría dudado preciosa –respondió empleando otra de aquellas enigmáticas palabras, que le resultaban

extrañas pronunciadas en su boca. Emma respondió con una sonrisa coqueta, alagada ante tal derroche de atenciones–, pero como en muchos otros estados, aquí hubo división en muchas ocasiones y solo quería que conocieras la posición de mi familia respecto de algunas cuestiones.

–¿Te refieres a la esclavitud? –preguntó ansiosa por conocer la historia de su familia.

–Veo que no te andas por las ramas –dijo divertido al comprobar que aquella bonita mujer no temblaba ante nada. Le había sorprendido hablando de caballos, y ahora avanzando a galope por la historia de Texas–. Me gusta la gente directa, así no hay lugar para engaños ni traiciones.

–Solo quería que supieras que he visto todas las fotos, las antiguas y las más actuales –anunció al presentir a donde quería llegar Brandon–. No se me ocurriría opinar sobre la postura que pudo adoptar tu familia antes de la abolición, me consta que Texas tuvo esclavos, incluso algunos llegaron junto a los primeros españoles. –continuó tratando de empatizar con su postura a la hora de proteger la memoria de su familia.

–Te equivocas Emma, lo que has visto no significa lo que piensas –dijo cerrando los ojos ante el desconcierto de Emma.

–No, si yo no pienso...– trató de explicarse.

–Mi familia nunca tuvo esclavos –interrumpió Brandon sin permitir que continuara–. Ni siquiera cuando Texas se unió a los Estados Confederados.

–Lo siento, pensé...

–Lo sé, no pasa nada –trató de relajarla– .Ven, sentémonos a la sombra de aquel árbol, desde allí veremos llegar a los niños –dijo ofreciéndole su mano, un gesto que Emma aceptó sonrojada. Dudó que fuera correcto, pero se relajó y disfrutó sintiendo su cálido tacto–. Fernando Díaz, fue quien levantó todo lo que ves –continuó relatando–. Era un coronel español, que, como ya te he dicho, llegó junto a su esposa en una de las primeras expediciones. Se llamaba Catalina y tenía un título nobiliario. Cuando se casaron su padre le concedió una buena dote con la que pudieron comenzar a levantar el que sería su primer hogar.

–Pero en la foto se ve una plantación de algodón y frente a ella...–dijo

Emma, sin poder terminar.

–Lo sé, enseguida lo entenderás –la detuvo, rogándole paciencia–. Mi tatarabuelo acogió a muchos nativos de la zona; les enseñó a leer, a escribir y les ofreció un trabajo. Aquello era revolucionario en aquella época, impensable, pero él lo hizo. Y aunque de puertas para afuera todos pensaban que apoyaba la esclavitud, sus hombres eran libres. Claro que hubo una época en la que este rancho fue una gran explotación de algodón y ganadería, pero las manos que trabajaron esta tierra siempre la amaron, porque jamás lo hicieron obligados.

–Tuviste unos antepasados muy valientes, ahora sé de donde te viene. –dijo Emma sonriendo.

–Y tú eres una brujilla muy mal pensada –contestó cogiéndola de la cintura atrayéndola hacia sí, encantado por el guiño que acababa de hacerle–. Porque la foto que viste era ni más ni menos que la celebración de la libertad, el fin de la esclavitud. Cuando soldados de la Unión llegaron a Texas para comunicarlo, esta casa fue una de las primeras en celebrarlo, porque por fin podían dejar de esconderse –narró ante la mirada incrédula de Emma–; de ahí que todos estuvieran juntos frente a la plantación, ¿acaso viste caras de tristeza? –preguntó con ironía– De hecho, cada año celebramos el *Juneteenth* en esta casa, con descendientes de aquellos que todavía trabajan aquí o que se desplazan para celebrar la Proclamación de Emancipación de Abraham Lincoln.

–Siento haber pensado que tenías orígenes afines a la esclavitud, me precipité al pensar así de vosotros. –se disculpó avergonzada por su torpeza.

–Eran otros tiempos, no habría sido extraño que así fuera, pero por fortuna me enorgullece poder contarte la historia de un hombre piadoso que amó esta tierra desde que puso su pie en ella. Jamás pretendió conquistarla, solo quería ser parte de su cultura y sus gentes. Ayudar a los que así lo quisieran.

–Debes sentirte orgulloso, ojalá el mundo estuviera lleno de historias como esta –dijo apesadumbrada al recordar los entresijos de su trabajo–, pero... ¿qué tienen que ver los niños en todo esto? –preguntó incapaz de quedarse con la duda. Le había encantado conocer parte de los misterios que habitaban en aquella maravillosa finca, pero se moría de ganas por desvelar el

misterio de los críos que venían cada día.

–Es verdad, perdona, ahí quería llegar –dijo al ver como se había desviado del tema–. Al resumirte nuestra historia pretendía explicarte que con el tiempo la propiedad dejó la explotación de la tierra para centrarse en el ganado. Pero cuando mi abuelo enfermó y me dejó las riendas del rancho, quise hacer algo que había soñado desde niño. Siempre quise ofrecer las instalaciones a niños que pudieran aprender a no tener miedo de los caballos, a sentirlos como parte de sí mismos, como hice de niño. Confiar en ellos y disfrutar de la naturaleza. Cuando lo hablé con mi abuelo, enseguida vio los ingresos adicionales que nos reportaría, pero sobre todo le gustó saber que sería la escuela de Ada, su hija. –contó emocionado sin dejar de abrazar a Emma, que se sintió conmovida al conocer aquella iniciativa de un hombre que le resultaba más cálido por momentos. Aun así, omitió cualquier referencia a ese trágico episodio de su niñez.

–Has sido el fundador de algo hermoso, tal y como hizo en su día tu abuelo, es un gesto que te honra. –dijo admirada por el inmenso corazón de aquel imponente hombre, que no le temía a nada en la vida.

–Eres lo más bonito que han visto mis ojos en mucho tiempo –anunció acercándose lentamente a sus labios–. Ahora voy a besarte, así que estate quietecita –exigió a la vez que tiraba de ella para sentarla sobre sus piernas–. Si gritas, pateas o me muerdes –dijo susurrando muy cerca de su oído–, entenderé que me deseas y continuaré hasta fundir tus labios, ¿entendido brujita? –continuó hechizado por el mar de sus ojos, ansioso por comprobar si ella sentía la misma pasión que le consumía por dentro. Sabiendo que si comenzaba a besarla no querría parar hasta haber saboreado cada dulce rincón de su boca.

–Entendidos los términos... ¿a qué esperas vaquero? –contestó descarada, haciendo que Brandon reaccionara instintivamente ante aquel derroche de sensualidad que le tenía cautivado. Incapaz de controlar aquel fuego que fluía por sus venas, cubrió su boca con fiereza y saboreó extasiado su dulce ambrosía, sintiendo irrefrenable su deseo, que se incrementó por un ligero jadeo que permitió escapar de los labios de ella. Pero Brandon era consciente de la inminente llegada de los niños, y si aquello continuaba así sería incapaz de levantarse con aquella tensión que se despertaba al sentirla sobre sus piernas. Tenía que encontrar la forma de parar, aunque luego lo

lamentara el resto del día—. Cariño —susurró retirándose de pronto, viendo como Emma mantenía los ojos cerrados, un gesto que comenzaba a resultarle sencillamente adorable—. Ibas a ayudarme con los chicos, ¿recuerdas? — anunció dándole un fugaz beso, tras el cual Emma reaccionó, no sin antes soltar un enorme suspiro.

—Espero que sea de placer cielo. —bromeó ante la relajación de Emma, que sin decir nada se había recostado confiada en su hombro.

—Me gusta que empieces a confiar en mí. —dijo conmovido por lo que le hacía sentir la protección que demandaba de su cuerpo. Ella buscaba su cobijo y él estaba ansioso por darle todo lo que quisiera. Aquellos sentimientos rompían su disciplinado equilibrio, pero había decidido intentarlo.

—No lo dudes cariño. —contestó ella.

—¿Cómo dices?

—El suspiro, ¿recuerdas? —continúo provocando haciendo el amago de besarlo, cuando de pronto, el bullicio de los niños hizo que se sobresaltaran. Emma se levantó apurada y Brandon lo hizo de un salto, mientras ella trataba de recobrar la compostura.

—Tranquila vaquera, estás perfecta. —dijo dándole una palmadita en el trasero, que Emma respondió con un débil empujón.

—Estate quieto, van a vernos. —pidió apurada.

—Cariño, lo que tenían que ver ya lo han visto.

—¡Dios mío, qué vergüenza! —exclamo sin poder levantar la mirada del suelo.

—Míralos —dijo levantando su barbilla con mimo—. Que puedan ver tus preciosos ojos, pero recuerda...aléjate de mis caballos, patosa.

—No empecemos —le amenazó achinando los ojos. Ahora que su relación comenzaba a ser más cercana, le resultaba difícil enfadarse por minucias como esa, sabía que solo pretendía chincharla como a una chiquilla, y por eso se limitó a seguirle la broma—. Mantente alejado de este cuerpo — dijo con un ligero movimiento de caderas, que a Brandon le dejó sediento.

–Será mejor que nos centremos. –dijo cuándo pudo recuperar el aliento, viendo que los niños estaban a escasos pasos de ellos. A Emma no le hizo ninguna gracia ver junto a ellos a Emily, que sin duda había presenciado la escena y la miraba con más rabia que nunca.

–¿Estás seguro de que yo...? –intentó preguntar nerviosa, cuando Brandon la detuvo, poniendo un dedo en sus labios.

–Lo harás muy bien. –dijo acariciando con suavidad la palma de su mano, para después ponerse el sombrero y caminar con decisión hacia los pequeños.

–¿Cómo están mis chicos? –preguntó rebosante de energía. Emma le transmitía el entusiasmo por la vida que tiempo atrás había perdido.

–¡Bien! –contestaron al unísono.

–Pues hoy...–dijo con intriga–, me gustaría presentaros a una amiga. – anunció ante la expectación de los niños, mientras dirigía su mano hacia Emma, que aceptó sin dudar un momento, asustada por no saber cómo ayudarle con ellos, pero convencida de su necesidad de volver a coger su mano. Ella dio un paso al frente guiada por Brandon y todos empezaron a aplaudirle con alegría, un entrañable gesto que Emma agradeció con una graciosa reverencia que a Brandon le llegó al corazón. «Eres aún mejor de lo que imaginaba», pensó sin poder apartar los ojos de ella.

Pasaron el resto de la mañana jugando con los niños. Brandon no consintió en dejar que Emma cabalgara sobre otro de sus caballos, tenía demasiado miedo de cuales pudieran ser las fatales consecuencias. Por su parte, Emma no consideró conveniente informarle de su destreza con aquellos animales, todo iba demasiado bien y no quería correr el riesgo de estropearlo, sin duda Brandon no aprobaría su intrépida forma de montarlos, o al menos eso pensaba ella. Por eso se conformó con indicar la salida en las carreras, ser la meta en los relevos y recibir algún beso furtivo cuando los niños no miraban. Brandon se divirtió ofreciéndole un poni en varias ocasiones, invitación que ella rehusó una y otra vez lanzándole un sugerente beso, que Brandon atrapaba con su sombrero.

La que no se mantuvo indiferente ante sus constantes coqueteos fue Emily, que observaba desde la sombra como aquella intrusa la relegaba de su

puesto.

–Emma...–dijo acercándose a galope cuando acabaron los entrenamientos, mientras Emily se aproximaba para recoger a los críos–. Me gustaría comer contigo, ¿te parece si quedamos en media hora junto a nuestro árbol?

–¿Nuestro árbol? –apuntó luciendo una gran sonrisa.

–Tranquila engreída, es solo una forma de situarnos –dijo tratando de quitarle importancia a ese momento de flaqueza que había mostrado ante ella–. No quiero que te pierdas y termines en los establos.

–¡Ah, creía...! –contestó asumiendo su mentira, ella misma era incapaz de olvidar el momento que habían compartido minutos antes en aquel lugar–. No sé, lo cierto es que había pensado reunirme con tu abuela, no habíamos quedado, pero seguro que le gustará tener noticias de mis avances.

–Pues si esa es tu mejor excusa brujita, siento decirte que mi abuela pasará el día de compras en la ciudad, ya sabes...uno de esos días de chicas. –dijo satisfecho ante la expectativa de tenerla solo para él el resto del día. A Emma le resultó tan cotidiana esa mención a un día entre mujeres, que no pudo evitar sonreír recordando a las chicas.

–Entonces vaquero..., creo que no tengo escapatoria. –confirmó sutilmente, dando unos pasos hacia atrás, tratando de zafarse de la luz que la cegaba. Cuando fue capaz de verle con claridad, casi agradeció que Brandon continuara a lomos de aquel otro caballo blanco, porque su pelo oscuro iluminado por el sol, su sonrisa *profident* y su monumental cuerpo, ofrecían unas vistas espectaculares, y ni ella misma hubiera sido capaz de sofocar sus instintos.

–¿Estás segura, ya no me temes? –preguntó Brandon haciéndose el interesante.

–¿Y tú a mi vaquero? –contestó con aquella mirada altiva y desafiante que le derrotaba. Sin pensar en darle una respuesta e incapaz de frenar sus impulsos, Brandon, sin saberlo, concedió el último deseo que yacía cautivo en los labios de Emma, acercándose hasta ella se inclinó para izarla a su altura, con un certero movimiento.

–¿Ahora que fierecilla? –dijo mientras Emma trataba de escabullirse con desgana.

–¡Te harás daño en el brazo cabezota, suéltame! –pidió Emma sin demasiado éxito.

–Es el brazo bueno, tranquila. –contestó mostrándole su perfecta sonrisa, haciendo caso omiso a su reclamo. Brandon había podido ver en pocas horas el talante de aquella delicada pero intrépida mujer, y sabía que, si su indiferencia fuera cierta no necesitaría que él la soltara, ella misma era perfectamente capaz de librarse de su abrazo. Finalmente, sin poder demorarlo un solo segundo, aprisionó sus labios, besándola a la vez que soltaba un profundo suspiro, dejando escapar toda la tensión acumulada durante ese rato de complicidad secreta. Emma dejó de resistirse y respondió con fogosidad a cada uno de sus devastadores besos. Brandon succionó con suavidad su lengua antes de bajarla, sin querer renunciar a ese sabroso tacto que le hacía temblar como si fuera un chiquillo.

–Te veo luego preciosa. –dijo al depositarla con sumo cuidado en el suelo, alejándose luciendo una triunfal sonrisa, al comprobar que sus ojos aún no estaban abiertos. «¿Qué me estás haciendo?», pensó espoleando con fuerza al caballo, como si tratara de huir de aquel ardiente y desconocido pálpito que amenazaba su cotidiana y mundana realidad.

Emma permaneció petrificada, observando cómo se alejaba aquel impresionante hombre a lomos de un corcel que también lo era, temerosa y angustiada al sentir que era el elegido, y poder no ser correspondida. Pero al momento reparó en la cercanía de su cita, solo le quedaba tiempo para ducharse y salir corriendo, así que sacudió la cabeza tratando de centrarse y recuperar el aliento, y cuando por fin sintió que las piernas eran de nuevo suyas, salió corriendo hacia el dormitorio, pensando única y exclusivamente en lo que podía ponerse.

El destino es caprichoso

El domingo despertó como los días anteriores, apesadumbrada ante la idea de no poder acudir a su cita, aterrada por saber que le dejaría plantado junto a su árbol, como Brandon lo había llamado. Llegó a pensar que volver a dormirse podría ayudarla, de algún modo los sueños eran el punto de unión entre ambos. Bajó las persianas, se camufló entre las sábanas y cerró los ojos esperanzada en volver a retomarlo donde lo habían dejado.

Había pasado más de media hora, y Emma lloraba de impotencia al ver que continuaba despierta. Se sorprendió fuera de sí obsesionada con un objetivo completamente irreal, pretendía dormir para ser feliz, para alcanzar un sueño que con cada nuevo amanecer se desvanecía, dejando su corazón rebosante de pasión y tristeza. Miró el reloj que había sobre la mesilla y vio que eran las diez y cuarto, lo había olvidado por completo, los domingos quedaba con las chicas en el Retiro para hacer *running*, era el único día de la semana que podían dedicar a disfrutar del aire libre mientras hacían deporte. Siempre le había costado levantarse y ser puntual ese día, precisamente el único que podía dormir a pierna suelta, pero en aquel momento respiró aliviada al pensar que tendría algo con lo que llenar aquellas agónicas horas que se proyectaban eternas ante ella. Sin embargo, su entusiasmo tardó poco en venirse abajo, enseguida recordó el enfado con Sandra, lo más probable era que sus amigas hubieran dado por sentado que no quedarían y seguirían durmiendo.

Se volvió a sentar derrotada en la cama, desesperada por hallar la forma de ocupar aquellas tediosas horas. Su madre dormiría hasta tarde y ella era incapaz de tocar ninguna de aquellas carpetas que aún aguardaban ser estudiadas. «Que lo haga ella», pensó mirando con desidia hacia la pila de trabajo que aguardaba caótica sobre la mesa. Se dejó caer sobre la almohada y se tapó la boca con ambas manos, intentando ahogar sus inmensas ganas de gritar. Pero de pronto sonó su móvil, y de un sorprendente saltó llegó hasta el bolso donde lo había dejado la noche anterior. Revolvió impaciente por saber quién era, hasta que finalmente decidió volcarlo sobre la cama, siempre le había irritado que de alguna fastidiosa manera el teléfono siempre acabara en el fondo. Cuando logró encontrarlo lo desbloqueó con ansiedad y le

entusiasmo ver una llamada perdida de Raquel. Entró en su wasap y marcó la opción de llamada, cruzando los dedos como solían hacer de pequeñas. «Por favor, por favor, que salga, necesito salir de casa», pensó apretando los dedos con fuerza.

–¿Diga? –contestó una voz vital al otro lado.

–Raquel, soy yo, ¿Cómo vas? –preguntó esperando escuchar que se estaba arreglando.

–Esperando para saber si continúa en pie lo de los domingos, como Sandra... –comenzó a explicar Raquel cuando Emma la interrumpió.

–Por mí quedamos, estoy deseando salir un rato, hace un día estupendo.

–¿Qué hacemos con Sandra? –Preguntó Raquel, sabiendo que no podían dejarla– ¿La llamas?

–No sé Raquel, sabes cómo se puso conmigo, ¿no sería mejor que la llamas tú?

–¡Jo tía, siempre me tocan todos los marrones! –replicó quejándose de forma aniñada. Aunque en el fondo sabía que le tocaría mediar como siempre, cada vez que Sandra y Emma discutían era ella la que tenía que hacerlas entrar en razón, de lo contrario la guerra podía prolongarse durante semanas, sin que ninguna de las dos diera su brazo a torcer– Está bien. –claudicó antes de que Emma pudiera oponer nada más–, pero me debes una, y muy gorda.

–Está bien, me parece justo. –asintió pensando que cualquier petición de Raquel sería más inofensiva que hacer frente a Sandra.

–Pues ahora la llamo –anunció resignada, aunque sonrió urdiendo el precio que pondría a su sacrificio–. ¿A la hora de siempre junto a la estatua del macho chungo?

«¡Qué guasa tienes mi niña!», pensó Emma recordando que cuando contó a sus amigas su fascinación por aquella escultura del ángel caído, tuvieron la ingeniosa iniciativa de considerarlo el monumento a todos los hombres que debían ser expulsados del paraíso, de sus vidas– Sí guapita, junto al demonio –dijo siguiéndole la guasa–. Pero...–dudó un momento– ¿No sería mejor quedar a las doce?, lo digo por Sandra, igual sigue en la

cama.

–Bueno, llevas razón; tardaré un rato en convencerla, tengo que vestirme, coger el metro... –comenzó a enumerar tratando de calcular el tiempo que le llevaría.

–Por lo que veo, a las doce. –recalcó Emma, mientras sopesaba la conveniencia de ir andando; haría algo más de ejercicio y además iría aclarando sus ideas.

–Está bien, te veo en una hora..., más o menos –dijo Raquel poco antes de colgar.

Emma se dio una ducha rápida, se puso unos *shorts* negros y una camiseta fucsia de Nike, y tras recogerse una coleta alta y calzarse sus zapatillas rosas y blancas de Adidas, bajó por las escaleras dispuesta a darlo todo.

Después de los primeros quinientos metros Emma sintió una leve punzada en el abdomen que la hizo detenerse.

«Ya me ha dado el flato, eso me pasa por dominguera», pensó exhausta, mientras se arqueaba hacia atrás con las manos en la cintura. Se había acostumbrado a hacerlo todo en coche o en metro, y en momentos como ese tomaba consciencia de lo poco que cuidaba su cuerpo, tenía la suerte de ser delgada y atlética por naturaleza, pero no tenía ninguna resistencia.

Cuando por fin llegó hasta la puerta del ángel caído, estaba exhausta, faltaba un cuarto de hora y no había ni rastro de las chicas. Por un instante temió que Raquel no hubiera sido capaz de convencerla, incluso que a esas horas aún estuvieran discutiendo. Decidió ser optimista y continuó hasta el punto donde habían quedado.

Cuando daba su quinta vuelta admirando la perfección de aquel cuerpo alado, vio a Raquel caminando hacia ella, agitando los brazos como una loca, seguida muy de cerca por una somnolienta y alicaída Sandra.

–¿Llevas mucho esperando? –preguntó Raquel fatigada– El *parking* estaba lleno y hemos tenido que aparcar en el quinto pino –continuó con la respiración entrecortada, sin dejar de señalar hacía el lugar donde habían

tenido que dejar el coche.

–¡Ya os vale, mira qué no venir andando! –Dijo altiva, omitiendo lo que le había costado llegar, parando a tomar aire cada cinco minutos– ¿Estás bien? –preguntó dirigiéndose a Sandra que no paraba de bostezar.

–Sí, solo estoy cansada. –contestó seria y seca.

–¿Rodeamos el lago y volvemos? –propuso Emma comenzando a calentar en su sitio.

–Como quieras –aceptó conformista Raquel–. ¿Te parece bien? –preguntó mirando a Sandra, que no parecía demasiado emocionada.

–¿Os importa si subimos en barca?, no subo en una desde que éramos niñas y la verdad...me encantaría –dijo mirando hacia otro lado, despertando la curiosidad de Raquel y Emma. Aquella iniciativa no era propia de Sandra, desde pequeñas se había burlado de las parejas que subían en esas barcas, le parecía algo anticuado y demasiado cursi para su gusto. Pero desconociendo sus intenciones y percatándose de su visible desánimo, optaron por callar y seguirle la corriente.

–A mí me parece una gran idea. –dijo Raquel buscando la aprobación de Emma.

–Por mí está bien, no estará mal recordar viejos tiempos. –intervino solidaria, agradeciendo en el fondo no tener que seguir corriendo.

–Pues no se hable más, ¿a qué esperamos? –Animó Raquel ilusionada como una chiquilla–, ¡me pido los remos! –anunció pletórica, haciendo que Emma sonriera y Sandra lo intentara dibujando una mueca perversa.

Sandra dejó clara su intención de sentarse sola en la barca cuando colocó junto a ella la mochila que llevaba a la espalda. Emma se puso en el lado opuesto y Raquel cogió los remos, entusiasmada.

–Venga, te ayudo, así será más fácil –dijo Emma ayudando a Raquel a enganchar los remos–. Ya sabes, a la vez, con ritmo, si no pasaremos la tarde dando vueltas.

–¡Vaya dos! –observó Sandra poniéndose las gafas de sol.

–¿Hacia dónde vamos? –preguntó Raquel sin saber muy bien lo que

hacía.

–¡Sigue a los patos bonita! –Dijo Sandra con sarcasmo– Esos saben lo que hacen.

–Raquel, muévelos a la vez, que a este paso... no salimos del embarcadero –insistió Emma al ver la poca maña de su amiga.

–¡Es que no responden! –sollozó frustrada Raquel, incapaz de seguir las pautas de Emma.

–Ni que fuera un transatlántico, anda...quita exagerada, que si por ti fuera nos pasábamos el día aquí ancladas. –dijo Sandra mientras se levantaba para cambiarse con su amiga, que respiró aliviada al verse relevada de algo que no había resultado tan divertido como esperaba– ¡Haz hueco culo prieto! –pidió burlándose de Raquel, que trataba de llegar al otro lado asustada por la repentina oscilación de la barca.

«¿Ya empezamos?», se preguntó Emma mirando recelosa a Sandra, que ahora lucía una gran sonrisa.

–Mira quien fue a hablar...la del culo delgado. –contestó Raquel dándole un pequeño empujón, que Sandra respondió del mismo modo.

–Remar se me da mejor que otras cosas –dijo Sandra melancólica– .Así que, si logro sacaros de aquí, lo de ayer quedará olvidado, ¿de acuerdo? –improvisó tratando de aprovechar la ocasión para limar asperezas. Emma y Raquel se miraron y asintieron con un leve movimiento de cabeza. Ambas conocían lo orgullosa que era su amiga, sabían que jamás pediría perdón, cuando metía la pata se pasaba días buscando alguna argucia con la que lograr arreglar las cosas sin necesidad de hacerlo. Cuanto antes olvidaran aquello antes podrían seguir con sus vidas.

–Pues, sujetaros princesas –sugirió relajada ante la cercana expectativa de solucionar las diferencias con sus amigas–. ¡Allí vamos! –gritó moviendo con fuerza los remos, con una destreza que las dejó boquiabiertas. Avanzaban rápidamente, y Sandra esquivaba sin problemas a todas y cada una de las barcas que se cruzaban en su camino.

–¡Yo flipo! –exclamó Emma.

–¿Cuándo has aprendido a navegar como Popeye? –preguntó Raquel

sin salir de su asombro. «Para no gustarle parece que llevara haciéndolo toda la vida», pensó llena de curiosidad.

–Sabéis muchas cosas de mí, pero este es uno de mis pequeños secretos, uno de esos que no me gusta airear. –dijo con voz misteriosa, avivando la intriga.

–Ya lo sé..., te tiraste a un marinero. –intervino Emma tratando de borrar el gesto serio de su cara.

–¡No tiene nada que ver con eso salida! –contestó siguiéndole la gracia, sin mostrar la mínima intención de delatarse. Su padre la llevaba cada fin de semana, siempre que hacía buen día, él la enseñó a navegar contra viento y marea en muchos aspectos de la vida, y también en aquellas pequeñas barcas. Cuando solo tenía diez años se marchó con una mujer más joven, formó otra familia y se olvidó de ellas. Siempre había relatado pestes de él a sus amigas, y no estaba dispuesta a desperdiciar un solo minuto hablando de aquel legendario recuerdo que parecía tan lejano. – Una...que vale para todo –soltó dispuesta a no dar mayores explicaciones–. A propósito Sherlock, tenemos pendiente una charla. –expuso mirando fijamente a Emma, que comenzó a sentirse inquieta.

«No tengo escapatoria», pensó mirando a su alrededor. «Bueno, a unas malas pensarán que estoy loca», continuó pensando mientras valoraba la posibilidad de contarle todo. Estaba profundamente angustiada, aterrada ante la extraña situación que estaba viviendo y necesitaba exteriorizarlo, quizá así lograría calmarse y verlo desde otra perspectiva.

–Vamos Emma, somos tus amigas –intervino prudente Raquel–. Sabemos que algo te preocupa. Sabes que puedes contar con nosotras, ningún problema es insuperable y ningún camino lo suficientemente estrecho. – argumentó Raquel con su peculiar sabiduría.

–De acuerdo –consintió Emma, ante el desconcierto de Sandra, que no podía creer que no hubiera sido preciso emplear métodos más invasivos–. No sé cómo empezar... –dudó preocupada por lo que pudieran pensar de ella.

–Por el principio estaría bien. –trató de animarla Raquel manteniéndose en su línea de ingenuidad y dulzura.

–Yo después de lo de tu florecita estoy curada de espanto, así que

dispara mi niña –soltó Sandra a la vez que movía uno de los remos para esquivar a una familia que estaba a punto de chocar con ellas–. ¡Manda narices lo torpe que es la peña! –masculló entre dientes guiñando un ojo a Raquel, que observaba alucinada su habilidad con los remos.

–Creo que por fin lo he encontrado –comenzó a decir Emma, atrayendo la atención de sus amigas–. Bueno, puede que me haya encontrado él, si es que se puede considerar así...no sé –trató de continuar titubeante–. Lo cierto es que ni siquiera es real, solo es una ilusión maravillosa –continuó pesarosa sintiéndose incapaz de encontrar la combinación de palabras que les permitiera entenderlo.

–A ver cariño –Interrumpió inquieta Sandra–. ¿Me estás diciendo que te has vuelto a enamorar de un imposible?

–¿Quién ha dicho nada de enamorarse? –contestó arrepentida por haber comenzado con aquello. Si ya era difícil explicar su fascinación por un hombre que ni siquiera existía, más difícil resultaría si Sandra comenzaba interpretándolo de aquella manera. Hablar de encapricharse de una fantasía ya sonaba inverosímil, pero entregar el corazón era un pasaporte directo al manicomio.

–¿Entonces? –Intervino Raquel impaciente– No puede ser tan grave, si no estás colada estamos a tiempo de resolverlo –se apresuró a decir al ver tan nerviosa a su amiga–. ¡Venga, suéltalo!, me estás preocupando.

«¡Que sea lo que Dios quiera!», pensó sin poder luchar en dos frentes. Soportar la ausencia de Brandon ya era insoportable por sí solo.

–¡Allá va! – anunció de golpe, atrayendo su atención– Cada noche desde que celebramos mi treinta cumpleaños, sueño con un hombre que reúne todas las cualidades que siempre he deseado. Tiene unos ojos azules impresionantes que me derriten, un cuerpo de escándalo que me hace perder el sentido con tan solo rozarlo, y es orgulloso y cabezota, pero a la vez tierno y pasional como ningún otro. Me hace olvidar la tristeza, el pudor y los prejuicios que siempre me han paralizado por completo. Junto a él todo parece posible, no existe nada más cuando está conmigo, consigue que me sienta segura. A su lado me siento en casa, él es el refugio con el que siempre había soñado. Pero con cada nuevo despertar la desesperación y la angustia se abren paso a través de mi pecho, reemplazando esa calma que encontraba

mecida entre sus fuertes brazos. –narró sumergida en aquellos recuerdos que la atormentaban noche y día.

Sandra y Raquel la escucharon en silencio sin alcanzar a dilucidar si en realidad se trataba de una ridícula broma.

–¿Estás de coña? –intervino Sandra sin poder creer lo que escuchaba.

–Cariño, ¿has dicho en sueños? –la siguió Raquel con mucho más mimo.

–Como chiste ha estado bien princesa –continuó Sandra, sin dejar de pensar que se trataba de alguna retorcida argucia de su amiga para no contarles lo que realmente le ocurría–. Ahora empieza con la versión real guapa –dijo mientras trataba de sacar la barca del borde donde habían encallado.

–No hay otra versión, es la pura realidad –dijo Emma tragando saliva para aliviar el inmenso nudo que tenía en la garganta–. Creo que me estoy volviendo loca, tanto pensar en encontrarlo para terminar perdiendo la cabeza. –exclamó sin poder sujetar las primeras lágrimas que comenzaron a surcar su rostro.

–Tranquila cielo, estamos contigo, no pasa nada. –intervino Raquel inclinándose hacia ella para tratar de abrazarla.

–Raquel, estate quieta o terminaremos dándonos un baño –ordenó Sandra ante los bruscos balanceos que provocó al levantarse–. A ver princesa –dijo resoplando–. ¿Me estás diciendo en serio que estás flipando por los huesos de un tipo que no existe, un tío que se cuele en tus sueños y te hace temblar de los pies a la cabeza? –preguntó poniendo los ojos en blanco.

–Para ya, no la agobies. –suplicó Raquel angustiada.

–¡Si no la agobio! –dijo soltando los remos– Es ella la que se estresa con tonterías.

–¿Por qué te preocupa?, los sueños no son más que eso. –continuó Raquel acariciando el hombro de su amiga.

–Porque no son sueños normales.

–Ahora va a resultar que es un alíen. –se burló Sandra.

–¿Por qué dices eso Emma? –preguntó Raquel mirando con dureza a Sandra.

–Porque cada noche el sueño continúa donde lo había dejado y a la mañana siguiente lo recuerdo con todo lujo de detalles, incluso soy capaz de percibir su olor y el roce de sus manos. –contestó algo más relajada después de soltar la tensión acumulada.

–Freud y otros muchos filósofos interpretan los sueños concediéndoles más importancia de la que solemos darles. –argumentó Raquel tratando de consolarla– Igual solo es cuestión de entenderlos.

–Quizá tenga sentido –intervino Sandra–, si por fin lo hace con ese tío, no cuenta, sigue siendo virgen, ¿no? –El príncipe ideal con el que todas soñamos, un amor casto y puro. Además, luego no podrá fanfarronear con sus amigos, y si lo hace da igual, te despiertas y ya está.

–¡Sandra, la barca! –gritó Raquel con los ojos fuera de sus órbitas al ver otra que estaba a punto de chocar contra ellas.

–¡Mi madre! –exclamó Sandra al ver por el rabillo del ojo el impacto inminente, mientras trataba de parar la embestida con uno de los remos– ¡Animales! –gritó clavando una fría mirada en los cuatro adolescentes que no paraban de reírse a carcajadas– ¡Os meto una hostia que os quito el acné juvenil de golpe, descerebrados! –gritó apartando la otra barca a empujones.

–¡Amargadas! –gritó uno de ellos haciéndoles un corte de manga.

–¡Será niñato el imberbe!, ¡eso tu madre desde que naciste, pedazo de trol! –continuó Sandra fuera de sí, apuntando hacia ellos el dedo corazón.

–¡Jolines, maja! –dijo Raquel mientras trataba de sentarla a tirones, asustada por la inclinación que empezaba a tomar el bote– Cada día se te da mejor, ¡qué delicadeza, que... que sutileza!, de mayor quiero ser como tú, eres mi inspiración –continuó con guasa.

–¡Aparta! –chilló descontrolada empeñada en colocar los remos para ir tras ellos– Bastante tengo con vuestros lloros, solo me falta que ahora vengan a tocarme los ovarios esos niñatos, cuando los pille...

–Venga, olvídale ya, casi han llegado al embarcadero, no merece la pena. –trató de calmarla Raquel, queriendo evitar una nueva y absurda

pataleta de su amiga. Mientras Emma continuaba en silencio, ajena a todo lo que estaba sucediendo, sin poder pensar en otra cosa que no fuera el error que había cometido al confesarles aquel sin sentido. «¿Cuándo aprenderás a cerrar la boca?», se reprochaba una y otra vez, sin escuchar la particular batalla que lidiaban sus amigas.

–Está bien, ya me calmo –aseguró Sandra frenando la velocidad que había logrado alcanzar.

–Eso está mejor. –aprobó Raquel dándole dos palmaditas en la espalda, a la vez que le hacía una señal para que mirase a Emma.

–Bueno, vamos a ver, cojamos el toro por los cuernos –propuso Sandra levantando la barbilla de Emma–. No pienso que estés loca, salvo el capítulo de ser virgen..., que trataré de pasar por alto. Lo cierto es que eres tan cabal que para mi gusto pecas de aburrida –dijo resoplando–. No te ofendas. Barajemos posibles alternativas.... ¿Pocas horas de sueño, nervios, el periodo, problemas con la zorra de tu jefa...?

–De todo un poco –asintió Emma algo más serena–. Excepto lo de dormir, ya os he dicho que duermo a pierna suelta y me despierto descansada y tranquila, hasta que descubro que no está conmigo.

–No me lo tomes a mal –intervino Raquel–. Tengo un vecino que estudia psiquiatría, y además casualmente está obsesionado con la hipnosis y muchos otros enigmas de la mente, no sé..., puede ser una opción. No pienso que estés perdiendo la cabeza, pero puede que otras preocupaciones en tu día a día ocasionen este malestar que sientes.

«¿Malestar?, ¡es lo mejor que me ha pasado en la vida!, preferiría estar loca y poder regresar allí cada día, antes que permanecer cuerda en esta vida», pensó sin mostrar el más mínimo interés en su propuesta.

–Lo pensaré Raquel, pero no tengo mucha fe en que la psiquiatría pueda explicar lo que me está ocurriendo, y tampoco confío en la hipnosis como método para estudiar el subconsciente. Pero te prometo que lo pensaré.

–Solo es una opción, no tienes nada que perder. Pero estoy convencida de que es algo pasajero, has estado muy ocupada con el trabajo y los estudios, probablemente solo es cansancio. –continuó Raquel tratando de tranquilizarla, mientras un hombre las arrimaba con un gancho al

embarcadero.

–¡Por fin tierra firme! –Exclamó Sandra soltando un profundo suspiro– Ser vuestro chófer es demasiado duro, he tenido lago para el resto de mi vida. Y encima estoy empapada –dijo mirándose el trasero mientras aquel amable hombre le tendía la mano–. Y claro que tiene mucho que perder. Y si ese loquero...

–Psiquiatra. –puntualizó Raquel fulminándola con la mirada.

–Perdón. Pues bien... ¿y si ese psiquiatra te deja colgada en el limbo o resulta ser un perverso que aprovecha que estás dormida para manosearte o hacer quién sabe qué cosas? ¿Cómo te quitamos luego el trauma?, porque eso sí sería real –dijo manteniendo su postura incrédula ante todo lo que estaba escuchando.

–¡No seas retorcida!, es un buen chico. –replicó Raquel ofendida.

–Si yo lo respeto, pero a mí se me ocurre otra idea –insinuó Sandra con aire misterioso–. Cuando mi madre y yo tenemos problemas siempre los resolvemos de otra manera, venid y os mostraré a la mejor psicóloga de Madrid, España y probablemente del mundo entero.

Emma y Raquel la siguieron bordeando el lago hasta llegar a la zona de puestos, donde se reunían algunos vendedores ambulantes, retratistas, músicos y poco más, nada que pudiera servirles de ayuda en aquel momento. Pero entonces ambas vieron atónitas como Sandra se acercaba a una de aquellas señoras tan pintorescas, las que leían el tarot, con su pañuelo del ojo en la frente, su bola mágica y toda la parafernalia.

«No me lo puedo creer, ¿esta es su forma de curarme?», pensó Emma sin salir de su asombro.

–Lo último que necesito es que una de esas brujas meta más pájaros en mi cabeza. –dijo ofendida mirando a Raquel, que tampoco entendía la ridícula salida de Sandra.

–¡Vamos chicas!, María nos hace un hueco en su apretada agenda. –gritó Sandra llamando a sus amigas a voces.

–¿Agenda, quien es la loca ahora? –Se burló Emma buscando el apoyo de Raquel.

–Sé que es un sin sentido, pero si no la seguimos la corriente volverá a empezar con uno de sus insoportables piques –advirtió Raquel apenada por tener que respaldar el comportamiento de aquella joven alocada–. Anda, cuanto antes lo hagamos antes nos marcharemos.

–Nunca me ha gustado que me lean la mano ni que me echen las cartas, me pone nerviosa que un completo desconocido especule sobre el que habrá de ser mi destino. Si se inventa cualquier barbaridad terminaré enloqueciendo por dos motivos –argumentó tratando de frenar el empuje de Raquel.

–Por favor, Emma, es demasiado para una semana –suplicó Raquel juntando las manos y poniendo su mirada de perro pachón abandonado–. No hace falta que creas, límitate a sacar cartas y confórmate con todas las patrañas que te cuente. El truco radica en no hacer preguntas.

–¿A qué esperáis? –Insistió Sandra clavando una amenazadora mirada en sus amigas– María no tiene todo el día.

–Está bien –Dijo Emma volviéndose hacia Raquel–. Lo haré por no tener que escucharla y porque me muero de ganas por marcharme a casa para lamerme las heridas.

–¿Por qué dices eso mujer?

–Porque no debí contar nada, ya era bastante humillante condenarme yo misma –explicó apenada–. Ahora tengo que soportar que esta chiflada experimente conmigo como si fuera una cobaya.

Llegaron hasta el pequeño tenderete de la anciana con paso pausado y evidente desgana, una aptitud que colmó la paciencia de Sandra.

–Deberíais estar agradecidas por de pijas clasistas.

–Siéntate y calla –contestó Emma condenando a Sandra con su lánguida mirada–. Solo me metes en follones, está por ver el día que me devuelvas una sola de las cosas que hago por ti diariamente.

–Sííí señora abogada, lo haré algún día, pero ahora te sientas tú que eres la clienta.

–Esa es otra, ¿cuánto cuesta? –preguntó Emma sacando el monedero de su pequeña mochila.

–No es nada –contestó con voz dulce la anciana–. Las amigas de Sandra son parte de esta gran familia.

«¿Gran familia?, cuando termine aquí será Sandra la que pase por el loquero», pensó al descubrir que se tomaba aquello tan en serio, hasta el punto de considerar familia a esa pintoresca señora.

–Siéntate bonita. –pidió con amabilidad la mujer.

«Ya estamos. Voz suave y embriagadora. En breve me lo creeré todo y estaré ladrando como un perro o algo así», pensó divertida ante el gesto serio de sus amigas.

–Coge una carta. –solicitó María extendiendo en abanico toda la baraja. ¿Solo quieres saber acerca del amor?

–Sí señora, de momento andamos bien de salud, algo perdida, pero.... nada que usted no pueda solucionar en un momentito. –contestó irónica mirando a Sandra con una sonrisa hipócrita.

–Eso espero mi niña, ser capaz de ayudarte.

«¿Mi niña?», repitió para sí al recordarle la expresión que tanto empleaba su amiga. «No, si al final resultará ser su abuela o su tía», pensó observando minuciosamente a esa intrigante mujer de pelo blanco.

–Otra carta Emma. –volvió a pedir pensativa.

–¡Oh, no! –exclamó Emma sin poder evitarlo cuando María giró la carta y apareció la guadaña– Sabía que no harías más que empeorar mi día, ahora me muero y todo a freír espárragos.

–Tranquilas –intervino María al ver la mirada que se lanzaban Emma y Sandra–. Las cartas hay que interpretarlas.

–¡Pues ya me dirá usted el significado de una pareja rodeada por una serpiente en una carta y la muerte en la otra! –sollozó Emma alterada sin poder entenderse a sí misma, ¿por qué le afectaba algo en lo que no creía?

–Las cosas no siempre son lo que parecen querida –continuó tratando de aliviarla María–. Saca una última carta.

–Después de esta no pienso coger más. –anunció ofuscada.

–¡Cálmate tigresa! –intervino Sandra.

–¡Tu mejor te quedas calladita guapa! –amenazó Emma señalándola con el dedo.

–Un profundo amor. –susurró entre suspiros mostrándoles la carta.

–Por fin algo bueno. –añadió Raquel aliviada.

–¿Entonces? –preguntó Emma impaciente.

–¿Qué más te da?, total...no creerás nada de lo que te diga –dijo Sandra al percatarse de la curiosidad que había despertado en su amiga.

–Pero cuando termine al menos me dejarás tranquila.

–Antes de conocerte vivía atormentado –comenzó a decir María–, estaba condenado a sufrir en soledad su agonía. Su corazón estaba cerrado a cal y canto, nadie podía salvarlo. Pero entonces llegaste tú, de forma inesperada, invadiendo su oscuridad, imponiendo tu seguridad y tú fuerza.

–Pero no he conocido a nadie especial –contradijo Emma–. Él no es real.

–El destino es caprichoso –continuó contando la anciana–. A menudo nos pone pruebas que no entendemos, a veces lo ilógico resulta lo más sensato, del mismo modo que lo que logramos tocar a veces es menos real que lo que solo late en nuestro corazón.

–Ahora sí que no entiendo nada. –soltó Raquel sin lograr captar lo que decía.

–¿Puede decirme como se llama? –preguntó Emma buscando desenmascararla.

–¡Ay, mi niña! –Comenzó a decir pesarosa– No soy bruja ni adivina, solo sé leer lo que dicen las cartas–, pero él te espera en vuestro árbol.

–¿Cómo ha dicho? –reaccionó Emma con el corazón fuera del pecho. ¿Cómo puede saber eso?, yo no le he contado lo de la cita en el árbol.

–¿Qué árbol querida? –preguntó María encogiéndose de hombros.

–¿A qué te refieres? –intervino Raquel todavía más confundida.

–¿De qué narices hablas Emma? –Interrumpió Sandra sin entender lo que pasaba– Nadie ha dicho nada de un árbol, espero que no estés menospreciando el trabajo de esta mujer, porque entonces tendrás que vértelas conmigo. –advirtió desconfiando de las intenciones de Emma.

–¿De verdad que no lo habéis oído? –preguntó aturdida– ¿Soy la única que lo ha escuchado? – insistió preocupada por la forma en que la miraban.

«Me he vuelto loca de remate, ya no hay duda», pensó aterrada.

–Cálmate chiquilla, a veces la mente nos juega malas pasadas –contó María de forma solidaria–. No trates de alcanzar lo que no existe, solo encuentra la realidad que has soñado.

–No puedo más, no entiendo nada, no, no...–divagaba Emma llevándose las manos a la cabeza.

–Vámonos Sandra, Emma está mal. –suplicó Raquel asustada al verla tan desorientada y confusa.

Por una vez Sandra no vaciló un momento, también estaba angustiada ante la reacción de Emma, solo había pretendido poner una pizca de humor a todo aquel melodrama, pero jamás imaginó que pudiera estallar de esa manera.

–Nos marchamos –anunció Sandra dirigiéndose a María–. Gracias por todo, siento...

Pero aquella amable y misteriosa mujer no dejó que terminara.

–Ve tranquila, necesita ayuda y vosotras encontraréis la forma de dársela –dijo besándola en la frente–. Emma cariño, no soy adivina, como ya te he dicho, pero basta mirarte para saber que no has perdido la cordura, solo estás desbordada por algo que sobrepasa tu cotidiana forma de pensar y sentir. Aprende a relajarte y serás capaz de ver más allá. –le aconsejó tomando su llorosa cara entre sus manos.

Emma fue incapaz de hablar, solo asintió con la cabeza, intentando no desairar a esa mujer que había sido tan amable con ella.

La llevaron a casa sin saber que decir, ni siquiera Sandra fue capaz de improvisar alguno de sus ocurrentes monólogos. Ambas insistieron en

hacerla compañía, pero Emma se limitó a bajar del coche cerrando de un portazo, un gesto que las chicas interpretaron como una rotunda negativa. No se marcharon de inmediato, permanecieron unos minutos en el interior del vehículo tratando de encontrar un pretexto para subir con ella, pero finalmente coincidieron en que un rato de meditación a solas podría resultarle beneficioso. Aun así, se marcharon pesarosas, sobre todo Sandra que no podía dejar de sentirse egoísta.

Aprovechando que Elsa aún dormía se escabulló en la oscuridad de su cuarto. Al cabo de veinte minutos, cansada de tanto llorar, se quedó profundamente dormida.

Quinto sueño

–Estás preciosa. –dijo Brandon cuando la vio llegar con aquel vestido rosa y una bonita pamelita que dejaba al descubierto su pelo rubio, secándose al viento.

«Tú tampoco estás mal vaquero», pensó Emma limitándose a bajar la mirada avergonzada, algo que a él le encantó, pensar que era capaz de ponerla nerviosa le alentaba en su propósito por conquistarla.

–No es una indumentaria muy apropiada para montar a caballo, no se... puede que debemos cambiar de planes. –dudó mirando de arriba abajo a esa bellezón que nublaba su visión del entorno.

–Tranquilo –dijo guiñándole un ojo con descaro–. Como no me dijiste donde íbamos vengo preparada –dijo levantándose lentamente la falda por encima de las rodillas–. Me he puesto un *short* comodísimo por si me embarcabas en alguna de tus macabras aventuras –dijo con picardía consciente de la mirada lasciva que Brandon le dirigía–. ¿Dónde está mi caballo? –preguntó con ligereza, a pesar de conocer lo reacio que podía mostrarse Brandon al respecto.

–Tienes demasiado peligro rubita. –contestó tratando de ocultar el calor que desataba en todo su cuerpo.

«¿Rubita?», pensó complacida al comprobar que el juego comenzaba. Aquellos pulsos que terminaban en un derroche de testosterona le gustaban, de momento era lo más parecido a esas reconciliaciones de las que con tanta pasión le hablaba Sofía.

–Vale musculitos –contrató contemplando aquel cuerpo que tanto deseaba–. ¿Te sigo en bicicleta? –preguntó con una sonrisa que despertó en Brandon la necesidad incontrolable de tomar sus tentadores labios. Incapaz de contener el fuego que le abrasaba por dentro, la atrajo con posesión tomándola por la cintura y devoró su boca con deleite, como si anhelara fundirse en aquel volcán que le derrotaba. Emma aceptó sus besos entregada con lujuria, sin querer parar la sed insaciable que emanaba de su boca, algo que solo él lograba calmar con cada roce de su lengua. Aquel sabor, su tacto,

su olor y la calidez que desprendía su corpulento cuerpo la conducían al borde del colapso, mientras él llevado por el éxtasis de aquel sofocante momento era incapaz de pensar en parar de mordisquear y saborear aquel néctar que nacía en su boca.

–Ejem, disculpe señor, le traigo el caballo tal y como pidió.

Solo entonces se separaron bruscamente.

–Gracias Bill. –dijo Brandon sin mirarlo, tratando de limpiar los restos de carmín de sus labios. Mientras Emma permanecía inmóvil de espaldas.

De pronto Emma se sobresaltó al sentir que sus pies se levantaban del suelo. Era Brandon, que de un fuerte y controlado impulso la situó sobre el caballo.

–Ahí quietecita preciosa –indicó ensillando con un atlético movimiento–. Ahora puedes hacer uso de esos prácticos pantalones y sentarte a horcajadas o como una fina amazona. –propuso sonriendo, sabiendo que triunfaría con cualquiera de las opciones.

Emma no contestó, se limitó a levantar la pierna por encima de la cabeza del caballo, con un ligero movimiento que le dejó boquiabierto.

–Buena elección vaquera, ahora recuéstate en mi pecho, iremos deprisa.

–¿A dónde?

–Eso es una sorpresa princesa. Sujétate bien y si quieres cierra los ojos –dijo besándola con ternura en la cabeza.

«¿Cerrar los ojos?, déjame las riendas y verás quien los cierra engreído», pensó rabiosa por no poder delatarse. Pero bajo ningún concepto estaba dispuesta a perderse el espectáculo de ver la realidad fluyendo con el galope acompasado de aquel espectacular animal, menos aun sintiendo latente la cálida proximidad de Brandon.

Al cabo de un rato bastante intenso, en el que Emma se resignó ante la idea de tener que viajar de paquete, para entregarse al deleite de su seductora compañía, Brandon tensó los brazos para detener el caballo, destacando así sus espectaculares músculos. Emma suspiró ensimismada, aunque Brandon lo interpretó como una oportuna manifestación de cansancio.

–Tranquila, hemos llegado –señaló convencido de su ansia por bajarse del caballo–. No te muevas –dijo protector desmontando sin dejar de sujetarla con una de sus fuertes y grandes manos.

Una vez en el suelo Brandon la tomó con delicadeza por la cintura y la elevó sin esfuerzo, como si de una pluma se tratase. Antes de soltarla, encandilado por la profundidad de sus maravillosos ojos, le dio un breve, pero dulce beso, que a Emma le llegó a lo más hondo del corazón, ¿cómo podía estremecerla de aquel modo su cercanía?, pensó acalorada tratando de recuperar el equilibrio.

–Vamos torpona –dijo sonriendo, mientras Emma trataba de enderezar sus piernas–. A este paso se nos hace de noche.

Emma sacudió la cabeza sin lograr comprender porque su cuerpo flaqueaba de aquel modo. Y en cuanto se sintió con fuerzas comenzó a seguirle con una graciosa carrera, que hizo que él sonriera de nuevo.

–Corres como un pato, princesa. –continuó burlándose cuando Emma llegó hasta él.

«Mira tú el gracioso», pensó divertida, consciente de que empezaba a ser inmune a sus comentarios, ahora los consideraba un juego.

–Ahora es cuando vuelves a cerrar los ojos –ordenó enigmático mientras se giraba hacia ella–. Ven, no me fío de ti. –anunció mientras tapaba de nuevo sus ojos. La imagen de aquella mujer que respiraba agitada e impaciente le resultó de lo más excitante, tanto que rozó sus carnosos labios con el dedo de forma sinuosa, haciendo que ella se estremeciera de pies a cabeza.

«¿Qué estás esperando?, bésame, lo estoy deseando» pensó valorando la posibilidad de decirlo en alto.

Pero Brandon la dejó con la miel en los labios, había sido demasiado explícito con ella y creyó oportuno mantener alerta alguno de sus escudos hasta estar completamente seguro.

Emma se percató decepcionada de que sus labios no llegaban. Entonces Brandon tiró de su mano.

–Camina despacio, por aquí hay cardos y algunas víboras que nos

pueden salir al paso. –dijo tratando de asustarla. Sin embargo, le sorprendió ver que no se inmutaba. «Así que no tienes miedo preciosa», pensó complacido.

–¿A dónde vamos?, espero que merezca la pena porque si no...

–¿Me estás amenazando? –susurró a su oído, haciendo que a Emma se le doblaran nuevamente las rodillas.

–Jamás lo haría –dijo perfilando una risueña sonrisa que a Brandon le resultó inmensamente seductora.

–Pues hazme caso, ya casi hemos llegado. –dijo guiándola por un camino repleto de maleza.

–¡Dios mío!, ni que estuviéramos en la selva.

–Atravesando por aquí llegaremos antes protestona. –argumentó Brandon al ver las muecas de su cara.

–Eso espero, porque el *short* no da para tanto –contestó sintiendo las piernas magulladas–. Cuando acabemos parecerá que me han atacado un montón de gatos.

–¿Gatos? –preguntó ante aquella salida tan cómica. Eres una exagerada. «¡Que Dios proteja a esos pobres gatos!», pensó al recordar el carácter que tenía esa llorona. Lo cierto es que no iba vestida para una inmersión a través del bosque, pero de otra manera hubieran tardado horas.

–Al menos quítame esto de los ojos. –pidió llevándose las manos al nudo del pañuelo.

–¿Ahora que hemos llegado? –anunció haciendo que Emma respirara profundamente aliviada.

Se quedó quieta y relajada al saber que no tendría que seguir caminando. Esperando pacientemente que Brandon la liberase de aquel juego que ya no resultaba tan interesante. Lo que no sabía es que él se mantenía frente a ella admirando su belleza. Verla allí esperando por él, con los ojos vendados, viéndose obligado a centrar su atención en sus carnosos y succulentos labios, era más de lo que era capaz de soportar. Ansiaba apoderarse de aquella sublime presencia que le llamaba al pecado. Cuando

Emma sacó sutilmente la lengua para humedecerse los labios, Brandon no pudo más.

«¿Serás idiota?!» se dijo a sí mismo. Tenía ante sí aquel bello imán que le atraía con locura, y sin embargo se erguía prepotente y orgulloso, tratando de frenar sus impulsos. «¿A quién tratas de engañar?», pensó avanzando hacia ella, sintiendo como la tensión lo mataba.

–No puedo más Brandon, no soporto un segundo más, quítame esto.

Pero cuando hizo el amago de llevarse las manos a la cabeza, Brandon se las sujetó con delicadeza.

–No tengas tanta prisa vaquera. –susurró sensualmente a su oído.

Emma enmudeció al sentir la firmeza de sus manos, y Brandon aprovechó para conducirla hasta el árbol que había junto a ellos, donde la recostó con sumo cuidado. Sin dejar de contemplarla, apoyó sus manos en el árbol, a ambos lados de su cabeza, y sucumbiendo ante sus encantos, se lanzó dominante contra su boca, dispuesto a silenciar su jadeante aliento. Envuelto por aquel efluvio de feminidad supo que ansiaba apoderarse de todo lo que ella quisiera darle. Sujetando con mimo su cara tomó posesión de su boca una y otra vez, tanteando con su lengua la densidad de sus labios, para continuar saboreando cada plácido y cálido rincón, hasta coincidir con la húmeda provocación de la suya.

De pronto, Brandon se detuvo, haciendo que Emma resoplara de pura impaciencia, algo que Brandon captó de inmediato, por lo que sonrió complacido al comprobar que separarse de él no la dejaba indiferente.

–Espera gruñona, solo quiero quitarte esto –dijo retirándole la cabeza del árbol para desatar el lazo. La sensualidad del momento casi había logrado anularlo por completo, pero de pronto sintió la invencible necesidad de reencontrarse con sus impresionantes ojos–. Así está mejor –asintió dejando caer el pañuelo al suelo, conmovido al observar que aún los mantenía cerrados–. Ahora bésame con los ojos abiertos, quiero sentirme en el cielo. –solicitó fascinado por aquella profundidad que le ahogaba. Ella accedió complacida, aturdida por aquel fuego que reinventaba su cuerpo. Aunque tras cumplir durante unos instantes su deseo, sucumbió ante la insuperable necesidad de cerrar los párpados. Brandon estaba fascinado, aquel rasgo de

ternura y entrega era común en ella, y a él le conmovía como si fuera un muchacho.

Brandon gozó apoderándose de cada uno de sus apasionados suspiros, y aún a riesgo de ser rechazado o pateado por esa sublime fiera, colocó su rodilla en medio del estrecho arco que dibujaban sus piernas, forzando el espacio sin lastimarla, hasta sentir que accedía a su reclamo relajando la distancia.

–¿A dónde crees que vas vaquero? –insinuó temblorosa al percatarse de lo que estaba pasando.

–Solo donde tú me dejes cariño –contestó meloso subrayando el contorno de sus labios. Después bajó por su escote hasta la oculta cavidad de su ombligo, haciendo que Emma emitiera un leve gemido.

–Brandon, para. –dijo poco convencida, tirándose del vestido al percatarse de que empezaba a levantarlo con una de sus formidables manos.

–¿Estás segura? – prosiguió insinuante tomándola de las caderas.

–No puedo. –dijo pesarosa, poniendo sus manos contra su pecho. Brandon empezaba a representar todo lo que siempre había querido. Tenerle ante ella; entregado, acalorado, tenso y excitado, la estaba consumiendo. Caería como una estúpida en sus redes y después se esfumaría, como la calabaza y los ratones de sus cuentos.

–Como deseas. –accedió contrariado, aún más atraído por su contundente rechazo. Siempre se lo habían puesto fácil y aquella inocente resistencia le tenía embrujado. Cuando se retiró llevándose su sofocante excitación, Emma lamentó su cobardía, había desaprovechado la ocasión de entregarse a un hombre que la hacía sentir segura a la vez que deseada.

–Bueno..., no sé si volverás a tener una ocasión como esta. –soltó Brandon irónico, mientras trataba de enfriarse poniendo distancia de por medio.

–Entonces tendré que conformarme con lo que he tenido de ti hasta este momento –dijo con fingida indiferencia–. No sé si podré soportarlo. – continuó sarcástica ante la mirada ceñuda de Brandon.

«¿Serás bruja?!», pensó sintiéndose atrapado por su embaucadora

sonrisa.

–Ahora mira hacia allí. –propuso cambiando de tema, mientras indicaba hacia el Norte.

Emma se quedó paralizada ante la visión que apareció ante ella, jamás lo hubiera imaginado, estaba tan centrada en el trabajo y sus enredos con Brandon, que había pasado por alto las maravillas que atesoraba esa magnífica tierra.

–¿Qué te parece? –preguntó Brandon admirando aquel edificio emblemático que tanto le impactó de niño.

–Es el Álamo. –contestó impresionada.

–¿Conoces su historia?

–¿Y quién no? –contestó convencida de que nadie podía ignorar los apasionantes acontecimientos que habían tenido lugar entre sus muros– Trece días de asedio y heroica resistencia frente a los soldados mexicanos, ¿quién podría olvidarlo?

–Muchas personas desconocen su historia, incluso nuevas generaciones de texanos –expuso Brandon. De nuevo se veía sorprendido por sus cualidades.

–No te creo, ¿cómo es posible?, no es solo un sublime estandarte a la valentía, también fue una de las primeras misiones, viene a ser parte de vuestras raíces y eso sin mencionar la puerta a la independencia –narró Emma sin respirar, como si estuviera en el colegio. Ante la atónita mirada de Brandon. Había llevado allí a numerosas mujeres, esperando compartir con ellas su pasión por la tierra que tanto le había dado, pero la mayoría bostezaban aburridas al ver un sórdido y apagado edificio o se limitaban a calificarlo como un lugar triste y sombrío– Solo imaginar lo que debieron pasar aquí encerrados, hace que se me ponga la piel de gallina. –dijo mostrándole sus brazos.

Brandon la acarició conmovido por el mar de sensaciones que le llenaban al estar a su lado.

–¿Podemos visitarlo? – suplicó poniendo morritos.

–Lo siento preciosa, lo están restaurando, aún tardaran unos meses en volver a abrirlo al público –contestó ofuscado por no poder complacerla–. Pero si quieres podemos sentarnos bajo la sombra de aquel árbol, estarás lo suficientemente cerca como para poder contemplarlo.

–Me parece bien. –asintió conforme, tomándole de la mano sin darse cuenta, un gesto que descolocó a Brandon, que, aunque confuso ni se planteó rechazarlo. Aquella iniciativa tan natural y cercana hizo que se replanteara toda su vida, ¿por qué nunca había confiado en nadie para poder compartir pequeñas complicidades como aquella?

Una vez sentados, Emma se recostó en su hombro y suspiró sin poder dejar de mirar aquel pequeño resquicio del pasado.

–Es impresionante, imagina como sería, ¿te haces una idea?

–La verdad es que sí. –contestó haciendo que le mirase confundida.

–¿Qué quieres decir?

–Cada año, en el mes de marzo tienen lugar una serie de festejos conmemorativos, con una impresionante reconstrucción de la batalla. Te encantaría, estoy convencido.

–¿Lo dices en serio? –Interrumpió visiblemente emocionada– Será como volver al pasado.

–No lo dudes –afirmó entusiasmado–. Disparan rifles de pólvora negra, mosquetes y cañones. Es algo único, extraordinario, te traslada por unos momentos a 1836, te sientes parte de aquel intenso y trascendental suceso.

–Es una lástima no haber venido en esas fechas. –continuó afligida al recordar que para entonces ya nadie recordaría su paso por aquel mágico lugar.

–En casa lo celebramos por todo lo alto –prosiguió Brandon, fingiendo no haber reparado en el motivo de su tristeza–. Hacemos un baile inspirado en aquellos años; las mujeres se visten con esos vestidos enormes y abultados –sonrió recordándolo–. Y nosotros nos enfundamos uno de esos fracs que tanto os gustan a vosotras. –contó luciendo una perfecta y radiante sonrisa, que a Emma la tenía completamente encandilada.

«¡Debe estar para comérselo!», pensó recorriéndolo de arriba abajo con disimulo. Sin duda, verlo con un traje de aquellos debía ser todo un espectáculo— No sigas, ¡que rabia que falte tanto tiempo!

—Puede que algún día puedas regresar para verlo. —insinuó, deseando que así fuera.

—Ojalá, siempre he sentido debilidad por todo lo relacionado con esa época, me encantaría, por pesados que pudieran resultar los volantes y las enaguas —rió divertida ensanchando sus caderas con los brazos, como si llevara uno de esos inmensos modelitos.

—Estarías preciosa con cualquier cosa —dijo girándose para mirarla—. No imagino nada más seductor que tu cuerpo atrapado en uno de esos inmensos vestiditos —continuó diciendo mientras le guiñaba un ojo—. Bueno si..., el privilegio de poder quitártelo capa tras capa. Brandon sintió un profundo escalofrío imaginando el momento de tenerla solo para él.

—¡Serás fresco! —replicó dándole un empujón.

—¡Auh! —gritó llevándose la mano al brazo.

—Lo siento, lo siento, no me acordaba. —se apresuró a disculparse percatándose de su torpeza, estirándose sobre él para tocarle con delicadeza sobre la venda. Un movimiento que a él le excitó sobremanera. Sentir el roce de sus pechos contra su cuerpo despertó una sed insaciable que le abrasaba por dentro. Sin querer controlarlo la giró hacia él tomándola por los hombros, manteniéndola reclinada sobre su regazo, y perdiéndose en la claridad de sus ojos, persiguió con frenesí sus labios para tratar de saciarse.

Emma respondió a cada uno de sus sensuales movimientos, atrapando su lengua para saborearla, para después soltarla lentamente, despertando la sonrisa de Brandon, que accedía con gusto a cada uno de sus juegos. La atracción que sentía por ella le impedía pensar en separarse, y aunque ambos respiraban fatigados, ninguno de los dos estaba dispuesto a propiciar la distancia.

Brandon la incorporó para volver a sentarla sobre sus piernas, tratando de sentir mucho más de ella, anhelaba descubrir cada rincón de aquel incitador y estilizado cuerpo.

Cuando se detuvieron y Emma se reencontró con sus ojos felinos, inmensamente azulados, se supo perdida, aquel hombre lograba que el entorno se fundiera a su alrededor, quedando solos frente al universo, sintiendo que no había nada más que pudiera desear o esperar en aquellos momentos.

–¿Qué me has hecho, que tipo de poder ejerces sobre mi brujita? –dijo Brandon dejando de morderle el labio inferior, mientras dibujaba besos salteados en su delicado cuello.

–No sé a qué te refieres –contestó retirándose, dejando a Brandon con la decepción en los labios–, pero nos están mirando. –concluyó levantándose ruborizada al ver a una pareja de turistas asiáticos haciéndoles una foto como si formaran parte del paisaje.

–¡Malditos turistas!, nunca lograré acostumbrarme –espetó al comprobar que ni siquiera se inmutaban y continuaban observándolos con descaro–. Vámonos de aquí –propuso levantándose para después cogerla de la mano para tirar de ella.

El escenario era mágico y la compañía inmejorable, pero aquellos extraños con sus móviles de última generación habían logrado incomodarlos, y la fantasía se había esfumado.

–A propósito guaperas – intervino Emma, que se sujetó a tiempo de no volver a propinarle otro empujón. «¡Uh, casi lo hago de nuevo!», pensó aliviada por haber recordado lo de su brazo– ¿No ibas a invitarme a comer? – preguntó al oír un escandaloso rugido que hizo que Brandon la mirase con cara de espanto.

–Contén tu rugido leona –respondió divertido ante el estruendoso ruido que provenía de aquel pequeño cuerpo–. Sígueme y podrás saciar tu apetito – dijo sonriendo, tirando con delicadeza de su mano.

«Otra vez las zarzas y las dichosas plantas», pensó agobiada al imaginar aquel horrible roce en sus piernas.

Pero de pronto sintió que su cuerpo se elevaba y al instante suspiró al encontrarse protegida entre los brazos de aquel monumental hombre.

–Estás de suerte princesa, tanto Álamo y época de secesión han

terminado por despertar mi lado caballeroso y romántico –se justificó dándole un breve y dulce beso en los labios–. No dejaré que arañes esas estupendas piernas. –dijo deleitando sus manos en la tersura de su fina piel.

–Dudo que un ligón como tú pueda ser todo eso.

–¿Por qué dices eso? –preguntó molesto por la imagen que se había formado de él. Era cierto que nunca le habían faltado las mujeres, siempre bellas y apasionadas, pero nada tenía que ver con un hombre de tendencias promiscuas o pecaminosas, más bien eran ellas las que no dejaban de acosarlo, él tenía bastante claras las cosas. Disfrutaba de su compañía, pero jamás descubrió nada en ninguna que le hiciera renunciar a su propia existencia, y eso solo podía significar una cosa, aún no la había encontrado.

–Los hombres como tú van saltando de flor en flor sin buscar nada serio, eres un picaflor, como diría mi madre.

«¿Hombres como yo?», pensó molesto y aturdido. ¿Qué había hecho para que le juzgara de esa manera?

–No te ofendas –prosiguió Emma, sin que Brandon alcanzara a pronunciar palabra–, pero ya soy mayorcita para saber lo que se puede esperar de alguien con tu planta, y desde luego no tiene que ver con el romance.

–Imagino que alguien como yo solo busca sexo, ¿no es eso? –opuso ceñudo al ver la frivolidad con que le juzgaba–. Puede que lleves razón, y en el fondo no seas más que otra presa fácil, una bonita distracción. –continuó diciendo buscando desconcertarla tanto como ella había logrado hacerlo.

«¿Ni siquiera se molesta en negarlo?, ¡menudo pieza!», pensó decepcionada. En el fondo esperaba que la llevara la contraria, solo le había provocado para que abriera su corazón y así poder conocerle. – Llevas toda la razón – asintió rabiosa–, solo somos dos adultos que buscan divertirse.

–¿Te diviertes? –preguntó mostrándose como el falso galán que Emma le consideraba– Pues continuemos divirtiéndonos. –propuso poniéndola sobre el caballo, dispuesto a tardar en demostrarle lo equivocada que estaba.

En esta ocasión Brandon se sentó delante de ella, estaba enojado y aunque deseaba tenerla junto a su cuerpo, quería darle un escarmiento.

Emma se sujetó con fuerza, aquella postura no la hacía sentirse segura, pero al sentir el calor que desprendía él, se relajó y abrazándolo cerró acobardada los ojos. Prefería mil veces montar sola que depender de la destreza de otro, de esa forma no podía controlar lo que pasaba y eso la aterraba.

—¿Vas bien sujeta?

Emma dudó unos segundos y después asintió mientras estrujaba a Brandon con todas sus fuerzas.

Aunque él continuaba indignado por sus atrevidos e hirientes comentarios, no pudo evitar sentirse conmovido por la forma en que ella demandaba con delirio su protección, su cercanía. Por primera vez en la vida le gustó la idea de poder cuidar de alguien, aunque dudaba que ella confiara en que él pudiera ofrecerle la seguridad con que siempre había soñado. Aquella incertidumbre no dejó de atormentarlo durante todo el trayecto, la idea de que ella viera en él a un tipo guaperas y superficial, hacía que se retorciera por dentro.

Brandon desmontó con agilidad, pero en esta ocasión no se acercó para ayudarla, se había propuesto que fuera ella quien, a partir de ese momento, persiguiera sus atenciones, puede que así las interpretara de otra manera.

No obstante, se quedó de piedra al observar a Emma bajando de un calculado y vivaz salto.

—Sígueme. —pidió comenzando a caminar, sin ofrecerle en esta ocasión la mano. Algo que a Emma le extrañó, sin saber porque había comenzado a necesitar que Brandon buscara su contacto, y sentir su lejanía la hizo sentirse perdida.

Emma obedeció enfurruñada, pero se contuvo y no protestó, no estaba dispuesta a humillarse implorando las atenciones de ningún semental, y Brandon representaba eso ni más ni menos, un cuerpo escultural que no encontraría en ella nada de lo que tenía con esas otras. Así que se propuso dejar de soñar despierta y camino cabizbaja a su lado, sin decir nada.

Brandon la observaba por el rabillo del ojo, y percatarse de que la respiración de ella sonaba mucho más acelerada le relajó sobremanera, si aquel era el inmediato efecto a su forzada indiferencia, sin duda habría una

pequeña esperanza. Sonrió satisfecho adentrándose en una zona rocosa y de arboleda, sabiendo que Emma protestaría al verlo.

–¡Estás de broma! –replicó indignada al ver que tendría que volver a pasar entre ramas y pinchos de enormes cardos.

–No vaquera –contestó con una brillante sonrisa, que a Emma le hizo olvidar su enfado durante un breve instante–. Este es el único camino posible, así que tendrás que meter aquí tus bonitas piernas, a menos... que ya no tengas hambre –prosiguió al percatarse de que Emma se encogía al percibir un nuevo rugido que retumbaba en su interior.

«Me muero de hambre, será...», pensó ansiosa por llegar al lugar donde podría calmar aquel doloroso e insistente sonido.

–De eso nada listillo. –opuso irónica, soy capaz de atravesar por aquí y por cualquier otro sitio, no le temo a nada, y menos a un grupito de florecitas y hojas.

Brandon continuó avanzando sin dejar de sonreír, el temperamento de aquella graciosa y sensual mujer le tenía completamente atrapado. Tan pronto era fuego como se convertía en un bloque de hielo, pero aquel sube y baja emocional le reportaba un extraño y placentero desafío.

–Hemos llegado –anunció retirando las ramas de un árbol que rozaron la cara de Emma–. ¡Uy, lo siento!, no te había visto.

«Seguro que no, *salao*, pero el que ríe el último ríe mejor guapetón», pensó pasando a su lado orgullosa. Sin querer rozó su mano, y Brandon sintió un escalofrío que le hizo soltar un profundo suspiro.

–¿Aburrido? –preguntó con picardía.

–Hambriento. –respondió mirándola el trasero y resoplando. «Me conformo con un poco de lo que estoy viendo», pensó deleitándose con su movimiento de caderas, mientras Emma ajena a sus ardientes pensamientos, se acercaba maravillada a la orilla del río.

–Es un lugar precioso, ha merecido la pena cada arañazo –dijo hipnotizada por el sublime paisaje que tenía ante sus ojos, a la vez que tanteaba las magulladuras de sus piernas–. Jamás había visto un lugar tan perfecto como este, ni siquiera en revistas de National Geographic.

Estaban en el río San Antonio, en una zona poco concurrida, donde Brandon solía ir cuando necesitaba estar solo. Los sauces llorones se agolpaban en perfectas hileras, creando un espacio melancólico y misterioso. Mientras decenas de rosas salvajes y margaritas escalaban entre arbustos y piedras, enmarcando el camino que culminaba en un hermoso puente de piedra, que conducía a un pequeño remanso plagado de cisnes y patos.

–¿Te gusta? – preguntó Brandon al contemplar su reacción.

–Más que eso, me encanta. El sauce llorón siempre me ha transmitido paz, es el árbol del amor y los secretos, sus hojas forman perfectas cascadas en forma de sutiles cortinajes, para dar cobijo a los amantes –explicó con un vocabulario poético y fluido que a Brandon le tocó el corazón sin remedio–. Y los cisnes, ¡adoro a los cisnes!, son fieles compañeros, representan el amor verdadero, la entrega incondicional, el infinito.

«Si continúa, la beso», pensó llegando hasta ella. Podía oler su perfume, aquella mezcla floral que desprendía el conjunto de su cuerpo, aquella dulce frescura que emanaba de su brillante cabello. Pero recordar su forma de juzgarlo, su manera de menospreciarlo como si fuera un don Juan sin escrúpulos, le hizo retroceder, aún a costa de morderse los labios para lograr frenar sus impulsos.

–A mí me parecen tétricos –la contradijo dirigiéndose hacia uno de los imponentes sauces–. La diosa Perséfone tenía un bosque de sauces llorones en el infierno, ¿Lo sabías? –continuó misterioso, buscando la manera de truncar su magnífico ensueño.

–Pero Circe los plantó bordeando un cementerio situado a la orilla de un río, porque existía la creencia de que la confluencia de estos árboles con el agua y la luna, daban lugar a un rincón mágico. –contestó sin salir de su embelesamiento. Haciendo que Brandon sucumbiera ante su estratégica salida. Lejos de contestar con algún comentario soez, le había rebatido con un argumento basado en la mitología griega, un tema que desde niño le había apasionado.

«Bonita, seductora y encima es lista, no podré soportarlo», pensó sintiéndose completamente desarmado ante sus múltiples encantos. Aquella mujer representaba todo lo que había estado esperando, y tener que reprimir el deseo de volver a tomarla entre sus brazos lo estaba torturando por

momentos– ¿Comemos leona? –propuso cambiando de tema– No quiero que espantes a los cisnes.

–Está bien Casanova –espetó siguiéndole la gracia–. ¿Dónde comemos?

–Sígueme

–¡Ah, no!, no pienso seguir andando, me escuecen las piernas.

–Está pasando el puente, llorona. –dijo imitando sus sollozos entre risas.

–Lo siento, pero no como ni cisne ni pato. –contestó burlona al ver el lugar que le había indicado.

–Eres puro plomo cariño. –contestó impacientándose.

«Seguro que es otra de sus artimañas», pensó desconfiada mientras comenzaba a seguirle a través del estrecho sendero.

–Me gusta el puente, es resistente, pero a la vez romántico. –dijo ella despertando de nuevo sus risas.

–¿Un puente romántico?

–¿Qué sabrás tu del amor fanfarrón?

«Ya estamos de nuevo», pensó con ganas de besarla y matarla al mismo tiempo.

–Vamos flojeras. –provocó adelantándolo, a la vez que le daba una palmada en el trasero, que le dejó descolocado.

Justo al pasar el puente había un bulto cubierto con un mantel de cuadros rojos y blancos. Brandon tiró de él y dejó a la vista una inmensa cesta repleta de comida.

–¿Tenías hambre poetisa?

Emma se acercó y poniéndose de puntillas le dio un cálido beso, que recibió encantado estrechándola entre sus brazos.

–¿Responde esto a tu pregunta, escéptico? –contestó rozando sus labios con la punta de la lengua.

Quiso frenarse, rechazarla, hacer que continuara siendo ella quien reclamara su tacto. Pero su cercanía, el susurro de su tentadora voz y su cálido aliento, avanzaban sin remedio por sus venas, haciendo que ardiera de pasión por volver a tenerla.

–Eres como la luna, me vuelves loco. –dijo atrayéndola hacia si con fuerza, tratando de fundir el espacio, sintiéndola parte de sí mismo, sin dejarla escapatoria más allá de sus brazos.

–Y tú eres como el chocolate –contestó apoyando las manos en su musculoso pecho–, sé que no debo comerlo porque se va a las caderas, pero está tan bueno...–soltó humedeciéndose los labios con un seductor movimiento.

–Eres una descarada –dijo retirándole con mimo un rizo de la cara–, y además, con alguien que no busca nada serio –prosiguió mintiendo a tenor de lo que ella le había llamado.

–No pasa nada, yo tampoco. –mintió haciendo que a Brandon se le encogiera el corazón. Si al final no lograba convencerla de su entrega y lealtad terminaría sufriendo, pero no era algo que quisiera pensar en aquel apoteósico momento.

–Entonces, si te parece, comenzaremos por el postre. –sugirió seductor, haciendo que a Emma le flaquearan de nuevo las piernas.

Brandon cogió el mantel y extendiéndolo sobre la hierba se sentó y con un gesto de la mano la invitó a que lo siguiera. Le sorprendió ver que rehusaba sentarse a su lado para hacerlo a horcajadas sobre sus piernas. Cuando ella rodeó su cuello con los brazos y comenzó a besarlo con desenfreno, sin dejar de estrecharse contra él, cada vez más exigente, Brandon no pudo contenerse, la apretó contra su boca cogiéndola de la cara con una de sus manos, mientras con la otra la empujaba del trasero hacia él hasta sentir que era imposible estar más unidos.

Emma se retiró fatigada y soltó un profundo suspiro que Brandon alcanzó a capturar con sus labios, deseoso de volver a recorrer cada húmedo y dulce rincón de su boca.

– Eres el postre más delicioso que he probado en mi vida. –dijo completamente extasiado.

–Y tú el chocolate más adulator que he comido nunca. –contrató derrumbándolo, ¿por qué seguía sin creerlo?

–Pues bésame sin miedo a engordar preciosa. –respondió con una sugerente y blanqueada sonrisa, que la llevó a lanzarse de nuevo contra su boca.

Brandon deslizó la mano por su cuello con firmeza, haciendo que Emma se contrajera al sentir que continuaba bajando hasta el canalillo, deteniéndose a jugar con el dedo, mientras continuaba besándola con fiereza.

Sus lenguas bailaban insaciables, entregadas a la pasión que les hacía comportarse como si no existiera nada más en el mundo, como si en realidad estuvieran cobijados por un lugar secreto y mágico, inaccesible para el resto de los mortales.

Cuando Emma sintió que alcanzaba su cintura acariciando su contorno, pensó exigirle que continuara, ansiaba que fuera su primera experiencia. Aunque después desapareciera para siempre. Era un riesgo que estaba dispuesta a correr en ese preciso instante.

Pero Brandon supo que si continuaba no podría dar marcha atrás. El infinito placer que sentía comenzaba a ser doloroso, sentir como ella retorció su postura sobre su cuerpo le hizo saber que en breve no podría pararlo. Estaba a punto de cometer el error de revelarse como el ser superficial que ella esperaba, tomándola en ese lugar sin ningún tipo de reparo.

Finalmente, se apartó apretando la mandíbula, a la vez que la retiraba con suma delicadeza, pretendiendo no ofenderla.

–Como postre eres sublime princesa –dijo pasándose la mano por los labios, como aquel misterioso modelo del anuncio de Martini–, pero ahora me gustaría pasar al primer plato –continuó diciendo inclinándose sobre ella para alcanzar la cesta de comida, dejándola completamente descuadrada.

La mirada de Emma se llenó de rabia al comprobar que cogía algo de la cesta; una botella de vino y dos copas.

–Se me ha quitado el hambre. –contestó confundida por su desplante. ¿A qué venía eso, a que retorcido juego estaban jugando?

–Pues si no comes tocará caminar de nuevo –dijo pesaroso por su

infame conducta—. Prueba esto —sugirió ofreciéndole una ensalada de pasta y frutas—. Es ligera y refrescante.

Emma lo detestaba, se había sentido utilizada a pesar de haberlo disfrutado. Solo podía pensar en la fuerza y rotundidad de sus brazos, en la perversa atracción de sus labios y en la devastadora masculinidad que emanaba de cada poro de su fornido cuerpo.

—Dame. —espetó malhumorada extendiendo su mano hacia el plato que le ofrecía con una de sus triunfales sonrisas.

—Así me gusta, obediente y sumisa. —continuó, sabiendo que estaba a punto de colmar su paciencia.

—No está mal, pero he comido ensaladas mejores y postres mucho más exóticos —dijo irónica sin dejar de recorrerlo con la mirada con desprecio, como si de pronto su porte varonil le resultara de lo más insignificante.

—¡Weepa!, donde las dan las toman —contestó riéndose por su forma infantil de enrabiarse.

Después de un rato observándola en silencio, mientras ella permanecía estática mirando hacia los hermosos cisnes, Brandon reparó en que jamás había contemplado a ninguna mujer de aquella manera. Ver su cabello de oro iluminado por el sol, su piel acariciada por el viento y sus infinitos ojos perdidos en el horizonte, le reportaba una paz espiritual que nunca antes había conocido.

La mente de Emma divagaba incrédula ante lo que había pasado. Había experimentado la fascinación perdida entre sus brazos, y minutos después, la confusión más profunda arrastrada por su repentino desprecio.

—Tengo que irme, debo intentar hablar con su abuela. —anunció Emma incómoda por lo que había pasado.

Brandon se percató de que había recobrado su trato de cortesía, había dejado de tutearle, y enseguida comprendió que se había excedido, así solo lograría espantarla.

—Dudo que haya llegado, pero si es lo que quieres... —aceptó desairado comenzando a levantarse.

–Será lo mejor, cuanto antes termine antes podré marcharme.

Brandon sintió otra punzada en el pecho. Cada vez que ella mencionaba la posibilidad de alejarse de su vida, sentía una angustia indescriptible que aprisionaba el latido de su corazón herido

–Permite que te ayude. –ofreció cortésmente tirando de ella.

Una vez la tuvo a su lado, ella levantó la mirada por un instante, y cuando coincidieron Brandon incapaz de reprimir su furtivo impulso, la besó dulce y brevemente con la intención de reavivar su recuerdo en los labios de ella. Quería confundirla, esperaba que su calor al besarla fuera lo último que la visitara aquella noche.

Emma confundida le retiró de un empujón, con mucho cuidado de no volver a rozar su hombro. Sin poder evitarlo había malinterpretado cada astuto movimiento, aquellos inoportunos desplantes no hicieron más que acrecentar su desconfianza, sin duda se estaba aprovechando de su ingenuidad y por nada del mundo estaba dispuesta a sufrir por el falso amor de un oportunista.

Brandon al verla tan ofuscada creyó conveniente permitir que se calmara durante el camino de vuelta a casa. Con un movimiento rápido para que Emma no pudiera rechazarlo, la tomó por la cintura y la subió de nuevo al caballo. En esta ocasión se colocó detrás de ella, si tenía que respetar su silencio prefería que fuera desde la retaguardia, al menos podría calmar su ansia con todo lo que le reportaba su simple presencia.

–¿Te importa si me siento detrás? –propuso reacia ante la idea de que fuera él quien la abrazara.

–Lo siento preciosa, pero no me fío de ti, podrías tratar de estrangularme. –contestó con guasa viendo que la frustración de Emma crecía por momentos.

Finalmente, se resignó y aunque al comienzo fue capaz de mantenerse erguida y firme, sin necesidad de recostarse en su pecho, fue él quien terminó tirando de ella para sostenerla, satisfecho al inhalar su cautivador perfume.

–Si estás quietecita llegaremos en un momento.

Emma no dijo nada, le bastó sorprenderse con otro enigmático

pensamiento. «Entonces prefiero moverme y que tardes una eternidad».

Sin rumbo

Despertó confundida, incapaz de saber el tiempo que había pasado durmiendo. Estaba indignada por no haber podido dejarle las cosas claras, pero por primera vez en los últimos días suspiró confiando en la probabilidad de volver a reunirse con él cuando se durmiera de nuevo. Trató de centrarse en ese pensamiento alentador y positivo, para dejar de lado su resentimiento por los últimos acontecimientos vividos. Se había sentido ridícula al final de su apasionante cita, pero no lograba olvidar los momentos de sensualidad y complicidad compartidos.

Decidió no pensar, optó por obviar que había perdido el sentido. No lograba entender lo que estaba sucediendo, y cuando trataba de hacerlo terminaba perdida y aterrorizada ante su potencial locura.

De pronto la puerta se abrió de par en par, dejando paso a una claridad cegadora.

–¡Buenos días dormilona! –gritó su madre, poniendo ante sus ojos una humeante taza de *cappuccino*.

Sin duda Elsa no se había percatado de las tempranas andaduras de su hija.

–Buenos días mamá.

–Has dormido como hacía tiempo que no lo hacías.

–Sí, me ha venido genial. –mintió, aprovechando el despiste de su madre para no tener que contar nada de lo ocurrido.

–No sabes cuánto me alegro mi vida, me tenías preocupada. –dijo Elsa dejando la taza sobre la mesilla para abrazarla con fuerza.

–Solo es trabajo mamá, no tienes por qué preocuparte.

–Sí cariño, pero a veces te involucras demasiado.

–A veces es inevitable, pero sé controlarlo, tranquila.

–¿Qué te parece si damos un paseo y comemos algo? –preguntó Elsa

llevada por el entusiasmo.

–Lo siento mamá, tengo que terminar algunos escritos o mi jefa tendrá material para cebarse conmigo mañana. –contestó tratando de ocultar la realidad. La aventura con las chicas había sido suficiente por un día, y lo que menos le apetecía era dar una de las infinitas caminatas que tanto le gustaban a su madre, para después reponer calorías en algún montadito o McDonald.

–Lo entiendo cariño, te dejo trabajar tranquila, prepararé algo rico para comer.

–Gracias mamá, eres la mejor.

–Te quiero cariño. –contestó lanzándole un beso.

Apenas había logrado dar forma a todo el trabajo que se había llevado a casa, y por primera vez en su vida le resultaba indiferente cual pudiera ser el final de aquellos papeles. Guardó las carpetas en su maletín de Tous y se preparó un baño de espuma.

Se relajó recordando su mirada lobuna, su voz profunda y su tacto cálido y posesivo. Dejar de torturarse por lo que estaba viviendo le hacía lograr respirar sin ahogarse. Si era un hermoso sueño lo disfrutaría, aunque al final se desvaneciera. Y si era el triste producto de su atormentada mente, afrontaría las consecuencias cuando llegaran.

Cerró los ojos para sentir la perfecta calma que la envolvía, pero de pronto el móvil que había dejado junto al lavabo comenzó a vibrar. Se incorporó resoplando, fastidiada por el inconveniente de ver rota su apacible calma, pero esperanzada en que pudieran ser las chicas. La decepcionó leer el nombre de Raúl. ¿Qué podía querer aquel troglodita? Le dio a colgar sin dudar y volvió a sumergirse en el agua tibia, tratando de recuperar la idílica placidez perdida. El sonido de varios wasaps entrantes terminó por hacerla desistir de su ambicioso empeño. Sin duda se habían propuesto boicotear su merecido homenaje.

Finalmente, se envolvió en su albornoz y sentada en el borde de la bañera leyó los mensajes, sin sorprenderse al confirmar que era Raúl el que insistía.

«Siento lo del otro día. Me encantaría que me concedieras la

oportunidad de arreglarlo. ¿Vendrías conmigo al cine?», leyó sin salir de su asombro. No pensaba que aquel chico descarado y engreído fuera capaz de hilar más de tres palabras seguidas en una misma frase. Terminaba con una serie de emoticonos que a Emma le parecieron mucho más propios del Raúl que conocía.

Dejó el móvil sonriendo divertida por el esfuerzo que le habría supuesto aquel nuevo intento por embaucarla, pero sin la más remota intención de volver a verse con aquel aspirante a *dandy*.

Comió con Elsa mientras veían el Secreto de Puente Viejo, una serie que su madre gravaba durante los cinco días para poder verla el fin de semana. Vio el primer capítulo pensando que era una película y aunque nunca le había gustado engancharse con ninguna serie, después fue incapaz de dejarlo. Emma no podía evitar reírse al ver lo sumergida que estaba su madre en una trama en la que habían muerto casi todos los protagonistas. Pero lo importante era compartir un rato con ella, era consciente de lo sola que estaba, su vida se limitaba al trabajo en el Hospital y a las escasas horas que pasaba en casa.

Según avanzaba la tarde su optimismo inicial se fue tornando en zozobra y desesperación al ver moverse agónicas las agujas del reloj. No quería llamar de nuevo a sus amigas, prefería dejarlas digerir la reacción absurda y desmesurada que habían visto en ella. No debía ser fácil asumir que su amiga de infancia había perdido la sesera.

Cogió el móvil sorprendida y en cierto modo defraudada por lo que estaba pensando. Lo lanzó en dos ocasiones sobre la cama, hasta que por fin cogió aire mientras apretaba la opción de llamada.

Un eufórico y satisfecho Raúl respondía sin tardanza al otro lado.

–Recógeme a las siete. –Exigió tajante, para después colgar sin esperar ningún tipo de respuesta. Sabía que escucharle le concedería mil pretextos para corregir su flaqueza, de hecho, ya había comenzado a arrepentirse, pero necesitaba airearse, y aunque era horrible pensar en utilizarlo, no se le ocurría otra manera de pasar la tarde.

Raúl fue puntual, llegaba incluso quince minutos antes de la hora. Emma le indicó que le esperase en el interior del portal mientras terminaba de

arreglarse. Por nada del mundo quería que su madre se hiciera falsas esperanzas con semejante espécimen.

Raúl silbó al verla aparecer con su vestido rojo palabra de honor de Chanel y sus sandalias de Gucci. Aquel gesto hizo que Emma pusiera los ojos en blanco horrorizada por el error que había cometido.

A Emma le sorprendió reparar en su vestimenta; había cambiado sus estrechos vaqueros por un pantalón de corte clásico y su camiseta propia de bacala, por una camisa azul turquesa que resaltaba sus ojos azules. Estaba realmente atractivo, pero que se apresurara a abrirle la puerta del coche no hizo más que avivar su desconfianza. Todo era demasiado artificial, demasiado forzado, sin duda trataba de adaptarse a ella para alcanzar su propósito. De pronto una increíble pereza se adueñó de ella, estaba convencida de que en algún momento de la noche se vería obligada a quitárselo de encima, pero entonces ya urdiría algún plan para lograr darle esquinazo, de momento quería servirse de él para olvidar su obsesión por Brandon.

–Sube muñeca.

«¿Otra vez con lo mismo?, yo le mato», pensó respirando hondo, tratando de frenar su impulso de soltarle una monumental patada en la entrepierna.

–Emma, me llamo Emma. –dijo con énfasis.

–Lo sé, lo sé, perdona. ¿Sabes?, siempre he querido tener un coche amarillo –dijo mientras ponía el motor en marcha.

«Nunca lo hubiera imaginado», pensó Emma reafirmando su teoría sobre aquel seductor de pocas luces.

–¿Amarillo pollo?, sin duda eres discreto.

–Sí, ¿verdad que mola?

«¿Mola?, ¿pero cuantos años tiene este idiota?».

–Y en la luna trasera quiero mandar rotular «Raulillo».

«Bueno, al menos le tendré localizado y podré echar a correr cuando lo vea», se dijo sin poder evitar carcajearse ante lo que estaba escuchando.

–¿No te parece buena idea?

–No es eso, es de lo más original y ocurrente. –contestó burlándose, aunque Raúl no logró captarlo.

–Y dime, ¿tienes alguna afición a parte de los coches?

–Pues sí.

–Estupendo. –interrumpió interesada.

–Me encantan los *Power Rangers*.

–No jorobes, –susurró Emma– ¿Las películas? –preguntó incrédula.

–No, los muñecos, quiero conseguir el negro, pero de los nuevos, los que giran la cabeza para transformarse.

Emma no podía dar crédito a lo que estaba escuchando. Superaba con creces sus mayores temores. No era simple, era completamente idiota.

–¿Y tu trabajo? –insistió pensando que cambiando de tercio le concedía una pequeña tregua.

–Soy fontanero –contestó orgulloso, para continuar diciendo–:Ya sabes, desatasco tuberías.

Si Emma había tratado de ser bien pensada, que la guiñase un ojo mirándola de forma lasciva no hizo más que confirmar sus temores.

–¿No íbamos a los cines de Conde Duque? –preguntó angustiada al ver que se alejaba de la zona para adentrarse en una calle poco frecuentada. «Esto me pasa por estúpida, voy a terminar violada en un callejón a manos de un completo imbécil», pensó mirándole con los ojos fuera de sus órbitas.

–Tranquila preciosa, todavía es pronto, antes quiero hablar un rato contigo.

–Eso podemos hacerlo perfectamente mientras esperamos para entrar en el cine.

Raúl hizo un incómodo silencio que la llevó a presagiar lo peor. Por eso cuando por fin detuvo el coche, Emma había logrado hacerse con un bolígrafo y unas tijeras que había localizado rebuscando en su bolso.

Raúl le pidió que bajara del coche, y aunque Emma se sintió aterrada, pensó que fuera podría correr o pedir ayuda. Cuando se puso ante ella el corazón le latía a mil por hora. Apretaba con fuerza las tijeras, dispuesta a clavárselas donde fuera. Sin embargo, observó atónita como Raúl hincaba sus rodillas en el suelo.

–Princesa –comenzó a decir con voz superficial y falsa–. ¿Me concederías el privilegio de salir conmigo?

Al parecer no era tan tonto como Emma creía, se había percatado de sus prioridades y deseos, y había decidido emplearlo para tratar de conquistarla.

Emma hubiera querido poder cerrar los ojos y creerlo, le hubiera ahorrado mucho sufrimiento, pero sonaba forzado y siniestro. Sus ojos no trasmitían nada, al menos nada más allá de su empeño por lograr abrirse paso entre sus piernas.

Trataba de encontrar las palabras correctas, pretendía rechazarlo sin provocar su ira. Recordar la forma que tuvo de bloquearla la última vez que coincidieron, despertaba todas sus alarmas. Pero antes de que pudiera decir nada, Raúl se incorporó y de forma súbita se abalanzó contra su boca, dejándola completamente bloqueada.

Le abofeteó de forma instintiva, sin pararse a meditar las consecuencias. Raúl se llevó la mano a la cara y durante unos segundos agónicos guardó silencio. Emma se quedó petrificada, sin alcanzar a decidir si le convenía esperar su reacción o por el contrario salir corriendo.

Finalmente, apeló al sentido común, y pensando que Raúl no podía ser el monstruo que ella pensaba, dijo:

–¡Anda orgulloso!, recoge tu ego, te invito al cine.

Esperó inquieta que Raúl la mirase dedicándole una sonrisa o que simplemente se mostrara ofendido o molesto con ella. Pero su preocupación fue aumentando según se dilataba en el tiempo su postura estática y muda.

Al cabo de un rato, tras ver fracasar cada uno de sus intentos por disculparse, Emma se giró y emprendió su marcha, en dirección a la primera calle que le pareció más cercana y transitada. No había avanzado más de unos

metros cuando escuchó unos gritos que la helaron la sangre.

–¡Vuelve aquí fulana, ahora voy a tratarte como mereces!

Se giró por inercia, y cuando vio que arrancaba el coche y giraba hacia donde estaba ella, comenzó a correr despavorida, sin saber hacia dónde iba, empeñada en alcanzar aquella zona por la que deambulaban varias personas.

A punto estaba de alcanzarla cuando la fortuna quiso que un coche patrulla se detuviera junto a ella como caído del cielo. Les había llamado la atención verla corriendo como una loca en medio de la calle y se habían apresurado a comprobar lo que estaba ocurriendo

–Señorita, ¿le ocurre algo, podemos ayudarla? –preguntó uno de los agentes desde el interior del coche patrulla.

Agobiada y asustada como nunca en su vida, se desplomó y sin articular palabra comenzó a llorar impactada, consciente de lo que podía haber sucedido.

Al verla en tan lamentable estado, los policías bajaron del vehículo para ayudarla.

Como pudo, entre sollozos e hipidos, les contó lo sucedido y tras declinar el ofrecimiento de interponer una denuncia, la acompañaron amablemente hasta su casa. «¿De qué serviría?», pensaba en el interior del coche patrulla. Ni siquiera podía recordar sus apellidos.

Aquella noche lloró como una niña y aún tardaría semanas en volver a caminar tranquila por la calle.

Por suerte, después de aquello no volvió a tener noticias de Raúl, era como si la tierra se lo hubiera tragado.

Sexto sueño

Aquella tarde no logró quitarse a Brandon de la cabeza, de alguna absurda manera siempre terminaban enfrentados. Aun así, consiguió reunirse con su abuela, que respiró aliviada cuando le comentó que apenas le faltaban por valorar un par de propiedades y unos cuantos depósitos y acciones. La decisión era sencilla, su nieto era heredero universal de todo su imperio, pero no quería que tuviera que perder tiempo reuniendo todo lo que ella tenía, pretendía dejar bien estipulado todo lo que pasaría a sus manos cuando ella se marchase.

–¿Te ha gustado el rancho? –preguntó la anciana luciendo una espectacular sonrisa– Te vi paseando con mi nieto.

Emma se sonrojó ante la posibilidad de que hubiera podido verlos en aptitud comprometida.

–Señora, yo... –tartamudeó sin saber qué decir.

–Tranquila cariño, sois jóvenes, me encanta ver sonreír de nuevo a mi nieto. Ya te dije que vale su peso en oro. –dijo dedicándole una mirada cargada de picardía.

–Sí, Sofía, ha sido muy atento. La finca es preciosa y los alrededores son una delicia, son perfectos para perderse y relajarse.

–Sobre todo en compañía, ¿verdad querida?

«¡Tierra, trágame!», pensó abochornada, sin querer imaginar lo que aquella bondadosa mujer podía haber visto.

Sofía al percatarse de lo turbada que estaba, decidió cambiar de tema, a pesar de estar ansiosa por conocer los detalles de lo que estaba ocurriendo entre ellos.

–¿Vendrás al rodeo?

–¿Rodeo? –preguntó sorprendida. Nadie le había dicho nada, ni siquiera Brandon después de haber pasado varias horas juntos.

–¿Brandon no te ha comentado nada? –preguntó incrédula y

decepcionada. Aquella era una ocasión excepcional para que su nieto se luciera ante ella, y el muy cabezota había olvidado invitarla. A menos que lo hubiera omitido de forma intencionada— Es aquí mismo, a escasos kilómetros, en el famoso San Antonio Stock Show & Rodeo —indicó entusiasmada, dispuesta a salvar la torpeza de Brandon.

A Emma le sorprendió que aquel hombre orgulloso y reservado estuviera dispuesto a exponerse de aquella manera ante cientos de personas, y sin poder reprimir la curiosidad, preguntó:

—¿A su nieto le gusta ese tipo de eventos?

A Sofía le gustó descubrir lo pronto que había capturado la esencia de Brandon. Aquel rodeo era una exhibición escandalosa y pública, todo lo que su nieto odiaba. Y percatarse de que aquella preciosa y dulce joven había sido capaz de entenderlo, hizo que sus sospechas se confirmaran, Emma le estaba abriendo su corazón y lo mejor de todo, él estaba permitiendo que entrara en el suyo.

—No cariño —contestó ilusionada por lo que estaba descubriendo—. Es un rodeo benéfico, lo recaudado se destinará al estudio de la leucemia infantil, de hecho, se ha preparado un montaje especial para que puedan acudir muchos niños al espectáculo.

Emma notó como le aleteaba el corazón. Aquella entrega sí era propia de Brandon. Exponer su carácter introvertido y reservado por aquellos pequeños, era un gesto que le honraba. De haberlo tenido cerca lo hubiera besado sin poder evitarlo, por eso en cierta manera, agradeció que no estuviera junto a ellas.

—Me había extrañado —susurró emitiendo un profundo suspiro, que alentó las expectativas de Sofía. Esos dos testarudos debían estar juntos, y ella pondría todo de su parte para lograrlo.

—No le conoces demasiado, pero habrás podido comprobar que es un hombre bastante suyo, amigo de sus amigos, pero receloso de su intimidad.

Emma no pudo evitar ponerse como un tomate por segunda vez. «Reservado, lo que se dice reservado», pensó divertida al recordar los tórridos momentos que habían compartido a plena luz del día.

Sofía que a pesar de su edad era bastante abierta y chisposa, comentó al observar su semblante:

–Bueno, discretos somos todos hasta que algo o alguien nos hace olvidar los pudores y remilgos.

Aquel astuto guiño hizo que Emma se carcajease bastante más cómoda. Sin duda, aquella elegante abuela era joven y vital por dentro.

–Dime que vendrás. –pidió Sofía cogiéndola de las manos.

–¿Cómo?

–Serás mi invitada. –dijo Sofía dándole unas ligeras y cariñosas palmaditas en la pierna.

–Pero Brandon... –comenzó a decir, cuando la interrumpió de nuevo.

–Brandon, nada. Si no quería que lo viesen, lo harás, y en primera línea, además.

–Pero si no me habló del rodeo será porque no quiere verme allí. No creo que sea buena idea Sofía –sugirió temiendo que Brandon pudiera descargar su temperamento contra ella.

–¡Tonterías! –interrumpió Sofía– No le diremos nada y cuando le toque salir sonreirá encantado al verte entre el público.

Le sorprendió que aquella buena mujer depositara tantas ilusiones en ella. ¿Por qué debía sonreír al verla? Pensó que seguirle la corriente terminaría trayéndole consecuencias, pero la idea de contrariarla le resultó cruel e inapropiada. Por aquella abnegada y bondadosa abuela merecía la pena darse de bruces contra el suelo.

Acordaron reunirse una hora antes en la entrada. De esa manera irían juntas en el coche, mientras Brandon lo hacía en el autobús con los niños que habían querido acompañarle en aquel emocionante día.

Cientos de personas llenaban las gradas. Emma observó conmovida una especial, decorada con globos y guirnaldas. Pensó que sería la que habían reservado para los niños.

Caminaba intranquila junto a Sofía, que se detenía a cada paso para saludar a conocidos, que le presentaba cortésmente. Aunque Emma era incapaz de escuchar nada de lo que decían, estaba demasiado nerviosa por la inminente llegada de Brandon.

Pesarosa por no haber tenido el valor de rechazar la invitación de Sofía, se giró hacia ella cuando por fin la vio sola, y afligida por lo que pudiera pensar, dijo: – Perdóname Sofía, no debí venir, me marchó.

–Pero no puedes –dijo sujetándola con mimo de las manos–. Están entrando. –anunció mirando hacia la zona de taquillas.

Emma se giró lentamente, temiendo que fuera demasiado tarde para esconderse. Pudo ver su inmensa sonrisa, pero respiró al ver que el sombrero impedía que se encontrara con su perdición, con aquellos ojos que la debilitaban. Los niños corrían a su alrededor y él disfrutaba con sus juegos.

Aquella visión la dejó paralizada. Las mariposas de su estómago revoloteaban más agitadas que nunca, haciendo que se aplacaran todas sus desconfianzas.

Sofía la observaba complacida, satisfecha por el brillo que desprendían sus dulces ojos. Sin duda se estaba enamorando.

Brandon solo haría tiro con lazo montado a caballo, algo a lo que estaba completamente acostumbrado, de hecho, había podido verlo el día que tuvo que sujetar aquel caballo herido. Pero Emma estaba nerviosa, no solo por cual pudiera ser su reacción al verla, sino porque la brusquedad que empleaban aquellos vaqueros que iban participando en el espectáculo la hacía presagiar lo peor, una extraña sensación, mezcla de inquietud y miedo, se apoderó de ella, y fue incapaz de apartar sus ojos de él, eso sí, desde la sombra, aún no había llegado el momento de descubrirse.

Le había estado observando mientras jugaba con los niños enseñándoles cómo hacer el lazo, pero Sofía reclamó su atención y se vio obligada a perderle de vista. Su abuela quería presentarle a unos amigos de la familia y no quiso desairarla.

Regresó al cabo de unos minutos, visiblemente preocupada, las presentaciones se habían prolongado más de lo que esperaba. Se sintió morir cuando comprobó que no estaba. Los niños estaban acomodados en la grada,

riendo y jugando con los globos. Pero de Brandon ni rastro.

Su respiración se agitaba por momentos y cuando pensó que se desmayaría sin remedio, una mano tiró de ella con fuerza.

–¿Qué haces aquí gruñona? – preguntó Brandon sin poder salir de su asombro. Al verla el corazón se le había salido del pecho. Instintivamente, como si una fuerza abrasadora le guiase, se había dirigido hacia ella, sin saber muy bien qué hacer ni que decir, simplemente había seguido el impulso de su corazón, el que le llevaba inevitablemente a reunirse con ella.

–Pues.... –dudó un instante. Verle ante ella con aquella camisa blanca y esos vaqueros ajustados la había bloqueado por completo. El corazón le latía a mil por hora y el rubor que inundaba sus mejillas comenzaba a incomodarla. Como pudo trató de tirar de orgullo y levantando la barbilla dijo:

–No te preocupes, no me acercaré a ti, me ha invitado tu abuela. No sabía que vendrías. –mintió incapaz de mirarlo.

–Hola, querida, no te encontraba –interrumpió Sofía–. Veo que por fin le has encontrado.

En ese preciso instante Emma quiso que se la tragara la tierra. La metedura de pata de aquella buena mujer había dibujado una sonrisa triunfal en el rostro de Brandon, y eso la estaba matando. Olvidando su preocupación inicial y su intención de no perder de vista a Brandon, comenzó a rebuscar entre el público, hasta dar con un rostro conocido.

Él la observaba desconcertado, paralizado, esperando que dijera algo. «¿Se puede saber que está buscando?», pensó ofuscado temiendo la respuesta.

–Tendréis que perdonarme –se disculpó Emma–, he visto a un conocido, nos vemos luego.

Ambos la miraron confundidos. Por distintos motivos ninguno de los dos esperaba aquella reacción.

Al cabo de unos instantes, Brandon observaba frustrado como Emma saludaba a Bill con un par de besos. Por su parte, Sofía veía truncados sus planes, sintiéndose una pésima alcahueta.

Emma supo por Bill que Brandon sería el siguiente y aunque trataba de disimular dedicándole forzadas sonrisas, no lograba parar el tembleque de sus piernas. Solo había visto un rodeo en su vida, en aquella ocasión que sus padres la llevaron a Nueva York para celebrar juntos su décimo aniversario. Pero solo era capaz de recordar sus ridículas vestimentas y un sin fin de brutales caídas.

Sufría pensando que pudiera sufrir una caída. Aquel cabezota había marcado un antes y un después en su vida, aunque hiciera todo lo posible por negarlo. Se había instalado en su corazón y no podía soportar la idea de que sus últimas palabras estuvieran llenas de reproches y desprecio, algo que en realidad no sentía.

En el último instante decidió tratar de llegar hasta él, tenía que disculparse y desearle suerte. Pero cuando hizo el amago de levantarse, Bill que observaba su nerviosismo, consciente de sus sentimientos, dijo señalando a la gran pantalla que lo televisaba todo:

–Si vas donde creo, no te molestes, tu amorcito está a punto de salir.

–Mirando hacia donde él indicaba pudo ver a Brandon montando a lomos de un espectacular caballo negro. Para nada iba vestido de forma ridícula, su aspecto no tenía nada que ver con el de aquellos otros vaqueros, que buscaban destacar con vestimentas repletas de lentejuelas y ridículos complementos.

Llevaba aquellos *jeans* ajustados que tanto le favorecían, una camisa azul turquesa, sombrero negro y unas impresionantes botas, también negras. Lo cierto es que juntos, Brandon y el caballo, formaban una visión digna de ver, algo que hizo suspirar a más de una fémina y no dejó indiferente a Emma.

Mientras aguardaba que le dieran la salida, se remangó la camisa, dejando al descubierto sus impresionantes bíceps. Emma se abanicó con la mano, mientras Bill desistía en su empeño por darle conversación. Era imposible no ver que su objetivo era otro.

Sofía, que se había sentado dos filas más atrás, sonrió satisfecha al percatarse del revelador gesto de la joven. Sin duda aún había esperanzas.

Emma consciente de que sería imposible llegar hasta él, se dejó caer

resignada sobre su asiento. Solo podía esperar, cruzar los dedos y rezar lo que supiera.

Se relajó al escuchar los gritos que provenían de la grada de los niños. Si había permitido que acudieran al evento no iba a poner su vida en peligro. Esa idea la relajó y decidió intentar disfrutar del espectáculo.

Cuando se abrió la portezuela y Emma vio lo que salía por ella, no pudo evitar levantarse y gritar:

–¡Por Dios, si es un toro!

Todo el público se volvió a mirar a la loca que gritaba y ahora aparecía tapándose la boca en la gran pantalla.

Brandon, que hasta entonces había permanecido serio y concentrado, no pudo evitar mirar hacia ella. Sus ojos conectaron y la agitación que sintió casi le hizo soltar las riendas del caballo.

–Siéntate mujer, no es más que una vaquilla. – susurró Bill tirando de su mano avergonzado porque la gente no dejaba de mirarlos.

–¡Y un cuerno una vaquilla!, ¿pero tú has visto los pitones que tiene?, ni en los San Fermes he visto semejante bestia.

–Relájate mujer, sabes que Brandon es un gran jinete y ni hablar de su destreza con el lazo.

Aquel comentario de su mejor amigo hizo que bajara la guardia y se sentara resignada.

Brandon, que no había podido apartar sus ojos de ella, confundido por lo que acababa de pasar, tan pronto pensaba que había sido una manifestación de su preocupación por él, como le hervía la sangre viéndola charlar con Bill de forma distendida.

De pronto sonó la campana, la verja se abrió, y un sorprendido Brandon salió disparado. Como pudo volvió a tomar el control de aquel purasangre, y ante la atenta mirada de Emma y la aclamación de sus niños, formó un lazo increíble sobre su cabeza. Cuando supo que estaba lo suficientemente cerca como para no fallar, lo dejó caer con maestría y el animal calló atado por sus cuatro patas.

Los niños gritaban su nombre y lanzaban confeti. Y Emma se sonrojó al ver que Brandon avanzaba a galope hacia ella. ¿Qué pensaba hacer ante tantísima gente? Cuando estuvo a su altura desmontó para estrechar la mano de su amigo, y después, quitándose el sombrero con un gesto caballeroso, se giró hacia ella y dijo: – Para la mujer más hermosa del rodeo.

Aquel momentazo que habían captado las cámaras había derrumbado el muro que había levantado alrededor de aquel hombre. Ese gesto de caballerosidad no podía ser típico de un casanova, se había expuesto demasiado, y ella sabía muy bien como era.

Flotaba en una nube ansiando reunirse con él, caminando entre la multitud de gente que se dirigía a la salida. Había terminado y todos querían ser los primeros en abandonar aquel inmenso recinto. Entre pisotones y empujones logró llegar a la zona donde se reunían los participantes para recibir la felicitación del público y patrocinadores. La recaudación había sido un éxito.

Caminaba convencida y segura de sí misma, dispuesta a darle una oportunidad a esa caprichosa casualidad del destino, que ahora se proyectaba ante ella como una perfecta realidad.

Cuando por fin alcanzó a verlo sintió que todo su cuerpo temblaba, pero prosiguió su marcha deseosa de volver a sentirse entre sus brazos. Había pensado llegar hasta él sin titubeos y besarle sin permitirle pronunciar una sola palabra.

De pronto, una chica rubia y exuberante se abalanzó sobre él y le besó como si le conociera de toda la vida. Dejando a Emma paralizada, incapaz de desviar la mirada de lo que estaba ocurriendo. «El muy canalla tiene novia», pensó abochornada por lo que había estado a punto de hacer. Impactada y decepcionada por aquella visión, decidió retroceder antes de que Brandon pudiera percatarse de su presencia. Él había rechazado con brusquedad a la mujer explosiva, que ahora le increpaba de malos modos.

–Aléjate de mí, lo nuestro terminó hace tiempo. –gritó Brandon tratando de poner fin a esa incómoda situación, que no había dejado indiferentes a muchos de los presentes.

Emma, que no había presenciado el desplante de Brandon, caminaba

hacia la salida, maldiciendo el momento en que decidió tomarle en serio.

–Pero mi vida, podemos volver a intentarlo, yo te quiero. –sollozaba de forma teatral la rubia.

–Yo te quise, tú te querías a ti misma y bueno...a varios de mis amigos. –Opuso él con desprecio. Si alguna vez hubo amor entre aquellos dos, sin duda era cosa del pasado.

Ella le abofeteó ante la atónita mirada de los que les rodeaban expectantes. Y Brandon encajó el golpe orgulloso, si aquello zanjaba la historia habría merecido la pena.

–Lo siento, mi vida. –dijo ella tratando de frenar su marcha.

Pero Brandon le dedicó una mirada asesina que hizo que se retirara al instante. Y fue entonces cuando pudo verla. Emma corría despavorida hacia la salida, como si hubiera visto un fantasma, y él sospechando el motivo no dudó en ir tras ella. Seguirle resultaba difícil, la gente le paraba para darle la enhorabuena y los niños, que jugaban desperdigados, iban llegando de uno en uno, para reclamar su atención.

–¡Emmaaaa! – gritó al verse atrapado por decenas de niños que se agarraban a sus piernas.

Antes de atravesar la puerta Emma se giró. En realidad, no había logrado escucharlo, pero un presentimiento le hizo sentir la necesidad de darse la vuelta.

Sus miradas se encontraron durante unos instantes de profunda y pasional confusión. Emma solo hubiera deseado tener fuerzas para ir hacia él y soltarle cuatro frescas, mientras Brandon solo pensaba en llegar hasta ella para besarla con deleite, convenciéndola así de que todo había sido un mal entendido.

Al final, le clavó sus vidriosos ojos en él y continuó su huida, solo quería perderle de vista. Sus peores sospechas se habían confirmado y no estaba dispuesta a escuchar sus torpes excusas.

Brandon completamente inmobilizado, sintió que su corazón se paraba. Había visto el odio en aquellos preciosos ojos en los que soñaba poder verse reflejado.

Sin ti

En la actualidad

Juno de 2015

Después de aquel sueño, pasaron tres meses, en los que Emma despertaba sin recordar nada, como solía hacer antes de que Brandon irrumpiera en su vida. Aquella fantasía se había esfumado, y a pesar de la angustia que sentía cada día, había tenido que aprender a conformarse, tratando de asumir que como ilusión había estado bien, pero que jamás podría alcanzarlo.

Había convertido a ese hombre en su icono, la imagen que formaba su mente de lo que en realidad deseaba, y por eso, a pesar de su enfado del último día, era incapaz de no comparar con él a cualquier hombre que trataba de entrar en su vida.

Había cancelado varias noches de chicas y lograba escaparse de las nuevas conquistas que trataban de adjudicarle sus amigas, que conscientes del decaimiento emocional de Emma, decidieron concederle un más que transigente margen, pensando que tarde o temprano reaccionaría. Pero los días iban pasando, y ese día no llegaba.

Aquel lunes Emma llegó al despacho más hundida que nunca. Se había despertado pensando en él como cada mañana, pero esta vez aterrada por ser incapaz de recordar con nitidez su mirada. Había convertido a ese hombre en su particular y secreta obsesión, un incentivo que le hacía mostrarse fuerte y segura durante el día, para después derrumbarse desesperada en la soledad de su cama.

Nada más escuchar su voz chillona, comenzó a sangrarle la nariz. Aquello le ocurría demasiadas veces desde que trabajaba para ella, había logrado relacionarlo con el nerviosismo que le provocaba aquella mujer exigente y despiadada. Del mismo modo, se le descomponía el estómago en muchas otras ocasiones, con tan solo escuchar cómo se abría la puerta. Pero aquel día sabía que no podría soportarlo, algo en su interior le indicaba que solo necesitaba una gota para ver rebosar definitivamente el vaso, aquel que

llevaba tiempo a punto de desbordarse. Por eso, cuando vio en su mesa la montaña de trabajo, que casi llegaba al metro de altura, y una llave encima del montón, lo supo, no podía más, aquello era superior a sus fuerzas.

Con determinación cogió como pudo la torre de carpetas, y se dirigió hacia el despacho de su jefa, que debió percatarse de sus intenciones nada más verla, pues le prestó atención como nunca lo había hecho.

–Buenos días Emma, ¿querías algo? –preguntó observando su rígida postura, despertando inevitablemente la risa de Emma. Aquella era la primera vez que la saludaba sin comenzar con una orden.

–No pasa una cosa –contestó soltando con fuerza las carpetas sobre la mesa, ante la atónita mirada de aquella rubia de piel morena y arrugada–. Pasan muchas cosas. Eres maleducada, prepotente, insoportable, irrespetuosa, desagradable, disfrutas humillando a la gente, me utilizas y en el tiempo que llevo aquí no me has enseñado absolutamente nada.

–Pero Emma, yo... – trató de intervenir con voz temblorosa.

–No quiero escucharte, solo quiero alejarme de ti para volver a sentirme una mujer válida. No quiero seguir palideciendo bajo la sombra de una bruja como tú. Y que sepas bonita, que no soy la única que lo piensa, el resto de compañeros tampoco te soportan.

–Yo no creo que me haya comportado como dices. – replicó torpemente con una voz falsamente dulcificada, que resultaba sumamente incómoda.

–Eso es solo porque eres incapaz de ver más allá de tu nariz operada. Por eso mismo, tampoco entiendes porque tu marido tiene trabajo todos los fines de semana –continuó desahogándose con la clara intención de hacerla probar de su propia medicina–. Ahí tienes tu tarea –dijo señalando el inmenso cúmulo de papeles que había dejado ante ella–. Empieza por donde quieras y cuando acabes coge la llave y enseñas tu misma la porquería de piso que pretendes que venda, y si no te apetece ya sabes por donde puedes meterte la llave.

–Pero Emma, no te vayas –pidió blanca como la cera–. Eres una chica metódica, puedes llegar a ser una gran abogada, piénsalo bien, seguro que te arrepientes.

–Por eso me marché antes de convertirme en una zorra como tú. –dijo mientras caminaba triunfal hacia la puerta. Sin mirar atrás, convencida de que cerrar aquel capítulo de su vida solo podía llevarle hacia arriba.

Cuando llegó a casa se dejó caer sobre la cama, y sin poder evitarlo respiró profundamente aliviada. Se había sentido prisionera durante demasiado tiempo y había faltado a todos y cada uno de sus principios. Era hora de comenzar de nuevo, y por primera vez en mucho tiempo, no tenía miedo.

«Lo haré, puedo hacerlo, lo que no te mata te hace más fuerte, y esto no tiene porqué ser el fin, más bien... un comienzo», pensaba sonriente, sin mayor preocupación que la de encontrar la manera de explicárselo a su madre. Temía decepcionarla, pero era incapaz de continuar un minuto más con aquella farsa.

Sopesaba la conveniencia de llamar a sus amigas, cuando de pronto sonó su móvil. Era Raquel, cosa que le extrañó, a esas horas siempre estaba ocupada colocando nuevos pedidos y atendiendo en la tienda.

«Qué querrá?», pensó extrañada.

–¡Hola, guapa! –contestó dejándose llevar por la euforia que la invadía.

–¡Pero bueno mi niña, que raro escucharte tan contenta!

–Pues acostúmbrate bonita, porque la Emma luchadora ha vuelto, y tiene ganas de marcha. –continuó pletórica, guiada por una energía que creía olvidada, y ahora retornaba a su cuerpo.

–No sabes cuánto me alegro, ya te echaba de menos moquillo –dijo haciendo uso de aquel ridículo mote por el que se llamaban de niñas–. ¿Y a qué maravilloso milagro responde tu magnífico estado de ánimo cariño?

–Lo he dejado. –Soltó sin rodeos.

–¡¿Que lo has dejado?!– preguntó Raquel desconcertada. ¿A qué demonios se refería su amiga?

–A la zorra. –contestó deleitándose en el malsonante e incorrecto silbido que dibujaba esa palabra en su delicada boca.

–No te creo. No serías capaz.

–Ahora soy capaz de cualquier cosa nena.

«¿Nena?», pensó Raquel, preocupada porque su amiga hubiera cometido una locura.

–A ver Emma, serénate y...

Pero Emma no la dejó terminar y dijo:

–No necesito calmarme. Tranquila, he actuado consecuentemente. Hice lo que mi corazón me dictaba hace tiempo, pero yo me negaba a escuchar, hasta hoy, que por fin le he concedido su más que merecida libertad. Ahora me siento en paz, y no culpable.

Tras aquello resopló profundamente, como si soltara el agobio y culpabilidad de todos aquellos meses. Defender causas en las que no creía había sido duro, pero ver llorar a una mujer desesperada, y tener que mirar hacia otro lado porque su jefa le ordenaba no involucrarse emocionalmente, le había hecho sentir que vendía su alma al diablo. Y así en muchas otras ocasiones.

–Y dime... ¿cómo se lo ha tomado esa petarda?–preguntó muerta de curiosidad, cuando por fin logró asimilar y aprobar el arriesgado paso que había dado su amiga.

–La he dicho de todo, hasta lo de la nariz y el marido.

–¿Lo del marido? –dijo llevándose las manos a la boca. No habían sido pocas las noches que habían pasado riéndose a costa de la cornamenta que paseaba aquella rubia en lo más alto. En el despacho era un secreto a voces, todos cuchicheaban cuando ella pasaba, ver como vivía feliz al margen de las múltiples conquistas de su apuesto marido era triste y ridículo.

–Todo, creo que no me olvidé de nada. –afirmó satisfecha.

–Pues cielo, si es lo que tú quieres me alegro. –señaló Raquel convencida de que solo debía querer lo mejor para ella, y si haciendo eso había recuperado la alegría, sin duda merecía la pena aplaudirle la iniciativa.

–Gracias. No te negaré que después he sentido un poco de miedo, sobre todo por lo que pueda pensar mi madre, pero al final me he dado cuenta del inmenso peso que me he quitado de encima y he recuperado las ganas de

vivir.

–Por tu madre no te preocupes, no he conocido jamás una madre más desinteresada, siempre ha buscado tu bien, y apoyó algunas de tus más descabelladas ideas. ¿Recuerdas cuando con ocho años le dijiste que querías ser astronauta?; menos mal que te duró poco, porque solo le faltó ponerse en contacto con la NASA. –Trató de tranquilizarla recordándole lo buena mujer que era Elsa. Aquel verano logró apuntarla a un campamento astronómico. Era lo más cerca que podía llevarla de las estrellas. Pero si Emma no hubiera cesado en su empeño, sin duda su madre hubiera llegado a construir una nave espacial para ella.

–Tienes razón. Dejaré de preocuparme y disfrutaré del momento – anunció saltando de alegría en la cama–, pero dime, ¿qué querías? –preguntó al recordar que había sido Raquel la que había llamado.

–Verás Emma, no sé por dónde empezar, resulta que...

–¿Ha pasado algo? –interrumpió Emma preocupada por el tono dubitativo de su amiga.

–No tranquila, es algo bueno. Es solo que no sé cómo puede terminar la historia, y no sé si debo decírtelo ahora que estás bien. –Prosiguió de forma misteriosa. Despertando aún más la curiosidad de Emma, que era incapaz de sospechar de qué se trataba.

–No le des más vueltas, suéltalo ya, me estás poniendo nerviosa. – Suplicó mientras se mordía las uñas.

–Vale, tranquila, lo soltaré de golpe y luego si quieres lo olvidamos, puede que solo sea una coincidencia y...

–¡Por favor, empieza ya, deja de darle vueltas! –Exigió desesperada.

–Está bien, allá va. –anunció mordiéndose los labios, nerviosa. Había pasado los tres últimos días pensando si debía contárselo y aún ahora no estaba convencida de que fuera un acierto remover todo aquello.

–Es sobre Brandon. –Comenzó a decir. Pero al percatarse de que Emma no reaccionaba ni para bien ni para mal, preguntó–: Cielo, ¿estás ahí?

–¿A qué viene esto Raquel? –Quiso saber con voz triste y melancólica.

–¿A qué te refieres?

–Podría esperarme este tipo de bromas pesadas de Sandra, pero jamás de ti. Sabes lo mal que lo pasé con ese tema –aclaró entre sollozos, que a Raquel le rompieron el alma.

–Emma, no llores por favor, escúchame, no es lo que piensas, verás...

Pero Emma no dio lugar a explicaciones, colgó el teléfono y se tumbó a llorar en la cama, desengañada por su fiel amiga, por aquella que había traído de nuevo a su mente aquel doloroso recuerdo.

Te echaba de menos

Pasaron quince días, en los que los intentos de Raquel por lograr explicarse ante su amiga, resultaron del todo inútiles. Emma se negaba a escuchar cualquier excusa, nada podía justificar semejante burla. Se había centrado en la búsqueda del trabajo perfecto, dando por supuesto que el amor y la amistad estaban vetados para ella.

Una mañana sentada en una cafetería cercana a su casa, mientras leía algunas ofertas que nada más salir ya contaban con más de mil candidatos, escuchó una voz familiar a su espalda. Al girarse comprobó que se trataba de Daniel, el socio gay de su exjefa, un hombre sensible y encantador, al que esta se empeñaba en ridiculizar en todo momento. Charlaron largo y tendido, como nunca antes habían podido hacerlo. Daniel le manifestó su profunda admiración por haber tenido el coraje de hacer lo que los demás solo podían soñar, enfrentarse sin pudor a esa mujer fría y superficial que continuaba viciando el aire del despacho.

Emma sonrió agradecida, satisfecha por saber que también había dejado personas afines en aquel lugar desolador y sombrío. Y cuando se estaba despidiendo de Daniel, estrechando su mano para desearle suerte, le sorprendió que este pusiera en sus manos una tarjeta.

–Llama a este teléfono y di que vas de mi parte. –dijo con gesto noble y solidario.

–Pero no quiero crearte problemas, si ella se entera seguro que...

–Que diga lo que quiera –interrumpió tajante–. Ella no es dueña de mi vida, ni siquiera es mi jefa. El estúpido soy yo por dejar que se tome ese tipo de atribuciones.

–Tú no eres ningún estúpido. –dijo aplaudiendo su arranque de valentía.

–Lo se cielo –dijo con aquella voz suave y vibrante que le caracterizaba–. A partir de ahora serás mi inspiración, no dejaré que nadie vuelva a pisarme, y mucho menos esa rubia de bote.

–¡Así me gusta, esa es la aptitud! –dijo abrazándole, mientras él le soltaba dos efusivos besos–, pero templa fiero, no vaya a ser que entre los dos colapsemos la cola del paro. –Continuó diciéndole entre risas.

–De eso nada preciosa. –contestó colocándose la corbata y guiñándole un ojo. – Entre tu talento y mi porte abrimos juntos un despacho.

–Pues no te digo que no, si este amigo tuyo me rechaza te llamo y nos lo planteamos. –Propuso tocando su barbilla con ternura.

–No dejes de hacerlo, solo necesito una excusa para mandar a freír espárragos a la zorra.

Emma se carcajeó al descubrir que aquel apelativo no era de uso exclusivo. Aunque tampoco le extrañó que coincidieran en aquella evidente y acertada apreciación. Sin duda Daniel era un chico observador y listo.

Al cabo de una semana Emma formaba parte de una de las firmas más competentes de Madrid. Pero lo mejor no eran el reconocimiento y el salario, sino el ambiente que reinaba a diario en la oficina. El amigo de Daniel era de la antigua escuela, pero a la vez entusiasta y vitalista, a sus sesenta y dos años trataba de inculcar a sus pupilos los valores que el tiempo y la experiencia le habían concedido, pero a la vez, su alma inquieta reclamaba constantemente un acercamiento y aprendizaje de las nuevas tecnologías. Su carácter extrovertido y dinámico hacía posible la camaradería. Consultarle algo sobre cualquier asunto terminaba convirtiéndose siempre en una charla interesante y amena.

El resto del equipo era colaborador y dispuesto, algo que dejaba de lado todo tipo de rivalidad o rencillas. Había pasado de porfiar sobre la zorra a desear consultar sus ideas con los mosqueteros, como le gustaba llamar a sus compañeros. El «todos para uno y uno para todos» había pasado a convertirse en su único lema al entrar en la oficina, y aquello sin duda le gustaba.

Por si eso fuera poco, el bueno de Gabriel, su jefe, le había permitido ocuparse del departamento encargado de derechos humanos y ámbito penal. Algo que poco a poco le iba devolviendo el orgullo y dignidad perdidos con aquella otra.

Sin embargo, nada de las chicas. Sandra había intentado mediar entre ellas, no era corriente que estuvieran así, por norma general siempre eran Emma y Raquel contra ella, pero jamás había ocurrido de aquella manera. Que ambas estuvieran enfrentadas resultaba descorazonador, formaban la parte sensata del grupo, y sin ellas Sandra deambulaba completamente perdida. Las había visto en varias ocasiones, pero ninguna estaba dispuesta a dar su brazo a torcer. Emma no quería escuchar hablar de Raquel, y esta había agotado sus recursos tratando de explicarse ante su amiga.

Pero aquel domingo Raquel amaneció especialmente sensible, era el día que solían salir a correr, y no podía evitar extrañar a su amiga. Lo había intentado, había hecho el mismo recorrido algún día con Sandra, e incluso sola. Pero no era igual; Sandra hacía el trayecto refunfuñando y las veces que lo hacía sola aún era peor. Había guardado en secreto lo que trató de contarle a Emma, ni siquiera Sandra había sido capaz de sonsacarla. Pero algo en su interior le decía que estaba privando a la que tanto quería de una información que podía cambiar su vida. No estaba segura, pero merecía la pena intentarlo. Por eso, sin pararse a pensarlo un solo instante, cogió el libro, lo metió en su mochila y se dirigió hacia el metro.

Cuando llegó una somnolienta Emma le abrió la puerta. Hubiera deseado abrazarla con todas sus fuerzas, la había echado muchísimo de menos, pero la mirada orgullosa y esquiva que se fue dibujando en el rostro de ella, la paralizó por completo.

Raquel se mantuvo cabizbaja y estática, a la espera de que la hablara o la echara, como había hecho las últimas veces. Y entonces, le sorprendió escuchar:

—¿Vas a entrar?, no quiero que me vean con estos pelos.

Incrédula y aliviada por no haber sido expulsada a patadas, entró sin articular palabra.

—¿Café?

Raquel asintió, deseando lanzar las campanas al vuelo. Escuchar aquello le bastaba, era una pequeña señal de tregua, más de lo que había conseguido cualquier otro día.

Al cabo de unos minutos regresó con un par de cafés y unas galletas.

Emma estaba encantada con la presencia de su amiga, la había extrañado como nunca, era la primera vez que se distanciaban de esa manera y para nada le estaba resultando fácil. No obstante, era demasiado orgullosa y prefirió mantener las distancias.

–¿Qué tal te van las cosas? –preguntó Raquel con un hilo de voz. Todavía no las tenía todas consigo, no estaba convencida de haber obrado como debía intentando un nuevo acercamiento, pero tampoco era capaz de continuar con aquella locura infantil.

–Mi vida se ha encauzado. Por fin hago lo que me gusta, y soy feliz, realmente feliz. –contestó Emma con un brillo inusual en la mirada. Sin duda era cierto, aquella respuesta venía a confirmar todo lo que Sandra le había estado contando. No había podido llegar hasta ella, pero cada día se había preocupado por saber cómo le iba, no estaba dispuesta a vivir ajena al sufrimiento de aquella que adoraba. Por eso, cuando supo que Emma había comenzado a trabajar en el lugar que siempre había soñado, no pudo evitar emocionarse y llorar como una tonta. Le hubiera encantado correr a celebrarlo con su amiga, pero sabía que no sería bien recibida.

–Me alegro por ti, te lo mereces. –dijo Raquel conmovida al ver a su amiga rebotante de alegría.

–¿Y tú como lo llevas? –preguntó Emma sintiéndose algo más cómoda y bajando la guardia. Poco a poco había sentido desplomarse sus barreras, y unas inmensas ganas de volver a compartir confidencias con Raquel se adueñaron de ella.

–Me nombraron encargada.

–¡No me digas! –mintió fingiendo sorpresa. Ella tampoco había dejado pasar ninguna ocasión junto a Sandra, para recabar todo tipo de información. Estaba al corriente de los avances de Raquel en la tienda y tampoco había escatimado a la hora de celebrar sus victorias.

–Bueno, en realidad no es para tanto, las demás llevaban menos tiempo en la tienda y....

–No menosprecies tu trabajo, tienes que valorarte en lo que vales. – interrumpió sin pensarlo. Estaba acostumbrada a ver cómo les quitaba importancia a sus logros, hasta hacer que parecieran meras coincidencias. Y

por eso fue incapaz de morderse la lengua para corregirla.

–¿Ves cómo te importo? –susurró Raquel con la voz entrecortada, poniendo su cara de perro pachón, esa que siempre hacía flaquear a Emma.

–No me pongas morritos tunanta, no es justo. –contestó sin poder contener la risa.

–Pero...tú me quieres, ¿verdad? –insistió acercándose a ella sin dejar de parpadear de forma cómica. Haciendo que Emma se carcajeara sin poder evitarlo.

–Que sí, que sí, pesada, mira que eres lapa. –dijo divertida mientras Raquel apoyaba mimosa la cabeza en su hombro.

–Reconócelo, me has echado de menos tanto como yo a ti, ¿a que sí moquillo? –continuó suplicante Raquel.

–Está bien, un poquito.

–¿Un poquito?, ¡serás falsa! –dijo dándole con un cojín en la cabeza.

–No te mereces lo mucho que te he echado de menos. –concluyó frunciendo el ceño.

–Pero me quieres un montón. –insistió melosa Raquel. Sabiendo que había logrado su propósito. Una vez más, sus armas tiernas e infantiles habían logrado derribar los escudos protectores de Emma.

–No me pongas caritas. –pidió Emma, incapaz de zafarse de las garras de su emotiva amiga. Que por fin la abrazaba como si hubieran pasado años sin verse.

Pasaron el resto de la tarde compartiendo risas mientras se ponían al día. Raquel perdía los vientos por su nuevo pupilo, un chico dos años mayor que ella, de ojos tiernos y un cuerpo robusto que nublaba el sentido. Había buscado torpemente algún acercamiento, pero el hecho de ser su jefa no se lo ponía demasiado fácil.

Emma le habló de sus nuevos compañeros, y Raquel se rio al escuchar lo de los mosqueteros, aquel apodo que describía la piña que formaban resultaba revelador, sin duda, propio de su locuaz amiga. Pero le alegró que por una vez no se viera obligada a emplear ningún descalificativo, lejos

quedaba ya la zorra de su exjefa.

Arregladas sus diferencias, Raquel se dispuso a marchar. Pero de pronto Emma la agarró del brazo.

–¿No olvidas algo? –preguntó dirigiendo la vista hacia el sofá.

Raquel observó incrédula el libro que había quedado orillado entre los cojines. ¿Cómo había podido olvidarlo? Cuando todo comenzó a marchar sobre ruedas decidió posponerlo, pensó dárselo más tarde, no estaba dispuesta a estropear la reconciliación que tanto había esperado. Pero con el paso de las horas y un par de copas de más, había terminado por descuidar el verdadero motivo de su visita.

Durante unos segundos, que se le hicieron eternos, dudó que hacer, pero finalmente dijo:

–Es para ti, era un pequeño soborno, mi plan B. Ya sabes..., por si tratabas de echarme a patadas.

Sabía que tratar de explicar el contenido de aquel libro podía volver a complicarlo todo. No había forma de omitir lo que sin duda despertaría nuevamente su cólera. Por eso, jugó su última mano a una remota y desesperada posibilidad, la de que fuera capaz de entenderlo, sin que ella tuviera que estar presente.

–No hacía falta. –contestó Emma consciente de que su amiga lo había pasado tan mal como ella.

–Es una novela romántica. Sé que te gustará. Además, está escrita por un hombre –argumentó con tono misterioso–. Siempre resulta interesante saber que algún hombre es capaz de usar algo más que la entrepierna. –concluyó con una forzada sonrisa pícara. Quería distraer la atención de Emma, para nada quería que comenzara a ojearlo delante de ella.

Emma le dio las gracias y por inercia giró el libro. Observó la foto de un hombre serio, de mirada inquietante y completamente calvo.

–De verdad mi niña, eres como nadie escogiendo al anti príncipe. Este hombre despierta cualquier cosa menos la libido. ¡Qué pena da el pobrecito!

Ambas se carcajearon. ¡Había añorado tanto sus chisposas salidas! Pero

cuando Emma se dispuso a leer el argumento de la obra, Raquel le propinó un manotazo que hizo que el libro cayera al suelo.

–No se trata de que disfrutes con la foto, para eso te hubiera comprado una porno –improvisó ante el desconcierto de Emma–. Léela y mañana me cuentas, dale una oportunidad, y olvídate del cara pena. –dijo haciendo que sonriera.

Si fuera cierto

Apenas acababa de cerrar los ojos, cuando el atronador ruido del teléfono la despertó. A tientas se levantó para cogerlo y sorprendida escuchó al otro lado:

–Raquel, ¿qué es esto, como es posible, quien ha podido...?

–Tranquila Emma. –Se apresuró a calmarla. La voz de su amiga sonaba angustiada y llorosa. Sin duda el impacto que ella misma sufrió al tener aquel libro entre sus manos, no era comparable a la impresión que había causado en Emma.

–Pero...no lo entiendo. –tartamudeaba tratando de hallar una vaga explicación.

–Lo sé, cariño. –Asintió Raquel, solidaria con el estado de *shock* de su amiga.

Raquel compraba cada viernes una novela romántica en la librería cercana al trabajo. Siempre le había costado conciliar el sueño, y con los años había adquirido la costumbre de relajarse leyendo, hasta que sus párpados se rendían. Hasta aquí normal, si no fuera por la novela que escogió aquel día. Se llamaba «Una vez en un sueño». De entrada, le sedujo, el título era inspirador y romántico, pero cuando leyó el resumen tuvo que sentarse para no desmayarse allí mismo. Trataba de una chica llamada Emma, enamorada del amor, de cabellos rubios y ojos profundos como el océano. Y de como el destino la llevaba a conocer de forma accidental a un varonil vaquero llamado Brandon. Una asombrosa y pura coincidencia, pensó recobrando el sentido común. Pero según fue profundizando en su lectura, descubrió que no podía ser casualidad. Describía muchos de los momentos íntimos que Emma les había descrito entre lágrimas, y narraba con todo lujo de detalles muchos de los desencuentros que Emma vivió y sufrió como si fueran reales.

Al final del libro había una foto, un paisaje precioso que Raquel admiró, pero no reconoció. Sin embargo, cuando Emma lo tuvo ante sus ojos un sinfín de emociones se adueñaron de su cuerpo. Era el paseo junto al río San Antonio, todo estaba allí, tal y como lo había soñado; las flores, los

cisnes, los sauces, incluso el pintoresco puente de piedra. Recordar lo vivido al otro lado hizo que afloraran sentimientos que yacían dormidos, más bien prisioneros de su propia cordura y exigencias.

–Emma cariño, di algo. –solicitó alarmada por el prolongado silencio de su amiga.

–Voy para allá. –escuchó.

Emma colgó y Raquel permaneció pensativa, calibrando lo acertado de lo que acababa de hacer. En un determinado momento, Emma decidió no perder la cabeza y juiciosamente aparcó todo lo que le hacía vibrar y sentirse plena. Y ahora ella, que tanto le había insistido, que tanto le había suplicado que reaccionara y volviera al mundo real, era quien ponía aquella bomba potencialmente destructiva en sus manos.

Al cabo de media hora, sonaron unos tímidos golpes en la puerta, que hicieron despertar a Raquel de las divagaciones en que se hallaba sumergida. Saltó de la cama y se apresuró a abrir.

–El portal estaba abierto. –dijo Emma visiblemente conmovida.

Iba en chándal, sin maquillar y apenas se había detenido a peinarse. Apretaba contra su pecho el libro y miraba a Raquel con los ojos abiertos como platos, incapaz de articular palabra.

–Siéntate cielo, estarás mejor. –sugirió Raquel acercándole una silla.

Pero ella negó con la cabeza, y dijo:

–Quiero que me lo expliques, quiero saber qué es esto. –exigió clavándole una mirada helada.

Hasta ese momento no se había dado cuenta, Raquel no había pensado que fuera capaz de planteárselo de aquella manera, pero cuando la vio reaccionar de aquella forma, lo supo, dudaba de ella.

–¿Acaso piensas que yo, que nosotras...?

No pudo terminar, Emma la cortó.

–¿Qué quieres que piense?, sois las únicas que lo sabéis, bueno, también está la dichosa pitonisa, pero dudo que ella tenga amigos escritores.

–Estás equivocada. –opuso decepcionada. Jamás hubiera imaginado que pudiera creerla capaz de semejante maldad. La quería y pensaba que ella lo sabía.

–Pues entonces, dime, ¿qué explicación tienes? –insistió ante la mirada vidriosa de su amiga. Sin duda su acusación le hacía daño, Raquel era incapaz de fingir y tampoco era dada a enredos ni mentiras. Estaba siendo injusta– Perdóname, no quería gritarte de esa manera, pero necesito saber, necesito entender porque un episodio tan traumático de mi vida se está aireando a los cuatro vientos.

Raquel le contó cómo llegó el libro a sus manos, y Emma escuchó paciente y calmada, sin dejar de pensar en lo imposible de aquel relato.

–No quiero pecar de mal pensada. –anunció Emma cuando Raquel terminó de darle explicaciones.

–Ya sé lo que vas a decir –indicó Raquel, sin dejar que concluyera–. Sandra, piensas que pudo ser ella.

Emma asintió pesarosa, cuestionar a sus amigas no era plato de gusto. Pero cualquier opción era mejor que asumir el tsunami que se le venía encima, ¿qué podía significar aquello?

–Por una vez esa loca no ha tenido nada que ver – afirmó convencida–. No te negaré que puede ser de lo más deslenguada y cotilla, pero nunca te utilizaría de esa manera. De hecho, me atreví, le pregunté...

–Lo sé, lo sé. –interrumpió Emma sin dejar que terminara. No quería saberlo, no necesitaba escucharlo. Estaba avergonzada, había dudado de las personas que siempre habían cuidado de ella, de las amigas-hermanas que siempre la consolaban y apoyaban.

–Sé que es raro –admitió Raquel–. Más aun teniendo en cuenta que el autor no tiene nada que ver con el hombre que describías, ni siquiera se llama Brandon.

–Me he dado cuenta –secundó Emma cada vez más confundida–. Pero, entonces...

–Verás – prosiguió Raquel, sin dejar que terminara–. Cuando me convencí a mí misma de que era cierto, de que el contenido del libro era la

viva imagen de aquellos sueños; escuché mi corazón y le concedí una tregua a la magia y a todo eso que llaman destino. –contó sorprendiendo a su amiga. Desde su último y monumental desengaño había dejado de creer en todo aquello.

–¿Y qué paso? – preguntó Emma, comenzando a impacientarse.

–Pues que entré en San Google.

–¿Cómo?

–Sí, ya sabes, el sabio profeta de los ignorantes.

–Me refería al libro petarda. –recalcó sin poder contener la risa y la ansiedad que sentía.

–Pues que lo encontré.

–¿Lo encontraste? –gritó sorprendida.

–A ver, tranquila, encontré su biografía. En el libro no hay más que una pequeña nota del autor, y necesitaba más pistas.

–¿Pistas? – repitió Emma aún perpleja.

–Si cariño, pistas, como las que buscaban Watson y Sherlock.

«¿Será vacilona la tía?!», pensó divertida.

Raquel se había propuesto llevar el tema de forma distendida. No estaba dispuesta a ocasionar un ataque de ansiedad en su amiga, nunca se lo perdonaría.

–Que vive en San Antonio.

–¿Quién vive en San Antonio? –preguntó Emma, sintiendo que el corazón se le salía del pecho.

–El autor mi niña, el tal John Andrews.

Emma resopló decepcionada, aquel nombre no le decía absolutamente nada. Era incapaz de encontrar una conexión entre aquel tipo de aspecto ajado y sus pasionales recuerdos.

–Sé lo que estás pensando, pero es más de lo que tenías –dijo tratando

de animarla—. Es lo que siempre has estado esperando, la posibilidad de un sueño, de que sea real, de que exista.

Necesito saberlo

Pasaron unos días y poco a poco las aguas volvieron a su cauce. Recuperaron las noches de chicas, por desgracia para Emma, que por primera vez sentía nostalgia de sus noches solitarias. Y cada domingo quedaban en la puerta del ángel caído, para tratar de eliminar la cantidad indecente de comida basura, que devoraban cuando estaban deprimidas.

Emma optó por la indiferencia, y pidió a sus amigas que olvidaran todo lo relacionado con el episodio de Brandon. Solo así podría alejarlo de su mente. Pero mentía, cada noche, desde que supo que alguien, al otro lado del mundo, conocía sus secretos más íntimos, se pasaba las horas muertas tumbada en la cama buscando algún sentido a todo aquello.

De pequeña miraba al cielo imaginando que alguien, sin conocerla, la añoraba mirando las mismas estrellas, en algún recóndito lugar del planeta. El archiconocido mito de Andrógino la apasionaba. Pensar que alguien, aunque fuera el mismísimo Platón, hace cientos de años, se planteaba el amor desde aquella mágica posibilidad, le encantaba. La sola idea de pensar que fuimos seres superiores, unidos en cuerpo y alma al amor de nuestra vida, a nuestra llamada media naranja, le resultaba romántica. Incluso el hecho de que fuéramos separados por vanidad y prepotencia, le resulta de lo más estremecedor y apasionado. La propia búsqueda en sí, la necesidad desesperada de volver a encontrarlo, le parecía tremendamente atrayente y shakespeariana.

Pero con los años había tratado de ocultar aquellos sentimientos al resto del mundo. Era inútil intentar cambiar, estaban demasiado arraigados en su persona, pero necesitaba protegerse de los que pensaban que aquello no eran más que invenciones y torpes fantasías, lo que venía a representar un noventa y nueve por ciento de las personas que conocía.

Aquel viernes, después de salir con las chicas, daba vueltas y vueltas en la cama, tratando de encontrar alguna respuesta que la convenciera y que no tuviera que ver con la sarta de mentiras que había utilizado con Raquel y Sandra.

Al cabo de dos horas; cansada, desesperada y llorosa, como el resto de

las noches, lanzó el libro contra la pared, estaba harta de releerlo y ojearlo sin encontrar absolutamente nada, un mínimo indicio de que mereciera la pena intentarlo. «Pero, ¿qué vas a intentar insensata?, definitivamente vuelvo a estar completamente loca», pensaba reprochándose a sí misma.

Se levantó para recoger el libro del suelo y entonces lo vio. Ante sus ojos estaba la página de aquel bello paisaje, «que casualidad», pensó. Y entonces sonrió al descubrir que era la primera vez que lo veía, hasta entonces no había sido capaz de distanciarse y contemplarlo de forma objetiva, pero allí estaba, era real, la foto de un sitio que jamás había visto, que nunca había visitado. Aquello, sin duda, debía significar algo, no creía en las simples coincidencias. Puede que la cara mustia del hombre del reverso le hiciera sospechar que todo podía culminar con una monumental decepción o frustrante fracaso, pero merecía la pena intentarlo, necesitaba, ansiaba saber si Brandon existía en aquel lejano lugar, en San Antonio de Texas, y puede que entonces descubriera si en realidad miraban las mismas estrellas, o simplemente, era ella quien fantaseaba.

«Y si no existe, pues nada, hay más peces en el río», pensó riéndose al recordar aquel dicho tan desgastado por su madre.

Se levantó con la mirada iluminada, con una seguridad que rara vez le acompañaba en aquellos extraños días. Con urgencia se lanzó sobre la cama y marcó el teléfono de Sandra. En esta ocasión la llamaría primero a ella, estaba a punto de hacer una locura y ella era la maestra en aquella materia. Si accedía, convencer a Raquel sería cosa hecha.

–Dime guapa. –contestó Sandra enérgica. La música de Melendi sonaba fuerte no, atronadora. Le encanta, dice que es muy romántico, y aunque Emma no logra verlo, ella insiste en que cambiaría de opinión si escuchara sus letras. Pero sus diferencias no son de extrañar, sobre todo, si tenemos en cuenta que Emma se hipnotiza escuchando canciones de Luis Miguel, Cristian Castro y el flamante Marc Anthony, o su Marc, como suele llamarle.

–Sandra, he estado pensando y...

Pero no la dejó terminar.

–Uy, uy...cuando mi florecita piensa tiembla la tierra.

«Ya estamos con los refranes, si es que encima se los inventa» pensó

poniendo los ojos en blanco. Aquella manía suya la crispaba, sobre todo porque nunca reconocía que eran creaciones suyas, siempre sacaba uñas y dientes por defender que formaban parte del valioso refranero español— Vale, vale —asintió sabiendo perdida la batalla—. No empecemos y escucha.

—Ya me callo florecita. —dijo con sorna. Le encanta reírse con ella, pero a menudo, también de ella. Y esa es otra de las cosas que logran sacar de sus casillas a Emma. Pero en esta ocasión decide armarse de paciencia y prosigue.

—Verás, he pensado que podíamos tomarnos un anticipo de vacaciones, al fin y al cabo, estamos en verano. En agosto me dan quince días, pero apenas hay trabajo y no tendrían inconveniente en concederme una de estas semanas —propone de carrerilla, sin dar lugar a que Sandra pueda descartarlo, antes incluso de haberla escuchado—. Bueno, tendría que celebrar el juicio de Mérida, pero después no habría problema. —puntualizó al recordar que se había prestado a sustituir a su jefe en aquel absurdo tema.

—Pues sí es novedad, la anti fiesta proponiendo juerga. —soltó entre risas. Lo cierto es que el no siempre iba por delante. Emma siempre ponía peros a los planes que hacían ellas; hacía demasiado frío, demasiado calor, o simplemente, no le apetecía.

—Pues ya ves, ¿qué me dices? —zanjó evitando dar más explicaciones.

—Pues que sí, ¿qué te voy a decir?, la fiesta es mi lema —contestó sin preguntar siquiera el destino—. Lo hablo en la oficina, me deben días, con esto de ser soltera se olvidan de que también tengo vida—. Por cierto, ¿a dónde vamos?

«Ya ha tardado», pensó Emma.

—A San Antonio. —contestó sin rodeos.

—¿Dónde narices está eso?

—En Texas.

—¿El Texas de Estados Unidos? —pregunta sin caer en la cuenta.

—¿Acaso hay otro?

—¿Y se puede saber que se nos ha perdido en ese sitio? Pero entonces

cayó en la cuenta y antes de obtener respuesta, dijo:

–¡La madre del cordero!

«Ya empezamos», pensó consciente de la que se le viene encima.

–¿Qué pasa Sandra?

–Es por lo del vaquero cachas. Por fin te has decidido a quitarte las telarañas.

« ¡Toma finura!», pensó resignada. Esa era Sandra; más basta que un bocata de mortadela. Pero la quería con locura y no le dio la mayor importancia. Sonrió y trató de seguirle el juego.

–Si cachonda, sí, he decidido poner toda la carne en el asador. Quiero averiguar quién es el autor del libro y llegar al fondo del asunto, solo así podré volver a dormir por las noches.

–¡Esa es mi chica!, valiente como ella sola –observó orgullosa–. ¡Di que sí!, a unas buenas solucionamos el mal rollo de tu florecilla. Emma sonrió, su amiga no tenía remedio–. Y a unas malas –prosigue con guasa–, nos traemos un vaquero para cada una, de esos que salen en las películas, con sombrero y todo, ¡que morbo!

–Estás loca, definitivamente tú eres la loca.

–Pero me quieres –contestó Sandra–. Y me parece un planazo, lo estoy deseando.

–Pues solo falta que Raquel piense lo mismo.

–Lo hará, lleva tiempo queriendo saber a dónde nos lleva todo esto. Si no lo ha indagado por su cuenta ha sido por no enfadarte. Sandra llevaba razón, se lo había prohibido expresamente, les había suplicado que olvidaran el tema, y ambas lo habían hecho, no querían ocasionarle más sufrimiento.

Después de media hora charlando, en la que Sandra no paró de despotricar, anticipando todas las indecencias y juguetitos que tenía pensado llevarse en su particular maleta del placer, se despidieron y Emma llamó a Raquel, que no tardó en mostrarse plenamente satisfecha con la decisión de esta. No veía el momento de comenzar la aventura, su jefe le debía un gran favor y había llegado el momento de cobrarlo.

Dos amigas en apuros

Decidieron marcharse después del juicio de Mérida, faltaban quince días. En ese tiempo las tres tuvieron tiempo de conseguir los permisos y zanjear asuntos laborales. Raquel tuvo que agilizar los trámites para renovar su pasaporte, que yacía olvidado en el cajón de su mesilla, apenas lo había usado.

Cuando solo faltaban cinco días para emprender el viaje, Emma estaba visiblemente alterada, le sacaba punta a todo y comenzaba a replantearse la decisión que había tomado. Conscientes de ello, Sandra y Raquel acordaron que una debía acompañarla en su viaje a Mérida, no querían que aprovechara la escapada para escabullirse con algún pretexto. La conocían, sabían que si se dejaba llevar por el pánico era capaz de esfumarse como el viento. Raquel tenía pendientes varios temas, la nueva colección había llegado, y su jefe ya estaba bastante nervioso, con la idea tener que prescindir de ella en aquel momento. Por eso acordaron que fuera Sandra la que la custodiara.

Tres días antes de coger el avión que les llevaría a su desconcertante destino, Emma recogía a Sandra en la puerta de su casa, eran las cinco de la madrugada.

–¡Joder, que sueño petarda!, sigo sin entender por qué tan temprano. – protestó Sandra, sin dejar de bostezar escandalosamente, mientras trataba de recoger su pelo en una cola de caballo.

–Te he explicado mil veces que el juicio es a las once, no conozco el lugar y tampoco al cliente, necesito estar antes –explicó resignada–. Y por si eso fuera poco, olvidé recoger la toga en el colegio y ahora tendré que mendigar para que me dejen una.

–Tanto *glamour* y sin toga, nunca he logrado entender por qué no te compras una. Con lo pija que eres y compartiendo ácaros con extraños. Y en verano ni digamos. –dijo poniendo cara de asco.

Emma no pudo evitar reírse de nuevo. En el fondo sabía que llevaba razón, cuando terminó el curso de aptitud para ejercer pensó adquirir una, pero cuando vio la bolsa que la acompañaba, desistió, aquello era como un

ridículo y diminuto saco de Papá Noel, y considerando de mal gusto transportarla en otro bolso o mochila, optó por no comprarla.

Después de echar gasolina, tomaron la nacional, con más miedo que vergüenza. Emma no había pegado ojo repasando el juicio civil que celebraba, y Sandra había estado entretenida con Alberto, un morenazo de ojos verdes que acababa de llegar a su empresa, le habían encargado enseñarle el funcionamiento de todo, y ella lo había extendido a su cuerpo y su cama.

–¿Estás segura de lo que haces? –preguntó Sandra, con las gafas de sol puestas– No me fío ni un pelo, aún me acuerdo de la última. Emma no estaba acostumbrada a circular por carretera, generalmente se limitaba a conducir por Madrid y alrededores, pero nada de grandes trayectos. Un día quedaron para ir de tiendas a Xanadú, y aunque no quedaba lejos, se perdieron y pasaron horas dando vueltas, hasta que Sandra, desesperada y mareada, tuvo que obligarla a detenerse en el arcén, para poder coger el volante. Para volver a incorporarse se las vieron y se las desearon, y Sandra juró que jamás volvería a embarcarse con ella en una aventura semejante. El tiempo fue borrando aquel recuerdo, que ahora la situaba de nuevo ante aquella insegura y tensa conductora.

–Tranquila, volví a tomar clases. –afirmó relajada, dando un sorbo con chulería al vaso de café que había dejado junto a la palanca de cambios.

Sandra no salía de su asombro, «¿ahora conduce con una sola mano la muy tunanta?», pensó sin dar crédito a lo que veía.

–¿Desde cuándo? – Preguntó ansiosa por tener más información. Últimamente no dejaba de sorprenderla; la iniciativa del viajecito al otro confín del mundo y ahora conduciendo como si fuera el mismísimo Fernando Alonso. ¿Qué sería lo siguiente?

–Pues desde que descubrí que suponía un peligro para la gente y para mí misma. Necesito viajar a menudo y no puedo depender siempre de que alguien me lleve, o pagar taxis, que me cuestan un ojo de la cara.

Sandra asintió moviendo ligeramente la cabeza. Sin duda, aprobaba su decisión, es más, la aplaudía y admiraba. Pero no dijo nada, siempre se le había dado mal hacer alabanzas.

–Entonces, puedo dormir tranquila –anunció, comenzando a reclinar el asiento–. No he pegado ojo, tanto sexo salvaje me está matando.

–¡Serás guarrilla! –dijo Emma al escuchar su descaro.

–Pero al menos no tengo telarañas florecilla. –soltó con guasa, mientras se ajustaba las gafas,

–¿Ya estamos, monina?, va a ser mejor que te duermas. Ya te aviso cuando lleguemos.

–De acuerdo, despiértame si me necesitas. –propuso girándose para apoyarse en la ventanilla.

Emma puso su CD de Cristian Castro y se centró en la carretera. Todavía tenían por delante tres horas de viaje, así que tomó aire y decidió armarse de paciencia.

Cuando comenzó a sonar «Seré para ti», esa parte que dice: «*Cuanto quisiera ser el príncipe azul que tu esperas*». No pudo evitar que Brandon ocupara todos sus pensamientos. Y cuando la letra continuó y escuchó ese fragmento que siempre le encantó, «*seré para ti un sueño sin terminar. Ámame hoy. Mañana... empiézame a olvidar.*» Se emocionó irremediablemente, un escalofrío recorrió su cuerpo. Aquel vacío, esa añoranza por él nunca le había abandonado, por mucho que tratara de negarlo. Cada paso que daba, cada suspiro, cada necesidad, cada lamento, todo le guiaba hacia él, aunque fuera sin un destino real, aunque terminara cayendo al vacío.

«Necesito encontrarle, necesito saber si existe», decía para sí. Era consciente de que ese viaje solo tenía dos posibles finales; el que la conducía junto al hombre de sus sueños, haciéndola sentir plena. Y el que la precipitaba hacía la oscuridad y el fracaso. Esta última posibilidad era la que más miedo le daba, no las tenía todas consigo, no estaba convencida de ser lo suficientemente fuerte, como para poder seguir a delante asumiendo que jamás podría tocarle y escuchar su cálida voz susurrándole al oído.

Comienza a sonar «Una y mil veces», con la que tantas noches había llorado, solo por pensar en el significado de la letra. A menudo ni siquiera necesitaba ser la protagonista del drama, le bastaba imaginárselo para terminar llorando como una magdalena. Comienza a repetir esa parte que se

sabe de memoria. *«Una y mil veces cantaré, porque no muera la ilusión y donde quiera que tú estés, me escuchará tu corazón».*

«Tu corazón me está llamando y pienso encontrarlo», pensó con determinación, mientras se limpiaba unas lágrimas que comenzaban a deslizarse por sus mejillas.

Sin apenas darse cuenta, pasan las horas. Acaba de ver la salida de Mérida, cuando Raquel empieza a estirarse como si estuviera en su propia cama. Ha hecho el trayecto roncando y babeando, a partes iguales. Por fortuna, la inigualable compañía de su adorado Cristian ha logrado aplacar sus estruendosos y molestos ruidos.

Rápido saca el CD y pone la radio. Sabe que Sandra lo odia y no tiene ganas de soportar sus bromitas. En realidad, es imposible que no pueda gustarle, piensa mirándola de reojo, lo más probable es que sea una negación más de su parte romántica, esa que sin duda debe tener, aunque sea escondida.

–¿Por dónde vamos? –pregunta incorporando el asiento y ajustándose las gafas.

–Estamos llegando.

–¿He dormido todo el trayecto?

–Ya ves princesa roncadora.

–Yo no ronco.

–Seguro –dice Emma sonriendo, mientras Sandra saca su bolsa de aseo para peinarse y maquillarse–. Que vamos a un juicio, no a un baile. –anuncia al ver como comienza a ponerse rímel y colorete.

–Por eso. Príncipes hay pocos, el último debió pillarlo la tal Cenicienta.

Emma se ríe. Sin duda su amiga es el anti romance en persona, solo le faltan los tres seises en la frente y aniquilar a cupido.

–Eres lo peor.

–Si no la envidio, solo de pensar lo que tiene que limpiar en ese castillo, y de rodillas, se me quitan las ganas de que me visite mi hada

madrina. Pero si lo hace que sea para traerme un macizorro que sepa moverse en la cama.

–Lo que te digo, no tienes remedio –dijo golpeándola en el hombro–. Y en cuanto a lo de ligar con abogados, será mejor que no te hagas ilusiones, guapa, no creo que coincidamos con ningún monumento.

–Por eso no te preocupes florecilla, puedo bajar el listón. Cuando el hambre aprieta, ya sabes... no queda más remedio que conformarse.

–Como tú digas. Anda, busca en el navegador, sé llegar a Mérida, pero ni idea de encontrar los juzgados.

–Espera, espera, para un momento. –grita Sandra.

Emma sin saber qué ocurre, obedece y detiene el coche poniendo las luces de emergencia.

–¿Qué pasa, te mareas?, ¡menudo susto me has dado!

Entonces la ve bajar la ventanilla y llamar a voces a un hombre de unos cuarenta años que camina por la calle.

Le pregunta, sin abandonar su acostumbrada coquetería, por donde tienen que seguir para llegar al juzgado.

El hombre dibuja en su rostro una sonrisa, que no indica nada bueno. Se dirige con decisión hacia el coche y dice:

–Buenos días, sigue subiendo hasta el mirador, recto hasta que llegues...

De pronto interrumpe sus indicaciones y se ofrece a llevarlas hasta el sitio. Dice que va hacia allí y Sandra accede encantada a que las guíe.

«Voy a matarla, te juro que la mato, la reanimo y vuelvo a matarla. ¿Pero esta no ve el programa de crímenes imperfectos que echan por la tele?».».

Emma quiere decirle que no está dispuesta a llevar a un extraño en su coche, pero abochornada por la situación, se siente incapaz de articular palabra. Entonces, cuando Sandra se dispone a retirar su asiento para que el hombre pase a la parte trasera del coche, dice:

–Mejor suba de copiloto, así me va indicando y puedo escucharle. Si tiene que llevar a ese tipo por la descerebrada de su confiada amiga, prefiere tener la situación controlada. Si le mete atrás verá limitada su capacidad de reacción, mientras que de esa otra manera piensa que tanto ella como su amiga podrán apañárselas para golpearle o echarle del coche, si fuera necesario.

Angustiada busca en su bolso apresuradamente, y antes de que el hombre pueda sentarse a su lado, se guarda en el bolsillo un cortaúñas y un *spray* de pimienta, que le había dado su amigo Javier, un policía con el que había coincidido en más de una guardia, y con el que había entablado una pequeña amistad. No temblaría si tenía que defender sus vidas, no dudaría, haría lo que fuera necesario.

Incapaz de respirar con normalidad comenzó a circular, siguiendo las indicaciones de aquel hombre, alguien que ya de por sí le daba mala espina.

Sandra, arriesgada y alocada como de costumbre, no dudaba en darle conversación, mientras Emma la fulminaba mirándola por el retrovisor. Si salía de esa la mataría.

Durante varios minutos atravesaron calles y más calles. Emma creyó morir, sobre todo cada vez que aquel hombre giraba la cabeza para mirar a Sandra. Su mirada lasciva evidenciaba dudosas intenciones. Aquello pintaba verdaderamente mal y ella estaba siendo cómplice de las locuras de su amiga.

De pronto detuvo el vehículo. No estaba dispuesta a continuar apoyando aquella peligrosa y absurda ocurrencia de Sandra.

–Si no le importa, a partir de aquí continuaremos solas, he recordado que antes debo pasar por el colegio de abogados. –dijo de carrerilla, señalándole con impaciencia la puerta.

–Pero si está al lado, no hay problema, vamos juntos. –contestó guiñándole un ojo.

–Se lo agradezco, pero antes debemos hacer otras cosas.

El hombre torció el gesto y antes de que pudiera hablar de nuevo, Emma insistió, pidiéndole que saliera del coche, esta vez mucho más seria y tajante.

–Pero ¿por qué te pones así mujer?, este señor tan majo solo trata de ayudarnos. – intervino Sandra poniendo su mano sobre el hombro del desconocido.

«¿Majo?, ¡La madre que la parió, que tranquila se quedó! Yo me la cargo aquí mismo. ¿Será cabeza de chorlito?», pensó valorando la conveniencia de olvidarse del hombre y volverse para estrangular a su estúpida amiga.

–Tú te callas –cortó tajante–. Es mi coche y tomo las decisiones que me da la gana.

A Emma le asombró ver que el hombre ni se inmutaba, y entonces insistió: – Baje, por favor.

–Pero preciosa, yo...

–Usted se calla y se baja –gritó lanzándole una mirada desafiante–. Si tengo que pedírselo otra vez, le aseguro que no seré tan amable.

Dicho y hecho, el hombre tiró del manillar y se bajó, alejándose a toda prisa, no sin dar antes un monumental portazo.

Emma miró a Sandra con reproche, estaba furiosa con ella. Aun así, decidió posponer la charla. Todavía tenían varias cosas pendientes.

Al llegar a los juzgados, le comunicaron que le dejarían una toga, pero que como solo había dos, y estaban siendo utilizadas, tendría que esperar hasta que estuviera disponible. Aquello la hizo saber que nada más volver a Madrid, debería invertir comprándose una.

Después de charlar con su cliente, acompañada de Sandra, que no dejaba de bostezar y protestar aburrida como una chiquilla, comenzó lo más divertido, la persecución de la toga. El juzgado era realmente pequeño, sobre todo comparado con los de Plaza de Castilla, pero de pronto se vieron subiendo y bajando detrás del único abogado que pudieron ver en posesión de una de las más que codiciadas togas.

–Joder florecilla, me siento una acosadora –dijo Raquel mirando de reojo a su objetivo, muerta de la risa.

–Te aguantas y te callas. –ordenó sin poder dejar de sentirse ridícula.

–Por un día que entres sin la horrible toga no se va a morir el Juez, vamos, digo yo. –insistió Sandra, llorando de la risa, mientras veía como el abogado se disponía a desplazarse de nuevo.

Pero aquello era inaceptable, Emma era demasiado metódica, tal y como había podido apreciar su exjefa. No estaba dispuesta a bajar las orejas al entrar en ninguna sala, menos aún en la de un Juez con el que jamás había celebrado un juicio.

Cuando vio como Emma comenzaba a perseguirlo escaleras abajo, Sandra la tomó del brazo y le susurró al oído su última ocurrencia.

–Que digo yo, que, si te parece, cuando le veamos ir al baño, que imagino que los abogados también lo hacen –comenzó a proponer con pitorreo, sin poder desdibujar la guasona sonrisa de su boca–. Yo le entretengo poniéndole ojitos –dijo parpadeando de forma intermitente–. Y mientras... tú, le arrancas con disimulo la toga.

Emma la miraba fijamente, sin saber si llorar o reír. Finalmente, opto por lo segundo, y ambas terminaron rodando por los bancos del juzgado, muertas de la risa.

–¡Estás loca! –dijo Emma, revolviéndole el pelo con cariño.

–Sí, pero me quieres acosadora.

Cuando solo faltaban quince minutos para que se celebrara la vista, el Letrado al que habían estado persiguiendo durante media mañana, se dirigió hacia ellas, luciendo una encantadora sonrisa. Pero como seguían sumergidas en sus bromas, ni siquiera le vieron llegar.

–Buenos días –dijo tendiéndole la mano a Sandra, que la estrechó sin dudarle. Habían estado tan centradas en la toga que llevaba, que no habían reparado en aquel cuerpazo y aquellos profundos ojos verdosos, un verdadero escándalo–. Creo que necesitas esto, ¿verdad? –continuó diciendo, mientras ponía ante sus ojos la toga.

–Yo no, esta –contestó nerviosa.

«¿Esta?, ni que fuera una iguana», pensó asombrada por el extraño

comportamiento de Sandra. Solía ser muy extrovertida, incluso descarada, pero ahora parecía tímida y cohibida.

–Encantado, me llamo Fran, trabajo en Madrid. Me ha parecido escuchar que también venís de allí.

Emma asintió y estrechó su mano sonriente. Pensar que pudiera haberse percatado de su ridículo comportamiento, la avergonzaba por momentos.

–Tranquilas –dijo al percibir que se sentían incómodas–. Vuestro secreto está a salvo conmigo, prometo no desvelar vuestra doble identidad, eso de ser detectives parece algo serio.

Después de decir aquello, le entregó una tarjeta a cada una y guiñándole un ojo a Sandra, dijo sonriendo de nuevo:

–Me encantaría veros por Madrid, ha sido un placer conoceros.

–Lo mismo digo. –contestó Emma.

–¡Qué majo!, me lo pido. –dijo Sandra, que había sido incapaz de abrir la boca.

–¿Y a ti que te pasa? –preguntó Emma al ver que solo le faltaba empezar a soltar la baba.

–Solo que retiro lo del castillo, no me importaría limpiar su castillo.

–Definitivamente, te has vuelto loca. Venga, nos toca, terminemos cuanto antes.

–Hada madrina, hada madrina, lo retiro, creo en ti y quiero que vengas. –decía Sandra, mientras era arrastrada por Emma al interior de la sala.

Cuando el juicio terminó, satisfechas, decidieron cerrar el extraño día con una cena, después emprenderían el viaje de regreso, y comenzaría su verdadera aventura.

Entraron en un restaurante cercano al anfiteatro romano, y aunque Emma se lo desaconsejó insistentemente, Sandra quiso probar las migas.

Al cabo de media hora charlando y riendo, Sandra terminó dándole la razón a su amiga.

–¡Jolines! – exclamó Sandra dándose un golpe en el pecho

–¿Jolines? – interrumpió Emma.– ¿Ahora hablas como Raquel?

–Debo echarla de menos. O eso, o que me estoy volviendo fina como vosotras. –contestó sonriendo–.Lo que te digo, decir que las migas son secas es como decir que el bacalao está saladito. Ni te cuento el tapón que se me está formando.

–Esa es mi niña, me estabas preocupando.

Sandra la empujó y las dos rieron divertidas al recordar sus peripecias de aquel día.

–¿Te imaginas a los gladiadores cachas luchando por sus vidas en el anfiteatro? – preguntó Sandra entornando los ojos y suspirando.

Sin duda, aquella graciosa e impulsiva chica, no tenía remedio.

–¡Anda!, come uvas y calla, que estás más guapa.

De regreso, Sandra se ofreció a conducir, y sin saber por qué, Emma aceptó sin pensarlo. En realidad, estaba agotada, de otra manera jamás hubiera consentido que Sandra condujera su coche.

Persiguiendo un sueño

En el aeropuerto, mientras esperaban que anunciaran el embarque de su vuelo, Emma observaba la foto, cada vez más angustiada. Aquel hombre que aparecía en la contraportada del libro, no le gustaba para nada; ni sus ojos, ni su nariz y ni hablar de su sonrisa, era lo siguiente a siniestra. Si al llegar existía, si la magia tomaba forma real y esa era la de aquel hombre, que dibujaba un gesto torcido en su boca, prefería regresar con la frustración de no haberlo encontrado. Sabía que era superficial y mezquino tener esos pensamientos. Se sentía avergonzada, ella no era así para nada. Pero sin saber por qué y sin poder evitarlo, aquel hombre de porte frío y estirado, despertaba en ella verdadera repugnancia.

–¿Estás bien? –preguntó Raquel, apoyando la mano sobre su hombro.

–Sí, estoy confundida, tengo miedo. No sé lo que podemos encontrarnos, y debatirse entre las dos posibles opciones, resulta complicado.

–¿A qué te refieres? Insistió curiosa Raquel.

–Todo indica que puede tener algo de real. Que aquello por lo que tanto sufrí, pudo no ser una locura, al menos no en su totalidad.

–¿Y eso no es bueno? –volvió a preguntar confusa.

–Debería serlo, debería sentirme feliz y emocionada.

–¿Pero...?

–Pero estoy más aterrorizada que cuando le creía perdido. Pensar que pueda existir, pero no coincidir con la presencia que tenía en mis sueños, me está matando.

Raquel asintió, parecía entenderlo, pero antes de que pudiera tratar de consolarla, Emma continuó.

–Verás, no me considero ese tipo de personas, que tienen que sentirse atraídas por un físico espectacular y potente. Es solo que me acostumbré a su cuerpo, igual que a su voz y a sus besos. No sé si sería capaz de reconocer lo que sentí si la persona que deseo ver termina siendo el de esta foto. –

argumentó, mostrándole la imagen de aquel otro rostro.

–Te entiendo, y es normal.

–¿Tú crees?

–No creo que seas peor persona por haberte enamorado de un todo. En un jardín puede haber muchas rosas y sin duda, todas olerán bien, pero siempre habrá una que te llame la atención más que otra.

–No sé, puede que haya sido un error tratar de encontrarlo. –susurró bajando la cabeza.

–No quiero verte así –dijo levantándole la barbilla–. Necesito que seas la Emma fuerte y luchadora, capaz de llegar al final de todo esto, para bien o para mal, pero con el valor de asumirlo.

–Lo intentaré, te lo prometo. Pero no será fácil.

–Eso lo sé, pero estaré aquí para ayudarte. Y también tienes a Sandra. –dijo tratando de infundirle confianza.

–No por favor –pidió entornando los ojos–. No le digas nada. Lleva unos días muy rara, y no tengo fuerzas para enfrentarme a un tercer grado.

Raquel volvió a mirarla y asintió sin dudarle. Su petición no le extrañaba. Lo cierto es que Sandra estaba comportándose de una forma bastante inusual, y las dos coincidieron al comentar que estaba así desde que volvieron de Mérida. Canturreaba, se quedaba ausente y utilizaba palabras cariñosas, tales como cariño, algo que las desconcertaba por completo

–No te inquietes, la mantendremos al margen. Al menos hasta que descubramos que le pasa. –aclaró volviendo a mirar a Sandra, que hablaba sonriente por el móvil. «¿Qué se traerá entre manos?», pensó mirándola con recelo.

Cuando por fin anunciaron que debían dirigirse a la puerta de embarque, las dos se apresuraron a coger las maletas. Sandra se había ausentado en el último momento, con la excusa de tener que ir con urgencia al baño. Decidieron ir caminando, ya las alcanzaría. Pero a mitad de camino, Emma reparó en que no llevaba el libro, su única pista para encontrar a Brandon. Le dijo a Raquel que se adelantara con las maletas, y retrocedió

corriendo sobre sus pasos, esperanzada en que nadie se hubiera percatado de su despiste.

Respiró aliviada al comprobar que el libro estaba en el mismo lugar donde lo había dejado. Cuando lo recuperó se relajó, y aunque pensó que debía acelerar el paso, creyó conveniente dar un empujoncito a Sandra, a ese paso se quedaría en tierra.

Rápidamente torció la esquina que daba al pasillo de los baños, y se detuvo en seco, no podía creer lo que veían sus ojos. A escasos metros de ella estaba Sandra, besando no, devorando a un hombre vestido con un traje elegantísimo gris marengo. Pero no podía verlo. Miró el reloj, en cinco minutos debían estar entrando en el avión. Decidió quedarse en la sombra, no quería sorprenderla, sin duda, aquel era su gran secreto. Le concedería dos minutos, y si no, la llamaría al móvil. Muerta de curiosidad, se asomó con cuidado, y entonces lo vio. Era Fran, el guapísimo abogado que conocieron en Mérida.

«¿Será bruja?! ¡Qué calladito se lo tenía!, ahora lo entiendo todo».

De nuevo miró, la curiosidad la podía. Aquella morena coqueta, que ponía ojitos de cordero y se ponía de puntillas para besarlo, no se parecía a su carismática y provocativa amiga.

Se escondió cuando vio que ahora se abrazaban con ternura. En ningún caso quería ser descubierta.

Sin creérselo todavía e impaciente al ver que ya deberían estar con Raquel, se apresuró a coger el móvil de su bolso y marcó el teléfono. Al instante, Sandra contestó.

–Dime Emma.

–¿Dónde estás chiflada? ¡Qué no llegamos!

–Lo siento, había cola. Voy corriendo para allá. –Mintió sin separarse de Fran un milímetro.

–¡Date prisa! –insistió a gritos Emma. Debía ser convincente. Acto seguido colgó y consideró prudente avanzar algunos metros, de esa manera podría decirle que había salido en su busca, pero no levantaría sospechas.

Caminaba nuevamente hacia Sandra, cuando esta la interceptó, acalorada y sin dejar de pedirle disculpas.

De pronto, sonó el teléfono de Emma, sin cogerlo ambas se miraron y echaron a correr. Sin duda, Raquel se impacientaba. Y no era para menos. Fueron las últimas en traspasar las puertas, no sin antes recibir una mirada de desaprobación de una de las azafatas.

Raquel se lanzó emocionada hacia el asiento de la ventanilla. Pero Sandra se interpuso en su camino.

–De eso nada monada, pienso dormir y no estoy dispuesta a moverme cada vez que quieras ir a hacer un pipi.

Raquel frunció el ceño, decepcionada, había viajado en avión en contadas ocasiones, y era la primera vez que se había propuesto ver el paisaje tranquila, sin alterarse por las turbulencias.

Emma la hizo una señal para que se sentara a su lado. Tras su reciente descubrimiento, estaba más segura que nunca de que había sido otra noche movidita para Sandra.

–Será mejor que la dejes dormir, ya la conoces cuando duerme poco – propuso señalando a Sandra, que, tras colocar su maleta en el altillo, se ajustaba un antifaz, recostada en la ventanilla–. Toma, he comprado una revista.

–¿Y tú?

–Tranquila, he traído el mío. –aclaró enseñándole el libro que las había llevado hasta allí.

–Deberías descansar, y no seguir torturándote. Será un viaje largo.

–Lo sé, pero la clave está aquí. Y necesito encontrarla.

–Para eso hacemos el viaje cariño, para encontrarla. Pero si no descansas todo será más difícil. –explicó consciente del nerviosismo de su amiga. Era importante que se relajara, de lo contrario, si las cosas se torcían no sería capaz de afrontarlo.

–No te preocupes, sé que tienes razón. Dormiré más tarde, te lo prometo.

Emma se había percatado de la preocupación de su amiga, siempre se desvivía por ella, y sabía que estaba tan inquieta como ella.

Tras nueve horas y media de viaje, llegaron al aeropuerto internacional de Charlotte-Douglas, desorientadas y agotadas. La única que había descansado era Sandra. Raquel y Emma solo habían dado alguna cabezada, en medio de lecturas y charlas.

Aún debían coger otro avión hasta San Antonio, otras tres horas de vuelo, que las tres afrontaron resignadas.

Cuando por fin llegaron al Aeropuerto Internacional de San Antonio, eran las nueve de la noche. No era un lugar demasiado grande, al menos comparado con Barajas, algo que agradecieron, pues les resultó más sencillo recoger el equipaje y encontrar la salida, donde se apresuraron a tomar un taxi. No tenían pensado abordar al intrigante escritor hasta el día siguiente.

Se alojarían en el Hyatt Regency San Antonio Riverwalk. Les había costado decidir si el hotel debía estar en el interior o en las afueras. Finalmente, cuando vieron que aquel estaba cerca del Paseo del Río San Antonio, a tres minutos a pie del teatro Majestic y a escasos seis minutos de la Misión de El Álamo, no lo dudaron. Ninguna había estado allí antes, pero aquellos lugares eran familiares para Emma, los había visto en sueños, y se relajaba sabiendo que estaba cerca de ellos. Era un paso más hacia Brandon.

Aun así, Emma no lograba salir de su asombro, aquellos lugares le resultaban cercanos, pero la realidad era mucho más agobiante. Con Brandon solo había tomado caminos tranquilos y solitarios, senderos poco transitados que les acercaban a todo aquello. Pero ante ella se abría una gran ciudad; bulliciosa y transitada. Cerró los ojos y trató de recordarlo tal y como él se lo había mostrado; tranquilo y silencioso.

Las vistas eran insuperables, y con los ojos aún cerrados, se imaginó junto a él en la orilla del río, bajo la suave magia de los sauces. Por primera vez, sintió que el miedo se desvanecía, y deseó haber acertado. La idea de saber que ahora podían estar mirando el mismo cielo en el mismo lugar del mundo, la emocionó, y unas lágrimas comenzaron a deslizarse temblorosas por su rostro.

«Ojalá sea cierto», pensó mirando las estrellas que iluminaban el

escenario de sus sueños.

Una gran decepción

A la mañana siguiente, con energías renovadas, se dirigieron a la impresionante recepción, donde pidieron un plano de la ciudad. Raquel había conseguido la dirección del escritor, y como no estaba muy lejos, decidieron ir andando. Así aprovecharían para conocer la zona.

Su primera parada fue el espectacular Teatro Majestic, diseñado por el arquitecto John Ebersson, en el año 1929. Donde observaron boquiabiertas la perfecta fusión entre el más puro estilo Barroco y la chispeante y refrescante policromía que decoraba sus majestuosos muros.

Después, como visita obligada, se detuvieron ante la increíble visión que les ofrecía la Misión de El Álamo, donde Raquel y Sandra fueron testigos cautos y silenciosos, de los sentimientos que afloraban en el corazón de una más que emocionada Emma. Verlo en fotos y sueños había resultado impactante, pero estar allí, rodeada de aquella impresionante arboleda, hacía revolotear miles de mariposas en su estómago. Miraba a un lado y a otro, como si esperase que en cualquier momento Brandon apareciera como por arte de magia. Era lo que correspondía, aquel era su sitio, el lugar donde habían compartido maravillosos momentos.

Raquel propuso hacer algunas fotos, pensando que de esa manera lograría mantener distraída a Emma. Sin embargo, esta se ofreció a echarlas, pero dejó clara su intención de no aparecer en ninguna de ellas. No estaba de humor para jugar a las poses, algo que, por el contrario, a Sandra le entusiasmada.

Terminado el reportaje fotográfico, que se prolongó más de lo deseado, Raquel propuso dar un paseo tranquilo por el Paseo del Río San Antonio, pensó que tantas emociones de golpe podían ser perjudiciales para Emma. Así que, mintiendo y utilizando la torpe excusa de que estaba cansada, consiguió que accedieran.

Aquella zona rebosaba vida; las terrazas con sombrillas multicolor, los puestos y los cientos de personas que por allí deambulaban, transmitían luz y alegría, sensaciones que no tardaron en invadirlas. Decidieron sentarse a comer en una de aquellas pintorescas terrazas, dejando para otro día el resto

de la visita.

Disfrutaron de unas deliciosas costillas a la barbacoa, con guarnición de verduras, maíz y aros de cebolla, todo al más puro estilo americano. Habían comido así en muchos locales madrileños, pero aquel plato sabía de forma diferente. El entorno, la música y la mágica cercanía del río, hacían que todo resultara sublime. Lo mismo les sucedió con la cerveza, el gusto de aquella era adictivo, no en vano tomaron algunas de más, hasta el punto de sentirse algo achispadas.

Antes de proseguir su marcha, y llevadas, sin duda, por el efecto de aquella prohibitiva bebida, adquirieron tres vistosos sombreros vaqueros, con motivos florales bordados. Ninguna pensaba que un artículo así pudiera resultarles atractivo y *sexy*, por eso, al descubrir lo equivocadas que estaban, no pudieron evitar adquirirlos. Eso sí, en diferentes colores; blanco para Raquel, negro para Sandra y... ¿cómo no?, rosa para Emma. Como *souvenir* eran perfectos.

Desfilaban por las calles de San Antonio, con aquel despliegue de color sobre sus tambaleantes cabezas, cuando de pronto, Raquel se detuvo.

–Hemos llegado. –anunció mirando con cara de situación a las chicas.

Se quedaron petrificadas, ninguna fue capaz de decir nada. Emma no sabía si echar a correr. En aquel momento hubiera preferido que la tierra se abriera y se la tragara. ¿Cómo justificar aquella locura, que iba a poder explicar su presencia en ese sitio, a miles de kilómetros de su casa?

Sandra, por su parte, disfrutaba como una niña de aquel momento, aquello era un misterio, una aventura que compartir con sus amigas. Un enigma que estaba a punto de llegar a su fin. No podía ocultar su excitación, aunque por Emma lo intentaba, o eso pensaba.

–Me marcho. –dijo Emma girándose y comenzando a retroceder sobre sus pasos.

–De eso nada princesa –opuso Sandra, sujetándola del brazo–. No he recorrido medio mundo para salir corriendo a la primera de cambio. –advirtió clavando sus ojos en ella.

–Por una vez Sandra tiene razón cariño –intervino Raquel

conciliadora—. La verdad está solo a unos pasos. Puede que sea difícil, pero después, cuando todo pase, podrás dormir tranquila.

Emma sabía que tenían razón. Aquel había sido el único motivo de su viaje. No tenía ningún sentido salir corriendo. Huir era de cobardes y ella no lo era.

—Vamos. —exigió Emma con rotundidad. En segundos cambió el temblor de su barbilla, por la firmeza y seguridad de sus ojos. Unos ojos que ansiaban dar forma real al único hombre capaz de hechizarla.

Raquel y Sandra se miraron satisfechas. Cuando se lo proponían podían ser de lo más convincentes y persuasivas.

Era un barrio residencial, tranquilo y armonioso. Y quizá por esa razón, resultaba cuadriculado y monótono. Ninguna de las casas delataba mínimamente el tipo de personas que podían vivir en ellas. Carecían de encanto. La arquitectura era moderna, de líneas geométricas y elegantes. Sin duda, se encontraban en una de las zonas más selectas y nuevas de San Antonio.

Ese lugar no tenía nada que ver con el fabuloso rancho donde vivía Brandon. El entorno natural y poético de los paisajes de sus sueños, no guardaba ningún tipo de relación con aquel entorno frío e impersonal que las rodeaba.

Para las chicas Emma era como un libro abierto, aunque ella lo desconociese. Por eso no tardaron en ver el pánico en sus ojos. Sabían lo que pensaba. Ellas mismas no podían evitar sentirlo de la misma manera. Pensar que entre aquellas pudiera estar la residencia de un hombre viril y pasional como el que les había descrito, les resultaba cuanto menos decepcionante.

Cuando se vieron ante la verja del número veintitrés, observaron que había una cámara. No podían llamar y salir corriendo, como solían hacer de niñas. Aquello era real, y si lo comenzaban ya no habría marcha atrás.

Sorprendentemente, y tras muchos titubeos, fue Emma quien pulsó el timbre. Ante la atónita mirada de sus amigas, que no lograban salir de su asombro.

Cuando oyeron la voz de una mujer, ninguna supo qué decir. Entonces,

Sandra, muy resuelta y en un perfecto inglés, mintió al decir que tenían una cita para entrevistar al autor de «Una vez en un sueño».

Al cabo de unos segundos la verja comenzó a moverse. Lo habían conseguido. Sandra saltó satisfecha, mientras Emma suspiraba, con la respiración entrecortada.

Raquel tiró con decisión de la mano de Emma, y aunque esta tardó en reaccionar, por fin comenzó a caminar hacia la casa. Atravesaron un bonito jardín, donde había un moderno carril de nado y junto a este, apostadas, unas hamacas blancas. Resultaba poco probable que allí vivieran niños, pero... ¿quién era la mujer que había contestado?

Cuando llegaron la puerta ya estaba abierta. No tardó en recibir las una mujer vestida con uniforme y cofia. Cuando les indicó que pasaran, las tres se miraron y asintieron, aquella era la voz que habían escuchado.

Las condujo en silencio hasta una sala, cuyas paredes estaban cubiertas de estanterías repletas de libros. Mirándolas con indiferencia, les dijo que el señor les recibiría enseguida.

El aire podía cortarse. Ninguna dijo nada. Se limitaron a mover la cabeza y a sentarse con gesto sumiso. Aquella presencia imponía.

Cuando la vieron alejarse, respiraron aliviadas

–¡Joder con la señorita Rottenmeier! –soltó Sandra resoplando– Casi me meo en las bragas.

–¡Sandra! –Quiso frenarla Raquel–. No es momento –dijo mirando hacia Emma, que continuaba paralizada, sin retirar la mirada de la puerta.

Raquel y Sandra curioseaban por las estanterías, sorprendidas por la increíble colección que había ante ellas. No faltaba ninguno de los grandes autores, y no solo estadounidenses, sino de todo el mundo.

Emma aguardaba sentada, no quería que lo que pudiera aparecer por la puerta propiciara su caída. De por sí era bastante patosa, a menudo parecía tener dos pies izquierdos, pero cuando estaba nerviosa todo empeoraba. En más de una ocasión había dado de bruces contra el suelo. Pero allí, en aquel momento, era un riesgo que no estaba dispuesta a correr. No quería exponer su primera impresión ante el que esperaba fuera el hombre de su vida.

Habían pasado unos diez minutos, cuando un hombre alto, completamente calvo y de gesto serio, atravesó la puerta.

Emma lo miró decepcionada, sin duda, era John Stewart, el autor de la novela, pero nada tenía que ver con Brandon, ni siquiera el blanco de los ojos.

Raquel y Sandra miraban fijamente a Emma. Esperando alguna reacción que las hiciera ver si había encontrado lo que estaba buscando. Aunque ambas tenían una idea preconcebida al respecto. Sandra torció el gesto, sin duda, pensando que aquel hombre de rostro ajado, ojos hundidos en oscuros surcos y labios estrechos, o boca de pato, en ningún caso podía ser el hombre que Emma había soñado. Una cosa era idealizarlo y otra muy distinta, estar completamente ciega.

Raquel, algo más prudente, prefería concederle el beneficio de la duda, y aunque físicamente no cumplía las expectativas de su amiga, pensó esperar a que hablara, quizá resultara ser una bella persona. Seguía creyendo a pies puntillas que la belleza está en el interior, aunque el exterior resulte repulsivo

Aquel hombre no tenía lado bueno. Tratar de encontrárselo hubiera resultado una tarea ardua e inútil.

Como Emma era la que se encontraba más cerca de la puerta, el hombre fue directo hacía ella.

–Buenas tardes, mi nombre es John Stewart, un placer conocerla.

Emma se limitó a sonreír, buscando el auxilio de sus amigas. Era incapaz de articular palabra.

En ese momento, Sandra, decidida y rápida como el rayo, acudió a socorrerla.

–Encantada... –dijo tendiéndole la mano al hombre que se mantenía absorto contemplando a Emma–. Mi nombre es Sandra. Tiene usted una casa preciosa.

El hombre le agradeció el cumplido, con una media sonrisa, que no logró cambiar el marchito gesto de su cara.

Por último, saludó a Raquel, que le miró fijamente, empeñada en

encontrar ese brillo especial que buscaba.

Para entonces, Emma había activado todos sus escudos. Mantenía una postura incómoda y forzada, con los ojos fijos en el suelo.

Consciente de que aquella muchacha que no le había dicho nada, jamás lo haría, al menos no a corto plazo, dirigió su mirada hacia las otras dos mujeres que le observaban con detenimiento, y pregunto:

–¿Qué les ha traído a San Antonio?

Raquel y Sandra se miraron agobiadas. No hicieron falta palabras. Aquello no lo habían preparado, ¿qué podían decirle?

–Trabajo en publicidad y a mi empresa le encantaría utilizar su imagen para un anuncio...de coches. –mintió Sandra, buscando la forma de adecuar la falsedad a la vida real. Aquel era su empleo, pero ¿por qué estarían interesados en un escritor novel que solo contaba con una primera obra?

Ellas no podían saberlo, pero John conocía perfectamente el motivo de su visita.

–Pues veréis, lo cierto es que soy un hombre bastante ocupado, además de celoso de mi intimidad. No creo que saliera bien. –contestó sin salir de su asombro, ¿Por qué utilizaban esa torpe excusa?

Las chicas, que veían flaquear su coartada por momentos, se miraron entre sí creyéndose precozmente descubiertas. Ni siquiera conocerían su relación con la historia. En cuestión de segundos las pondría de patitas en la calle.

Pero nada más lejos de su intención. Sabía perfectamente quien era aquella preciosa rubia asustada, de penetrantes ojos claros. Verla allí clavada, frágil e inquieta, le había conmovido, aunque de forma egoísta. Conseguirla se había convertido en su absurdo y particular objetivo. Y por eso, aunque sabía que nada tenía que ver con lo que Emma buscaba, se propuso poner toda la carne en el asador. Si lograba jugar bien todas sus cartas podría conseguir embaucarla.

–A propósito – prosiguió John–. Podéis tutearme, hacéis que me sienta viejo, y aún me faltan algunos años para serlo.

«Este no se ha mirado en un espejo», pensó Sandra, sin poder contener la risa.

–Sería un verdadero placer que os quedarais a cenar conmigo. –dijo John sin hacer más insinuaciones ni preguntas. Algo que puso en guardia a Sandra, ¿porque no recababa información sobre su improvisada y forzada historia?

Sin embargo, relajó a Raquel, que se debatía entre aumentar la mentira o soltar la verdad y mirar hacia otro lado.

Emma mantuvo su mutismo. Pensó que no merecía la pena. Lo que había ante ella no solo no le gustaba, le desagradaba. Cuanto antes acabaran con aquella farsa, antes podrían marcharse a casa.

Pero Sandra, mucho más intrigada e interesada por llegar al fondo del asunto, aceptó la invitación en nombre de las tres.

En Texas se cena pronto, pero aún faltaban un par de horas, que John las invitó a pasar conociendo la casa y sus alrededores.

Sandra caminaba delante, agarrada del brazo de John, como si lo conociera de toda la vida. Nunca había tenido problemas para relacionarse y esa vez no iba a ser distinta.

Raquel caminaba junto a Emma, preocupada al ver que no salía de su profundo estado de *shock*.

–Emma, mi amor –susurró con cariño, pretendiendo no ser escuchada–. A veces las apariencias engañan. Tienes que aprender a ver con el corazón.

Emma puso los ojos en blanco. ¿Qué significaba eso, acaso esperaban que se abalanzara sobre él, por el simple hecho de ser un testigo indiscreto de sus tórridos sueños? De eso nada, solo quería que sus amigas engulleran la comida, para después poder salir corriendo por donde habían llegado.

La cena transcurrió tranquila, casi aburrida. John no apartaba sus ojos de Emma, algo que no había pasado de ser percibido a las chicas, que observaban incrédulas la exagerada indiferencia de Emma, que, ante la insistencia del hombre por entablar conversación con ella, se limitaba a darle respuestas cortas y esquivas, nada que pudiera llevarle a conseguir mantener una conversación coherente con ella. Sin embargo, él no desfallecía, aunque

era Sandra la única que le seguía la corriente, trataba de introducir a Emma en todos y cada uno de los temas que trataban.

Emma se sentía incapaz de buscarle sentido a todo aquello. No era superficial, vivía enamorada del amor, al menos de la idea que ella se había forjado desde niña, y ver que aquel hombre no despertaba mariposas en su estómago, le decepcionaba, hasta el punto de asustarla. ¿Acaso no era capaz de reconocer el amor verdadero, tan ciega estaba? Pensar que solo había acudido en busca de un cuerpo le angustiaba. Ella no era ese tipo de persona. Pero no, no podía juzgarlo de aquella manera, Brandon despertaba en ella un sinfín de sensaciones. Lo hubiera reconocido aún con los ojos cerrados.

No pudieron marcharse sin prometerle a John regresar al día siguiente, quería enseñarles paisajes espectaculares, que decía conocer en los alrededores de la finca. Pero al estar más retirados, les propuso hacer el recorrido a caballo. Aquel ofrecimiento hizo temblar a Raquel, jamás había montado a caballo. Entusiasmó a Sandra, que siempre estaba dispuesta a probar cosas nuevas. Y por primera vez, desde que habían llegado hasta John, despertó el interés de Emma. Montando podría evadirse, aquello siempre le había relajado, y, además, le permitiría mantener una distancia prudencial de aquel hombre, que lejos de atraerle, la incomodaba.

John se había ofrecido a llevarlas a su hotel en coche, pero se habían negado amablemente. Estaban agotadas, pero cuando Sandra y Raquel vieron la cara de circunstancias de Emma, decidieron declinar tan amable y tentador ofrecimiento.

—¿Estás bien cariño? —preguntó Raquel con mimo, mientras deshacían el camino, con un ritmo mucho más pausado. Sin duda, era consciente del sufrimiento de su amiga.

—Lo estaré, tranquila. Contestó apoyándose en su hombro. Se encontraba mal, necesitaba refugiarse en su amiga. Y Raquel era la persona perfecta para consolarla.

—Pues no veo donde está el drama —intervino Sandra, rompiendo el momento, como tantas otras veces—. A mí me ha parecido un tío estupendo, no será el más guapo del mundo, pero tiene un no sé qué, que sé yo, que me encanta. —dijo dibujando una sonrisa burlona.

–Pues todo para ti, guapa –contestó Emma molesta. Sandra la conocía desde niña. No entendía porque se empeñaba en juzgarla de esa forma frívola, haciéndola sentir superficial y fría–. He besado a la rana y no se ha transformado. Es hora de regresar a casa.

–Dejarlo ya chicas –trató de mediar Raquel–. Estamos cansadas, no digáis nada de lo que podáis arrepentiros.

–Tranquila, cielo. –la calmó Emma. No seré yo quien comience ninguna pelea.

–Por una vez estamos de acuerdo florecilla. –dijo Sandra, poniendo la puntilla.

Pero Emma no estaba dispuesta a responder a sus provocaciones, se limitó a mirarla con desaprobación y dijo:

–¿Os parece si llamamos un taxi? –estamos exhaustas, y no me apetece seguir de turismo.

–Ha sido la mejor idea que has tenido en todo el día. –contestó Sandra en su línea.

–Pues no se hable más. –secundó Raquel, interponiéndose entre ellas.

Cuando llegaron al hotel, se acostaron sin volver a tocar el tema. Emma se negaba a ir al día siguiente, y sus dos amigas se afanaban en tratar de convencerla. Pensaban que solo así podrían llegar al fondo del asunto.

Regresemos a casa

La alarma del móvil sonó a las diez, todavía no habían superado la diferencia horaria, y como no debían estar en casa de John hasta las dos, decidieron pasar la mañana descansando. Puede que después todas vieran las cosas de otro modo.

–¡Arriba dormilonas! –gritó Sandra, lanzando cojines a sus amigas.

–Déjame en paz. –pidió Raquel arrojándole el mismo cojín.

Emma se limitó a taparse la cabeza con la sábana. Por mucho que hubiera dormido, no estaba de humor. En el fondo sabía que sería inútil negarse. No le quedaba otra que acompañar a las chicas a casa de John, Al menos, si no quería tener que escucharlas. Al fin y al cabo, había ido allí para descubrir la verdad que se ocultaba tras el famoso libro, y cuanto antes acabaran con la farsa, antes podrían regresar a casa.

Sandra no paró de incordiarlas. Hasta que, aburridas de sus gritos y saltos de cama en cama, decidieron levantarse, de lo contrario terminarían uniendo sus fuerzas para matarla.

Decidieron pedir el desayuno a la habitación. Estaban cansadas y preferían dejar las duchas para más tarde. Desayunar en pijama y con el pelo revuelto era algo que siempre les pareció perfecto.

Tras un desayuno en el que no faltó de nada; zumo, café, tostadas, huevos...Se arreglaron y llamaron a un taxi. Habían decidido tomárselo con calma y no entraba en sus planes darse la caminata del día anterior.

Cuando llegaron, John las esperaba sentado en el porche. Nada más verlas se levantó. No sería guapo, pero sí un caballero. Las miró con gesto afable y les dedicó la mejor de sus sonrisas. Como bien decía Sandra, aquel tipo ni siquiera era atractivo, pero tenía algo que le hacía interesante, quizá fuera su perfil de escritor, ese que en algún momento le llevó a escribir aquel libro, que de algún modo le había conducido hasta ella. ¿O sería más correcto pensar que fue Emma la que llegó hasta él? En realidad, no importaba, el caso

es que estaban allí, y tenían que descubrir lo que le había llevado a escribir todo aquello.

Emma le examinó en la distancia, según avanzaban hacia él. Pensando que lograría encontrar algo que no apreció en la anterior visita. Pero de nuevo, su corazón se estremeció, no había nada. No se le aceleraba el pulso, no le temblaban las piernas y ni hablar del revoloteo de frágiles mariposas.

Cuando llegaron hasta él, Raquel y Sandra estrecharon su mano y le agradecieron la invitación. Pensaban que era un encanto. Sin embargo, Emma, que mantenía las distancias, se limitó a esbozar una forzada sonrisa.

Aun así, John no dudó en dirigirse a ella.

–Buenos días, Emma, ¿preparada para escoger caballo? –dijo señalando un grupo de cuatro sementales, que traían dos hombres altos y robustos.

Raquel suspiró conmovida, aquel detalle le pareció una galantería. Permitir que aquella mujer, que le trataba a patadas, escogiera entre aquellos espectaculares animales, decía mucho de él, o al menos lo parecía.

Pero Emma se limitó a contestar:

–Cualquiera estará bien, gracias.

–Os presento a Tom y Andrew. –dijo John, sorteando con elegancia la aptitud de aquella bonita mujer, a la que no agradaba.

–¿Y los otros dos? –preguntó Sandra admirando la presencia de aquellos sementales.

–No –dijo John sin poder contener la risa–. Me refería a mis hombres, ellos se encargan del cuidado de los caballos. –aclaró guiándolas con la mirada hacia esos dos imponentes hombres, que los sujetaban y reían tras la ingeniosa salida de aquella chisposa muchacha.

Dando un paso al frente, las saludaron. Y sin saber porque, cuando Raquel estrechó la mano de Andrew, aquel hombre alto, de pelo negro y ojos dulces y marrones, supo que su corazón se quedaría allí para siempre.

Sandra no lo dudó un instante, y ante la falta de iniciativa de sus amigas, se apresuró a ponerse junto al caballo negro, de aspecto salvaje, que sujetaba Tom. Sin duda, era parecido a ella, un animal indomable, y aunque

no sabía montar, pensó que merecía la pena intentarlo.

Al final, fue John quien dispuso qué caballo montarían las otras chicas. Si seguían demorándolo se les echaría la noche encima.

Emma montó con maestría, algo que no dejó indiferente a John, que la contemplaba maravillado. Sandra cogió impulso y aunque casi termina al otro lado del caballo, logró sujetarse e incorporarse con orgullo. Raquel, sin embargo, se limitaba a dejarse levantar por los robustos brazos de Andrew. Encantada por el cúmulo de sensaciones que renacían en su cuerpo.

Recorrieron aquellos espectaculares parajes durante horas, hasta que agotados decidieron descansar a la orilla del río. Emma había logrado esquivar cualquier intento de acercamiento de John, pero cuando le vio desmontar, supo que no habría un momento más propicio. Allí, al aire libre, sin más testigos que sus fieles amigas, el viento y los árboles, todo resultaría menos tenso. Se fue aproximando a él con paso lento, poco convencida de lo que estaba haciendo. Y cuando él se giró y se encontró con sus ojos, deseó poder reunir el valor necesario para echar a correr, cuanto más lejos mejor. Aquella mirada no la inspiraba, no la emocionaba, no le hablaba de nada, y mucho menos de aquel amor que tanto añoraba.

Sandra y Raquel, que se habían percatado de su lastimosa estrategia, pensaron que no estaría de más concederles un poco de espacio, puede que así Emma fuera capaz de poner sus ideas en orden. Aunque, no pensaban alejarse, si su amiga las necesitaba no tardarían en hacer acto de presencia.

Emma las vio alejarse, y aunque no le gustó, se relajó cuando Sandra le hizo un pequeño guiño.

–Volvemos enseguida –anunció Raquel–. Queremos ver aquel lado. –dijo señalando la otra orilla. Aquella improvisada excusa debía servirles de coartada durante un rato.

Ambos asintieron, aunque John mucho más complacido que Emma. Por fin tendría la ocasión de conversar con ella, algo que había deseado con todas sus fuerzas.

Emma cogió aire y sin más contemplaciones pregunto:

–¿Que te llevó a escribir una novela romántica?

–Como has podido comprobar, está escrita en primera persona. – contestó satisfecho, como si quisiera dar a entender algo, pero ¿qué era?

–Ese detalle llamó mi atención desde el comienzo, la mayoría de los autores que se decantan por este género, tratan de distanciarse y no se involucran tanto emocionalmente. –puntualizó Emma, temiendo ser demasiado directa. En ningún caso quería que la confundiera con una persona perturbada, no podía confesarle que su libro describía sus fantasías amorosas con todo lujo de detalles.

–Es algo que me ocurrió, y no me avergüenza contarlo tal y como fue.

–¿Te refieres a los sueños? –quiso aclarar Emma, cada vez más confundida. No lograba entenderlo, si realmente era él, si la conocía, ¿por qué no era sincero con ella? Imaginó que tampoco querría ser tachado de loco.

–Sé que resulta increíble pensar que pueda ocurrir algo así, sé que parece cosa de leyendas y cuentos. Que dos personas puedan conectar a miles de kilómetros resulta inverosímil. Pero aquí estamos, te estaba esperando y por fin has llegado.

Emma se quedó petrificada, aquel desconocido acababa de revelarse como el hombre que había llenado su corazón en los últimos meses, y no había sentido nada. En todo caso decepción y arrepentimiento, quizá nunca debió plantearse aquel viaje.

–No puede ser, no te reconozco. –contestó asustada, sin dejar de retroceder. No soportaba la idea de tenerle cerca. Despertaba su frustración y su vergüenza, ¿en qué momento le pareció buena idea ir a buscarle?

–Tranquila, cariño, te entiendo. Sé que estás confundida, pero a veces lo imposible se torna real como la vida misma.

–No es eso –dijo sacudiendo la cabeza, incapaz de mirarle–. Es que no tienes nada que ver con él, ni siquiera te llamas igual. No hay ninguna coincidencia.

Él lo sabía, todo lo que Emma decía tenía sentido. Aun así, mantuvo la mentira y se limitó a decir:

–Te quiero, necesito que te quedes a mi lado. Solo así podrás volver a verte en mis ojos.

Aquellas palabras confundieron a Emma. ¿Y si estaba cerrando su corazón, y si no estaba logrando verlo?

Absorta en sus pensamientos, no se percató de que John llegaba hasta ella, y sin poder evitarlo, este la besó de forma inesperada. Un beso que no hizo más que empeorar las cosas, haciendo crecer por momentos la desesperación de Emma, que lo había sentido como un robo invasivo y perturbador, que solo le dejaba un mal sabor de boca.

Sin articular palabra, le miró con reproche y echó a correr, con los ojos anegados en lágrimas. Se odiaba a sí misma, ¿cómo había podido ser tan mezquina e ilusa?, se había comportado como una cría.

Sandra y Raquel no tardaron en percatarse de su huida, y al instante echaron a correr tras ella, imaginando que el desenlace prometía ser de lo más trágico.

–¡Emma, para! –gritó Raquel exhausta.

–Te juro que te tiro el zapato. –amenazó Sandra sin aliento.

Aunque las ignoró durante algún tiempo, por fin se detuvo. Hubiera querido seguir corriendo, pero sus piernas no le permitían seguir haciéndolo

Se mantenía de espaldas y agachada, cuando las chicas la alcanzaron.

–Cariño, ¿estás bien? –preguntó Raquel, acariciándole la espalda.

–De verdad, he besado a la rana y no se ha convertido en príncipe. – contestó sollozando.

–Ya te dije que tanta película romántica terminaría volviéndola loca. – dijo Sandra, ganándose una mirada de reproche de Raquel.

–No es él, no puede ser él. – repetía Emma sin dejar de llorar. –dice que me quiere, pero soy incapaz de sentir nada.

–Tranquila cariño, no pasa nada, si no es él no tiene porqué gustarte, nos vamos y santas pascuas. –intervino Raquel, buscando el apoyo de Sandra con una mirada asesina.

–Pienso que deberías concederle tiempo –soltó Sandra, ganándose un manotazo de Raquel–. ¿Qué pasa?, creo que salir corriendo es algo

precipitado, a mí me parece majó, igual lo único que falla es el traje.

–¿Qué pretendes, que le tape la cara y escuche su interior?, te está diciendo que no le gusta lo más mínimo.

–Monadas, menos Tiana y el sapo y más la Bella y Bestia, ¡por Dios, que superficiales!

–No es eso –la cortó Emma sonándose la nariz acongojada–. Es que ni siquiera habla como él, sus expresiones son rudas y vulgares, y su voz es muy fina, Brandon tenía la voz ronca y varonil. Es que no se parecen ni en el blanco de los ojos, ni cerrando los ojos sería capaz de reconocerlo.

–No pasa nada. –insistió Raquel tratando de consolarla. Sabía que nadie podía estar pasándolo peor que ella, su castillo de naipes se había derrumbado y no había nada que pudieran hacer para cambiarlo.

–Pues yo creo... –comenzó a decir Sandra. Pero no pudo terminar, Raquel le pidió que guardara silencio, y ella se limitó a encogerse de hombros. Pensaba que Emma se equivocaba, pero si ella no estaba dispuesta a concederle una oportunidad, ¿qué interés podía tener ella?, en realidad deseaba regresar cuanto antes junto a su fogoso y atractivo abogado.

Mientras Raquel y Emma llamaban a un taxi, Sandra regresó junto a John para excusar a sus amigas. Y cuando este insistió en volver a verlas, fue incapaz de ser sincera, y aunque no hizo promesas, sí se comprometió a tratar de convencerlas

Esa frágil coincidencia

–No pienso ir a ningún sitio que no sea España. –dijo Emma mientras desayunaban en una pintoresca cafetería cercana al hotel.

–Eres la persona más cabezota que he conocido en mi vida. Raquel, ayúdame a convencerla. –insistía Sandra una y otra vez.

Pero Raquel entendía el trance que atravesaba su amiga, lo había intentado y su única recompensa había sido el más rotundo y trágico fracaso. Bastante tenía con enfrentarse al viaje de regreso con el corazón roto.

–No insistas. Si te parece tan estupendo puedes ir tu solita, pero no me obligarás a soportarlo de nuevo.

Antes de que Sandra pudiera contratacar, sonó su móvil, y mirando con reproche a Emma, contestó.

–De acuerdo, no pasa nada, tranquilo, encontraremos algo en lo que ocupar el día. Nos vemos mañana. Diviértete. –contestó al cabo de unos segundos.

–¿Quién era? –preguntó Raquel al percibir cierta decepción en su rostro.

–Era John, ayer se le olvidó que hoy tiene que acudir a una fiesta en el rancho de unos amigos, por lo que no podrá vernos hasta mañana. Estarás contenta. –contestó Sandra mirando de medio lado a Emma.

–¿Una fiesta en un rancho? –preguntó Emma, sintiendo que el corazón se le salía del pecho.

–Sí, pesada, no sé qué historia sobre una recreación de la Guerra de Secesión.

Emma y Raquel se miraron incrédulas, no podían creer lo que escuchaban. ¿Rancho, secesión? Aquellas palabras unidas significaban mucho para ellas.

–¿Dónde se celebra la fiesta? –preguntó Raquel con impaciencia, mientras Emma se movía nerviosa de un lado para otro.

–Y yo que sé, pesada, ¿ahora te interesan sus planes?

Emma supo que Sandra no se lo pondría fácil, al menos no sin entenderlo. Por eso, sacando fuerzas de flaqueza, le contó aquel pasaje vivido con Brandon, aquel sueño en el que le hablaba de ese acontecimiento, una fiesta fabulosa, para la que aún faltaban varios meses.

La reacción de Sandra no se hizo esperar. Estaba indignada, a la vez que excitada. Aquello le hacía sospechar que John mentía, pero también traía de nuevo esperanzas, la posibilidad de que Brandon pudiera existir en algún lado.

–¿Y ahora qué hacemos? –preguntó Emma retorciéndose las manos. Estaba angustiada y emocionada a partes iguales. La incertidumbre se abría un nuevo camino a través de su corazón, pero a su vez, el miedo dibujaba su turbia sombra en su cansado cuerpo.

Sandra las mandó callar y cogió su móvil.

–Buenas tardes, verá, somos amigas de John. Tenemos que vernos en la fiesta de esta noche, pero hemos olvidado la dirección, ¿le importaría...?

Pero antes de terminar la frase ya estaba apuntando lo que le dictaban al otro lado.

–Muchísimas gracias, no se imagina el inmenso favor que me hace. Aja..., estupendo, gracias por recordármelo.

–¿Qué te ha dicho? ¿Dónde es? –saltaron Emma y Raquel respectivamente, impacientes por saber lo que habían hablado.

–Me ha dado la dirección, está a las afueras. Y me ha dicho que no podemos olvidar ir disfrazadas.

–¿Disfrazadas? –preguntó Raquel inquieta. Odiaba aquel tipo de fiestas, tenía demasiado sentido del ridículo.

–Tranquila Cenicienta –trató de calmarla Sandra, sabiendo perfectamente por donde iba–, solo hay que ponerse algo de época.

–¿Solo? –intervino Emma conmovida.

Pero no se pararon a sopesar los pros y los contras. Se hablaron con la

mirada. Debían ir, era una rara coincidencia y no podían marcharse sin tratar de llegar al fondo del asunto.

A las siete de la tarde las tres estaban en la puerta del Hotel esperando al taxi. Perfectamente ataviadas con tres vestidos tipo Escarlata, en «Lo que el viento se llevó». Habían preguntado a Luis, un chico encantador de recepción, que, aunque dudó al comienzo, terminó dirigiéndolas a una cercana tienda de disfraces.

Emma y Sandra estaban en su ajo. De niñas se preguntaban indignadas porque alguien había decidido aniquilar aquellos vestidos, para dar paso a las mayas y ceñidas minifaldas. Con el tiempo comprendieron que aquello no hubiera resultado práctico, trasladarse a la oficina de esa guisa hubiera sido cuanto menos incómodo, por no hablar de lo ridículo. Pero verse allí, en ese preciso momento, en aquel escenario fantástico, luciendo aquellos retales del pasado, les resultaba mágico. Por el contrario, Sandra no dejaba de quejarse.

–¡Me cago en la madre que parió al corsé! –gritó Sandra intentando desaflojarlo, a la vez que se tiraba con la otra mano de la crinolina, ese conjunto de aros que solían llevar para dar volumen a los vestidos. Lo cierto es que las réplicas eran excepcionales y realistas, auténticas obras de arte, con las que podrían haberse trasladado al siglo XIX sin miedo a ser descubiertas–, pero... ¿Cómo hacían sus cositas esas pobres mujeres? Y del sexo ni hablemos, debía ser misión imposible. Soy ellos y a mitad de camino pierdo el interés por completo. –añadió levantándose el vestido hasta dejar a la vista sus botas de vaquera. Habían conseguido vestirla con toda la equitación, incluido el tocado que lucía en su pelo, pero se había negado a llevar tacones, aquellos artilugios del demonio no estaban hechos para ella.

–Siempre pensando en lo mismo –dijo Raquel sin poder contener la risa–. Estate quieta, vas a romperlo. –añadió colocándole de nuevo la falda.

–Esto no va conmigo. Si cuando me pongo vestido no llevo bragas. ¿Cómo queréis que aguante esto?

–¿Puedes ser más basta bonita? –intervino Emma dándole un empujón.

–No princesa, pero si me ayudas me las quito. Total... ¿Quién se iba a dar cuenta?

–Déjala, no tiene remedio –anunció Raquel resignada ante el descaro de su alocada amiga–. Al menos nadie la entiende.

–Sí, sin duda es un consuelo. –asintió Emma.

Cuando el taxi llegó, Raquel le dio la dirección. Después apretó la mano de Emma, sobran las palabras. Ambas hicieron el trayecto en silencio, mientras Sandra libraba su cómica y particular batalla con su vestido de volantes rojos.

–Me he enganchado. –se quejó Sandra cuando intentaba salir del vehículo– ¿Qué más puede pasarme?

–Que el cinturón de castidad marque tendencia. –dijo Emma tirando de ella.

–¡Está salá, mi niña! Pues... ¿sabes qué? Espero que sea feo, horroroso y asqueroso como un trol.

–Vale bonita, tira. –contestó Emma empujándola hacia la entrada. Decidió ignorarla, sin duda sería otra batalla perdida. Raquel las siguió de cerca, sujetando con maestría su vestido azul cielo, como si hubiera nacido para cargar con aquel agobiante peso, como si le viniera de cuna.

Había oscurecido y por los cristales ahumados del coche no habían podido contemplar el paisaje, pero cuando por fin Emma se vio libre de los quejidos de Sandra, admiró atónita la increíble visión que tomaba forma ante ella. Aquellas columnas dóricas, esos árboles decorados con pequeñas luces blancas, la majestuosa y sólida puerta... todo lo que había soñado estaba ante sus ojos. Los cerró y respiró profundamente. Por alguna extraña razón supo que estaba en casa.

Todo era igual, perfecto, cada pequeño detalle era tal y como lo había soñado, incluso el estanque de cisnes y nenúfares.

Se detuvo unos segundos ante la entrada. Estaba nerviosa y emocionada. El corazón estaba a punto de salirse de su pecho. Sentir que al

otro lado podía estar el que consideraba su mitad perdida, la estaba consumiendo por momentos. Ansiaba el instante del reencuentro, encontrarse en la oceánica profundidad de sus ojos era lo único que ansiaba en aquel intenso momento. Sujetó con decisión su vestido blanco de volantes, con un favorecedor corpiño en la parte superior, y caminó con decisión hacia la escalinata que tantas veces sintió haber subido. Sus fieles compañeras de aventura no se apartaban de su lado, temían que pudiera desplomarse.

No habían llegado a poner el pie en el primer escalón cuando escucharon una voz, que hizo estremecerse a Emma. Era John, su asistente le contó lo de la llamada y se apresuró a localizarlas entre los múltiples invitados que iban llegando.

–Buenas noches, me sorprende veros aquí, no sabía que estabais invitadas. –dijo casi sin aliento, sin dejar de mover la cabeza de un lado a otro, como si estuviera buscando a alguien.

–¿Invitadas? –se apresuró a preguntar Sandra, ante el mutismo de sus amigas.

–Sí, es una fiesta de lo más exclusiva. De no ser así yo mismo hubiera estado encantado de invitaros.

–Bueno, seguro que se puede hacer algo. –contestó Sandra guiñándole un ojo con descarada coquetería.

–Déjalo, no importa, nos marchamos. –dijo Emma acobardada. Aquello le ofrecía la coartada perfecta para salir corriendo sin necesidad de enfrentarse a lo que podía estar tan solo a unos pasos.

–¡Ah, no!, de eso nada bonita, no me he puesto este rompe rollos para salir huyendo.

–Sandra, si no se puede no se puede. ¿Qué quieres que hagamos? –intervino Raquel tan derrotista como siempre.

–Lo siento de verdad, si hubiera algo que pudiera hacer lo haría. Me encantaría contar con vuestra compañía en una ocasión tan especial como esta. –mintió acompañándolas de regreso al taxi. Solo él sabía lo importante que era alejarlas de allí cuanto antes.

–¿Cuál es el problema viejo amigo? –dijo una voz tras ellos– Tus

amigos son mis amigos, para mí será un placer contar con la compañía de estas tres damas. –dijo con una caballerosidad que resultaba natural, para nada estaba interpretando un papel.

John, que se había quedado pálido como el mármol, tragó saliva y mirándole visiblemente abochornado, dijo: – tranquilo, ya se iban.

–Bueno, eso no es del todo cierto –opuso Sandra, que no tenía ninguna intención de dar por terminada la velada–. Lo cierto es que solo nos íbamos porque nadie ha tenido la cortesía de invitarnos formalmente a esta magnífica fiesta.

–Entonces no se hable más, considérense formalmente invitadas. Y permitan que me presente, mi nombre es Brandon y esta noche mi casa es la suya.

Sandra, por primera vez en su vida, se quedó sin palabras, y Raquel, que aún permanecía de espaldas junto a Emma, se giró lentamente. Ambas le observaron de arriba abajo con atención, incapaces de decir nada.

Entonces Brandon, extrañado ante su forma de examinarlo, extendió su mano para saludarlas.

–Encantado señoritas, espero que la fiesta sea de su agrado.

Las dos aceptaron la cortesía de aquel extraño, pero cercano galán, y aplaudieron por dentro. Sin duda, era lo que siempre habían querido para Emma.

El mutismo de las dos mujeres le tenía completamente descolocado. Y no tardó en reparar en la bella silueta de aquella joven que no había osado girarse para saludarlo. Aquel cabello dorado y esa elegante figura trajeron a su memoria a la mujer que había nublado su razón meses antes. La misma que le había quitado el sueño de pura pasión y después se había esfumado, dejando su corazón al borde del colapso.

–¿Emma? –preguntó por fin, incapaz de apartar sus ojos de aquella perfecta figura, que había comenzado a resultarle tan familiar.

Sandra y Raquel la miraban expectantes. La cara de situación de John era un auténtico poema.

Emma comenzó a girarse despacio. Escuchar su voz, aquel sonido varonil y aterciopelado, que tanto había añorado, había paralizado cada músculo de su tembloroso cuerpo.

Brandon comenzaba a impacientarse. Si era ella, si había logrado atraerla hacia él, no quería perder un solo instante. Deseaba sentirla, besarla y abrazarla. La angustia de no saber si en realidad existía había sido el mayor trance de su vida. Nunca antes había experimentado la impotencia y la desesperación más profunda.

Cuando Emma levantó la mirada y sus ojos se encontraron, el tiempo pareció detenerse para ambos. El resto del mundo no importaba, solo ellos y el latir acompasado de sus corazones. Dos mitades de un mismo ser, dos almas errantes que por fin volvían a reencontrarse. Era él, su mirada penetrante, su cuerpo pecaminoso y aquellos labios que tantas veces sintió haber besado. Deseaba lo mismo que él, su cercanía era lo único que ansiaba desde hacía meses, pero su presencia, ahora de carne y hueso, le impedía pensar con claridad, estaba completamente bloqueada. Por eso, cuando Brandon extendió su mano hacia ella, se sintió aterrada y sin pensarlo echó a correr en dirección contraria, ciega, despavorida, sin mirar atrás.

Raquel y Sandra pensaron seguirla, pero al instante convinieron concederle algo de tiempo. Sin duda, todas aquellas emociones la habían desbordado por completo. Sabían cómo era, y necesitaría tiempo para poder digerir todo aquello.

Brandon, aturdido por su reacción, trató de ir tras ella. Necesitaba recuperarla, tenerla cerca. No podía correr el riesgo de volver a perderla. Había sido una búsqueda a ciegas, y ahora que por fin había logrado traerla a su vida, no estaba dispuesto a desperdiciar la ocasión de averiguar si era la persona que desbordó su corazón y descolocó todo su mundo.

Pero John frenó su impulso y se interpuso en su camino, haciendo que su rostro dibujara una expresión poco conciliadora.

–¡Quítate del medio, ya has hecho suficiente! –gritó colérico empujando a John con rabia.

–Brandon, lo siento, no sabes cuánto lamento haberte fallado, pero no pude, la conocí y fue inevitable.

–¿Qué fue inevitable?, solo tenías que escribir lo que te pedí. Tú publicabas tu soñada novela y yo lograba encontrarla.

En aquel momento Raquel y Sandra se miraron fijamente. Aquello explicaba muchas cosas.

–Lo sé amigo, lo siento, pensé que podría distanciarme, pero la historia era mágica y cuando la tuve ante mí no fui capaz de aclararle las cosas.

–¿No fuiste capaz o no quisiste? Y por favor, no vuelvas a llamarme así, somos dos desconocidos, pensé que sabía cómo eras, pero me equivoqué por completo, he sido un estúpido.

–Brandon, no digas eso. Te juro que tenía la intención de aclararlo, pero no encontraba el momento. Las cosas se fueron sucediendo y el tema se me fue de las manos.

–¡Claro, listillo!, por eso la besaste, ¿no? –intervino Sandra, incapaz de soportar el cinismo que derrochaba aquel hipócrita.

–¿Qué hiciste qué? –preguntó Brandon, cada vez más irritado.

–Tranquilo amigo, fue solo....

Pero John no pudo terminar de explicarse, Brandon le soltó un puñetazo, que le dejó sin argumentos.

–Creí haberte dicho que no me llames amigo. Un amigo no trata de aprovecharse del modo que tú lo has hecho. Ni siquiera pensabas informarme de su llegada, lo he descubierto de forma fortuita. Si ellas no llegan a venir esta noche por propia iniciativa, tú no las hubieras traído. –dijo cada vez más furioso. No lograba entender la traición de su amigo. Se conocían desde niños, y le había defraudado de todas las formas imaginables. Su chulería y su falta de pudor al reconocerlo le habían sacado de sus casillas. No era un hombre violento, y no solía recurrir a esos métodos, pero escuchar que no había tenido escrúpulos al robarle un beso a Emma, le había trastornado por completo.

–Nos dijo que había escrito su propia experiencia. –continuó Sandra, que no tenía miramientos a la hora de continuar echando leña al fuego. Aquel impresentable se había burlado de ellas y aquella era su particular venganza. Si con ello conseguía que John recibiera otro rechazo, se daría por

satisfecha.

–No quiero seguir escuchando. Me avergüenza el ser penoso en que te has convertido. –anunció Brandon clavando sus ojos en aquel pequeño y mezquino traidor, al que hasta entonces había considerado parte de su propia familia.

–Nadie es tan perfecto como tú, perdóname por ser humano. –contestó John, tratando de ejercitar una lamentable y deshonesto defensa.

–Quiero que salgas de mi casa, márchate y no vuelvas. –exigió Brandon guiándole hasta su coche.

Tras un lamentable despliegue de reproches y descalificativos, que dejaron al descubierto su verdadero rostro, John decidió marcharse, sabía que allí no tenía nada que hacer.

Raquel y Sandra miraban con cara de circunstancias a ese hombre imponente, de mirada perdida, que deambulaba de un lado a otro incapaz de decidir qué camino tomar.

–Tendréis que disculparme. Tengo que encontrarla. Pero, por favor, entrar en la fiesta, estáis en vuestra casa. –sugirió Brandon, mirando hacia esas dos chicas que le observaban preocupadas. ¿Dónde había podido meterse Emma?

–Encuéntrala, por favor. –pidió Raquel sin poder ocultar su desasosiego.

–Tranquila, creo saber dónde encontrarla.

–Si os consuela, no creo que pueda llegar muy lejos –añadió Sandra guiñándoles un ojo, mientras les mostraba un pasaporte–. Me guardé esto por si le entraba el pánico.

Raquel le revolvió el pelo con cariño y Brandon le dedicó una monumental sonrisa.

–Sin duda, eso me deja mucho más tranquilo.

Finalmente, ambas accedieron a pasar al interior de la casa, no tenían ganas de fiesta, pero Raquel se moría por quitarse los tacones y Sandra no veía el momento de pedirle a su amiga que le des aflojara el incómodo corsé,

que comenzaba a cortarle la respiración, dejándola sin habla, algo inaudito en ella.

Brandon, ataviado con su elegante frac negro, echó a correr con determinación, como si estuviera convencido del rumbo que debían seguir sus pasos. El corazón le latía a mil por hora, la incertidumbre, la duda por saber el verdadero motivo de su huida, le estaba volviendo loco. Necesitaba saber si era la misma, la misma que le miraba con fuego en los ojos, la que se deleitaba besando sus labios acurrucándose entre sus brazos.

Cuando llegó hasta el árbol se llevó las manos a la cabeza derrotado, angustiado al comprobar que no estaba allí. Aquel era su destino, su certeza, estaba convencido de que la encontraría, pero no había rastro de ella. De pronto, escuchó un tímido gimoteo, y sintió que el corazón retornaba a su pecho. Con sigilo rodeó aquel centenario tronco, y respiró aliviado al verla allí recostada. Tenía la cabeza apoyada en las rodillas y había remangado su incómodo vestido hasta disponerlo a modo de abullonado asiento. Brandon sonrió ante aquella simpática visión de ella, pero a la vez, se sintió prisionero, hechizado por los infinitos encantos de aquella bella y delicada mujer, la que cerraba los ojos para besarle, la que sabía sonreír con la nariz, la que le irritaba y atraía en un mismo segundo, la que le había devuelto las ganas de saborear los placeres de la vida.

Se arrodilló junto a ella y ansioso por sentir su tacto, cogió su mano con firmeza, para evitar que ella pudiera rechazarlo.

Emma, que hasta entonces no se había percatado de su presencia, sintió como un escalofrío recorría todo su cuerpo. Y entonces lo supo, sintió que era él quien sostenía su mano con fuerza.

–Emma mírame, cariño, mírame. –dijo Brandon levantándole la barbilla con ternura.

Emma levantó la mirada temblorosa y Brandon alcanzó a ver unas lágrimas que se deslizaban tímidamente por su cara. Sin poder dilatarlo más, incapaz de no tratar de aliviar su congoja, la atrajo hacia sí con mimo, y la estrechó entre sus brazos, haciéndola sentir segura.

–Cielo, tranquilízate, estoy contigo.

Emma no dijo nada, pero Brandon suspiró complacido al sentir que sus

brazos demandaban su refugio, su fuerza. La acunó mientras la besaba en la cabeza, aspirando el aroma floral de sus cabellos dorados, ese perfume que había extrañado. Aquello era lo que tanto había deseado, la única realidad que había esperado alcanzar en su efímera existencia.

Pasaron varios minutos abrazados, en silencio, deleitándose en su cercanía, absorbiendo cada mínimo detalle que tornaba reales sus sueños. Conscientes de que nada ni nadie podría separarlos, y por primera vez en mucho tiempo, podrían dormir sin miedo a ver sus ilusiones truncadas.

Habían escuchado su corazón, y a pesar de lo inverosímil que resultaba su historia, se habían entregado sin reservas, confiando, creyendo en lo imposible. Y allí estaban, sintiendo sus pieles por primera vez, experimentando una sensación mucho más placentera que el miedo a las sobrecogedoras despedidas.

–Aún no puedo creer que seas tú. Había llegado a convencerme de mi locura –dijo Brandon, separándose con delicadeza, buscando el contacto de sus ojos–, pero estás aquí, eres real y perfecta.

Emma algo más calmada, se retiró un mechón de pelo que le cubría los ojos, aún anegados en lágrimas, y sin más titubeos buscó su mirada, aquel mar azulado que tanto le había impactado, ese océano que la hizo su prisionera desde el primer momento, un lugar en el que ahogarse sería una sublime recompensa.

–Eres tal y como te recordaba. –dijo ella dibujando con su dedo el contorno de sus ardientes labios, aquellos que creyó haber probado.

Brandon sintió estremecerse cada rincón de su cuerpo. No quería precipitarse, temía espantarla de nuevo. Pero tenerla frente a él, tan cerca, tan bella, tan cálida, le estaba matando, era incapaz de contener sus instintos durante más tiempo. Ansiaba besar esos dulces labios color fresa, que no dejaban de tentarlo. Necesitaba sentir reales cada uno de los besos que le había dado, confirmar que era cierto el dulce néctar que recordaba haber saboreado. Por eso, cuando ella volvió a recorrerlos con su tembloroso y suave tacto, no pudo más, deseoso de hacer suyo el ardor que emanaba de aquella sensual boca, se abalanzó con fiereza sobre ella para devorar su boca, con la misma pasión que lo hiciera en sueños, tanteando cada húmedo e insaciable rincón de aquella prisión, que le hacía sentir la insaciable

necesidad de fundirse con ella, llegando a renunciar de su propia existencia, perdiendo por completo la noción del tiempo y el espacio, cuestiones que ya no importaban. Según aumentaba el calor abrasador que despedía su cuerpo, comprobó complacido la aceptación incondicional de Emma, su más absoluta y rotunda rendición, la de aquella hermosa mujer que ahora se aferraba exigente a su cuerpo, demandando el fuego de sus labios y la posesión de sus fuertes brazos.

Se saborearon, abrazaron y tocaron durante largo tiempo, y a pesar de ser el primer momento real que compartían, les pareció mágico, irreal y eterno. La vida, el destino o el mero azar, les había reunido por fin, uniendo dos extremos opuestos del mundo en un único y colosal momento.

–Te he echado de menos. –dijo Emma de pronto, haciendo que el corazón de Brandon se desbordara. Aquella era la voz que adoraba, la dulce música que añoró escuchar cada noche, y ahora sonaba suave como el viento junto a su oído.

–Y yo a ti vaquera, mucho más de lo que imaginas.

Escuchar aquella expresión la llevó de vuelta a la complicidad que habían compartido en otros momentos. De pronto, centenares de imágenes, caricias, palabras y besos, acudieron en tropel a su mente, y entonces lo supo, era cierto, el hombre que estaba ante ella, el que lograba derretirla por dentro y por fuera, era el mismo que había robado su corazón en sueños. No necesitaba pruebas, no necesitaba comprobarlo, simplemente su corazón le había reconocido, sin condiciones ni pruebas.

–No me llames vaquera. –pidió Emma luciendo una increíble sonrisa, que a Brandon le hizo sentir en el cielo. Aquella era la imagen que tanto había deseado volver a ver, aquella espectacular y singular sonrisa, que lograba iluminarlo todo.

–Creía que solo tenía prohibido llamarte preciosa. –contestó Brandon cogiendo entre sus manos el rostro de Emma– Voy a besarte vaquera, y no podrás hacer nada para evitarlo, así que disfruta del momento preciosa.

El juego había comenzado, pero era la vida real y Emma no estaba dispuesta a desaprovechar un solo instante con ridículas pataletas. Así que decidió dejar de considerarlo una provocación, para pasar a verlo como una

tentadora invitación a besarlo, a retarlo, a probarlo. De esa forma contestó con sus besos a esa insinuación de Brandon, y a otras tantas que irían llegando. Respuestas que él aceptó y saboreó encantado.

Al cabo de un rato, cuando se habían saciado de la cercanía de sus cuerpos y sus labios, no omitieron detalle al relatarse la forma que habían tenido de vivir aquella historia por separado, el momento en que cada uno sintió que pertenecía a otro ser lejano y distante, que probablemente ni siquiera existiera. Brandon le relató su argucia al contar con John para dar difusión a su historia, era arriesgado, pero si el libro traspasaba fronteras, no sería tan difícil llegar hasta ella. Emma por su parte, se sintió avergonzada, Brandon había tratado de localizarla, mientras ella se había limitado a lamerse las heridas, ofuscada por su más que probable locura.

–Tranquila –la cortó Brandon–. Era yo quien debía encontrarte.

Emma parpadeó incrédula, ¿Cómo podía saberlo?, ella no le había contado lo de su deseo. Debía ser él quien llegara hasta ella, pero él no tenía por qué saberlo.

–¿Por qué dices eso? –preguntó sorprendida.

–Porque fui el idiota que se permitió la torpeza de perderte.

Aquella respuesta relajó a Emma, ahora que las cosas se aclaraban no tenía fuerzas para resolver nuevos misterios.

–No me perdiste, porque aún no me habías encontrado. Ahora estoy aquí y prometo no volver a marcharme.

Brandon sonrió profundamente aliviado. Saber que Emma se rendía para confiar en él le llenaba de satisfacción. Le gustaba retarla y echar pulsos con ella, pero solo si terminaban con un ardiente beso, nunca con una repentina huida.

–¡Vaya, vaya...parejita! Escucharon de pronto. Al girarse vieron a Sandra y a Raquel, que desviaba la mirada apurada por la inoportuna interrupción que había propiciado Sandra.

–Aquí tan a gusto y nosotras con estos trastos de aquí para allá. – continuó Sandra, levantándose el vestido hasta dejar a la vista unas graciosas enaguas rosas.

Brandon se incorporó de un atlético salto, y ayudó a Emma, que era incapaz de volver a colocar el cúmulo de volantes de su abombado e incómodo vestido.

–Desde luego, estás preciosa. –dijo Brandon mirándola de arriba abajo– Incluso más de lo que había imaginado.

–Eres un adulador. –contestó guiñándole un ojo, mientras recomponía aquel pesado y voluminoso armatoste, que le impedía enderezarse del todo.

–¡Qué bonito es el amor! –intervino Sandra divertida al ver las miraditas que se dedicaban.

Raquel la mandó callar de un empujón. Estaba cansada de su falta de tacto.

–Perdonen señoritas –comenzó a decir Brandon con galantería, despertando la sonrisa de las dos chicas. Aquel hombre era imponente, por fin entendían la fascinación de Emma por aquel monumento–. Las he dejado completamente desatendidas, espero que hayan sido capaces de disfrutar de la fiesta en nuestra ausencia.

–No se preocupe. –contestó Raquel tan complaciente como siempre.

–Pues lo cierto es que ha sido de lo más aburrido, no conocemos a nadie y, por si fuera poco, con estos vestidos una ni siquiera puede permitirse ir al *water* –añadió Sandra con su particular estilo.

Aquel comentario natural y cómico hizo que Brandon se carcajeara. Sandra era ocurrente y chisposa, cualidades que no pasaban de ser percibidas para nadie que osara cruzarse en su camino.

–¡Siempre tan basta! –añadió Emma propinándole un empujón.

–¡Auh!, solo digo la verdad, que parezco una cebolla con tanta capa, ni siquiera me encuentro el tanga.

«¿Tanga?», pensó Emma muerta de la risa. ¿Habría sido capaz de ponerse su famoso tanga de leopardo debajo de aquel precioso traje de época?

–¿Qué pasa antigua? Ya de entrada, guapetón... –comenzó a decir mirando fijamente a Brandon–. Te anticipo que con esta no verás nada más

sexy que las bragas de cuello alto, *made in casa* de la abuela.

Finalmente, los cuatro terminaron muertos de la risa. Sin duda, Sandra no tenía remedio. Era arrebatadora, y a menudo devastadora, su descarado e ingenio no conocían límites.

Brandon les propuso regresar a la fiesta, aún faltaba una hora para que terminara el baile y los fuegos artificiales, que había contratado como broche final. Y aunque nada le apetecía más que secuestrar a Emma, y alejarla de sus adoradas amigas para hacerla suya. Sabía que ella disfrutaría formando parte de aquel pedacito de historia, esa perfecta recreación del siglo XIX, en plena Guerra de Secesión. A Emma le atraía toda aquella parafernalia, incluidos los voluminosos e incómodos vestidos, que tanto le recordaban a sus cuentos de princesas. Al fin y al cabo, lo había anticipado para ella, para tratar de atraerla, y por avatares del destino, lo había conseguido.

Emma atravesó la puerta cogida del brazo de Brandon, y al comprobar que aquel era el que supuestamente se había herido, sonrió complacida, aquella parte solo formaba parte de sus sueños, su especial forma de conocerse siempre sería un secreto entre ellos. Le sorprendió ver rostros conocidos, ¿cómo podía ser cierto?, pero respiró aliviada al comprobar que ninguna de aquellas personas la recordaba, aquello también era parte de aquella ilusión que nadie más había compartido. Sofía sonrió satisfecha, desconocía la identidad de la joven que acompañaba a su nieto, pero si lograba hacerle sonreír para ella era más que suficiente.

El escenario que Brandon había creado era simplemente perfecto, mágico. No faltaba ningún detalle; la orquesta interpretaba el Danubio Azul, las cálidas luces blancas colgaban del techo, a modo de lágrimas, y decenas de nenúfares adornaban las mesas que rodeaban la pista de baile. Era imposible no trasladarse a esa época, aquella en la que las personas dedicaban más tiempo a la conquista y a la búsqueda del amor eterno, sin reservas, sin condiciones, sin distracciones como el iPad o los dichosos móviles. Emma siempre había soñado sentirse contemplada, admirada como si no existiera en el mundo nada más exquisito que ella. Y allí, en aquel preciso instante, vestida con aquel pomposo vestido, rodeada por las centelleantes luces y hechizada por la prodigiosa música, desvió sus ojos hacia su otra mitad, el hombre que tanto había deseado y soñado, y lo vio, se contempló en el inmenso mar de sus cautivadores ojos. La observaba con amor y deseo, como

si mirarla le concediera un segundo más de vida. Y ella sentía exactamente lo mismo, esa frágil coincidencia, esa que llaman amor, esa que tanto había buscado y durante tanto tiempo le habían negado.

–¿Te gusta? –preguntó Brandon asiéndola fuertemente de la cintura para atraerla hacia su cuerpo.

Emma se puso de puntillas y rozando sensualmente sus labios, contestó muy cerca de su oído:

–No me gusta, me encanta vaquero, es como estar allí, es mejor de lo que había imaginado.

–Me alegro preciosa –dijo guiñándole un ojo– .Y ahora no seas cruel y termina lo que has empezado. –pidió seductor señalándose los labios. Emma accedió gustosa, le besó con deleite, con pasión, con dulzura, sin importarle el resto del mundo. Por primera vez en su vida, abrazada a ese hombre, complaciendo sus devastadores y exigentes labios, se sentía cómoda y protegida, sin duda estaba en casa.

Bailaron, rieron y se besaron, encandilados por la mágica ilusión que les envolvía. Emma se refugió en su hombro, dejándose llevar, girando al compás de Twilight River Flows in You. Siempre le había gustado el sonido del piano, y aquella fantástica interpretación completaba la perfección de aquel momento. Aún no podía creer que las manos que la sujetaban con fuerza pudieran ser las del hombre de sus sueños.

–Parece que lleves toda la vida haciéndolo. –susurró Emma a su oído.

–Y tú tienes dos pies izquierdos cielo. –contestó mirándola con una de sus encantadoras sonrisas. Desde que habían comenzado a bailar sus pies habían descubierto su escasa destreza en el baile, pero no le importaba, estaba encantado de tenerla por fin entre sus brazos.

–¡Serás impertinente! –gritó ceñuda separándose de él para propinarle un manotazo en el hombro.

–¡Ven aquí leona! –dijo con voz ronca atrayéndola de nuevo hacia sí– No estoy dispuesto a dejarte escapar de nuevo. Prometo enseñarte a moverte como una experta bailarina, y otras muchas otras cosas. –añadió besándola sensualmente en el cuello.

–Eres un embaucador. –contestó achinando los ojos.

–Pero solo contigo preciosa, solo tú logras volverme completamente loco. –puntualizó antes de volver a besarla con dulzura.

Cuando la música dejó de sonar, y por fin tomaron conciencia de que habían sido el centro de todas las miradas, ambos se cogieron de las manos y mirándose a los ojos se besaron, había que dar por terminado el baile. Emma no podía creer lo que estaba haciendo, en otras circunstancias se hubiera ruborizado al sentirse observada, pero lo cierto es que estaba disfrutando, y no estaba dispuesta a dejarlo. Decidió centrarse en sus ojos y dejarse guiar, dejarse conducir a donde él quisiera llevarla.

Salieron al jardín de la mano, los fuegos estaban a punto de comenzar, y no querían perder la ocasión de ver el cielo multicolor iluminando aquel espectacular momento, su momento.

–¡Aquí estáis melosones! –dijo una voz a sus espaldas.

Ambos se miraron sonrientes, sabían quién era. Sandra se plantó con desparpajo ante aquel hombre atractivo y caballeroso, que tenía completamente extasiada a su más que exigente amiga, y con soltura, dijo:

–Me gustas morenazo, apruebo barco, pero ahora espero comprobar que eres digno merecedor de esta perla.

–Agradezco tu franqueza –contestó divertido ante su peculiar embestida–, pero te aseguro que no tienes por qué preocuparte, Emma es la mujer que estaba buscando.

–Otro punto a tu favor morenazo, no te asustas fácilmente, la mayoría de los ligues de mis amigas se escandalizan cuando les hablo.

–Sandra, vale ya. –trató de corregirla Raquel, bastante más comedida, aunque feliz de haber coincidido con Andrew, ese joven apuesto e increíblemente viril que tanto le había atraído en casa de John.

Emma miró con ternura a Raquel, y sin palabras le hizo saber que todo estaba bien, la situación estaba controlada, la intervención de Sandra era de lo más inocente, al menos, comparada con las que solía mantener. Se alegraba por ellos y esa era su particular forma de hacérselo saber, era lo más cercano a una declaración de sentimientos.

–Tranquila monjita, si ellos no se asustan no vas a hacerlo tú.

Raquel resopló aburrida, Sandra siempre tenía las mismas salidas, era un caso perdido, y la estúpida era ella por intentar cambiarla, sin duda estaba algo loca, pero aquel era parte de su encanto.

–¿Abrazo de amigas? –propuso Raquel abriendo los brazos.

Emma y Sandra se miraron y negaron con la cabeza, aquella tampoco tenía remedio, sus salidas añidadas y sus cursis medio-palabrotas, como ellas solían llamarlo, eran su sello original, su marca de calidad. Resueltas a complacerla una vez más, al fin y al cabo, aquel era su particular y pelirrojo perro pachón, las dos se abalanzaron sobre ella, mientras Brandon estrechaba la mano de Andrew, que daba la impresión de ser un chico simpático y sincero.

–¡Cariño, date prisa! –gritó Brandon cuando sonó el primer cohete. Emma feliz como nunca, revolvió el pelo de sus alocadas amigas y lanzándolas un beso regreso junto al que ya consideraba el amor de su vida.

El cielo no tardó en cubrirse de fantasía, miles de colores brillantes caían del cielo a modo de lluvia.

Brandon se resistía a dar por concluida la noche, y sin pensarlo dos veces propuso a las chicas que se alojaran en su casa, era absurdo que regresaran al hotel cuando él tenía varias habitaciones vacías. Sandra aceptó al instante y Raquel buscó la aprobación de Emma, que no tardó en asentir con una sonrisa, no podía estar más conforme, tampoco veía el momento de acabar con aquel cuento, eran más de las doce y su vestido no se había esfumado, tampoco Brandon.

Raquel disfrutaba de la compañía de Andrew, cada vez más perdida en la mirada de aquel hombre fuerte y atento, que no dejaba de mirarla con fascinación, despertando en ella una sensación que apenas recordaba. Estaba en el cielo.

Sandra se acomodó en un banco cercano al estanque, y aprovechando el momento de distracción de sus amigas, decidió mandar algunos wasaps a su abogado. No era propio de ella delatarse ante ningún hombre, pero se había sorprendido echándole de menos y eso la incomodaba y asustaba al mismo tiempo, ¿qué diablos le estaba ocurriendo?, esa no era ella, siempre había

sido una mujer independiente y segura, nunca había necesitado a ningún hombre a su lado. Pero al minuto, cuando recibió respuesta a su primer mensaje, no pudo evitar sonreír como una quinceañera, que acabase de descubrir los entresijos del amor.

–Vamos, quiero enseñarte algo. –dijo Brandon aprovechando que estaban solos.

–¿A dónde? –preguntó Emma poniéndose de puntillas para besarlo.

–Es una sorpresa –contestó tomándola de la mano–. Sígueme.

Atravesaron el jardín corriendo, y rodearon la casa hasta llegar a una puerta trasera, que comunicaba con la cocina. Sin detenerse y tratando de esquivar encuentros y miradas indiscretas, llegaron a la inmensa escalinata, que conducía al piso superior. Brandon hizo un rápido recorrido por el cuerpo de Emma y sonriendo dijo:

–Preciosa, no creo que puedas subir con ese vestido.

–Si ellas lo hacían yo también puedo. –respondió remangándose con decisión el cúmulo de volantes y puntillas.

–Ellas no me tenían a mi vaquera. –aclaró levantándola entre sus musculosos brazos.

–Ni en sueños hubiera imaginado que pudieras estar tan increíble con uno de estos trajes –dijo colocándole la pajarita negra–. Aunque echo de menos tu sombrero.

Brandon le dedicó una sonrisa lobuna, que delataba sus intenciones, y con maestría, como si levantara una pluma, comenzó a subir las escaleras. Enseguida se detuvo ante una puerta blanca, y sin soltar a Emma la abrió, dejando a la vista una habitación increíble, blanca y luminosa, con un inmenso balcón que comunicaba con el jardín donde habían estado. Pero lo que más impresionó a Emma fue la imponente cama con dosel que presidía la estancia. Siempre había soñado con una cama así, pero hasta ahora no había tenido sentido tenerla.

–¿Cómo has podido saberlo?, ¡me encanta!

–La vi en una subasta de muebles antiguos y pensé que te gustaría. La

mande restaurar y la traje con la esperanza de que algún día pudieras verla.

–¿Verla? –preguntó sugerente incapaz de tragar saliva. Estaba nerviosa, temblaba de arriba abajo. Deseaba estar allí más que nada en el mundo, pero la presencia de Brandon todavía le imponía, le parecía irreal poder tocarle.

Brandon caminó con ella en brazos hasta la impresionante cama y la dejó con mimo sobre ella. Después se arrodilló a su lado y sacó una pequeña caja que había guardado bajo el colchón. Emma le observaba en silencio, temblorosa e inquieta como una chiquilla. No podía ser, aquello no podía ser lo que pensaba.

–Emma... – comenzó a decir Brandon clavando sus penetrantes ojos en los de ella, mientras le mostraba un anillo de oro blanco con pequeños diamantes engarzados– Jamás he tenido una certeza mayor que esta. Llegaste a mí como un sueño y no necesito la vida real para confirmar que eres la mujer con la que quiero pasar el resto de mis días. Has anulado mi corazón haciendo que ahora lata en tu pecho, has despejado la noche y has metido en casa las estrellas. Es la primera vez que no siento tener que seguir buscando, que no temo equivocarme y negarme la ocasión de conocer a mi otra mitad, mi media naranja, porque tú, solo tú, mi amor, me completas. Cásate conmigo.

Acalorada y confusa por el momento se quedó paralizada. Verse en su mirada cálida y azulada era más de lo que esperaba aquella noche, pero recibir aquella declaración de amor superaba todas sus expectativas.

«Es un sueño hecho realidad, eres mi sueño», pensaba incapaz de articular palabra.

–Vaquera, me gustaría recuperar mis rodillas. –anunció luciendo una encantadora sonrisa. Empezaba a impacientarse, no pretendía atosigarla, pero necesitaba una respuesta.

Emma le miró fijamente y dibujando una gran sonrisa, que hizo que Brandon se derritiera de puro deseo, se lanzó sobre él. Los dos cayeron al suelo. El peso del vestido hizo que se abalanzara con demasiado ímpetu. Rodaron por la alfombra muertos de la risa, y cuando se detuvieron, Brandon, que estaba sobre ella, comenzó a saborear su boca con pasión, incapaz de frenar sus instintos, esos que le hacían desear fundirse con ella. Emma lo

acepto encantada, cautivada por la masculinidad de aquel hombre que era sublime, real y perfecto, que superaba sus sueños.

–Sí quiero, quiero estar contigo, no quiero perderte de nuevo –Se detuvo a decir por fin, mientras Brandon la observaba sin aliento–, pero... ¿y si mañana despierto y no estás, y si no es real, y si...?

–Eso no ocurrirá cariño, estoy tocando tu piel, estoy besando tus labios, y no dejaré de hacerlo hasta que amanezca, juntos veremos salir el sol, porque es cierto, porque nos hemos encontrado y tenemos toda la vida para sentirlo, sin miedos ni límites. Ya te dije que no volveré a dejar que te alejes de mi lado.

Aún en el suelo, Brandon se puso de rodillas para quitarse la chaqueta y desanudar la pajarita que oprimía su cuello, necesitaba respirar, sentirse libre. Se remangó la camisa blanca y miró con fogosidad a Emma, que contemplaba aquellos brazos robustos que recordaba, aquellos que tanto la excitaban. Sintió como su respiración se entrecortaba y supo que en aquel momento era incapaz de decir nada, tenía la garganta reseca y el corazón le latía desbocado. Brandon despertaba en ella mil sensaciones, incluso más de las que recordaba. En su estómago volaban mariposas, luciérnagas y pájaros.

Con mirada sinuosa y tentadora, Brandon fue agachándose lentamente sobre ella, rozó sensualmente sus labios y volvió a enderezarse para comenzar a tirar con suavidad de su falda, aquel inmenso cúmulo de tela que propiciaba una distancia no deseada entre sus cuerpos. Emma respiraba fatigada, saber lo que estaba a punto de suceder despertaba sus dudas, ¿y si no estaba a la altura, y si la realidad distaba mucho de alcanzar aquella perfección con la que había soñado? Liberada del yugo de la falda, respiró profundamente, mientras trataba de aclarar sus ideas. Brandon que había visto aparecer el pánico en sus hermosos y profundos ojos, se reclinó sobre ella, y tras besarla de forma ardiente, susurró a su oído unas palabras que disiparon todas sus dudas. – Cariño, te quiero, necesito hacerte mía en este preciso instante. Quiero sentir tu cuerpo y que tú sientas el mío, necesito que nos besemos hasta perdernos en el éxtasis de nuestros labios.

Las palabras sobraban, en aquel preciso instante Emma comprendió lo absurdo de sus torpes excusas y reticencias. El hombre que siempre quiso estaba ante ella, ofreciéndole su cuerpo y su alma, y no había razones para no

caer rendida en sus brazos, lo estaba deseando, ningún otro pensamiento ocupaba su mente.

Brandon, que aguardaba su respuesta, sin dejar de clavar sus increíbles ojos en los de ella, recuperó el aliento cuando comenzó a sentir la reacción de Emma, que se incorporó con decisión para sentarse a horcajadas sobre su centro del deseo. Aquella situación, aquella postura, la complicidad de sus miradas en un pulso frente a frente, el ritmo acelerado de sus corazones y el fuego derritiendo sus entregados cuerpos, hizo que ambos descubrieran que no había mayor realidad que aquella, esa que les resultaba cotidiana, y que ahora saboreaban sin miedo a perderse.

–Confío en ti vaquero –dijo rodeando su robusto cuello–. Te quiero. El sonido aterciopelado de aquellas palabras que tanto había deseado escuchar, hizo que Brandon fuera incapaz de refrenar sus instintos por más tiempo. Levantándose con destreza, con las piernas de ella alrededor de la cintura, llegó hasta la cama donde pensaba dar rienda suelta a todos y cada uno de sus deseos. Cuando lograron acomodarse entre la marejada de colchas y cojines blancos, comenzaron a besarse con desenfreno, para terminar, haciendo el amor en varias ocasiones, deleitándose en el tacto y sabor de sus cuerpos.

«Colosal, mucho mejor que en sueños», pensaba Emma luciendo una monumental sonrisa, mientras Brandon rodaba para descansar a su lado sin aplastarla. Estaban exhaustos, pero ninguno estaba dispuesto a parar antes del amanecer, solo entonces dormirían, felices al comprobar que al despertar continuaban juntos.

Epílogo

San Antonio, 2 años después

–¡Se me nota, no mientas! –decía Emma cada vez más nerviosa, mirándose de perfil en el espejo.

–Estás preciosa y delgadísima, no te obsesiones. –contestó Raquel abrazándola con ternura.

–Por lo que recuerdo, ahora solo tiene el tamaño de una judía. –añadió Sandra mientras sujetaba al pequeño Héctor entre sus brazos, un bebé rubio y rollizo que hacía las delicias de sus padres, y que había suavizado el carácter de Sandra, que ahora se emocionaba por todo, sin perder su chisposo y fresco toque personal, ese con el que había logrado enamorar a Fran, su guapo abogado.

–¡Seréis falsas!, decís eso porque me queréis, igual que Brandon, él también niega la evidencia. –insistió Emma con el ceño fruncido.

–¿Y qué pasa si se nota?, estás de dos meses y lleváis dos años prometidos. –intervino Raquel, tratando de calmar a su amiga. Sin duda eran los nervios de la boda. Estaba encantada con su embarazo, el día que lo supo lloró emocionada contándoselo a Brandon y este sintió que su corazón se desbordaba de alegría. ¿Qué le pasaba?

–A ver florecilla, ¿qué te pasa? –preguntó Sandra levantándose para dejar al pequeño Héctor en los brazos de su tía Raquel.

–No me llames así, sabes que lo odio.

–Llevas razón, el morenazo te desfloró hace tiempo. –soltó Sandra intentando despertar la risa de su amiga. Pero la única que resopló poniendo los ojos en blanco fue Raquel. «Hay cosas que nunca cambian», pensó sin poder contener la risa.

–Si te vas a burlar de mi te puedes ir marchando bonita, con mis propios demonios tengo más que suficiente. –contestó enfadada.

–No te pongas así, sabes que te adoro –dijo Sandra abrazándola–. Solo

era una broma, venga, dime que te pasa.

–Supongo que son los nervios. Todo ha sido maravilloso hasta ahora, Brandon ha traído a mi vida mucho más de lo que jamás pude haber soñado, se ha convertido en mi razón de vivir, sin él no concibo la existencia.

–¿Entonces? –preguntó Sandra confundida. Aquella confesión le era del todo ajena, conocía el amor que sentía su amiga y le extrañaba verla tan derrotada.

–Yo quiero uno de estos, debe ser contagioso. –anunció Raquel, que jugaba con el pequeño Héctor encantada.

–Tengo miedo. –confesó Emma, dejándolas perplejas.

–¿Miedo? ¿Por qué dices eso? –quiso saber Sandra desconcertada.

–Si todo va bien, en unos meses seremos tres, ¿y si todo cambia, y si no soy una buena madre, y si Brandon deja de mirarme como lo hace?

Raquel miró conmovida a Sandra y por una vez se comunicaron sin necesidad de palabras. Raquel siguió ejerciendo de tía y Sandra se dispuso a tratar de consolarla. Era insólito que Raquel confiara en su criterio para hacerlo.

–Verás cariño, cuando me fui a vivir con Fran el año pasado, viví una perfecta luna de miel durante tres meses. Pero como sabes, la cigüeña vino a visitarnos pronto –recordó guiñándole un ojo–. Cuando supe que Héctor llegaría a nuestras vidas, lo sentí como una invasión, no me gustaba la idea de compartir mi felicidad, era demasiado pronto. Pero cuando le tuve por primera vez entre mis brazos y me miró con esos pequeños e indefensos ojitos, dejé de existir y sentí miedo, debía protegerlo y no estaba segura de saber hacerlo. Fue entonces cuando Fran se acercó a nosotros y al buscar su refugio lo vi con claridad, el brillo de sus ojos, estábamos allí custodiados, protegidos, reflejados en la impresionante inmensidad de sus ojos, esos que me vuelven loca, aun cuando estamos demasiado cansados para besarnos.

Emma y Raquel la miraban incrédulas, ¿había abducido a su amiga?, era la primera vez que la escuchaban hablar de esa forma tan pasional y sincera. Sin duda, Fran había sido una buena influencia.

Emma cerró los ojos pensativa y recordó los ojos de Brandon cuando le

dio la noticia, estaba realmente entusiasmado y en ningún momento dejó de sentirse contemplada, todo lo contrario, a partir de aquel momento Brandon no sabía que hacer por ella, cuidarla y complacerla se habían convertido en sus únicos objetivos, decía que debía cuidar a sus dos chicas. Estaba convencido de que sería una niña.

–Tienes razón, soy una idiota. –susurró tratando de vencer el nudo que oprimía su garganta. ¿Por qué dudaba de su amor, porque no confiaba?

Sandra enternecida la abrazó con fuerza.

–¿A qué esperamos entonces?, hay una boda que celebrar y el guapísimo novio empieza a impacientarse. –anuncio Raquel mirando por el balcón.

Emma asintió y respiró profundamente.

–¿Abrazo de amigas? –propuso Raquel, mientras dejaba con cuidado a Héctor en su carrito.

Emma y Raquel se miraron sonrientes, su sensible pecosa no cambiaría nunca, algo que en el fondo les gustaba. Sin dudarlo echaron a correr, se lanzaron sobre ella y comenzaron a saltar dando vueltas, como cuando eran niñas.

Después de colocarle el velo y retocar el maquillaje, abrieron la puerta de la habitación. Fran las esperaba paciente al otro lado para encargarse de su hijo.

–Gracias cariño, te veo luego. –dijo Sandra entregándole el cochecito con cuidado, por fin se había quedado dormido.

–Estás preciosa, te quiero. –contestó besándola en los labios.

–Le tengo hechizado. –dijo Sandra sintiéndose observada.

–¡Anda, tira, romántica! –se burló Emma cogiéndose de su brazo.

Raquel las seguía de cerca, siempre le había emocionado ser la encargada de ir colocando la cola del vestido, y Emma no quiso privarla de ese sencillo capricho, algo tan propio de ella.

Descendieron la escalinata con paso lento y seguro, no querían que un

mal paso pudiera estropear el momento. Al salir al exterior las tres se quedaron boquiabiertas, si el rancho era espectacular por sí solo, verlo de noche, repleto de luces blancas que enmarcaban el camino hasta un bello altar, cubierto de nenúfares, era pura fantasía. Emma tuvo que parpadear varias veces, no podía creerlo. Brandon se había encargado de dar las últimas pinceladas mientras ellas se arreglaban, el escenario debía ser perfecto, deseaba crear magia para ella, quería ofrecerle un día inolvidable.

Su padre la recibió encantado de poder acompañarla en un día tan significativo. Había llegado desde Madrid tres días antes, y había sido testigo de la felicidad de su hija. Brandon le había parecido un buen hombre y eso era todo lo que un padre podía desear para su hija.

Emma, decidida, besó emocionada a sus hermanas-amigas, las que habían compartido con ella las alegrías y sinsabores de la vida, y agarró con fuerza el brazo que su padre le ofrecía.

–Tranquila cariño, no dejaré que te caigas. –dijo su padre casi más nervioso que ella.

–Gracias papa.

Apenas habían comenzado a caminar cuando Emma levantó la mirada para buscarlo, necesitaba visualizarlo, ansiaba encontrarse con el azul que inundaba sus noches, esos penetrantes ojos que la hacían sentir especial y eterna. Pudo verlo saludando a varios invitados, entre los que se encontraba su madre, que no había dudado en trasladarse a Texas cuando Emma se lo pidió, se necesitaban la una a la otra, más ahora con el bebé en camino, una noticia que había desbordado el corazón de Elsa, que también había redescubierto el amor en el corazón de Jonathan, el administrador de la finca, un hombre atractivo y risueño, que no había parado hasta conquistarla y transmitirle su alegría.

Cuando comenzó a sonar *Twilight River Flows in You*, la primera canción que bailaron al encontrarse, el cura que oficiaba la boda tocó el hombro de Brandon y con la mirada le guio hasta el final del pasillo, donde la flamante novia esperaba inquieta, agarrada fuertemente al brazo del hombre que le había fallado pero que ahora la sostenía orgulloso, era su niña.

Cuando sus ojos coincidieron, Emma sintió como cientos de mariposas

emprendían el vuelo, haciendo que sus piernas flaquearan. Brandon estaba imponente con aquel chaqué negro y su camisa blanca. Aquel hombre era su destino y estaba allí parado, aguardando solo por ella. Todavía necesitaba parpadear para creerlo.

Brandon sintió que le faltaba el aire, desde que Emma llegó a su vida había renacido de sus cenizas. A menudo, se sorprendía al descubrir que no deseaba nada más en la vida, solo a ella, esa mujer dulce y a la vez guerrera, que hacía subir y bajar su corazón como si estuviera en una montaña rusa.

Sin más dilaciones, Emma comenzó a caminar, sonriendo al trasladarse años atrás con aquella melodía, bailando entre sus brazos. Centrándose en sus ojos comprobó que el tiempo se detenía y no existía nadie más que ellos, juntos bajo un mismo cielo repleto de estrellas, aquellas que un día contemplaban separados.

–Estás preciosa vaquera –dijo acercándose para besar sus labios–. ¿Cómo están mis niñas? –preguntó tocándole con ternura la inapreciable barriga, era imposible que se notara, su figura era tan esbelta como siempre.

–Bien vaquero, pero disimula. –contestó guiñándole un ojo con picardía.

«¿Que disimule?», pensó contrariado, aquello era lo último que quería hacer, estaba pletórico, ansiaba poder gritarlo a los cuatro vientos. Pero había sido ella la que había insistido en ocultarlo hasta después de la boda, con que lo supieran los más cercanos era suficiente.

–Te quiero. –susurró Brandon a su oído, sin soltarla de la mano.

–Y yo te adoro. –contestó emocionada. Miles de sentimientos inundaban su cuerpo, y temía que eso sumado a lo que suelen decir de las embarazadas y el ajetreo de las hormonas, terminara haciéndola de llorar como una loca.

Todos fueron testigos de las miradas y complicidad que se dedicó la pareja durante la hermosa ceremonia. Y cuando el cura les indicó que podían besarse, el cielo se llenó de cohetes y fuegos artificiales. Brandon se deleitó saboreando esos labios que adoraba y por fin eran suyos, y Emma respondió sin pudores ni ataduras, el resto del mundo podía desaparecer, ella continuaría allí, besándole.

Siete meses después un padre orgulloso admiraba a sus mujeres mientras dormían, aquello era, sin duda, lo mejor que le había pasado en la vida. A veces todavía hacía guardia, temía que tanta felicidad pudiera perderse en la noche, se preguntaba si tanta dicha no estaría prohibida.

–¿Qué haces cariño? –preguntó Emma cuando despertó y le vio sentado junto al alféizar de la ventana.

–Observo las estrellas. –dijo yendo hacia la cama para coger a la pequeña Randi, que se había quedado dormida entre los brazos de su madre. Cuando nació, ambos quisieron encontrar para ella un nombre especial, uno que diera forma a la magia que había hecho posible su existencia, una palabra que hiciera referencia al azar, al destino. Ponerle Destino o *Destination* en inglés resultaba impensable, pero cuando Brandon pronunció Ramdon, azar en inglés, a Emma le pareció perfecto. Para suavizarlo lo redujeron al diminutivo de Randi, una personita que el azar quiso traer a sus vidas.

Con sumo cuidado la acostó en la cuna, la arropó y la besó en la frente con dulzura, para regresar junto a la mujer que amaba.

–Te quiero, ¿lo sabes? –dijo tumbándose de lado para seguir admirándola.

–Más te vale vaquero, ha sido un largo viaje. –contestó rozando sus labios.

–¿Cómo no voy a quererte?, me tienes completamente hechizado.

–¿Me estás llamando bruja? –preguntó ceñuda.

–¡Ven aquí picajosa! –contestó atrayéndola hacia su cuerpo luciendo una increíble sonrisa, que logró desarmar a Emma–. Te quiero, lo sabes, y deseo hacerte el amor en este preciso momento. –anunció sin esperar respuesta. Se limitó a devorar su boca con tanta pasión, que ella solo pudo sucumbir y entregarse a ese y otros tantos momentos que le siguieron.

Aunque la vida y la rutina se empeñen en acabar con el amor romántico, lo cierto es que de momento son felices y comen perdices, como en aquellos cuentos de Hadas. Aunque Emma se niegue a ser la única que limpie el castillo y Brandon se canse de buscar siempre su zapato de cristal

bajo la cama.